



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA CHAPINGO
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA RURAL

DIRECCION ACADEMICA
DEPTO. DE SERVICIOS ESCOLARES
OFICINA DE EXAMENES PROFESIONALES

**REFLEXIONES EN TORNO AL DEVENIR DEL SER Y EL DEVENIR
DEL LOGOS EN LA TRANSICIÓN NEOLIBERAL. UN CAMINO HACIA
LA MULTIDIMENSIONALIDAD**

TESIS
QUE COMO REQUISITO PARCIAL
PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN CIENCIAS AGRARIAS
PRESENTA

CARLOS JIMÉNEZ SOLARES



Chapingo, México, noviembre de 1999.

909581

**REFLEXIONES EN TORNO AL DEVENIR DEL SER Y EL DEVENIR
DEL LOGOS EN LA TRANSICIÓN NEOLIBERAL. UN CAMINO HACIA
LA MULTIDIMENSIONALIDAD**

Tesis realizada por Carlos Jiménez Solares, bajo la dirección del Comité Asesor indicado, aprobada por el mismo y aceptada como requisito parcial para obtener el grado de:

DOCTOR EN CIENCIAS EN CIENCIAS AGRARIAS

DIRECTOR:


DR. JUAN JOSÉ ROJAS HERRERA

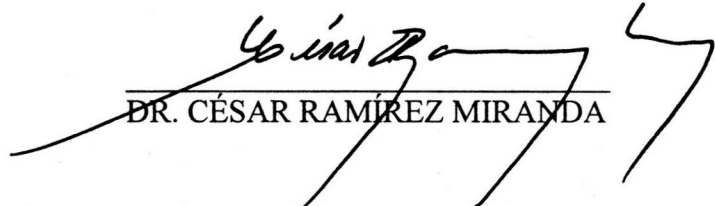
ASESOR:


DR. PEDRO MURO BOWLING

ASESOR:


DR. MIGUEL ÁNGEL SÁMANO RENTERÍA

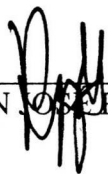
LECTOR EXTERNO


DR. CÉSAR RAMÍREZ MIRANDA

**REFLEXIONES EN TORNO AL DEVENIR DEL SER Y EL DEVENIR
DEL LOGOS EN LA TRANSICIÓN NEOLIBERAL. UN CAMINO HACIA
LA MULTIDIMENSIONALIDAD**

El jurado que revisó y aprobó el examen de grado de Carlos Jiménez Solares, autor de la presente tesis de Doctor en Ciencias en Ciencias Agrarias, estuvo constituido por:

PRESIDENTE:


DR. JUAN JOSÉ ROJAS HERRERA

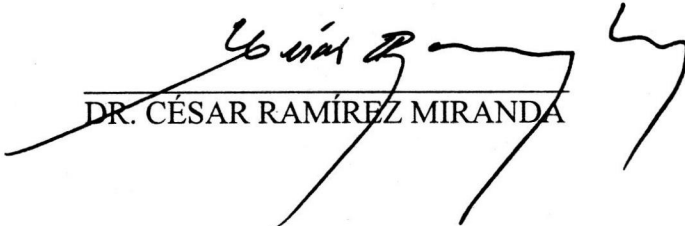
ASESOR:


DR. PEDRO MURO BOWLING

ASESOR:


DR. MIGUEL ÁNGEL SÁMANO RENTERÍA

LECTOR EXTERNO


DR. CÉSAR RAMÍREZ MIRANDA

DEDICATORIAS

*A mi padre, cuya vida no fue suficiente
para ver el término de este trabajo.*

*A mi esposa e hijos, por las horas
que no estuve con ellos*

AGRADECIMIENTOS

Al Doctorado en ciencias Agrarias por la apertura de un espacio para la realización de mi proyecto de investigación

Al Programa de Investigación y Servicio en Regionalización Agrícola y Desarrollo Sustentable (PISRANDES) por su apoyo económico siempre oportuno

Al Dr. Juan José Rojas Herrera por sus valiosas sugerencias y aportaciones como Director

Al Dr. Pedro Muro Bowling por su apoyo incondicional como Asesor

Al Dr. Miguel Ángel Sámano Rentería por sus observaciones y comentarios como Asesor

Al Dr. César Ramírez Miranda por el interés mostrado como Lector Externo

A Guillermo Ravest por su apoyo en la corrección de estilo

Al Lic. Evaristo Casanova Mendiola por sus palabras de aliento.

A Ma. Isabel Flores Barrera por su apoyo en los trabajos de captura y edición

DATOS BIOGRÁFICOS

El autor es egresado de la Universidad Autónoma Chapingo, generación 1975-1982, obtuvo su grado de Ingeniero Agrónomo especialista en Sociología Rural en marzo de 1984. Realizó estudios de maestría en la misma universidad, obteniendo el grado de Maestro en Ciencias en Sociología Rural en diciembre de 1984. Acreditó los siguientes Diplomados: Análisis Político (septiembre de 1991) en el Colegio Nacional de Licenciados y Posgraduados en Ciencia Política; y en la Universidad Iberoamericana: Análisis Político (febrero de 1995), Planeación Estratégica y Prospectiva Política (febrero de 1996) y Análisis y Diseño de la Comunicación Política (diciembre de 1998). Desde agosto de 1982 hasta la actualidad se ha desempeñado como profesor investigador en la UACH, adscrito al Departamento de Sociología Rural.

RESUMEN

Carlos Jiménez Solares

REFLEXIONES EN TORNO AL DEVENIR DEL SER Y EL DEVENIR DEL LOGOS EN LA TRANSICIÓN NEOLIBERAL. UN CAMINO HACIA LA MULTIDIMENSIONALIDAD

Noviembre, 1999

(Bajo la dirección del Dr. Juan José Rojas Herrera)

El objeto de investigación de este trabajo fue la forma en que el cambio acelerado del devenir del ser, en las últimas tres décadas, ha afectado al devenir del logos. Se demuestra, a partir de un enfoque metateórico, como la Sociología y la Sociología Rural en particular han reaccionado ante un evidente rezago paradigmático, buscando construcciones teórico-metodológicas de síntesis multidimensional que permitan comprender los fenómenos y procesos emergentes. También, tomando como base el enfoque de tipo ideal, se elabora un análisis del modelo neoliberal como contribución a la búsqueda multidimensional. Este trabajo, se suma a una aspiración actual de las Ciencias Sociales tanto teórica como práctica: el arribo a la multidimensionalidad. Teórica, al permitirnos comprender y definir la naturaleza de la transición neoliberal. Práctico, al posibilitarnos reconstruir nuestra capacidad de manejar y encauzar el ritmo y la aceleración del cambio contemporáneo.

Palabras clave: devenir, ser, logos, neoliberalismo, transición y multidimensionalidad.

ABSTRACT

Carlos Jiménez Solares

REFLECTIONS ON HISTORICAL BECOMING OF BEING AND BECOMING OF LOGOS DURING NEOLIBERAL TRANSITION. ON THE WAY TO MULTI-DIMENSIONALITY

November, 1999.

(Under the direction of Dr. Juan José Rojas Herrera)

The purpose of this study was to investigate how the accelerated change of the becoming of being has affected the becoming of logos during the last thirty years. It is shown how sociology and rural sociology in particular have responded metatheoretically to the obvious paradigmatic delay looking for theoretical and methodological structures of multi-dimensional synthesis which help to understand the emerging phenomena and processes. Neoliberal model is also analyzed on the ideal type basis, which contributes to multi-dimensional search. This study is part of the present social science aspiration to reach multi-dimensionality from both theoretical and practical points of view. From the theoretical point of view, it helps us to understand and define the nature of neoliberal transition. From the practical point of view, it allows to reconstruct our ability to manage and to direct the rate and acceleration of the present change.

Key words: becoming, being, logos, neoliberalism, transition and multi-dimensionality

CONTENIDO

	Pág.
PRÓLOGO -----	1
INTRODUCCIÓN -----	14

PRIMERA PARTE

HACIA LA MULTIDIMENSIONALIDAD

1. REFLEXIONES EN TORNO A LOS SUJETOS, ACTORES, MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA ACCIÓN COLECTIVA-----	20
1.1. El devenir del ser y el devenir del logos: una gran distancia-----	21
1.1.1. El plano interior o el devenir del logos-----	23
1.1.2. El plano externo o el devenir del ser-----	29
1.1.3. Un desafío-----	34
1.2. Estructura y acción-----	35
1.3. Una visión dominante-----	36
1.4. Sujeto, actor y clase social-----	38
1.5. Acción colectiva y movimiento social-----	40
1.6. Sujetos, actores, acción colectiva y movimientos sociales-----	44
1.7. Síntesis multidimensional-----	48
1.8. Vida societal y acción colectiva-----	49
1.9. ¿A que nos remiten los conceptos de sujeto y actor?-----	52
1.10. Los estudios de los movimientos sociales en México-----	54
1.11. Construcción de viejos y nuevos sujetos y actores sociales en México----	56
1.12. Desestructuración de sujetos y actores en México-----	59
 2. LO RURAL Y LO URBANO: UNA REFLEXIÓN EN TORNO A SU DEFINICIÓN-----	 63
2.1. En busca de definiciones-----	64
2.2. Oposición entre la ciudad y el campo-----	67
2.3. La sociología rural-----	71
2.4. Lo rural y lo urbano visto por la geografía agrícola-----	76

2.5. Gradualización del territorio-----	80
2.6. Lo que debemos construir-----	81
3. BALANCE CRÍTICO DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL MOVIMIENTO CAMPEÑO -----	
3.1. Primer pauta: objetivo del estudio-----	85
3.2. Segunda pauta: forma metodológica-----	89
3.3. Tercer pauta: origen de los movimientos-----	93
3.4. Cuarta pauta: definición de los movimientos-----	97
3.5. Quinta pauta: criterios para la definición de los movimientos-----	101
3.6. Sexta pauta: rural- urbano-----	105
3.7. Séptima pauta: prepolítico- político-----	111
4. LOS NUEVOS ENFOQUES SOBRE ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS SOCIALES-----	
4.1. La perspectiva norteamericana-----	118
4.1.1. El interaccionismo-----	119
4.1.2. Funcionalismo-----	121
4.1.3. Individualismo metodológico-----	125
4.1.3.1. La elección racional-----	125
4.1.3.2. La movilización de recursos-----	127
4.2. La perspectiva europea-----	131
4.2.1. El accionalismo-----	131
4.3. Una propuesta de síntesis-----	134
4.4. Un ejemplo de síntesis: los nuevos movimientos sociales-----	135

SEGUNDA PARTE

UN ACERCAMIENTO AL MODELO NEOLIBERAL

5. REFLEXIONES EN TORNO AL MODELO NEOLIBERAL (UNA CONSTRUCCIÓN DESDE EL ÁMBITO POLÍTICO)-----	141
5.1. Objetivos del modelo neoliberal-----	142
5.2. Planeación estratégica, prospectiva política y teoría de escenarios como	

gerencia estatal-----	144
5.3. El desorden societal-----	145
5.4. Políticas de ajuste y proceso de desmantelamiento -----	146
5.5. ¿Por qué surge el modelo neoliberal?-----	147
5.6. Características del modelo-----	149
5.7. Otras causas del surgimiento del modelo-----	152
5.8. La decisión-----	155
5.9. Las políticas de ajuste estructural-----	158
5.10. La estructura de poder y la razón de Estado neoliberales-----	161
 6. PROCESO DE TRANSICIÓN NEOLIBERAL-----	 166
6.1. Lo que genera la transición-----	166
6.2. Factores implicados en la transición neoliberal-----	168
6.3. Manifestaciones de la transición-----	172
6.4. Expresiones del desorden-----	174
6.5. Diagnóstico situacional e integración societal-----	179
6.6. La incertidumbre-----	181
6.7. Las dos realidades-----	185
6.8. El mercado-----	188
6.9. La nada-----	191
 7. ESCENARIOS DEL MODELO NEOLIBERAL-----	 199
7.1. La decisión-----	200
7.2. Validación de la decisión-----	203
7.3. El ritmo de la decisión-----	210
7.4. Control y administración del desorden-----	212
 CONCLUSIONES-----	 225
BIBLIOGRAFÍA CITADA-----	230

PRÓLOGO

Es lógico que se me acuse también de ser apocalíptico, pero ésta es una crítica de rigor que no me impresiona. Si las cosas van mal, digo sin demasiado "salomonismo" que van mal; tal vez exagero un poco, pero es porque la mía quiere ser una profecía que se autodestruye, lo suficientemente pesimista como para asustar e inducir a la cautela.

Giovanni Sartori, *Homo videns*.

La década de los años setenta, la llamada década perdida de los años ochenta y la de los noventa, que está por concluir, representan para la mayoría de nosotros, nos referimos a las generaciones más recientes de investigadores sociales, una gran parte de nuestras vidas. Pero estos casi treinta años significan algo más, son los años de la irrupción y consolidación del neoliberalismo, de la implantación de la economía de mercado y de la globalización.

Con el arribo del neoliberalismo no nos enfrentamos a la llegada de un "algo" que se funde, como un elemento exterior, a lo existente. No se trata, si se nos permite el uso de un símil, de añadir azúcar en un vaso con agua, agitando posteriormente para obtener una mezcla.

El arribo del neoliberalismo trajo y trae consigo la destrucción y el desmantelamiento de una sociedad mundial cimentada y fincada en un Estado benefactor, interventor y totalizador como promotor del desarrollo económico, político y cultural. Consiste en una época de transición ciertamente, pero una transición violenta, abigarrada y vertiginosa. La destrucción y el desmantelamiento intrínseco a este nuevo orden mundial arrastra procesos de desorden societal donde conviven el viejo orden en desintegración y el surgimiento de un nuevo orden. Nuestra vida societal se caracteriza por un pasado que no acaba de retirarse y un futuro que no se establece del todo. Vivimos una transición

distinta, en términos cualitativos y cuantitativos, a los procesos transicionales experimentados a lo largo de la historia del hombre.

En el ámbito teórico, también asistimos a una transición; hoy conviven los marcos conceptuales con que las ciencias sociales han analizado lo económico, lo político y lo cultural y los nuevos cuerpos conceptuales que, por un lado justifican como apología a la sociedad de mercado y, por otro, los que tratan de dar cuenta de la complejidad de lo realmente existente e incluso, muchos de ellos, proponen y generan modelos alternativos.

Un obstáculo para abordar la transición es, sin ninguna duda, reconocer que vivimos en ella. Por supuesto, no es tarea fácil. Por el contrario, en la naturaleza del hombre, si podemos hablar de la existencia de una naturaleza en el hombre, está la resistencia al cambio. Aceptar que vivimos en una era de transición implica cuestionar nuestros referentes. Significa aceptar que nuestros marcos conceptuales contienen caducidad, y quizá no sean ya los más adecuados para comprender e interpretar nuestro mundo que ha aumentado notablemente su complejidad y su ritmo vital a una velocidad sin precedente en la historia, hecho que dificulta aún más el acceso a lo realmente existente.

Nuestro trabajo: "Acción colectiva y sistema político" está inmersa en este contexto. La lectura del presente documento requiere y exige imaginación abierta y apertura conceptual, de lo contrario choca y se enfrenta con el marco teórico e ideológico del lector.

En los distintos cuerpos teóricos, sean viejos o nuevos, el concepto representa el instrumento teórico, metodológico e intelectual que las ciencias sociales y la sociología en particular necesitan como basamento para desfigurar y comprender la realidad construyendo con ellos recursos analíticos coherentes con una estructura y una lógica en sí mismos, en un proceso constante de abstracción. Los conceptos se utilizan para generalizar un objeto, una idea o un hecho social y su devenir. El uso de conceptos nos permite desarrollar una habilidad, un proceso mental analítico constructor de términos, metodologías de investigación y formas teóricas de interrelacionar los hechos y fenómenos sociales.

Todo proceso mental analítico es un proceso de abstracción, es el proceso de pensamiento por el cual conocemos las características de nuestro objeto de estudio.

Al estar frente al objeto, obtendremos por medio de los sentidos apariencias, sensaciones, conexiones externas e impresiones de su realidad, a nivel sensitivo. Posteriormente elaboramos mentalmente juicios y razonamientos en forma abstracta que nos llevan a una conclusión lógica, surgiendo así los conceptos.

En el proceso de abstracción pensado como forma de obtener conocimientos, existen dos posturas epistemológicas fundamentales. La primera es aquella en la que lo abstracto aparece fuera de los rasgos concretos del objeto, que nos lleva a establecer el mundo conceptual separado del real. En la segunda, el pensamiento utiliza la abstracción para conocer lo concreto, estableciendo la conceptualización dentro de lo real.

El camino concreto- abstracto- concreto, presenta varios rasgos característicos. El concreto inicial expresa la materialidad del objeto real, que se encuentra en existencia permanente y cambiante. Después se pasa a la abstracción mental, que nos ayuda a interpretar lo observado y conocer su esencia, la cual constituye una generalización que conserva todas las características de un conjunto de objetos reales similares. Con la abstracción podemos comprender la esencia misma de cualquier objeto, a su vez, podemos categorizar y sistematizar de acuerdo a las características específicas de los distintos objetos reales. Cuando se regresa a lo concreto, se hace sólo en forma teórica, puesto que el objeto teórico no tiene una materialidad; sin embargo, nos permite comprender la esencia misma del objeto y así poder establecer la conceptualización de nuestro objeto real.

Hemos ocupado espacio para resumir de forma apretada y burda la concepción más generalizada y aceptada, en ciertos medios académicos, sobre la generación y proceso del conocimiento. Es obvio que lo señalado aquí es polémico, fuente y material de fuertes controversias. No es nuestro objetivo entrar en ellas. ¿Entonces de que se trata, no se quiere entrar en una polémica epistemológica pero parecería una invitación a ella? En realidad nuestra pretensión es señalar que en el camino concreto- abstracto- concreto, independientemente de recorrer sólo lo concreto abstracto o lo concreto- abstracto- concreto, existe un supuesto en el proceso mental de abstracción. El supuesto invita a

reflexionar sobre una característica propia del pensamiento occidental -tanto como conocimiento común como pensamiento científico- razonar en pares opuestos.

Razonar en pares opuestos significa hacerlo en oposición, implica contraste entre dos cosas contrarias, posición de una cosa enfrente de la otra. La separación nos remite a la desunión, a la disociación, a la división, a la distinción y a la diferenciación.

La estructura básica del pensamiento occidental, tanto del conocimiento común como del conocimiento científico, es razonar con oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones: blanco- negro, grande- chico, alto- bajo, bueno- malo idealismo- materialismo, proletariado- burguesía, capitalismo- socialismo, abstracto- concreto, análisis- síntesis, estructura- función, apriori- aposteriori, base- superestructura, calidad- cantidad, causa- efecto, ciencias naturales- ciencias sociales, contenido- forma, crítica- autocrítica, clase en sí- clase para sí, deducción- inducción, esencia- fenómeno, externo- interno, finito- infinito, individuo- sociedad, libertad- necesidad, naturaleza- sociedad, necesidad- causalidad, parte- todo, nominalismo- realismo, posibilidad- realidad, sujeto- objeto, ideología- ciencia, trabajo físico- trabajo intelectual, absoluto- relativo, objetivo- subjetivo, estructura- acción, microsocial- macrosocial, campo- ciudad, agricultura- industria urbano- rural, etc., etc.

No pretendemos sugerir al lector que este recurso sea equivocado, infructuoso, por tanto, desechable. De hecho, el razonar con oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones ha permitido y explica los avances y el dominio del pensamiento occidental. Sin embargo, este excelente instrumento de análisis encierra en sí mismo peligros y tentaciones; contiene en sí mismo una enfermedad intelectual de fácil contagio, nos atrevemos a afirmar que la mayoría de nosotros estamos contagiados, somos portadores de dicha enfermedad sin saberlo.

Esta enfermedad intelectual no incomoda, ni duele, no molesta; por el contrario el enfermo, paradójicamente, se siente más productivo, lúcido e innovador, a pesar de los efectos que le produce: ceguera y cuadradez intelectual o, para decirlo con otras palabras, la enfermedad tiene un nombre: parálisis paradigmática (Kuhn, 1986).

La parálisis paradigmática consiste en creer en la superioridad absoluta del punto de vista, corriente o escuela de pensamiento asumida por un científico. Con la superioridad

viene la creencia en una única y, por tanto, válida forma de explicar el mundo y su acontecer.

La parálisis paradigmática tiene otros síntomas: el olvido y la certeza de claridad y entendimiento. El científico olvida que razonar por oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones es tan sólo un recurso, un andamio, un instrumento analítico, una abstracción no existente en lo real, es una forma de acceder a ella. Al olvidarlo se identifica lo construido mentalmente con lo realmente existente. A tal grado que lo realmente existente aparece como un mundo dividido y clasificado, un mundo de parcelas perfectamente delimitadas, así el mundo es claro, aprehensible, cognoscible y manejable. El instrumento, el andamio, el constructo se transforma en la realidad.

El razonar por oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones es un recurso peligroso: puede alejarnos de las mediaciones entre los dos polos o las especificidades de algún polo o de ambos.

Superar la parálisis paradigmática es una necesidad de nuestro tiempo. ¿Como lograrlo? Con imaginación, apertura y disposición intelectual. Se necesita reconocer no la superioridad de un paradigma, sino la existencia de una heterogeneidad de formas de interrogar a la realidad y de formas de construir caminos para ese interrogatorio.

Se necesita también, dejar a un lado el olvido y dudar sobre la certeza de claridad y entendimiento. Debemos comprender que razonar por oposiciones, separaciones, distinciones y diferenciaciones es tan sólo un andamio, un recurso que nos permite separar lo real en el pensamiento como dicotomías, pero esta separación no es lo realmente existente; requerimos una vez separado, diferenciado lo real volver a unirlo a través de las múltiples mediaciones y especificidades de las partes separadas. Sólo así la certeza de claridad se convierte en certeza de complejidad de lo realmente existente.

El concepto dicotomía es fundamental en este trabajo, constituye el hilo conductor y estructurador de todo el discurso, desde la introducción hasta el apartado de epílogo, e incluso el mismo título es una dicotomía.

En el trabajo partimos de una dicotomía principal, sugerida por Alvin W. Gouldner hace casi treinta años pero cuya actualidad y vigencia es demoledora. Para este sociólogo norteamericano los teóricos sociales de la década de los años setenta trabajaron dentro de

una matriz social que paulatinamente se derrumbó (Gouldner, 1973). Afirmanos, y así se demuestra y argumenta en este trabajo que la situación señalada a seguido su curso hasta la actualidad configurándose una matriz social compleja.

En el seno de la matriz social, que para nosotros constituye lo realmente existente o vida societal, se encuentra la dicotomía fundamental aludida. Para Gouldner sólo exponiéndonos a correr riesgos podemos divorciar la crítica a la transformación de la sociedad de la crítica y transformación de las teorías acerca de la sociedad.

La crítica a la transformación de la sociedad, que a partir de aquí llamaremos el devenir del ser, y la crítica a la transformación de las teorías acerca de la sociedad, que también a partir de aquí llamaremos el devenir del logos, son como dos líneas que se desarrollan de manera paralela sin coincidir plenamente. El devenir del ser corre por delante del devenir del logos, ya que este último requiere de cierto tiempo para producir adaptaciones y transformaciones en sus cuerpos teóricos o nuevas teorías. Existe una distancia necesaria entre el devenir del ser y el devenir del logos.¹

La distancia necesaria es mínima cuando no existe un divorcio entre la crítica del ser y la crítica del logos. Pero la distancia puede crecer en la medida que se aliente la separación entre ambos polos de la dicotomía y/o la velocidad entre ambos devenires se desajuste, abriéndose un abismo entre ellos

El desajuste se produce por varias razones o la combinación de ellas. Para nosotros dos son de vital importancia. La primera es cuando el devenir del ser adquiere una velocidad y una complejidad mucho mayor dejando muy atrás al devenir del logos. La segunda es cuando el devenir del logos enferma de parálisis paradigmática, quedándose atrás del devenir del ser.

Casi toda la ciencia social contemporánea concibe la sociedad como un sistema unificado, organizado sobre el cimiento de un principio fundamental: para Marx, las

¹En este momento aparece una noción polémica. Para muchos la teoría expresa y permite explicar la realidad, en cuyo caso el devenir del ser y el devenir del logos coincide plenamente. Para otros tantos, la teoría no sólo permite explicar la realidad actual sino la que está por venir, constituyendo el principal instrumento para la construcción de una nueva sociedad, en este caso el devenir del logos se adelanta al devenir del ser. Aunque Gouldner hace un llamado para que ambos devenires coincidan y posteriormente el devenir del logos adelante al devenir del ser, reconoce que las condiciones al seno del logos en su tiempo, en realidad significa el alejamiento cada vez más pronunciado de los devenires. Para nosotros todo intento para hacer coincidir ambos puntos o incluso que el devenir del logos se adelante invade la esfera de la utopía o de la ingeniería social.

relaciones sociales de producción; para Talcott Parsons, un valor dominante, como la norma. El mejor modo de analizar la sociedad moderna es concebirla como una difícil amalgama de tres ámbitos distintos, no congruentes entre sí y con diferentes ritmos de cambio, pero íntimamente ligados por relaciones y referencias recíprocas profundas y complejas.

Los tres ámbitos son: lo económico, lo político y lo cultural. Estos tres ámbitos han moldeado las tensiones y conflictos de la sociedad occidental contemporánea. Una idea dominante en la sociología es que la sociedad se explica limitando específicamente los cambios en el orden tecnoeconómico. Pero los cambios en la estructura y en la acción social, el sistema político y la acción colectiva no están determinados por la economía. El orden tecnoeconómico no determina el orden político ni la cultura. Más bien, en la mayoría de los casos del mundo contemporáneo, es el orden político el que se ha convertido en el verdadero sistema de control de la sociedad.

Sin embargo, una argumentación de este tipo debe ser tomada con excesiva precaución; porque si bien es cierto que lo político determina nuestra contemporaneidad, tal afirmación no es un burdo reemplazo de lo económico por lo político, ni esto implica que siempre vaya a ser así. El postulado nos remite a una vida societal donde no existe ninguna relación simple y determinada entre los tres ámbitos. La sociedad es un sistema completo de interconexión formada por tres ámbitos distintos, cada uno de los cuales obedece a un principio axial diferente.

La sociedad se divide, analítica y multidimensionalmente en un ámbito económico, político y cultural. Estos ámbitos no son congruentes entre sí y tienen diferentes ritmos de cambio; siguen normas diferentes, que legitiman tipos de acción colectiva diferentes y hasta opuestos. Son las discordancias entre esos ámbitos las responsables de las diversas contradicciones dentro de la sociedad.

La anterior premisa ontológica retoma a los dos paradigmas reinantes en la sociología clásica, a saber, el marxismo y el estructural- funcionalismo. Aunque las dos teorías difieren totalmente en otros aspectos, ambas parten de una premisa común: que la sociedad es un sistema complejo estructuralmente entrelazado y unificado; estos

paradigmas poseen una visión holística y monolítica de la sociedad: una estructura y una acción sólo puede comprenderse en relación con esta idea de totalidad.

La sociedad está compuesta de economía, política y cultura. Esta premisa está en conflicto con aquellas otras que hablan de estudios socioeconómicos; lo económico social; los factores económicos, políticos y sociales de un fenómeno; lo sociocultural, y todas las variantes que consideran a lo social como una esfera, ámbito o parte constitutiva de la sociedad. Para nosotros es diferente, lo social es la misma sociedad, al trabajar con términos como movimiento social, acción social, clase, actor o sujeto social, etc. lo social hace referencia necesaria e implícita a lo económico, lo político y lo cultural.

Nuestra ciencia política ha estudiado sistemáticamente casi todo menos la manera como el gobierno construye y desarrolla sus políticas públicas. Nuestros politólogos y sociólogos han prestado gran atención a la historia de la formación y desarrollo del sistema político, a los avances y límites de su funcionamiento, a los canales y procesos de producción de consenso y dominación, a las varias expresiones concretas e históricas del sistema político, sus patologías y sus ventajas. Contamos con estudios extraordinarios. Pero pocas han sido las investigaciones acerca de la forma, patrón y estilo de elaborar las políticas públicas, acerca de sus éxitos y fracasos en diversas áreas de asuntos públicos y privados.

La teoría de la administración pública, por ejemplo, ha quedado atrapada entre las consideraciones jurídicas institucionales (repertorio de leyes y reglamentos, ámbitos de competencia y jurisdicción, instancias y procedimientos formales, etc.) y las menores consideraciones operativas para cumplir ordenes dadas y llevar a cabo decisiones previas.

Sí la administración pública se acercara al proceso decisorio de las políticas y a sus complejas causas en su formulación y puesta en marcha, así como de sus resultados se rescataría y construiría una visión más integral de su objeto de estudio. Exactamente lo mismo tenemos que decir de la ciencia política y de la sociología política.

En idioma castellano hablar de política es hacer referencia a lo que se desarrolla en un proceso legislativo, judicial o ejecutivo, es hablar de un proceso electoral, del

funcionamiento de actores y sujetos que buscan injerencia o la toma del poder a través de partidos políticos o movimientos sociales y también, entre muchos otros aspectos, de política fiscal, económica, etc. En nuestro idioma existe un sólo término para englobar una multitud de fenómenos.

En cambio, en la lengua inglesa, existen dos términos: *politics* y *policy* para separar dos ideas y contextos diferentes aunque íntimamente vinculados. Esta distinción es una separación analítica que permite el estudio del sistema político.

De esta manera puede entenderse como sistema político al conjunto conformado por dos ámbitos cuyo significado no es paralelo pero sí relacionado en estrecha e íntima liga. En primer lugar, lo integran los elementos que conforman la esfera de la *politics*, y, en segundo lugar aquellos elementos conformadores de la esfera de la *policy*.

Hablar de la esfera de la *politics* del sistema político es hablar del entorno del sistema y en sentido estricto del funcionamiento institucional del sistema y de los múltiples elementos externos que lo modifican y condicionan, todos ellos agrupados en el proceso de globalización, regionalización y transnacionalización del sistema mundial.

Al penetrar en el funcionamiento institucional del sistema político, es indispensable hacer referencia al régimen político (forma de gobierno), al sistema de partidos, al sistema electoral y a la gobernabilidad.

La esfera de la *policy*, es en sentido estricto el sistema político mismo, hace referencia al proceso de la acción de gobierno a través de las políticas públicas. El análisis de la esfera de la *policy* requiere de una nueva separación analítica, para estudiar las fases que integran la formulación y puesta en marcha de las políticas públicas: formulación de agenda y gestación, formulación y planeación, instrumentación y control y evaluación.

Ambas esferas, la *politics* y la *policy* están íntimamente ligadas al concepto de acción colectiva en la producción y ejecución de decisiones cuyo objetivo es la solución y administración de problemas asociados a la legitimidad, el desarrollo social y las demandas y acciones individuales y colectivas, de los sujetos y actores sociales. Así la esfera de la *politics* (funcionamiento institucional) y la esfera de la *policy* (acción del gobierno) constituyen dos variables explicativas del sistema político.

El sistema político es un complejo sistema de interacción, con cuatro subconjuntos, en donde la variación de una de las partes o subconjuntos afecta al todo. Estos subconjuntos son los siguientes: 1. Elementos institucionales (régimen político), están constituidos por los poderes políticos y sus reglas de interacción consigo mismo y con la sociedad civil, normas escritas y consuetudinarias (constitución política y leyes fundamentales) reguladoras de la política, la economía y la cultura. 2. Actores y sujetos institucionalizados e informales que constituyen la sociedad que se organiza de manera activa o pasiva, para transmitir sus demandas, influir y modificar las decisiones del gobierno; donde están incluidos los partidos políticos, grupos de presión e interés, sindicatos, movimientos sociales y otras formas de acción colectiva. 3. Cultura política que remite a los valores de los individuos y los grupos sociales, a la motivación y orientación de la actividad política derivada de elementos culturales y/o experiencias históricas. 4. Entramado internacional constituido por el sistema económico, político y cultural mundial.

En el seno del sistema político existe un movimiento circulatorio doble: demandas surgidas de cualquier fuente (de la sociedad civil al sistema político) y flujos representados en las políticas públicas (del sistema político a la sociedad civil).

Hacer referencia a la esfera de la política del sistema político (funcionamiento institucional) implica tocar el problema del rendimiento del sistema desde su operatividad procedimental; aspecto que tiene que ver con la forma o proceso de desarrollo de la unidad nacional (centralización- descentralización), vinculado a las dimensiones de la participación y representación dadas a través de la mediación entre partidos políticos (sistema de partidos) y las elecciones (sistema electoral).

El sistema de partidos por su importantísimo papel de vinculación del régimen político (estructura formal, legal o constitucional del sistema político) con la sociedad civil, tanto de individuos como de grupos (parte informal o societal del sistema político). Y el sistema electoral en cuanto tiene relación con el comportamiento de los votantes, la opinión pública y las leyes electorales. A la vez, hacer referencia a la esfera de la política del sistema implica introducir otro problema: la forma de gobierno, es decir, la relación entre poder ejecutivo, legislativo y judicial, y por tanto la relación gabinete- parlamento.

Asimismo, hacer referencia a la esfera de la policy (acción del gobierno) implica tocar el problema del rendimiento del sistema político en relación con las políticas públicas, puesto que son las partes más visibles, cotidianas y familiares del sistema político para los actores y sujetos sociales. Significa una evaluación continua que se traduce en generación, de manera directa e inmediata, de un grado de confianza o no en el sistema.

Las políticas públicas son en términos generales productos del sistema político, flujos del régimen político hacia la sociedad; un uso estratégico de recursos para aliviar problemas; conjunto de actividades institucionales de gobierno e influencia sobre la vida de los actores y sujetos sociales. Dicho de otra manera, las políticas públicas representan el trabajo gubernamental que produce resultados concretos; contiene elementos de decisión y recursos; son un cuadro de la suma de diversos actores y sujetos que supone necesariamente una estrategia global y continua, afectan por su contenido o por su efecto a un público heterogéneo (individuos, grupos u organizaciones) y presuponen actos que se reenvían con orientaciones explícitas o implícitas, manifiestas o latentes.

Estudiar a las políticas públicas implica en nuestro caso, penetrar en el modelo neoliberal para desentrañar los objetivos y consecuencias o impactos de sus distintos cursos de acción respecto a la vida societal, introduciendo en el planteamiento la planificación estratégica, la prospectiva política y la teoría de los escenarios.

Los frecuentes errores de previsión, son un testimonio de la crisis por la cual atraviesa la planificación normativa. La imposibilidad de prever el futuro en función solamente de los datos del pasado, explica la limitación de los modelos econométricos clásicos que no integran parámetros cualitativos y no cuantificables, como las acciones y comportamientos de los actores y sujetos sociales y sus acciones colectivas. Es necesario observar el futuro para esclarecer el presente, tal es el espíritu que anima a la planeación estratégica, la prospectiva política, y la teoría de los escenarios. Las tres, que no son ni previsión, ni futurología; sino una teoría de la acción colectiva y de la acción del gobierno (son de hecho los tres instrumentos básicos del modelo neoliberal), representan una entrada para comprender las complejas relaciones de la acción colectiva y el sistema político en la vida societal contemporánea, caracterizada por el incremento de la

incertidumbre y el caos y por el riesgo de rupturas de tendencias, no solamente a largo, sino también a mediano y corto plazo.

La planificación estratégica, la prospectiva política y la teoría de escenarios plantea los siguientes postulados: 1. Los fenómenos a estudiar son generalmente complejos e interdependientes; una visión multidimensional se impone para tomar en cuenta su contexto. 2. La previsión estratégica y prospectiva no es neutral, ella depende de un sistema de valores y de una teoría sobre la cual se fundamente. 3.- El futuro no es múltiple e incierto. Es necesario optar por la multidimensionalidad y realizar pronósticos después de la reflexión profunda de las complejas y posibles consecuencias. 4. La información disponible es incompleta y no cuantificable, inexacta e incierta. Es necesario, por consecuencia, optar por el multidimensionalismo, creando a partir de la ingeniería social la propia realidad y por tanto potenciando su manejo y control.

Después de los años setenta y de los ochenta para países como el nuestro, el futuro no se parece más al pasado, el horizonte de rupturas se hace cada vez más evidente. Estas rupturas, que para los modelos fundados sobre los datos e informes del pasado son impotentes para prever, están ligadas al comportamiento de actores y sujetos y acciones colectivas cada vez más alejados de los esquemas racionales clásicos.

La mayoría de los métodos de previsión se apoyan en la extrapolación de tendencias bajo el razonamiento "todas las cosas son igual que antes", lo que aparece definitivamente ilusorio dentro de un contexto cada vez más cambiante, y donde los fenómenos a tomar en cuenta, son progresivamente más complejos e interdependientes. La incertidumbre hacia el futuro es entonces traducida bajo la forma de desviación alrededor de una tendencia. Así, los modelos econométricos son incapaces de prever los cambios.

La planificación estratégica, la prospectiva política y la teoría de los escenarios, contrariamente, admiten que en todo momento el futuro no es incierto, se puede construir, y que es de la confrontación de diferentes actores y sujetos sociales y de sus acciones colectivas del presente que nace tal o cual futuro. La construcción del futuro se explica por la relación entre acción y estructura.

Para el modelo neoliberal, la relación entre acción colectiva y sistema político permite ver que el futuro no está escrito, falta hacerlo; no es nada más el pasado el que explica el

futuro, sino también la imagen del futuro que se expresa y se va construyendo en el presente. Por ello, es necesario observar el futuro para esclarecer el presente.

Para nosotros, es necesario desentrañar la visión que el modelo neoliberal construye en el presente para esclarecer la vida societal contemporánea. Este, desde nuestro particular punto de vista, es el gran y maravilloso reto al que se enfrentan las ciencias sociales, hoy.

INTRODUCCIÓN

El tema de este trabajo es el cambio en la vida societal y la manera de cómo el *conocimiento* ha sido afectado por él. El cambio ha estado presente a lo largo de la historia del hombre y su sociedad, pero su ritmo y aceleración es, en nuestro tiempo, una fuerza poderosa de gran estrépito. El cambio actual es un fenómeno por medio del cual el futuro invade nuestras vidas presentes. La sociedad contemporánea asiste a una época de transición donde el futuro no termina de imponerse y el pasado aún se resiste a desaparecer. Este impulso acelerador acarrea consecuencias: derriba instituciones, trastorna nuestros valores y arranca nuestras raíces. La rapidez del cambio conlleva transitoriedad, novedad y diversidad; tres procesos que nos remiten a la complejidad de nuestro mundo.

Ante este estado de cosas, debemos preguntarnos si el conocimiento se ha desarrollado al mismo ritmo y aceleración de la vida societal, y si da cuenta de su transitoriedad, novedad y diversidad.

Un primer objetivo de este trabajo es demostrar cómo la sociología y la sociología rural en particular han reaccionado ante un evidente rezago paradigmático, buscando construcciones teórico- metodológicas de síntesis multidimensional (fusión macro - micro, objetivo - subjetivo, colectivista- individualista y estructura- acción) que permitan comprender los fenómenos y procesos emergentes. Un segundo objetivo de carácter complementario es contribuir a esta búsqueda multidimensional con la elaboración de un análisis del modelo neoliberal.

Para lograr los dos objetivos propuestos hemos seguido dos caminos metodológicos distintos. En relación al primer objetivo se ha acudido al enfoque *metateórico*, en torno del cual se organiza la primera parte del trabajo con cuatro capítulos. Para el segundo de ellos, plasmado en la segunda parte del trabajo, constituida por tres capítulos, se ha utilizado el enfoque de *tipo ideal*.

En términos generales, la metateorización puede definirse como el estudio sistemático de las estructuras conceptuales de la teoría sociológica. La metateorización debe distinguirse de la teorización, aunque la mayoría de los teóricos hayan metateorizado y

muchos metateóricos hayan teorizado. El objeto de estudio de los metateóricos es la teoría, los teóricos, en cambio, reflexionan sobre el mundo social. La búsqueda de la multidimensionalidad ha producido un significativo aumento, en la década de los años noventa, del trabajo metateórico desarrollando nuevas teorías integradoras y sintéticas.

La metateorización persigue dos tipos de análisis: el primero, como medio para obtener una comprensión más profunda de las teorías existentes y el segundo, implica el estudio de las teorías existentes para producir teorías nuevas.

En nuestro trabajo hemos utilizado el primer tipo de análisis para demostrar el rezago teórico de la sociología y la sociología rural y, el segundo nivel de análisis exclusivamente para reflexionar sobre los intentos de formulación de nuevos caminos teórico- metodológicos que, partiendo de la metateorización, buscan llegar a la teorización multidimensional.

Ahora bien, un enfoque de tipo ideal se realiza a partir de la síntesis de una gran cantidad de fenómenos concretos, individuales, difusos y distintos, donde el investigador propone una acentuación unidimensional y subjetiva para lograr una construcción analítica unificada. El tipo ideal es un constructo mental, puramente conceptual, que no puede ser encontrado empíricamente en ningún lugar de la realidad.

El tipo ideal cumple el papel de instrumento explicativo en la sociología. Su carácter heurístico tiene como finalidad la previsión del desarrollo tendencial del conjunto de procesos y fenómenos sometidos a estudio.

Un tipo ideal no es una fotografía o un reflejo de la realidad. Es una construcción donde se relacionan elementos y conceptos seleccionados de acuerdo a los intereses y objetivos del investigador. Al evitar ser un reflejo de la realidad, en sí cambiante y compleja, el tipo ideal se convierte en un instrumento del discurso. Su utilidad radica en el alejamiento de la realidad que permite, al ser comparada con ésta, realizar una imputación causal.

La utilización de tipos ideales trae consigo que se tome a la historia como referente permanentemente. Implica que la contrastación empírica no es un mero procedimiento secundario, sino el objetivo intrínseco de un tipo ideal. No existen límites para esta clase de construcción; de un mismo proceso se pueden, según lo que le interese al investigador

acentuar, generar explicaciones parciales o subtipos ideales que van enriqueciendo al original aproximándose sucesivamente a una comprensión de nuestro mundo real.

En el trabajo hemos utilizado este recurso con la pretensión de aportar y contribuir a la búsqueda de la multidimensionalidad.

La estructura capitular de esta tesis es la siguiente:

El primer capítulo se ocupa, después de casi una década de adormecimiento teórico, de explicar por qué los actores o sujetos sociales, se han convertido en motivo de reflexión e investigación social y cuáles son las consecuencias de su uso conceptual. Nos preguntamos si la utilización constante del concepto sujeto o actor social esconde deficiencias paradigmáticas, producto de la insuficiencia y carencia de desarrollos en los instrumentos teórico- metodológicos ante los vertiginosos y aplastantes cambios de nuestras sociedades. Afirmamos que el devenir del ser se adelanta dejando atrás al devenir del logos como interpretación y explicación del avance del conocimiento, y que los referentes explicativos e interpretativos compartidos por las colectividades societales se agotan. El determinismo estructural, con sus variantes, muestra su agotamiento haciéndonos ver cada vez con mayor fuerza su unidimensionalidad. El logos tiene dos desafíos, el primero es acortar, desde la multidimensionalidad, la distancia entre el devenir del ser y el devenir del logos, el segundo, transitar el camino con la misma velocidad y vértigo con que transcurre el devenir del ser.

El capítulo segundo, dado que nuestro ejercicio de interpretación parte desde la sociología rural y en particular del movimiento social, se ocupa de nuestra primera puerta de acceso: lo rural. En este capítulo se reflexiona en torno a los conceptos campo, agricultura, rural, ciudad, industria y urbano, a partir de algunas posturas paradigmáticas y distintos grados de abstracción. Nos interesa saber por qué existe un impreciso y no riguroso manejo de ciertos conceptos vitales de nuestro pensamiento y quehacer académico y, también, por qué existe el privilegio de un fin pragmático a costa de la reflexión crítica del contenido de los mismos y su vigencia ante los modernos cambios sociales. Afirmamos que los problemas, cambios y situaciones contemporáneas nos obligan por igual a recuperar y buscar nuevos caminos e instrumentos teórico - metodológicos de interpretación y comprensión de nuestras nuevas complejas y

vertiginosas realidades. El capítulo nos demuestra cómo el devenir del ser permanece por delante del devenir del logos, dejándolo muy atrás.

El capítulo tercero, se ocupa de nuestra segunda puerta de acceso: el movimiento campesino en México. El capítulo explora la década de los años setenta desde su abundante producción e investigación teórica y empírica alrededor de lo campesino, con la intención de contribuir a un balance crítico en búsqueda de nuevos caminos teórico-metodológicos. Se analizan a los autores más destacados y representativos de dicho periodo. El balance demuestra cómo el enfoque estructural, el análisis de clase y el enfoque colectivista predominaron de manera hegemónica. Resaltamos las limitantes de una visión unilateral que sólo privilegia un polo dicotómico y hacemos énfasis en la necesidad de un enfoque multidimensional, en la búsqueda por encontrar la forma de construir nuevos cuerpos teóricos. También ponemos en evidencia cómo el riquísimo instrumental generado en esos años no explica plenamente las formas de acción colectiva contemporáneas, demostrando nuevamente cómo el devenir del ser adelanta al devenir del logos.

En el capítulo cuarto dado el proceso de desmantelamiento de los lazos sociales y de las identidades tradicionales que liberan fuerzas que se ponen en movimiento, se discute la manera de cómo se han estudiado las acciones colectivas que buscan la coordinación de voluntades y movilizan recursos para alcanzar objetivos previamente determinados en pos de una racionalidad estratégica, ensayan y ponen en acción nuevas formas de organización y aprenden a actuar sobre sí mismos para obtener efectos sobre su entorno, caminando hacia la autorreflexibilidad. Se analiza, en las décadas de 1970 y 1980, el surgimiento, en los países desarrollados, de dos escuelas que han jugado un papel importante por sus contribuciones a la búsqueda de nuevos instrumentos teórico-metodológicos y conceptuales, respecto a la acción colectiva y los movimientos sociales. Estas escuelas son la norteamericana, la cual concentra sus aportes en la noción de estrategia y la europea, centrada en la noción de identidad. Sin embargo ambas, desde nuestro punto de vista, no exploran suficientemente lo que está detrás de los cambios actuales; señalan los efectos y complejidad que el modelo neoliberal ha traído consigo en la vida societal, pero no lo analizan como una pretensión de ingeniería social.

Estos cuatro capítulos, conforman la primera parte del documento en los que se demuestran los intentos y la pertinencia de la búsqueda multidimensional y, a la vez, se confirma que la reflexión sobre el modelo neoliberal, que constituye la segunda parte del trabajo, es prioritaria y necesaria para potenciar aún más la posibilidad de la elaboración de enfoques multidimensionales.

El capítulo quinto está dedicado al análisis del modelo neoliberal desde el ámbito político. Para lograrlo se construye un ejercicio abstracto de “tipo ideal”. No se trata de una descripción de la realidad, sino de una acentuación de las características y las tendencias esenciales del modelo neoliberal que permite la posterior comprensión e interpretación de realidades concretas. Se “hace hablar” al modelo neoliberal sin asumir, deliberadamente, una postura crítica del autor sobre sus implicaciones y consecuencias, ni la ilustración con ejemplos concretos de la realidad mexicana y mundial. La pretensión de este capítulo es el acercamiento al modelo neoliberal en términos abstractos generales

El capítulo sexto analiza cómo el neoliberalismo nos ha impulsado a ingresar, como sociedad globalizada hacia una transición que anuncia la sociedad mundial de mercado perfecto. Explora cuáles son sus manifestaciones y expresiones, sus consecuencias y efectos y los supuestos teóricos de la transición neoliberal. Todo ello instalados en un grado de abstracción de tipo ideal.

Finalmente, el capítulo séptimo presenta la forma como la prospectiva política, la planeación estratégica y la teoría de los escenarios constituyen las herramientas fundamentales del modelo neoliberal que le permiten concebirse como ingeniería social, para construir un futuro posible, probable y deseable. Estas tres herramientas expresan con nitidez la forma en que el modelo controla y administra la transición hacia la sociedad de mercado perfecto. En este capítulo, en el cual seguimos instalados en un grado de abstracción de tipo ideal, sondeamos la construcción y características de los escenarios neoliberales.

Con esta tesis, no nos proponemos describir las transformaciones de nuestra vida societal. Para acercarnos a su comprensión debemos reflexionar sobre el estado actual de los instrumentos de conocimiento que empleamos para percibir el mundo que nos rodea

y percibimos a nosotros mismos. En ello consiste el aporte, la relevancia y la pertinencia de la investigación realizada, al lograr los objetivos fijados y al demostrar la utilidad de los enfoques empleados.

Este trabajo, que trata sobre ideas más que sobre hechos, se suma a una aspiración tanto práctica como teórica, en la que hoy muchos hombres están empeñados: el logro de la multidimensionalidad, la cual abre una gama extraordinaria de líneas de investigación, de posibilidades reflexivas y de construcción de cuerpos teóricos. Alcanzar la multidimensionalidad permitirá comprender y definir la naturaleza de la transición de la actual vida societal en términos teóricos; pero también nos permitirá reconstruir nuestra capacidad de manejar y encauzar el ritmo y la aceleración del cambio, su transitoriedad, su novedad y su diversidad ayudándonos a construir, diseñar y concebir las futuras opciones posibles, viables y deseables.

PRIMERA PARTE

HACIA LA MULTIDIMENSIONALIDAD

1. REFLEXIONES EN TORNO A LOS SUJETOS, LOS ACTORES, LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA ACCIÓN COLECTIVA

Introducción

Con las reformas agropecuarias impulsadas por el Estado, después de casi una década de adormecimiento teórico, se ha generado una amplia discusión sobre el desarrollo del campo en México y sobre los individuos, grupos, clases o instituciones capaces de impulsarlo.

Esta polémica incluye aspectos como la inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial, el TLC y el papel del sector agropecuario, el acceso a los recursos naturales, el desarrollo sustentable, la nueva relación campo - ciudad, la pobreza rural, los procesos políticos en el campo, la posibilidad de un modelo alternativo y los actores o sujetos sociales juegan un papel preponderante en ella.

De los temas anteriores, los actores o sujetos sociales, recientemente se han convertido en motivo de reflexión e investigación social. En la mayor parte de los congresos, seminarios, encuentros y simposios, que se han llevado a cabo en últimas fechas, los actores o sujetos sociales son un tema incluido en la agenda de discusión. También, en la mayoría de las publicaciones sobre el medio rural la situación es similar: Memoria del coloquio *El desarrollo rural en México en el siglo XXI* (Comisión de Agricultura, 1996), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio* (Grammont y Tejeda, 1996), *Los nuevos sujetos del desarrollo rural* (Varios, 1991), *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural* (Moguel, Botey y Fernández, 1992), son algunos casos.

Actualmente, la mayoría de investigadores sobre el medio rural, nos hablan de actores, agentes y, sobre todo, de sujetos sociales. ¿Qué significa y cuáles son las consecuencias del uso de dichos conceptos? Todo parece indicar que, al surgimiento de una moda, todos nos adherimos prácticamente sin tomar una posición crítica.

En los análisis sobre los sujetos o actores sociales, es notable, la ausencia marcada de una definición de lo que se entiende por sujeto o actor social. A primera vista parecerían conceptos transparentes, no generadores de disputas teórico- metodológicas y entendidos, comprendidos y aceptados por todos.

Además de la ausencia de una discusión de los conceptos, en una gran cantidad de casos, es notable descubrir la referencia a sujetos o actores sociales que aluden e invocan a lo que en un pasado relativamente reciente se conceptualizaba como clase social. Por ejemplo, hoy se estudia a los campesinos u obreros, denominándolos sujetos o actores sociales.

No sólo se hace referencia a estos dos actores o sujetos sociales, sino que incluye a los indios, los homosexuales, los o las sexo servidoras; sujetos, individuos y grupos poco atendidos por las ciencias sociales en el pasado.

Lo anterior se complica aún más, en algunos casos, cuando la referencia a los sujetos o actores sociales alude a los movimientos sociales o formas de acción colectiva y, en otros casos, a grupos, individuos o instituciones que no implican una movilización.

Ante todo esto, surge una vital e importante pregunta: ¿Realmente estamos frente a una moda, o el uso constante del concepto sujeto o actor social esconde deficiencias paradigmáticas, producto de la insuficiencia y carencia de desarrollos en los instrumentos teórico - metodológicos ante los vertiginosos y aplastantes cambios de nuestras sociedades?

Justamente, en este espacio, pretendemos reflexionar en torno a los problemas arriba indicados.

1.1. El devenir del ser y el devenir del logos: una gran distancia

La sociología, en tanto que disciplina social, incursiona en campos de estudio cada vez más numerosos y complejos. La variedad y la heterogeneidad de los problemas y procesos sociales han propiciado el surgimiento y la consolidación de nuevas especialidades sociológicas así como la adecuación del instrumental analítico y de los métodos de investigación y una redefinición de su objeto de estudio para interrogar una realidad contemporánea marcada por una dinámica y una complejidad sin precedentes.

Una de esas especialidades sociológicas es la sociología rural. Desde su inicio se impusieron dos estilos de investigación¹. El primero abarca los paradigmas (Kuhn, 1993) de la sociología macro o colectivista asociada al positivismo lógico, que a partir de un enfoque estructural deriva el papel del individuo, caracterizada por proporcionar una

¹ Abrimos una dicotomía entre los enfoques colectivistas y los individualistas.

explicación causal a los fenómenos sociales. Dentro de esta vertiente ubicamos los paradigmas del particularismo etnográfico, el estructural- funcionalismo, el marxismo, la teoría de la dependencia y la ecología cultural (Hewitt, 1988). El segundo estilo de investigación es el de los paradigmas micro o individualistas vinculados a las teorías interaccionistas, a partir del individuo deriva la estructura. Aquí ubicamos la sociología comprensiva de Weber, el interaccionismo simbólico y la etnometodología (Giddens, 1990). Sin embargo, a partir de los años ochenta se puede detectar en el análisis sociológico y en los estudios sobre los problemas del campo, una línea de investigación utilizada por la comunidad de sociólogos caracterizada por el intento y la búsqueda de un acercamiento entre los estudios macro y microsociológicos; esta tentativa ha sido denominada por algunos autores desarrollos multidimensionales (Jeffrey, 1989).

Los problemas relativos a la naturaleza de los retos que enfrenta la sociología y la sociología rural, en particular, provienen de dos planos²: el primero se ubica en el interior del cuerpo teórico sociológico y el segundo está fuera de éste .

En el plano interior y desde un análisis epistemológico se observan dos estilos o tendencias de investigación cada vez más encontrados³. Por una parte encontramos los estudios que privilegian la explicación y, por otra, los que enfatizan la comprensión y la interpretación. Quienes utilizan la primera opción se ubican en el positivismo lógico y los que emplean la segunda, en el terreno de la hermenéutica y la fenomenología.

En el campo del desarrollo teórico se detectan, a su vez, dos tendencias contradictorias⁴. Las primeras parten de las estructuras a partir de las grandes teorías de los sistemas sociales, de las teorías sistémicas o de las teorías de los modos de producción. Las segundas utilizan las microteorías, tales como el interaccionismo simbólico, la teoría del intercambio, la etnometodología o la antropología interpretativa.

Por último, en el área de la metodología sobresalen los que utilizan técnicas de investigación de carácter cuantitativo desde la macrosociología o teoría colectivista y los que utilizan técnicas de tipo cualitativo, como las historias de vida o las entrevistas cara a cara, propias de la microsociología o teoría individualista.

² Abrimos otra dicotomía entre el devenir del logos o plano interno y el devenir del ser o plano externo.

³ Aquí estamos frente a otra dicotomía que coincide tendencialmente con los enfoques colectivistas y los individualistas.

⁴ Volvemos, en realidad, a la dicotomía entre enfoques colectivistas e individualistas.

Así pues, en el plano interior destacamos la tendencia dicotómica contradictoria entre teorías individualistas y colectivistas y la necesidad de una búsqueda multidimensional. Desde el plano exterior el neoliberalismo con sus extraordinarios y abigarrados cambios, que apuntan a la consolidación de un moderno sistema mundial, impacta el quehacer cotidiano de la sociología y la sociología rural. En este plano exterior destacamos la necesidad de insertar el estudio de los cambios producidos por el neoliberalismo en la sociedad moderna, de los fenómenos emergentes y de la forma en que la sociología y la sociología rural se apropia o no de ellos.

A continuación abordaremos de manera más detenida ambos planos en que se manifiestan los retos de la sociología y de la sociología rural⁵.

1.1.1. El plano interior o el devenir del logos

El legado teórico del pensamiento sociológico clásico y la situación institucional del primer tercio del siglo XX brindan el marco temporal y espacial para el surgimiento de una gran figura: Talcott Parsons.

La Primera Guerra Mundial, la Revolución Soviética, el surgimiento del fascismo y la crisis económica de 1930 son convulsiones sociales que influyen en la síntesis parsoniana junto con el cambio regional y cultural del centro de gravedad de la sociología académica norteamericana: de la Universidad de Chicago a la Universidad de Harvard.

A Parsons le interesaba reconstruir la sociología europea y norteamericana brindando una síntesis para eliminar las escuelas conflictivas que las habían dividido. La ambición ideológica para elaborar un nuevo sistema de teoría abstracta, *La estructura de la acción* (1937), *El sistema social* (1951) y *Hacia una teoría general de la acción* (1951), representaron la posibilidad de encontrar un derrotero para devolver la razón a la cultura y lograr el control individual de la sociedad. El hecho de que no haya logrado ninguna de ambas cosas no disminuye la grandeza de su esfuerzo. La búsqueda de Talcott Parsons y su falta de éxito creó el marco para el debate contemporáneo (Jeffrey, 1989).

A finales de la década de los cincuenta los conflictos que destruirían a la sociedad capitalista (Marx) o que serían superados por la sociedad moderna (Parsons) aún estaban

⁵En sentido estricto el reto implica a todas las ciencias sociales.

ahí. La posibilidad de crear una sociedad justa quedó en tela de juicio y, por tanto, la teoría de Parsons fue criticada por imprecisa y pretenciosa.

Alimentada por un renovado pesimismo ideológico y respaldada por una base institucional autónoma, una nueva generación de teóricos, fundamentalmente norteamericanos, arremetió contra la sociología funcionalista de posguerra (Munch, 1990).

Después de la hegemonía de Parsons surge una serie de escuelas y movimientos antiparsonianos, algunos con la clara pretensión, de superar al maestro llenando los huecos y corrigiendo sus imprecisiones; otros, con la base y el andamiaje parsonianos reorientan hacia nuevos horizontes las propuestas e implicaciones de aquel. Y, finalmente, los pocos, rompen con el camino trazado por la *Gran Teoría* parsoniana para experimentar y descubrir nuevos caminos.

De la sociología antiparsoniana podemos citar cuatro tendencias, las más representativas, como prototípicas de la búsqueda de nuevas sendas: la teoría del conflicto de John Rex; la teoría del intercambio de George Homans; el interaccionismo simbólico de George Herbert Mead, Herbert Blumer y Erving Goffman y la etnometodología de Harold Garfinkel (Giddens, 1990).

La sociología de hoy en día ya no está consagrada al esfuerzo por destronar a Parsons. Los sociólogos de hoy citan y recuerdan, a veces con nostalgia, la obra de Parsons, pero ya no es aquel debate de frente, cara a cara con su teoría de la acción. En la actualidad los debates giran en torno a otras preocupaciones. La teoría sociológica actual hoy no es antiparsoniana: es posparsoniana (Jeffrey, 1989).

La teoría de Parsons era ambiciosa y ambivalente. Los acontecimientos de fin de siglo, con toda su complejidad y vértigo, propician el afloramiento de las fallas y problemas cruciales de su teoría. Los retadores dejaron sus batallas contra Parsons para establecer sus propias tradiciones. Es así como se inicia una nueva fase de la teorización sociológica que consiste en la búsqueda, vieja por cierto, de una teoría satisfactoria acerca de la sociedad moderna (Bottomore, 1988).

Esta nueva fase de teorización sociológica se ha desarrollado de dos maneras: como teorización sistemática y como reinterpretación de los clásicos (Jeffrey, 1990). Ambas formas comparten una preocupación, que desde nuestro punto de vista se trata del reto

más grandioso y fascinante que enfrenta hoy en día la sociología y la sociología rural, la reintegración del voluntarismo subjetivo y la restricción objetiva.

La preocupación se traduce en un esfuerzo orientado hacia la construcción de un lazo entre lo micro y lo macrosocial. También es a la vez un cerrar brecha entre lo micro - macro, es decir, entre el interés por el estudio y la investigación de unidades pequeñas o individuales y el interés por las unidades de mayor tamaño: instituciones o sociedades enteras.

La construcción del lazo significa un afán por relacionar conceptualmente la acción e interacción individual y colectiva con las estructuras sociales. Significa ligar la acción con la estructura, la subjetividad con la objetividad y el individualismo con el colectivismo (Jeffrey, 1989).

A la vez, este afán relacionador, es una ambición, es una pretensión: lograr la síntesis de tradiciones. Significa que las flaquezas de un conjunto de ideas, corrientes, escuelas o paradigmas se puedan desechar y sus puntos fuertes se puedan retomar, elaborar e integrar con los puntos fuertes de otras tradiciones⁶. Este enfoque es la idea central de la nueva fase de teorización sociológica; es un proceso en marcha que ha originado un término: "Multidimensionalidad" (Jeffrey, 1989).

La multidimensionalidad es un nuevo reto, el más fascinante de estos tiempos. La multidimensionalidad pretende ser una posición que puede explicar el mundo social de manera total, coherente y satisfactoria; quiere ser una perspectiva desde la cual toda la variedad de teorías sociológicas rivales se puedan interpretar con justeza, sin dejar de lado ninguno de sus intereses parciales. Finalmente, la multidimensionalidad pretende ser la interpretación y reinterpretación de teorías pasadas como una senda posible para el encuentro con un horizonte teórico mucho más vasto, rico y complejo⁷.

Anthony Gideens y Randall Collins, son ejemplo de dos teóricos con un enfoque multidimensional, se alejan del debate Parsons-antiparsons, conflicto - orden y construyen propuestas originales inspiradas en el trabajo etnometodológico, con el fin de enlazarse con el estructuralismo marxista y diversas clases de estudios sobre la cultura.

⁶No es exactamente la idea del *mesotes* aristotélico (Aristóteles, 1972), sino la búsqueda de los puntos de contacto intermedios.

⁷No pretendemos insinuar que la multidimensionalidad se construya como pensamiento único, de hecho la búsqueda implica el arribo a los multiparadigmas o pensamientos complejos con múltiples formas de abordar la vida societal (*Metapolítica*, 1998).

Otro autor multidimensional es Jürgen Habermas, que va de la crítica y reestructuración del marxismo (defensa del marxismo contra sí mismo), al interés por la subjetividad y la motivación, pasando por el rechazo total de la divisoria entre marxismo y sociología. La teoría de Habermas es un intento de reinterpretación de los clásicos y de la teoría crítica de Horkheimer y Adorno de tal modo que resulten mutuamente accesibles para lograr una relación entre sistemas estructurales y mundos vida.

Un heredero de la llamada teoría de sistemas, Niklas Luhmann, también es un autor multidimensional. Hereda y asimila la obra de Talcott Parsons, con la que entra en contacto durante los años cincuenta en Estados Unidos. Su obra está dedicada a la elaboración de una explicación omnicomprehensiva de los fundamentos de la sociedad. Sus preocupaciones han sido amplias y su reflexión ha tocado problemas como la constitución de la comunicabilidad, la definición de la complejidad y significados normativos de las estructuras, el Estado benefactor y los intentos fundacionales para revitalizar una ingeniería productora y regeneradora de los sistemas sociales. Con su concepto de autopoiesis en el centro de su teoría ha sostenido largas y arduas polémicas con pensadores como Habermas y Karl Otto Apel.

Desde otras perspectivas, pero con planteamientos que buscan la multidimensionalidad, encontramos autores como Pierre Bourdieu, Alain Touraine, Alberto Melucci, Alessandro Pizzorno y, en México, a Víctor Manuel Durand Ponte y Hugo Zemelman.

La nueva etapa del análisis sociológico (Bottomore, 1988), caracterizada por la búsqueda de lo multidimensional, es la posibilidad de trascender la controversia entre enfoques individualistas y colectivistas. Esta controversia es la historia del análisis sociológico.

Los sociólogos en su enfrentamiento con la realidad asumen presuposiciones o supuestos ya sea de un polo individualista o de un polo colectivista. Así cada teoría toma una posición, adopta una actitud en la controversia entre enfoques individualistas y colectivistas.

Si un teórico social presupone un enfoque o posición colectivista los patrones sociales son previos a todo acto individual específico. Las estructuras son producto de la historia como externas al individuo. Por ello el individuo enfrenta en su vida social a las estructuras, al orden social. La estructura, entonces, orienta, guía, conduce todo acto

individual sin excepción: determina la dirección de la acción. Un ejemplo es la economía que determina la dirección de los actos económicos individuales; no son los actos individuales los que determinan o hacen a la economía; la economía crea a los empresarios no los empresarios a la economía.

Otro ejemplo es el sistema religioso determinante de la conducta de un creyente individual. La iglesia crea y orienta al individuo, no a la inversa: la iglesia permite el surgimiento de la fe, no es la fe la que crea a la iglesia. Un último ejemplo son las organizaciones partidarias productoras de políticos; no son los políticos los que crean o constituyen los partidos políticos.

Por el contrario, si un teórico social presupone un enfoque o posición individualista, los actores o sujetos en sus interacciones individuales producen a las estructuras. Los individuos tienen un elemento de libertad: pueden construir, alterar, producir los fundamentos del orden social. Esta dicotomía: individuo - sociedad engloba a las tradiciones fundamentales de la sociología, a la historia del pensamiento social. La dicotomía encierra un juego de valores fundamentales expresado en una tensión entre libertad y orden. Las teorías individualistas (Dawe, 1988) son atractivas y poderosas porque preservan la libertad individual de manera abierta, explícita y total. Dan por supuesta la integridad racional y/o moral del individuo, entienden que el actor o sujeto es libre de su situación, ya se la defina como coerción material o influencia moral.

Pero, el enfoque individualista paga un alto precio teórico por esa libertad: otorga un voluntarismo poco realista y artificial al actor en la sociedad. La teoría individualista no presta un verdadero servicio a la libertad, ignora las amenazas reales que la estructura social plantea. También ignora el gran sostén brindado por las estructuras sociales a la libertad. La teoría individualista alienta la ilusión de que los individuos no necesitan de otros individuos ni de la sociedad misma.

Las teorías colectivistas reconocen la existencia de controles sociales, en consecuencia pueden someter dichos controles a un análisis. En este sentido, el pensamiento colectivista ¿tiene ventajas sobre el pensamiento individualista? La respuesta es sí. Por eso se explica su hegemonía a lo largo y ancho de la historia de la sociología. Por supuesto la afirmación anterior no pretende descalificar a los enfoques individualistas, ni tampoco decir que los enfoques colectivistas son los correctos como alternativa

explicativa.

¿Qué pierde la teorización colectivista? ¿Cómo se relaciona la fuerza colectiva con la voluntad individual? Intentar responder a estas importantes y vitales preguntas implica asomarnos a las dos variantes del enfoque colectivista y sus supuestos específicos acerca de la acción.

Las teorías colectivistas pueden entender a la acción como racional - instrumental; formas de acción motivadas por actos relacionados sólo en atención a la eficacia técnica de costo- beneficio. Para estas teorías colectivistas, las estructuras colectivas (los sistemas políticos y/o económicos) son externas, controlan a los actores y sujetos desde fuera (les guste o no), independientemente de su voluntad, conciencia, pasiones o sentimientos. ¿Cómo controlan las estructuras a los individuos? Por medio de sanciones punitivas y recompensas positivas. El actor o sujeto se convierte en un individuo o grupo calculador y siempre ofrece una respuesta objetiva a una influencia externa. La consecuencia de este enfoque es la siguiente: los "motivos" desaparecen como preocupación teórica. La subjetividad queda excluida del análisis colectivista. Así, la respuesta del actor o sujeto se puede predecir a partir del análisis de su ámbito externo. Es más, se podrían eventualmente controlar las respuestas controlando el factor externo. Lo crucial es el ámbito no la naturaleza del actor o sujeto.

Las teorías colectivistas pueden entender a la acción de otra manera: no racional, sí cultural y moral. Percibe a los actores o sujetos como guiados por ideales y emociones situados dentro, no fuera de los individuos o grupos: es el reino interno de la subjetividad estructurado por el encuentro de objetos externos. Las estructuras extraindividuales se internalizan en el proceso de socialización. Es una relación entre el interior y el exterior. El peligro de este tipo de teorización es dar por sentado una complementariedad innata entre la voluntad individual y la colectiva.

Cada una de estas dos variantes de los enfoques colectivistas tienen méritos, pero también tienden a una peligrosa unidimensionalidad; exactamente lo mismo podría decirse de los enfoques individualistas y colectivistas juntos.

Las presuposiciones acerca de la acción y el orden son las pistas por donde corre la sociología. Estos supuestos cierran y abren caminos hacia nuevas y prometedoras posibilidades o colocan camisas de fuerza; es por cierto lo que arroja un balance de la

historia del análisis sociológico de donde no se puede escapar fácilmente.

Las teorías individualista y colectivista no sólo son las vetas principales de la tradición clásica, constituyen un legado de la teoría sociológica contemporánea; son toda una gama de recursos que dieron origen a las nuevas y actuales preocupaciones sociológicas. ¡Cuán importante sería una síntesis! A ello se reduce la preocupación actual de la sociología. La sociología contemporánea por varios caminos a veces contradictorios, como en el caso de Habermas y Luhmann, buscan entrelazar posturas en un intento por delinear nuevos caminos.

La multidimensionalidad abarca a diferentes reconstrucciones de visiones menos rígidas, aunque más complejas, dirigidas hacia la fusión de ambos enfoques: individualismo y colectivismo. Es el reto por dimensionar correctamente los valores involucrados en los problemas relativos a la interacción entre estructura y acción social (individual y colectiva), desarrollando estrategias reconstructivas de la sociedad bajo perfiles de rigor, historicidad, complejidad y conexión entre lo micro y lo macro.

1.1.2. El plano externo o el devenir del ser

Desde comienzos del decenio de los setenta en los países del primer mundo, y a partir del comienzo de los ochenta, para países del tercer mundo, se aceleraron las transformaciones internacionales que condujeron a la conformación de un nuevo sistema mundial (Dabat, 1993) y, con ello, a una nueva estructura de la vida económica, política y cultural del mundo.

En ello fueron determinantes la presencia de la revolución informática, la reestructuración capitalista, la reorganización del espacio geopolítico internacional (regionalización) y la interdependencia ecológica mundial.

El principal sustento del cambio fue la revolución informática, con base en la extensión y difusión a nivel internacional de nuevos patrones productivos y organizacionales; un ejemplo son las reconversiones industriales, así como el establecimiento de redes digitales, de comunicación e información (Luhmann, 1994).

La reestructuración del capitalismo sustituyó los fundamentos keynesianos y fordistas de la organización societal anterior, propios del Estado benefactor, por otros de carácter neoliberal y posfordista, estableciendo nuevas relaciones entre mercado y Estado, capital

y trabajo, mercado mundial y mercados nacionales y la especialización de algunas naciones en torno a una nueva división internacional del trabajo (Villasuso, 1990).

La interdependencia económica mundial se basó en los eslabonamientos productivos establecidos por el comercio, la inversión directa y los complejos productivos aglutinados en torno a las empresas transnacionales, así como en un nuevo sistema internacional de crédito edificado a partir de la globalización de los mercados financieros⁸.

Como resultado del ascenso de nuevas potencias industriales, el desmoronamiento del bloque soviético y el desenlace de la guerra fría, desapareció la hegemonía estadounidense en el capitalismo mundial, surgen la comunidad económica europea y los tigres y dragones asiáticos como potencias. Se termina el mundo bipolar: el capitalista y el socialista. Es decir, desaparece el sistema de tres mundos y la funcionalidad del sistema regulatorio impuesto por el orden mundial de la posguerra.

Junto con la unificación del mercado mundial, surgió un nuevo regionalismo supranacional, como producto de la descomposición del segundo mundo y la transformación de los países del tercer mundo, regionalismo característico de un capitalismo emergente (Escudero, 1992).

El regionalismo supranacional condujo a la constitución tendencial de grandes complejos nacional- territoriales que siguieron a la creación de la Unión Europea, un ejemplo es el bloque E.U.- Canada - México. La unidad de los procesos generó una nueva dinámica mundial que integró y polarizó a los países en torno a una lógica de funcionamiento global mucho más abierta, competitiva y macroregional.

Esta unidad de procesos no sólo tiene que ver con la esfera económica de la sociedad (Vickers, 1995), tocan lo político y lo cultural. La cancelación de programas gubernamentales y políticas públicas, la privatización (Donahue, 1991) y la desincorporación de empresas públicas, la desregulación, la suspensión o recorte del

⁸La globalización puede ser definida como la intensificación a escala mundial de las relaciones sociales que enlazan entre sí a localidades muy distantes, de tal modo que lo que ocurre localmente está determinado por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia y viceversa. Sabemos desde Marx que la economía capitalista es naturalmente expansiva y tiende a la internacionalización, pero sería un error limitar la globalización sólo a su dimensión económica. La globalización ostenta cuatro dimensiones estrechamente relacionadas: la división del trabajo, la economía mundial capitalista, el sistema de naciones- Estados y el orden militar mundial. En el orden político global, los bloques de naciones- Estados son los elementos principales; pero en el de la economía mundial, son las grandes

gasto público, la innovación en las formas de asignar los recursos públicos, la descentralización, la corresponsabilidad ciudadana en la gestión pública rompen con estilos consagrados de decisión y gestión y, de golpe, con los nudos de la tradicional relación entre las organizaciones sociales, los movimientos sociales, la acción colectiva y los poderes estatales (Calderón, 1991)⁹.

El nuevo patrón neoliberal modifica reglas (escritas o no), procedimientos (formales o no), expectativas (legales o no), concepciones (medidas o desmedidas) de la relación entre sociedad civil y sociedad política¹⁰ (Dos Santos, 1987). En esencia, se redefinen los linderos del ámbito político y del ámbito privado: ¿Cuáles asuntos alcanzan el rango de interés público y de agenda de gobierno, y cuáles asuntos son de naturaleza privada a desahogar dentro del perímetro de las interacciones particulares? (Nelson, 1992).

corporaciones transnacionales (Giménez, 1994).

⁹El modelo neoliberal tiene repercusiones complejas y contradictorias para los movimientos sociales y las acciones colectivas. Puesto que el neoliberalismo aumenta el papel del mercado y redefine la función del Estado tiene efectos de largo alcance en la sociedad civil y en la sociedad política con su efecto desarticulador. Por tanto, las repercusiones que el neoliberalismo tiene sobre el Estado y la sociedad civil y la relación entre ambos resulta sumamente compleja. La esencia del modelo neoliberal es opuesta a los intereses de buena parte de la sociedad civil colocándola a la defensiva, al mismo tiempo que aumentan las tensiones entre ésta y el Estado. El neoliberalismo pretende devolver a la sociedad y a los individuos las funciones que el Estado se ha apropiado indebidamente. Al reducir o redefinir el papel del Estado, el neoliberalismo debiera devolver el poder a la sociedad en su conjunto y tendría que haber más espacio para la acción colectiva autónoma de una amplia gama de actores y sujetos sociales. Desafortunadamente, esta favorable visión del renacimiento de la sociedad civil queda desvirtuada por la cruda realidad de la crisis continua, las políticas institucionalizadas y abiertamente neoliberales y una ciudadanía fragmentada e incompleta (Roxborough, 1994).

¹⁰El uso del concepto sociedad civil nos remite a la dicotomía Estado - sociedad civil o sociedad política-sociedad civil. El empleo de estos términos es un recurso para el analista social ya que pueden ser deslindados claramente en lo conceptual o plano abstracto, en el empírico, es decir, en lo realmente existente ambos aparecen fusionados. Se trata de un constructo social posibilitador del acceso al plano empírico o al devenir del ser. En los estados modernos se da una compleja interpenetración institucional y procesal de las categorías analíticas de Estado y sociedad civil, de manera que resulta complicado diferenciar uno de otro en modos concretos. Cuando en la sociedad civil los individuos y los grupos se organizan y actúan políticamente, se convierten, en la mayoría de los casos, en sociedad política. A medida que se organizan, sus actividades son reguladas por la ley y el orden administrativo; el Estado entra en la constitución de las organizaciones de la sociedad civil. Cuanto más se extienden sus actividades, y cuanto más institucionalizadas se vuelven, más poroso se torna el límite entre dichas organizaciones de la sociedad civil y el Estado. Aunque aún es posible deslindarlos, sus relaciones no son simples o exclusivamente de adversarios. Estas organizaciones políticas que emanan de la sociedad civil desean rendimiento del Estado a partir de sus demandas, lo cual necesariamente las incluye en estrategias tanto de conflicto como de cooperación con varias instancias del aparato estatal. Algunas de ellas se vuelven Estado al participar en el poder. Otras que se declaran en su nacimiento como independientes del Estado o no gubernamentales, terminan relacionándose con las estructuras gubernamentales con distintos grados de acercamiento y vinculación (Roxborough, 1994).

Con ello, en cascada, se descartan o devalúan ciertos intereses de grupos, acciones colectivas o movimientos sociales, se alteran los patrones de interlocución y los canales de acceso a la política, pierden significado ciertas prácticas de representación e integración de intereses, ciertos discursos, ciertos liderazgos y fuerzas políticas claves e importantes en otro contexto: el no neoliberal. Ocurre una redistribución del poder político y un reacomodo de la cultura política a consecuencia de la reducción, el ajuste, el adelgazamiento del Estado¹¹. Al mismo tiempo, emergen nuevos actores o sujetos, nuevos movimientos sociales y nuevas formas de acción colectiva, con organizaciones, ideas, prácticas, discursos alternativos y líderes nuevos (Keame, 1992).

Es sorprendente ver la rapidez del desmantelamiento de la visión estatista de la sociedad (Vernon, 1992). Formados en la izquierda, acostumbrados a estigmatizar la naturaleza y la instrumentalidad expoliatoria y clasista del Estado, no supimos qué partido tomar, si festejar la declinación del intervencionismo estatal o si alarmarnos por su reflujo privatizador. Los acontecimientos de los países socialistas complejizaron aún más nuestros análisis y desordenaron nuestros marcos teóricos explicativos y políticos.

Los nacionalistas (revolucionarios o no), sustentadores de la idea del Estado fuerte y activo como condición para la unidad nacional, la integración, la justicia social y el desarrollo económico, tampoco supieron precisar su posición. La impresionante relación entre Estado, política y nación comenzó a borrarse ante la inestabilidad y la desesperanza que el gobierno autónomo y el Estado sin contrabalanza social habían provocado. La emergencia y apogeo de la sociedad civil, traducida en el surgimiento de

¹¹Algunos teóricos definen al Estado como la interacción de tres elementos. Primero: el Estado es un conjunto de instituciones, manejadas por el propio personal estatal, entre las que destaca muy particularmente la que se ocupa de los medios de violencia y coerción. Segundo: esas instituciones se localizan en el centro de un territorio geográficamente delimitado, atribuido generalmente a una sociedad; hacia el interior. El Estado vigila severamente a su sociedad nacional, y hacia el exterior a las numerosas sociedades con las que debe relacionarse. Tercero: el Estado, monopoliza el establecimiento de reglas al interior de su territorio, lo cual tiende a la creación de una cultura política común compartida por todos los ciudadanos (Hall, 1991). Otros asumen que el Estado puede ser descrito como una configuración compleja de tres sistemas: el jurídico, el sistema político y el sistema de políticas. En el primero se establecen los derechos de propiedad de los individuos, en el segundo, sobre la base de los derechos mencionados, se generan las relaciones formales e informales entre gobernante y gobernados, que conforman el marco sociopolítico efectivo de la toma de decisiones del primero, y el tercero, sobre la base de las características de los dos primeros, se generan políticas, decisiones y acciones estatales (Bazúa, 1993). Ambas formas de definir al Estado, hacen difícil la separación entre sociedad civil y Estado. En este trabajo, el concepto Estado implica tal separación. Así pues, Estado aparece como sinónimo de sociedad política no de sociedad civil. Con el concepto de sistema político trataremos de dar cuenta de la compleja relación de interpenetración y dependencia que existe entre ambos polos de la dicotomía.

nuevos sujetos o actores, movimientos sociales y nuevas formas de acción colectiva en los años ochenta, en distancia y polémica con los poderes estatales, fue argumento de jaque a la idea hiperestatizadora.

Hoy domina una idea neoliberal respecto al Estado (Donahue, 1991). Privatización, desincorporación, desregulación, liberalización y apertura no son procesos para dismantelar y extinguir el Estado. Son procesos importantes y necesarios para devolverlo a sus funciones originales, a su razón de ser. Dicho en lenguaje de economía neoclásica: para hacerse cargo de bienes públicos, externalidades, monopolios naturales y asimetrías de información, puntos donde falla el mercado en la asignación eficiente de recursos (Gurrieri, 1990).

Más allá de las razones de eficiencia, dice esta idea conservadora, el Estado también interviene en la solución de los problemas sociales y en la provisión gubernamental de los bienes y servicios que las poblaciones atrapadas en la pobreza y marginación requieren y exigen (Donahue, 1991).

Este Estado devuelto a sí mismo tiene funciones básicas, numerosísimas y cruciales a desempeñar (Sojo, 1992). Resurge, entonces, el problema de la racionalidad de sus decisiones, del tino, inteligencia y responsabilidad de las políticas públicas, frente a la acción colectiva de nuevos y tradicionales actores o sujetos (Nelson, 1992).

Los cambios que se dan en el nivel de la acción colectiva, constituyen apenas la punta de un iceberg social que se expresan, más que como una respuesta defensiva a la crisis y al cambio, como la emergencia de una franca transición societal con dirección incierta. No se sabe todavía cuáles serán los resultados de los cambios iniciados en América Latina en la década de los años ochenta. No se sabe si el resultado será la emergencia de sociedades posmodernas o sociedades en caos, o sociedades altamente dualizadas, con escasos mecanismos de movilidad e integración global o sociedades que evolucionarán hacia lo societal en sí mismo, cuyo resultado podría ser el predominio del sistema político sobre la sociedad y la diferenciación y fragmentación de los actores o sujetos sociales o a la inversa.

No se sabe incluso, si podrá persistir en el imaginario social o en el análisis un solo modelo de acción colectiva o por el contrario, la sociedad al complejizarse requerirá de una diversidad de formas de abordarla acorde a su compleja heterogeneidad. Lo que sí

sabemos es que la actualidad todavía no se caracteriza por contar con teorías consistentes y explicativas de este mundo incierto.

1.1.3. Un desafío

Lo novedoso de la teoría en el campo de conocimiento de la sociología es su diversidad y profundización. Durante los años ochenta se cuestionaron los postulados de un marxismo ortodoxo y de un estructural - funcionalismo agotado que impedía el análisis de lo social.

En los noventa, es posible distinguir una tendencia hacia la búsqueda de nuevas formas de razonar los problemas permitiéndonos prever una mayor exigencia en las teorías y técnicas de investigación propias de la sociología; a través de la búsqueda multidimensional.

Esa nueva tendencia se distingue por las siguientes características: el abandono de un solo esquema explicativo y tiende a incorporar conceptos de otros marcos explicativos; el grado de acercamiento de las teorías individualistas y colectivistas a partir del reconocimiento de los sujetos y actores sociales y la acción colectiva; la utilización de explicaciones multidimensionales en el análisis de los problemas sociales; una mayor confianza en la utilización de técnicas cuantitativas: aplicación de la estadística en técnicas de muestreo y a estudios de opinión y utilización de paquetes computacionales; y cualitativas: historia oral y memoria colectiva; abordar enfoques o áreas de conocimiento que antes se consideraban difíciles de estudiar, como en el caso del psicoanálisis, la lingüística y la psicología -por citar sólo algunos ejemplos- para su aplicación a temas como los de la religión o las manifestaciones culturales.

Resulta difícil afirmar que existe un nuevo paradigma que de manera exclusiva se erige como dominante y capaz de dar cuenta de todos los retos teóricos y empíricos que se le presentan a la sociología.

La sociología rural aparece, respecto al marco de la sociología en general, atrasado. Por ello es una tarea imprescindible y urgente la apropiación y discusión del camino andado. Con esto no pretendemos concluir que nada se ha hecho desde la sociología rural, aunque, lamentablemente, es poco. Sólo se pretende llamar la atención para urgir el paso hacia tres vertientes que ensayan nuevos enfoques o interpretaciones en el análisis de los

estudios sobre problemas relativos a la sociedad rural.

Estas vertientes son: el análisis de los nuevos sujetos o actores sociales y sus acciones colectivas que se derivan de la redefinición del papel del Estado en el ámbito público; el estudio de los nuevos procesos de reproducción social que afectan la configuración de las nuevas familias en los espacios de la sociedad rural; y el de los espacios de constitución de nuevas subjetividades e identidades político - culturales que resultan de los intensos procesos de modernización, potenciados por la eficacia de los medios de comunicación sobre las culturas regionales y locales.

De las tres vertientes mencionadas, desde nuestro particular punto de vista, la de los nuevos sujetos o actores sociales y sus acciones colectivas, respecto a las otras dos vertientes, es la más avanzada en un camino y en un compromiso hacia la multidimensionalidad. Sin embargo, quienes han detectado la necesidad de un enfoque multidimensional, un ejemplo es Alain Touraine (Touraine, 1995), se esfuerzan por demostrar la necesidad de esta búsqueda hacia la construcción multidimensional.

Podemos afirmar que no existen todavía teorías consistentes y explicativas de nuestro mundo contemporáneo; por esto vale la pena trabajar en ellas y recibir con brazos e imaginación abiertos y dispuestos, todo intento, como una forma de constatar e intentar llenar el vacío. Lo que tenemos enfrente constituye un programa de investigación y compromiso teórico y empírico a largo plazo; un desafío: el más fascinante de nuestra época.

1.2. Estructura y acción

Los análisis y las propuestas teóricas respecto a la vida societal y su devenir histórico en la teoría sociológica, se han dividido en dos grandes corrientes que albergan en su seno diversos enfoques: en un extremo, la que sostiene que el cambio societal se explica a partir de la estructura social para la cual la acción de los individuos, los grupos, los sujetos o actores sociales y las clases sociales está determinada por su ubicación estructural. Un ejemplo es el estructural - funcionalismo de Parsons. En el otro extremo, se encuentra aquella corriente que interpreta y sostiene que la vida social surge y se explica por la voluntad de los individuos y su acción; por tanto la voluntad se convierte en el elemento productor del cambio en las estructuras y un ejemplo lo encontramos en

la etnometodología. Ambos extremos de la teoría sociológica contienen y muestran insuficiencias en la comprensión del concepto que dejan de lado, excluyéndolo.

En el primer caso, la visión estructural predefine a los individuos, grupos, sujetos o actores sociales y clases sociales, considerando explicado el aspecto de su voluntad como un simple epifenómeno emanado y condicionado por lo estructural; en el segundo caso, la voluntad aparece como determinante de la vida societal ignorando la estructura o reduciéndola a un ente sin importancia. El análisis concreto sobre realidades específicas reproduce de manera inevitable la lógica de la corriente asumida, obligando al investigador a apelar y con ello favorecer los conceptos y visión de la teoría que sirve de punto de arranque conceptual.

Colocarse en uno u otro extremo de esta dicotomía implica construir un discurso analítico, limitado por las posibilidades y potencialidad de cada uno de los polos; aún más, cuando se conciben como teorías cerradas y se las explica de manera deductiva y dogmática.

El uso de una teoría cerrada perjudica la comprensión de los fenómenos sociales. Afirmamos la necesidad de abrir los extremos de la dicotomía en búsqueda de una reformulación teórica, cuya principal meta sea el esfuerzo por unificar la determinación estructural y la voluntad de los individuos, grupos, sujetos o actores, clases sociales, acciones colectivas y movimientos sociales como parte de la vida societal.

1.3. Una visión dominante

La historia del análisis sociológico se ha dividido, y se mantiene hasta la actualidad, en dos grandes corrientes: la que atiende a la vida societal desde la explicación estructural y la que lo hace tomando en cuenta al sujeto o actor en su acción y su subjetividad.

Pero estos extremos de la dicotomía, cuya separación implica un antagonismo, no han tenido el mismo papel y peso en la corta vida de las ciencias sociales.

Una de estas corrientes ha dominado en la teoría sociológica, desde el último cuarto del siglo XIX hasta la década de los años sesenta: la concepción dominante es la explicación estructural.

La reflexión sobre lo cotidiano y sobre todo lo que involucra subjetividad y sentido común, emociones y afectos, intencionalidad y voluntad, y marcos de interpretación y

construcción de la realidad, fueron considerados como fuente de confusiones, como un ámbito vinculado inevitablemente a los prejuicios que el conocimiento racional, como meta principal, había de desterrar.

La dominancia de un extremo se ilustra por la marcada influencia por un lado, del programa de investigación natural - positivista asociado a los nombres de Augusto Comte, Herbert Spencer, Emile Durkheim y Talcott Parsons; y, por el otro, del marxismo dogmático. Ambos han considerado, tácita o expresamente, que esta zona de lo social es sinónimo de premoniciones, de sentido común, de falsa conciencia, de obstáculos epistemológicos que necesariamente deben ser trascendidos por el investigador para acceder a una explicación científica de la vida social.

El debilitamiento del peso de esta tradición ha abierto la puerta a la recuperación de temáticas que habían permanecido prácticamente en el olvido disciplinario.

La emergencia de estos temas en el análisis sociológico contemporáneo está presidida por densos debates que cruzan lo filosófico, lo teórico, lo metodológico, lo epistemológico y lo ontológico y alcanzan incluso, no sólo lo disciplinario, también espacios políticos e institucionales.

En el caso de nuestro país y América Latina, el creciente interés por el tema, desde la década de los años ochenta hasta la actualidad, debe entenderse teniendo como referencia un contexto societal cambiante y un escenario disciplinario marcado por el rompimiento de teorías cerradas y dogmatismos y por la preocupación creciente para dar cuenta de fenómenos emergentes relacionados con cuestiones como los sujetos o actores sociales, las acciones colectivas, los movimientos sociales, la construcción de identidades colectivas y la formulación de políticas sociales alternativas al neoliberalismo¹².

¹²La identidad social se funda siempre en una matriz cultural portadora de emblemas que marcan sus fronteras. Pero esta matriz no se identifica necesariamente con la cultura objetivada observable, sino con la cultura subjetivada resultante de la internalización selectiva de los elementos de la cultura institucionalizada o preconstruida. Entendemos por identidad la representación que tienen los sujetos o actores sociales (individuos o grupos) de su posición en el espacio social y de sus relaciones con otros sujetos o actores sociales (individuos o grupos) que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio. En cuanto representación de un sí mismo o de un nosotros socialmente situados, la identidad es esencialmente distintiva, relativamente duradera y tiene que ser socialmente reconocida. La identidad cumple tres funciones básicas. La función locativa que significa que la identidad permite a los sujetos y actores autoubicarse y orientarse por referencia a las coordenadas del espacio social. La función selectiva se deriva del carácter operativo de las representaciones sociales, y significa que la identidad selecciona, en función de los valores que le son inherentes, el sistema de preferencias que los sujetos o

1.4. Sujeto, actor y clase social

A partir del *¿Qué Hacer?* de V. I. Lenin, en la formulación de la teoría marxista de las clases sociales predominó una interpretación mecanicista impuesta por el estalinismo, en la cual se privilegiaba de manera absoluta la estructura social y su dinámica como determinantes del resto del acontecer social. Así, las relaciones sociales de producción establecerían la posición de las clases sociales en la producción y su deber ser, surgido de la explotación del trabajo por el capital.

De tal suerte que la conciencia proletaria quedaba determinada en las relaciones de producción y correspondía al partido establecer su significado mediante la aplicación científica del marxismo y, como vanguardia, dirigir a los proletarios hacia la revolución socialista y hacia una nueva forma de sociedad. En el marxismo dogmático la clase obrera aparece como privilegiada para encabezar, en el futuro, la lucha anticapitalista y construir una nueva sociedad.

En torno a los conceptos de clase en sí y a la clase para sí, está el problema de la construcción de una clase en sujeto o actor históricos; del salto de la situación estructural al movimiento revolucionario. Es una interpretación economicista, en donde la esencia de una situación está ubicada tan sólo por las relaciones de producción. Por ello la determinación de vida social no implica la subjetividad de los sujetos o actores, arrinconándola al espacio de la estructura de donde se deriva la tarea históricamente necesaria del proletariado.

El tránsito de la clase en sí a la clase para sí, por medio de la adquisición de una conciencia de clase, se complementa con la tesis leninista de la conciencia de clase que llega desde fuera a través del partido y sus intelectuales, porque el proletariado es incapaz de alcanzar los niveles de abstracción necesarios, posibilidad que sí tienen los intelectuales del partido para sistematizar la conciencia, al tratar de encontrar la coincidencia entre estructura y conciencia.

Así la conciencia de clase es identidad colectiva pero también es subjetividad superada. Es decir, para el marxismo dogmático la subjetividad es falsa conciencia que al ser trascendida se convierte en conciencia sistemática. Este enfoque anula la acción

actores sociales y, por lo mismo, sus opciones de acciones colectivas. La función integrativa implica la posibilidad de integrar las experiencias del pasado con las del presente, en la unidad de una memoria colectiva compartida cuando se trata de identidades colectivas (Giménez, 1994).

individual o colectiva de los sujetos o actores sociales. La política, la ideología y la cultura son tratadas como epifenómenos relegados al terreno de la superestructura determinada por la base económica. (Durand, 1989).

Analizar las clases sociales desde el punto de vista del marxismo dogmático implica:

1. Dentro de la estructura social, la pertinencia de clase se define por la inserción en el proceso productivo, dicha inserción tiene efectos políticos e ideológicos, pero éstos reflejan, en último término, la estructura económica. Su autonomía es relativa.
2. La práctica de clase se define por los efectos producidos en la estructura social y, en último término, en la estructura económica. La expresión en las prácticas de clase se encuentra en la práctica política de clase, aquella que tiene por objeto, en último término, el aparato de Estado.
3. La relación entre estructura de clase y la práctica o acción de clase transita por los aparatos político - ideológicos. El aparato de dominación de las clases dominantes es el Estado. El aparato de las clases dominadas es el partido y el frente dirigido por él.
4. Las clases se definen en los niveles de lucha que se desarrollan en la práctica o acción. Pero dicha práctica sólo puede ser aquella que corresponde a las fases de desarrollo de la estructura económica. Se trata de establecer los criterios de adecuación entre prácticas de cada aparato político y los intereses específicos de la clase determinados por su inserción en lo económico y en las leyes objetivas del desarrollo histórico.
5. El proceso de desarrollo histórico se concibe como lineal, atenido a la formulación secuencial establecida en la teoría de los modos de producción.

Los cinco puntos referidos resumen el análisis objetivista del marxismo dogmático, cuyo problema es el tránsito de la clase en sí a la clase para sí, entre posición objetiva y la práctica o acción de clase.

En síntesis, la relación entre estructura y acción es resuelta mediante el determinismo estructural, situando el mundo de la subjetividad como un reflejo de lo objetivo.

Este enfoque ha sido cuestionado (Benitez, 1977) señalando que su aplicación, como un esquema categorial de clase a la realidad de América Latina, pone en evidencia las enormes dificultades a que se enfrenta el analista social para interpretar la realidad en términos de clase.

Los cuestionamientos nos ponen en guardia contra los esfuerzos de clasificación de las

clases sociales, de sus fracciones y categorías y, contra el determinismo estructural de la conciencia y de la práctica o acción de clase; estudios desarrollados de manera prolija en la década de los años setenta.

Las críticas nos advierten que cualquier intento por aplicar el análisis clasista para entender la realidad latinoamericana, sin las debidas mediaciones, sólo puede resultar en inútiles abstracciones.

Insistir en las dificultades para aprehender la realidad latinoamericana en términos del análisis de clases sociales y de la impotencia de los esquemas clasificatorios para resolver el problema teórico de la heterogeneidad de nuestras sociedades, no implica colocarnos junto a aquellos que pregonan el fin del marxismo (Fukuyama, 1995).

No se trata tanto de la inoperancia de la teoría de las clases sociales para analizar la realidad latinoamericana, como de la inoperancia del determinismo estructural expresada en problemas tanto en el nivel de la teoría como en el de los análisis concretos¹³.

Los problemas teóricos derivados de la heterogeneidad social no encuentran respuesta sólo en el nivel estructural, sino que deben buscarse también en el nivel de las prácticas o de las acciones, incorporando a los actores o sujetos, viejos y nuevos, como resultado de la mayor complejidad de las sociedades, ya que muchos de ellos no tienen un referente clasista.

1.5. Acción colectiva y movimiento social

A partir de la segunda mitad de los años sesenta, cobró importancia el estudio de los movimientos sociales en América Latina. El interés en el tema no fue motivado tanto por un vacío en la teoría y la preocupación por llenarlo, aunque debemos reconocer el

¹³No pretendemos dar a entender que el análisis de clase tenga que ser desechado. Lo que insinuamos es la necesidad de despojarlo del extraordinario peso de la conciencia de clase. La definición de identidad asumida en este trabajo posibilita tal tarea. Podemos continuar usando el concepto de interés desprendiéndolo de su determinación clasista. De tal suerte que definimos al sujeto como cercano al concepto marxista de clase en sí, pero sin el encuadramiento de clase y al actor como cercano al concepto de clase en sí, de igual manera despojado del elemento clasista donde, insistimos, las tres funciones de identidad indicadas posibilitan un acercamiento mayor a una interpretación de la compleja vida societal contemporánea. La diferencia entre actor y sujeto radica prioritariamente en el concepto intereses y las acciones colectivas diferenciadas que se desprenden de ellos. Los intereses pueden ser definidos como públicos o privados. La diferencia radica en su divisibilidad: los intereses públicos no son divisibles, los individuos los consumen colectivamente, mientras los intereses privados sí son divisibles, y por tanto los individuos los pueden consumir individualmente o a partir de pequeñas colectividades, característica que nos permite ubicar procesos de fragmentación en la vida societal. Tanto los intereses públicos como los privados siempre están íntimamente relacionados con formas de acción colectiva

desinterés previo a estos años. El auge del estudio de los movimientos sociales se debió a su proliferación en la vida societal. La década de los años setenta fue extraordinariamente rica en análisis y discusión sobre los movimientos sociales, la mayoría confeccionados usando como sostén o referencia teórica a las clases sociales¹⁴.

La crisis del estructural - funcionalismo y del marxismo dogmático como paradigmas teóricos dominantes, dejó un vacío en la formulación de explicaciones del cambio y los movimientos sociales en América Latina. La transformación social ya no podía atribuirse, como se hizo en los años setenta, a una transición entre lo tradicional y lo moderno; tampoco podía recurrirse a la lucha de clases, ni al papel revolucionario del proletariado para explicar el cambio.

Partiendo de las críticas realizadas a los estudios economicistas y politizados de la realidad latinoamericana de las clases y movimientos sociales, se buscaron, en los años ochenta, nuevos caminos para desarrollar trabajos fuera de los determinismos. El análisis integral de los movimientos sociales, considerados como sujetos o actores sociales, pareció ser la solución.

En la década de los ochenta renació en América Latina el debate acerca de los sujetos o actores sociales, vinculado al surgimiento de los nuevos movimientos sociales y la llamada crisis del marxismo y del estructural - funcionalismo.

Muchos investigadores insatisfechos con los enfoques anteriores, aunado a la ruptura de dogmas teóricos y con la introducción en las polémicas internacionales de conceptos como los de sujeto, actor, agente, identidad, subjetividad y acción colectiva, emprendieron un camino de búsqueda hacia nuevos enfoques e instrumentos teórico-metodológicos.

Tres insatisfacciones guiaron la búsqueda (De la Garza, 1992): la primera, fue el cronologismo en el estudio de los movimientos sociales, que consiste en hacer la crónica de las acciones colectivas a partir de datos organizados sin ningún referente, discusión o preocupación teórica, llegando a lo sumo a periodizaciones elementales; la segunda, está inscrita en las posibilidades explicativas del estructural - funcionalismo y del marxismo dogmático, como teorías estructuralistas donde la postura de los actores o sujetos está determinada por la estructura y ésta, a su vez, determina su acción, su identidad y su

¹⁴Nótese cómo el devenir del ser se adelantó al devenir del logos y cómo el primero activa al segundo.

subjetividad. Y la tercera, vinculada a la negación de la pertinencia teórica del concepto de clase social, ante el carácter fragmentario de los sujetos o actores y su incapacidad transformadora, más allá de los regionalismos.

Una característica fundamental de nuestras sociedades es la no existencia de movimientos puros de clase debido a la complejidad de la vida societal. En ella existen movimientos sociales con orientaciones clasistas y otros con contenidos no clasistas; donde, ambos o alguno de ellos, pueden contener elementos étnicos o de género, por ejemplo.

Los movimientos sociales son nutridos por múltiples componentes que incluyen en su constitución formas orgánicas o no de acción colectiva, buscan o no el control del sistema político o persiguen una transformación societal o no, pero en todos ellos las formas diversas de participación cotidiana y de autoproducción social son de vital importancia.

Las líneas o campos de desarrollo en el análisis de los movimientos sociales han sido cuatro:

1. Todo movimiento social posee una estructura participativa, como consecuencia de su propio objetivo y experiencia de organización. En este campo cobra relevancia la cotidianidad vivencial del movimiento.
2. Todo movimiento social tiene su propia temporalidad, definida por su acción frente a las relaciones sociales. Todo movimiento social posee su propia continuidad histórica y su cotidiana vivencia existencial, explicada por coyunturas de crisis y conflicto estructural fuera y en el seno de los mismos movimientos.
3. Los movimientos sociales se desarrollan en forma multilateral y heterogénea en el espacio y en el tiempo, en función del desarrollo desigual de sus intereses, la organización y la economía de una localidad o región.
4. Los movimientos sociales producen efectos sociales específicos sobre las relaciones sociales y sobre la vida societal, por medio de la acción del sujeto o actor, donde ellos mismos sufren modificaciones.

La relevancia e interés analítico por los movimientos sociales residió en la búsqueda de indicios que explicaran las profundas transformaciones en la lógica de la vida societal de los años ochenta. Significó un esfuerzo por recuperar el análisis de las clases sociales,

incluyendo el análisis estructural junto con una concepción de acción no predeterminadas, manteniendo activos los extremos de la dicotomía estructura - acción. Significó un intento por relacionar lo político y lo económico, el mundo público y la vida privada, las prácticas sociales cotidianas junto con lo institucional - político, para explicar las nuevas formas de hacer política y las nuevas formas de sociabilidad, surgidas en los años ochenta y, ahora, dominantes en la década de los noventa.

Los avances sobre el estudio de las clases y los sujetos o actores sociales fueron evidentes. La percepción de los movimientos sociales como multidimensionales puso en guardia a los estudiosos sobre la necesidad de una realidad, para ser comprendida. Pero pese a los avances señalados, falta aún por resolver ciertas dificultades.

No queda claro por ejemplo, por qué unos movimientos se vuelven portadores de nuevas prácticas o acciones colectivas y otros no; ni tampoco está claro por qué unos logran mayores niveles de identificación de intereses y de organización. Asimismo, no queda claro cómo un grupo percibe su situación ni las mediaciones de la compleja red societal que rebasan las puras relaciones entre sujetos o actores que incluyen no sólo mediaciones económicas, sino también políticas y culturales.

Clarificar estos faltantes depende de la posibilidad teórica y empírica de analizar a los individuos, grupos, instituciones, sujetos o actores, acciones colectivas y movimientos sociales, incorporando la unión de la dicotomía estructura - acción; buscando enfoques alternativos multidimensionales que superen la noción de sujetos y actores preconstruidos y por tanto negados como entes con voluntad, o la reducción de la estructura como un dato anterior, cuya dinámica es producto de la acción de los sujetos o actores.

Un enfoque multidimensional permitirá precisar la vida societal y las tensiones que la animan, dentro de la cual actúan sujetos y actores en un proceso de construcción y desconstrucción de los mismos. Al igual que las mediaciones entre estructura y acción y las transformaciones que sufren las acciones y las estructuras, en su enfrentamiento e interrelación.

1.6. Sujetos, actores, acción colectiva y movimientos sociales

Los movimientos sociales de la década de los sesenta (movimientos estudiantiles) y los setenta, con su capacidad de cuestionar al sistema capitalista; los nuevos movimientos sociales de la década de los ochenta, con demandas de solución a problemas inmediatos de la vida cotidiana, sin esta capacidad y, por último, la institucionalización del movimiento obrero y su decadencia en la presente década ante la reestructuración societal impulsada por el neoliberalismo, en lo económico, político y cultural, han sido la base de la investigación y de una nueva reflexión sobre los sujetos, los actores, los movimientos sociales y la acción colectiva.

A partir de la década de los años ochenta, América Latina ingresa en un proceso de profundas transformaciones, diferentes cualitativamente a las experimentadas en etapas anteriores, en el ámbito económico, político y cultural; cambios en la estructura productiva, constitución de un nuevo orden democrático y homogeneidad cultural e ideológica. Transformaciones que tienen una gran cantidad de expresiones en logros y fracasos según los países concretos.

Lo económico, lo político y lo cultural son ejes fundamentales para entender los procesos de cambio en América Latina y, en particular, en México. Pero también, son fundamentales para entender la acción colectiva y los intentos de interpretación y explicación de los mismos.

Antes de la década de los años ochenta, el análisis sociológico y de la ciencia política privilegió la acción colectiva de grupo con movilización, organización y procesos de formación de identidades centrando sus discursos en los actores o sujetos de clase o en los partidos políticos, dejando de lado la acción colectiva de agregado con movilización carentes de organización o formas muy incipientes o elementales de ella, sin que necesariamente se forme una identidad. Pero, precisamente, a partir de los años ochenta asistimos a la multiplicación de nuevas formas de acción colectiva tanto de grupo como de agregado¹⁵.

Son años ilustrativos de la importancia en el aumento de la violencia individual, colectiva e institucionalizada. Es por ello que los teóricos empiezan a hablar de nuevos conflictos, nuevos actores sociales, orientaciones emergentes y/o nuevos movimientos

¹⁵Los movimientos sociales son una forma compleja de acción colectiva. De aquí que no se deba limitar la

sociales: el movimiento popular urbano; el movimiento por la defensa de los derechos humanos; el movimiento femenil, feminista o de género; el movimiento ecologista; movimientos religiosos y movimientos étnic- culturales, sólo por citar algunos ejemplos (Durand, 1994).

Las nuevas formas de acción colectiva (Calderón, 1995), son nuevos comportamientos, son nuevas prácticas colectivas asociadas y son también cambios en la subjetividad de las sociedades (Saavedra, 1995) y están vinculadas a :

1. Procesos de democratización, crisis o fortalecimiento estatal, procesos de ajuste y reestructuración económica; es decir, a procesos de descomposición y segmentación social y cambios suscitados por la modernización neoliberal que parten de la década citada.
2. Están asociadas fuertemente a la producción de nuevos valores e identidades culturales (Bolos, 1995).

Muchas de estas nuevas formas de acción colectiva, son prácticas y valores restringidos que no alcanzan a oponerse a la lógica del poder y de la modernización, conviviendo con ellos. Algunas no tienen fines predeterminados, están plenas de tensiones y posibilidades tanto de recreación (hacia formas más desarrolladas de acción colectiva) como de descomposición (repliegue hacia la intimidad y la vida privada o bien hacia la incomunicación social).

Las nuevas formas de acción colectiva surgen y se desarrollan en espacios de frustración y/o modernización como de los impulsos de la misma. Son una gama polivalente de acciones colectivas de resistencia y/o búsqueda de asimilación o adaptación, pero también de crítica y búsqueda de alternativas a la expansión acelerada, abigarrada y totalizante en lo económico, político y cultural de la vida moderna.

Las profundas transformaciones de la década de los años ochenta en América Latina e iniciadas en otros países desarrollados diez años antes, dieron lugar a propuestas y ricas elaboraciones sobre la acción colectiva: Alain Touraine, Melucci, Alessandro Pizzorno, Charles Tilly, Sydney Tarrow, etcétera (Giménez, 1994).

Las propuestas de estos autores, surgen inmersas en un contexto en el cual, cuatro hechos son relevantes:

1. La crisis de los paradigmas propició la búsqueda del "sujeto o actor perdido". Los cambios económicos, políticos y culturales restaron visibilidad a las clases sociales y a los partidos políticos, objetos predilectos del análisis sociológico y de la ciencia política;
2. Ruptura de las mediaciones entre el sistema político formal y los grupos sociales organizados, es decir, entre sociedad política y sociedad civil. Estos últimos priorizan más la movilización y participación de la acción colectiva al seno de la sociedad civil, que el desempeño y/o relación con el Estado;
3. La acción colectiva insiste en su autonomía y novedad de sus prácticas o acciones de lucha y organización, como la única forma de garantizar la voluntad general y la alternativa de cambio;
4. La posibilidad de que la acción colectiva reconozca su diversidad (pluralidad de colectividades) y a partir de ella la construcción de un proyecto económico, político y cultural global y alternativo.

Esta reflexión se inscribe en una dicotomía: la posición individualista (Antony Oberschall, John Mc Carthy, Mayer Zald, etcétera) y la colectivista (Alain Touraine, Claus Offe, Francesco Albertoni, Alberto Melucci, etc.), albergando al seno de cada una, matices y variaciones. Estas son las dos principales corrientes en la actualidad sobre la acción colectiva y los movimientos sociales.

Para la primera perspectiva, el hombre persigue su beneficio individual y actúa minimizando costos y maximizando beneficios a través del cálculo racional.

Al seno de las propuestas individualistas encontramos dos variantes. La primera, llamada de movilización de recursos, conceptualiza a los movimientos sociales y la acción colectiva como un conjunto de individuos que estratégicamente comparan los costos y beneficios de su participación en la acción colectiva, con estudios a nivel microsocial; la segunda, crítica de la primera, se preocupa por descifrar cómo los individuos, que ya forman diferentes grupos y organizaciones, actúan o deben actuar de manera ininterrumpida por un interés común. Es decir, se trata del problema de descifrar cómo los organizadores y organizaciones usan una serie de recursos para solucionar y vencer los obstáculos de la coordinación social y la construcción de un movimiento social.

Las dos variantes presuponen la constitución de sujetos o actores, pero no la explican;

usan un modelo racionalista donde los conceptos de solidaridad, objetivos e interés son columnas vertebrales de la explicación al ser considerados elementos susceptibles de cuantificación por grados, en una escala de menos a más. Son visiones que proporcionan una explicación básicamente cuantitativa, voluntarista y subjetiva de la acción colectiva: son enfoques individualistas (Elster, 1992).

En la perspectiva colectivista, el análisis de lo colectivo no se centra en el cálculo racional, parte de la noción de identidad como formadora de sujetos o actores considerándolos como "nuevos movimientos sociales", rechazando el determinismo estructural. Así las acciones colectivas poseen una lógica distinta a la racionalidad. Centra su atención en la identidad colectiva como un derrotero ante el impasse de la explicación basada en el análisis de clase.

El examen comienza con las relaciones sociales, no con los sujetos o actores sociales; ya que la identidad de éstos se construye en un marco de conflicto societal. Es decir, ligado al conflicto con el adversario y las metas de lucha. Por tanto, la acción colectiva es expresión de la estructura del conflicto de una sociedad.

Tradicionalmente la perspectiva individualista y la colectivista se han visto como escuelas rivales; sin embargo, sería deseable una síntesis de ambas con el objetivo de avanzar en el análisis de las principales dimensiones clave de la acción colectiva.

El reto es el acoplamiento de los extremos reconociendo y partiendo de un hecho: el movimiento de creación del sujeto o actor colectivo no es una simple consecuencia de tensiones estructurales o disfunciones sistémicas. La acción colectiva tiene su raíz tanto en lo estructural y sistémico como en la cotidianidad de la vida social y en las redes y cadenas asociativas comunitarias y organizativas. La cultura¹⁶, la historia y la tradición son los vínculos originales y más profundos de la identidad y la acción colectiva. Estructura y subjetividad juegan de manera compleja para construir identidades y acciones colectivas.

¹⁶Entendemos aquí por cultura la dimensión simbólico - expresiva de todas las prácticas e instituciones sociales. Es decir, el universo de informaciones, valores y creencias que dan sentido a nuestras acciones y al que recurrimos para entender el mundo. Frecuentemente este universo de sentido se expresa a través de símbolos, esto es, a través de un sistema de significantes que lo representan y evocan: símbolos de participación, de solidaridad, de jerarquía, de evocación del pasado; símbolos nacionales, étnicos míticos, religiosos, etcétera. Los significados selectiva y distintivamente internalizados por los individuos, por un grupo o por una colectividad (cultura subjetiva) generan identidades individuales y colectivas (Giménez, 1994).

1.7. Síntesis multidimensional

La búsqueda de nuevos instrumentos teóricos y metodológicos multidimensionales para el análisis de la acción colectiva implica un desafío teórico que debe contener y desarrollar tres ámbitos integrantes:

1. Conceptualización y explicación de la emergencia, formación y origen de los sujetos o actores sociales. Los enfoques individualistas no atienden este problema; en cambio, los enfoques colectivistas lo hacen argumentando que la experiencia compartida en grupo y la crisis estructural del mundo moderno posibilita la visión de un mundo nuevo. Para ellos la acción colectiva y los movimientos sociales nacen con una identidad.

2. El surgimiento de los sujetos o actores sociales no garantiza por sí sólo el desarrollo del movimiento social y la acción colectiva. Estamos frente al problema de la coordinación, coherencia, constitución y orientación de la acción. Se trata de la conceptualización y análisis de las redes económicas y políticas y marcos culturales que posibilitan y dan viabilidad a lo anteriormente indicado.

3. Los dos enfoques, el individualista y el colectivista, si bien tienen bastante que decir respecto a la coordinación de los movimientos sociales y la acción colectiva, cada uno con su particular orientación y propuesta, prácticamente enmudecen en lo que se refiere a políticas públicas, planificación estratégica y prospectiva política¹⁷; es la gran carencia analítica que representa un desafío teórico.

La incorporación de las políticas públicas, la planificación estratégica y la prospectiva política al análisis de la acción colectiva, podría significar el camino y puente de enlace entre la acción colectiva y el sistema político.

¹⁷La ciencia política ha estudiado sistemáticamente casi todo menos la manera cómo el gobierno construye y desarrolla sus decisiones. Los politólogos y sociólogos han prestado atención a la historia de la formación del Estado, el poder y las formas de dominación y legitimidad, a los alcances y límites de su funcionamiento, a los canales y procesos de las distintas formas de gobierno, etc. Contamos con estudios extraordinarios (politics). Pero pocas han sido, comparativamente, las investigaciones especializadas acerca de la forma, patrón y estilo de elaborar las políticas públicas. Es decir su análisis, diseño, puesta en práctica o implementación y su evaluación relacionadas con las acciones colectivas (policy). Aspecto de fundamental importancia para comprender los objetivos del modelo neoliberal en marcha (Aguilar, 1996). En el seno de la policy la prospectiva constituye una pieza clave. La prospectiva como ingeniería social, no busca adivinar el futuro, sino que pretende construirlo. Así, anticipa la configuración de un futuro deseable y viable; luego, desde el futuro incide en el presente con el fin de insertarse en la situación real, para actuar más eficazmente y orientar el desenvolvimiento hacia ese futuro objetivado como deseable y viable. Dicho en otras palabras, la prospectiva se interesa especialmente en la evolución, el cambio y la dinámica de la vida societal. Básicamente se relaciona con la construcción y puesta en marcha de futuros deseados, hacer explícitos escenarios factibles y establecer políticas y reglas de decisión para alcanzar ese

Los movimientos sociales son un tipo de acción colectiva orientada hacia el cambio, que presupone definición de fines y objetivos, pero no sólo en términos de cálculo de costos y beneficios (racionalidad instrumental); lo son también en términos de un proceso de formación de identidades colectivas.

Conceptualizada así la acción colectiva, se transforma en sujeto o actor con una acción no sólo anclada en la sociedad civil, sino con acción en la arena político- institucional, sociedad política o Estado.

Por tanto, entre cálculo de costo - beneficio, identidad, planificación estratégica y prospectiva existe una necesaria y compleja relación. El grado de interacción entre estos elementos posibilita, impide o controla el desarrollo de la acción colectiva y su área de operación. Es decir, con base en el grado de interacción, una acción colectiva puede permanecer anclada en la sociedad civil con un carácter defensivo corriendo dos riesgos: en nombre de la autonomía, no tener vínculos con el Estado o volcarse sobre sí misma, cerrándose y evitando la intrusión de la misma sociedad civil. De este grado de interacción puede depender la pérdida de autonomía de una acción colectiva, en cuyo caso será cooptada por el Estado y finalmente, de este grado de interacción depende el carácter ofensivo y/o defensivo de la acción colectiva que necesariamente implica la conexión con la sociedad política.

1.8. Vida societal y acción colectiva

Los procesos de modernización económica, política y cultural en nuestras sociedades han afectado de tal manera la estructura social y la estructura de la vida cotidiana de diferentes sujetos o actores colectivos, que su cotidianidad ha entrado en franca reestructuración. Por un lado, los sujetos o actores sociales tradicionales (obreros, campesinos, empresarios, por ejemplo) se enfrentan a una severa crisis de identidad y de permanencia de sus proyectos y estilos de vida; por el otro, los sistemas políticos, económicos o culturales, al penetrar violentamente en la vida cotidiana, transforman las redes tradicionales que aseguran la continuidad de dichos colectivos modificándolos. Esta penetración genera movilizaciones de protesta, reestructurando dicho entramado compartido de experiencias, como recursos que funcionan tanto para identificar entre si

a los sujetos o actores que sufren una situación semejante, como para utilizar las lealtades generadas y garantizar solidaridad y compromiso en el conflicto.

Las instituciones públicas y los medios para participar políticamente al interior de los márgenes sistémicos tolerables, manifiestan síntomas de agotamiento reflejados, por ejemplo, en la indiferencia del electorado para expresar su voluntad política, en la actitud de autonomía de la acción colectiva respecto a los partidos políticos y al Estado y, también por la incapacidad del Estado para satisfacer las necesidades sociales; no obstante, es reconocible que dichos límites generan ciclos de protesta por canales no institucionales, gracias a los sujetos o actores sociales que construyen esferas de vida pública autónoma con su participación en lo político.

Por una parte, se resquebrajan las mediaciones entre el sistema, la sociedad política y la sociedad civil y, por otra, se construyen débiles puentes que permiten expresar, desde la cotidianidad, demandas sociales que padecen los sujetos y actores colectivos en medio de la escasez.

La acción colectiva da la cara a los procesos de despolitización estatalmente inducidos, gracias a la promoción de intereses públicos y a su preocupación por los ámbitos colectivos antes que los privados. Entre tanto, las políticas gubernamentales de inserción en los mercados globales de libre competencia tienen que vérselas con estos grupos y acciones colectivas sobre las cuales recae el fardo de la modernización neoliberal.

La democracia competitiva, por medio de canales institucionales para la formación de mayorías políticas, reforma, recorta y transforma los intereses de los sujetos o actores de tal manera que sean compatibles con las estructuras de producción y distribución dominante y con los imperativos políticos consiguientes. Esto genera contenidos políticos excluidos, que son los límites sistémicos a la capacidad de los canales de absorción y representación del sistema político.

Las necesidades colectivas desbordan las vías institucionales, inundando la política, produciendo movimientos y acciones colectivas de protesta social en busca de la satisfacción de sus necesidades e intereses. Así, el sistema político revela sus funciones en cuanto distorsiona demandas sociales y excluye exigencias políticas no integrables, por lo que, cada vez es más cotidiano observar la aceptación insoslayable de formas no parlamentarias de representación, resolución de conflictos y adopción de decisiones.

Al estudiar la acción colectiva, las teorías colectivistas (marxista, sistémica y funcionalista) ponen el acento en las grandes estructuras y sistemas sociales, marginando y olvidando la cotidianidad y la subjetividad; privilegian el estudio de la participación política en lo institucional, a despecho de las prácticas y acciones extrainstitucionales como vías que transitan los sujetos y actores sociales para satisfacer sus necesidades, demandas e intereses, reduciendo con ello su análisis a la conducta de los individuos y grupos en la vida societal, atendiendo sus expectativas, creencias, valores y normas en relación simplemente con la estructura.

La perspectiva individualista busca plantear el proceso de construcción de sujetos y actores colectivos, con un énfasis singularmente grave en la intersubjetividad de los mundos culturales introduciendo temáticamente un mundo simbólicamente entretejido que produce y reproduce a los sujetos o actores por medio de prácticas y actos comunicativos, gracias a un trasfondo de conocimientos, normas sociales y experiencias subjetivas. Estos sujetos o actores satisfacen sus necesidades e intereses a través de cálculos de costo - beneficio en el mercado económico, o como poseedores de poder y de voluntad política en las funciones estatales.

Todos estos enfoques clausuran la posibilidad de comunicación y comprensión de los procesos de intersubjetividad y los de objetivación. Entonces, es vital para comprender la acción colectiva, introducir temáticamente el entramado simbólico y material del mundo y enfatizar en el proceso de la vida societal, su estructura, funciones y diferenciación, resaltando, con ello, las relaciones de poder entre los sujetos y actores y en sus acciones colectivas.

En este sentido, la generalización excesiva o la descripción local detallada bloquea la comprensión de la acción colectiva. Un enfoque multidimensional, todavía por construirse, implicaría la búsqueda de cuerpos teóricos a nivel intermedio armados a partir de las siguientes dicotomías y tendencias de la acción colectiva:

Una primera dicotomía entre estructura y acción. Una segunda entre estudios macrosociales y estudios microsociales. Una tercera entre sociedad política y sociedad civil. Una cuarta entre acción colectiva de grupo y acción colectiva de agregado. Una quinta respecto al cambio entre revolucionarios y reformistas. Una sexta en relación al Estado y al partido político entre autonomía y dependencia. Una séptima respecto al

enfoque analítico entre clase social y sujeto o actor. Una octava sobre la organicidad entre organización y no organización. Una novena respecto a las tendencias organizativas entre unidad (centralización) e individualismo y fraccionalismo (fragmentación). Una décima se refiere a las construcciones explicativas entre teóricas y monográficas o descriptivas. Una undécima entre la búsqueda de nuevos modelos de acción colectiva al seno de la sociedad civil y la reproducción dentro de la acción colectiva de conductas verticalistas, autoritarias y violentas. Una duodécima entre la valorización de la diversidad y del pluralismo (reconocimiento y aceptación del otro) y la orientación hacia reduccionismos y simplismos.

Una primera tendencia inducida por el modelo neoliberal es la descomposición acelerada de la acción colectiva, equivalente a la destrucción de sujetos o actores y movimientos sociales y la construcción de otros; lo que a su vez significa, formación de Estados autoritarios o democracias restringidas. Una segunda tendencia consiste en la instauración de prácticas colectivas institucionalizadas y de cooptación, lo cual equivale al surgimiento de acciones colectivas dependientes del Estado y los partidos político. Una tercera tendencia es a la generación de políticas públicas diferenciadas y fragmentadas, construyendo un reordenamiento societal alterando, modificando y tensionando las relación entre sociedad política y sociedad civil, la relación entre en las acciones colectivas y los partidos políticos (se crean nuevos sistemas de acción) y propiciando transformaciones en los sistemas de representación, legitimidad y legalidad política.

1.9. ¿A que remiten los conceptos de sujeto y actor?

En primera instancia , el concepto de sujeto o actor social nos remite al de acción colectiva. En la historia del pensamiento sociológico y político, existe una distinción o especificación fundamental. Esta consiste en separar los fenómenos de acción colectiva de agregado y los fenómenos de acción colectiva de grupo. Una característica de los fenómenos de agregado es encontrar comportamientos semejantes por parte de un gran número de individuos sin que necesariamente se forme una identidad. Una segunda característica es que una vez desaparecido el elemento u origen del comportamiento colectivo, se extingue como tal. Por el contrario, los fenómenos de acción colectiva de

grupo se caracterizan por la presencia de comportamientos semejantes que dan lugar al surgimiento de identidades; en este tipo de acciones colectivas se encuentran los movimientos sociales. Por tanto, sujeto o actor social nos remite a la acción colectiva de agregado y de grupo y no sólo, como suele hacerse, identificar sujeto o actor social como equivalente único de movimiento social.

Es fácil confundir sujeto o actor social con movimiento social. Los términos sujeto y actor son más amplios y genéricos que el de movimiento social. Los sujetos o actores sociales no se unen necesariamente con base en la identidad, aunque lo pueden hacer sobre una plataforma solidaria; basta con que desarrollen una acción colectiva que puede estar centrada en uno o varios intereses (no necesariamente de clase) y una vez logrados desaparece como tal; esta acción colectiva puede o no implicar movilización e incluso organización. En cambio, en un movimiento social la identidad y solidaridad estrechamente vinculados, el interés y la movilización están presentes y lo definen como tal.

El concepto de sujeto o actor social incluye a las instituciones gubernamentales y privadas, cuya acción es orientada por normas y leyes; éstos son los sujetos o actores sociales institucionalizados. Cuando no existen reglas que normen y orienten la vida interna de las organizaciones o grupos, hablamos de sujetos o sujetos sociales no institucionalizados.

El término sujeto o actor social incluye a las organizaciones formales con estructuras organizativas estatutariamente rígidas, con objetivos, funciones, organigramas, órganos de dirección, formas de elección de autoridades, etcétera. Cuando no existen estructuras organizativas rígidas o simplemente no existe estructura alguna, hablamos de sujetos sociales o actores informales.

Algunos sujetos y actores sociales requieren, para su desempeño, del reconocimiento de su identidad. Para la definición de los movimientos sociales, la solidaridad y la construcción o ratificación de la identidad en la agregación es fundamental, ya que significa la capacidad de reconocerse y ser reconocido como parte de una unidad social. Se trata de una identidad que más que en sí o para sí es para el otro. En cambio, otros sujetos y actores sociales rehuyen el reconocimiento o no lo requieren, un ejemplo son los narcotraficantes.

El término sujeto o actor social nos remite también al concepto de individuo, ya que la acción colectiva siempre está determinada por las acciones individuales y su compleja interacción. El concepto de individuo presupone las capacidades y facultades de flexibilidad, reinterpretación y cognoscibilidad en el seno de la vida cotidiana.

El concepto de sujeto o actor social puede identificarse con el concepto de clase social, por ello se habla de movimientos sociales pluriclasistas o multclasistas. Sin embargo, la presencia de los sujetos actores sociales no siempre conlleva un vínculo con las clases sociales, o para decirlo de otra manera, no siempre tienen un referente clasista.

El término sujeto o actor social nos remite además al problema de la supremacía de una clase social. El marxismo identificó al proletariado como preponderante respecto de otras clases sociales, adjudicándole una superioridad extrema. El panorama internacional es de no predominio de sujetos o actores. Por el contrario, el proletariado vive un reflujo extraordinario en nuestras realidades sociales, en donde han surgido nuevos sujetos y actores inéditos, más beligerantes en su acción colectiva que el propio movimiento obrero o campesino¹⁸.

1.10. Los estudios de los movimientos sociales en México

El abordaje que predominó en México en los años setenta y parte de los ochenta para analizar los movimientos sociales y la acción colectiva, ahora en decadencia, fue fundamentalmente la crónica, consistente en hacer el recuento de la dinámica del movimiento por periodos, describiendo básicamente las acciones colectivas y las posiciones de los dirigentes obreros, campesinos, empresariales, partidarios y estatales.

La pobreza teórica de esos estudios es notable; pocas veces cuestionan la relación compleja entre estructura y acción; en los conflictos de la estructura estaban los orígenes de los movimientos sociales. La mayoría de los estudios asociaron el origen y desarrollo del movimiento exclusivamente con variables estructurales: a mayor crecimiento económico mayores contradicciones y mayor propensión al movimiento.

En muchos estudios no se profundizó en las variantes estructurales, simplemente se

¹⁸Los remitentes indicados son, desde nuestro particular punto de vista, los más importantes y significativos. Por supuesto no son los únicos. En este apartado, no pretendemos proporcionar una imagen de poco rigor conceptual. parecería que dentro de los conceptos de sujeto y actor cabe todo, y así es. El manejo actual de estos términos se realiza de esta manera. Lejos de una impresión de poco rigor, lo que se pretende demostrar es la complejidad teórica y metodológica para abordar la vida societal contemporánea.

presentó al movimiento de forma anecdótica sin ninguna reflexión conceptual y con pretensiones de generalización¹⁹.

En la mayoría de los estudios de estos años, no existe planteamiento alguno que nos remita a conceptos de identidad, intencionalidad, voluntad, mundos vida, etc. trabajados por la hermenéutica y la fenomenología.

Las investigaciones sobre los movimientos campesinos en la década de los setenta y parte de los ochenta sufrieron la influencia del marxismo y en particular del análisis de clase. Pero, a diferencia de los análisis de los movimientos obreros, se incursionó en complejas discusiones teóricas; por ejemplo, acerca de la existencia de un proceso de descampesinización o campesinización, o sobre el potencial revolucionario de los campesinos. Estos problemas contribuyeron, en algunos casos, a combinar estudios de estructura rural y política agraria con los movimientos, situación poco común en el ámbito del movimiento obrero.

En conclusión, los estudios sobre movimientos sociales en México, salvo algunas excepciones, permanecieron atrasados, particularmente en los años ochenta, de las discusiones y teorías en boga en Latinoamérica y el resto del mundo.

En la década de los años noventa aparece en México una nueva generación de estudiosos de los movimientos sociales, la acción colectiva y los sujetos o actores sociales (Durand Ponte, Enrique De la Garza y Sergio Zermeño, por ejemplo), algunos vinculados a las corrientes teóricas internacionales y otros estudiosos de los viejos movimientos, insatisfechos con los análisis anteriores.

Para esa nueva generación, los sujetos o actores dan significación a los conflictos estructurales a través de una visión del mundo. Por tanto, la mediación entre estructura y acción debe introducir el concepto de subjetividad. En esta discusión, los conceptos de estructura, subjetividad, identidad y voluntad son problematizados para vincularlos con la acción colectiva y la acción individual, apelando al campo de los valores, la personalidad, el campo del razonamiento cotidiano y a la epistemología del sentido común. Entonces ni la estructura determina linealmente a la acción colectiva, ni ésta actúa en un vacío. En una perspectiva así, estructura y acción pueden combinarse sin reduccionismos estructuralistas ni voluntaristas.

¹⁹Es importante mencionar que, aunque con menor frecuencia, este estilo de acceder a los movimientos

1.11. Construcción de viejos y nuevos sujetos y actores sociales en México

Analizar la compleja vida societal contemporánea, nos remite al estudio de nuevas formas de construcción de sujetos y actores sociales y de sus identidades en un marco multidimensional que logre fundir la dicotomía estructura- acción. Todo esto nos lleva a la explicación de nuevas formas de hacer política y nuevas formas de sociabilidad.

Si planteamos la existencia de nuevos sujetos y actores sociales, entonces debemos plantear, también, y reconocer la existencia de viejos sujetos y actores sociales. ¿Cómo se definen cada uno de ellos?

En un largo periodo, el que va de los años cuarenta hasta principios de la década de los años ochenta, el principal promotor de la vida social fue el Estado, que se relacionó con la sociedad civil por medio de instituciones corporativistas.

Así, casi todos los sujetos y actores sociales se construyeron teniendo como referente al Estado; constituyó una forma de hacer política y un tipo específico de sociabilidad²⁰.

El desarrollo del capitalismo mexicano se llevó a cabo no por la competencia de los capitales entre sí en un contexto de libre mercado, sino gracias a incentivos y prebendas del Estado. Más que formar un mercado, se fueron creando espacios sociales cerrados, protegidos y controlados.

El movimiento campesino, al igual que otros movimientos, tuvo al Estado como su referencia fundamental. El reparto de tierra, la dotación de infraestructura, los canales de comercialización, por ejemplo se fueron creando con base en una simbiosis Estado-sujetos y actores sociales del campo.

Los movimientos de todo el periodo señalado, y fundamentalmente los de la década de los setenta, al acentuar su carácter independiente se definieron en su acción revolucionaria teniendo en cuenta el referente estatal²¹.

Los sindicatos, organizaciones empresariales, centrales campesinas, burócratas, iglesias, pequeños propietarios rurales, movimientos campesinos, guerrillas, etcétera., crearon su identidad para su reconocimiento por parte del Estado.

sociales y la acción colectiva no ha desaparecido y sigue contando con un gran número de adeptos.

²⁰Aquí estamos haciendo referencia a procesos tendenciales, no estamos hablando de manera absoluta, reconocemos los procesos de contratendencia, aunque no los explicitamos.

²¹Estamos ante una paradoja: estos movimientos se declararon independientes del Estado subrayando esta condición; al hacerlo acaso el Estado no es un referente onnipresente y componente de la construcción de la identidad de los movimientos de aquella época. Hoy, lo mismo sucede con las organizaciones no

En resumen, el Estado construyó un tipo de vida societal, donde todo sujeto y actor social tuvo fundamentalmente su "otro" en el Estado, fue el centro de la sociabilidad. Éste es el modelo de los viejos sujetos sociales, con acciones y movimientos que buscaban, en los más de los casos, hacerse del poder del Estado o participar en él; en tanto, los nuevos sujetos y actores procuran, en su mayoría, acotarlo y regularlo.

Los nuevos sujetos sociales crean sus identidades y sus acciones colectivas de otra manera; lo hacen fundamentalmente en su interacción con otros sujetos y actores sociales, dentro de otras reglas para hacer política y dentro de otro marco de sociabilidad, sin la centralidad que el Estado estableció para los viejos sujetos sociales.

Los viejos sujetos sociales estaban primordialmente relacionados con demandas vinculadas con el nacionalismo, las guerrillas o movimientos de liberación nacional; en cambio, los nuevos sujetos y actores sociales y su acción colectiva, aunque pueden compartir las características de los viejos sujetos, ahora están más relacionados con demandas y acciones de género, sexo servidores, homosexuales; con aspectos de raza, étnicos o regionales o con demandas éticas, pacifistas, ecológicas, antinucleares o por los derechos humanos²².

Los nuevos sujetos y actores sociales y sus acciones colectivas evidencian relaciones distintas con el Estado. Muestran formas de organización diferentes e incluso algunos carecen de ella, sus ciclos de duración y desarrollo son diversos, o difícilmente institucionalizados y, por consiguiente, notablemente distantes al sometimiento tradicional al sistema. Todos estos sujetos y actores se mueven en un contexto muy distinto y complejo donde se mezcla el reordenamiento societal neoliberal y los contextos que ellos mismos producen y reproducen como reacción a aquel.

El parteaguas simbólico, que se estableció entre la vieja y nueva forma de hacer política y la vieja y nueva sociabilidad surgió en 1982. Año en el que México, después de una crisis que se evidencia en el segundo lustro de la década de los sesenta, ante la imposibilidad de reproducir la vida societal bajo una política de ajuste neoliberal, entra

gubernamentales.

²²El modelo neoliberal genera una vida societal donde conviven viejos y nuevos sujetos y actores sociales; de ninguna manera pretendemos dar a entender que existe un parteaguas donde los viejos sujetos y actores desaparecen y ahora sólo existen nuevos; de hecho, algunos de estos nuevos sujetos y actores no son tan nuevos, es justo reconocer que han cambiado sus formas de acción colectiva y adoptan una forma distinta de construir su identidad. Todo lo anterior demuestra la complejidad a la que asistimos hoy.

de lleno a la tendencia globalizadora del sistema mundial capitalista.

El modelo neoliberal inicia un proceso de desconstrucción de viejos sujetos y actores, organizaciones sociales e identidades colectivas. El ajuste económico, basado en la desregulación del comercio internacional, la desregulación del sector industrial, la reconversión tecnológica y organizativa, las reformas constitucionales y administrativas, la desincorporación de empresas del sector público y los cambios al régimen del sistema político, debilitaron a los viejos sujetos y actores sociales, las redes de poder y las cadenas de toma de decisiones.

Pero la desregulación de la economía y la reforma del Estado al desconstruir y dismantelar, fue abriendo o dejando libres nuevos espacios. La emergencia de otros campos generó el espacio para el surgimiento de una red de nuevas acciones colectivas, donde lo subjetivo, lo cotidiano, las intersubjetividades, etcétera, asumen un papel distinto y preponderante.

Las acciones colectivas en el contexto globalizador tejen sus identidades no sólo frente al Estado, como generalmente sucedió antaño, ahora lo hacen también frente a la sociedad civil. Son acciones colectivas que tienden a generar una multitud de "otros" como referente, incluyendo al Estado; ésta es la gran diferencia.

El neoliberalismo desconstruye y dismantela a los viejos sujetos y actores sociales pero no los elimina en términos absolutos. Entre los viejos sujetos y actores, algunos de ellos transformados, han aparecido nuevos, con formas de organización y participación generalmente más fluidas, distintas al esquema cerrado de la organización sindical o partidaria.

Las nuevas formas de acción colectiva mantienen relaciones más o menos importantes con el Estado, pero no es lo básico para la construcción de sus identidades. Los ciclos de movilización, el carácter esporádico, los periodos de latencia y visibilidad, son formas en que esta nueva acción colectiva se expresa.

Las nuevas formas de acción colectiva no están libres de problemas; hay importantes campos conflictivos entre ellas. Sus intereses parecen fragmentar más a la vida societal que unificarla.

Nuestra contemporaneidad está caracterizada por una realidad abigarrada y compleja de acciones colectivas, estamos en la presencia de procesos diferentes de construcción de

sujetos y actores sociales y de una producción distinta de sus identidades y de una nueva dinámica de la vida societal que requiere de distintos marcos conceptuales y nuevos instrumentos teórico - metodológicos para su comprensión.

1.12. Desestructuración de sujetos y actores en México

Los años sesenta y setenta nos presentaron un panorama de la vida societal donde los sujetos y actores sociales vivieron su mayor robustez; en esos dos decenios México vio surgir los movimientos con mayor autonomía y las protestas más consistentes de toda la segunda mitad del siglo XX.

El fortalecimiento social que se vivió en aquellos dos decenios, sería totalmente modificado a lo largo de los años ochenta y noventa. Años de ajuste neoliberal y globalización, cuya velocidad de cambio impactó al país, desordenándolo (Zermeño, 1996).

Hoy asistimos en México a una activación de los sujetos y actores sociales en un contexto de fragmentación. Hay proliferación de organizaciones sociales de tamaño medio y restringido. Vivimos también cotidianamente, la participación intensa de sujetos y actores sociales en la calle; tenemos el renacimiento de la participación indígena y campesina; se vive la rebelión de los pequeños y medianos productores agrícolas del centro y norte del país; en el campo electoral, la oposición ha conquistado espacios; aparece la movilización de sujetos y actores informales como los sexo servidores y también de sujetos y actores institucionalizados como la policía; tenemos motines en reclusorios y cárceles, etcétera.

¿Acaso no son estos ejemplos claros de acción colectiva de agregado y de grupo? ¿Hasta dónde, algunos de los ejemplos mencionados, constituyen movimientos sociales consistentes y con continuidad? ¿Con esta emergencia de la acción colectiva los sujetos y actores sociales se fortalecen o se debilitan? ¿La vida societal se organiza o se desorganiza?

Detrás de esas manifestaciones, exceso de participación en algunos casos, sin encuadre, parecería que no se aspira ni se está generando una intermediación institucional y organizativa sólida. A pesar de que muchos autores nos hablan de una sociedad civil emergente y fuerte, ni se están robusteciendo sujetos y actores sociales con continuidad

en el tiempo, de manera generalizada todo indica que los nuevos espacios son ocupados por algunos sujetos y actores en proceso de fortalecimiento, a través de los movimientos ecologistas, de derechos humanos o de género, por citar algunos ejemplos.

La tendencia general es el agrandamiento del espacio público, moldeado y conquistado por la acción colectiva de nuestros tiempos modernos, un espacio fragmentado donde no todos caben, paradójicamente, a pesar de su crecimiento. Pero, a diferencia del pasado, sobre todo de la década de los setenta, no se persigue la unidad en un movimiento único o en grandes frentes de acción colectiva, aunque en algunos casos así lo indique el discurso. No se consolida un movimiento compacto, unitario y fuerte; aquel grito del pasado: "proletarios de todo el mundo uníos", ha quedado en el olvido. Hoy, quizá, el proletariado pueda ser sustituido por cualquier sujeto o actor social contemporáneo, o por un conjunto de tales sujetos o actores, en un proceso de definición de un modelo de desarrollo alternativo que aglutinen y representen los intereses de todos ellos, a partir de una visión distinta donde la diferencia sea lo que los una, o en un proceso de definición de múltiples y fragmentados modelos alternativos.

Existe una contratendencia, fragmentada, limitada, y aún en proceso de construcción en nuestra vida societal; nadie podría descalificar la presencia de algunas fuerzas con consistencia de identidad y con continuidad en el tiempo, situadas en el ámbito rural mexicano, por cierto con un futuro incierto.

La emergencia civil contemporánea está conformada por varias acepciones y modalidades de acción colectiva y de movilizaciones sociales, con características muy desiguales; no todas redundan en el fortalecimiento de los sujetos y actores colectivos, ni en intermediaciones robustas, entre la sociedad civil y sociedad política.

La acción colectiva no sólo tiene un espacio de recreación en sí misma, la acción colectiva conjuga sus expresiones en relación con otras expresiones colectivas y en frecuente antagonismo con el Estado, en una búsqueda por construir identidades.

Aunque hoy la acción colectiva no fabrica su identidad con el sólo referente estatal, el sistema político juega un destacado papel, distinto, sin duda, al de hace algunos años.

La acción colectiva en la actualidad, construye su identidad, en parte, vinculada a una interacción compleja con el sistema político; en un constante flujo de demandas exigidas por la acción colectiva y ofertas presentadas por el Estado.

Un aspecto particularmente relevante, que ha venido ascendiendo hasta ocupar un lugar central en torno a la acción colectiva y a las luchas sociales en México, es el flujo y reflujo de demandas y ofertas, económicas, políticas y culturales entre la acción colectiva y el sistema político.

Hasta antes de la década de los años ochenta, la influencia de la acción colectiva en el Estado generaba fundamentalmente políticas globales para el conjunto de la sociedad. En el transcurso de los años ochenta y, sobre todo, de los noventa, lo anterior cambió. La influencia de una acción colectiva heterogénea con una variedad de intereses y demandas se traduce en la generación, por parte del Estado, de una serie de ofertas a través de políticas públicas diferenciadas, fragmentadas y focalizadas en puntos, regiones, conflictos y sujetos o actores. Lo anterior no significa que el Estado y en particular el modelo neoliberal es o está siendo superado por los nuevos sujetos y actores sociales, o que el Estado, al menos en parte, tienda a flexibilizarse al grado de ser receptivo, responsable y hasta solidario con las demandas, sujetos, actores y acciones colectivas emergentes. El Estado se recompone y se fortalece con un doble propósito: administrar la crisis y controlar los conflictos fragmentando la vida societal y por tanto a los sujetos y actores sociales.

El analista social y la propia acción colectiva deben tomar en consideración la nueva particularidad de la compleja relación entre acción colectiva y sistema político en nuestra ascendente vida societal neoliberal, para la comprensión de ella y para la generación de proyectos alternativos.

Conclusión

Entre el devenir del ser y el devenir del logos existe una unión, una dependencia estrecha y necesaria. Ambos devenires forman parte de lo realmente existente. Pero aunque son un constructo social, no marchan a la par. El devenir del ser activa los cuerpos teóricos del logos, debido a la persistente acción de los hombres para modificar, moldear y dirigir su mundo. El hombre construye su vida societal, pero al objetivarse pierde el control de las riendas de su propia obra. La subjetividad y la voluntad, originadas desde el ámbito individual, al colectivizarse no son suficientes para dominar a la sociedad subjetivada.

Inevitablemente el devenir del ser se dispara dejando atrás al devenir del logos. Cuando éste se rezaga lo suficiente, cuando ya no puede influir de manera marcada en el ser toca sus límites y se reactiva. Hoy asistimos a un devenir del ser desatado, los referentes explicativos e interpretativos compartidos por las colectividades sociales se agotan. Estamos frente a un sacudimiento del logos propiciado por el ser. El determinismo estructural, con sus variantes, muestra su cansancio haciéndonos ver cada vez con mayor fuerza su unidimensionalidad. El devenir del ser se ha encargado de mostrarnos el talón de aquiles del logos.

El logos siempre tiende a acortar la distancia que lo separa del ser. Vivimos una época donde los esfuerzos para lograrlo son cada vez más significativos. Sin embargo, todavía queda un largo camino por recorrer; aunque tarde, quizá, el logos ha emprendido su marcha. Tiene dos desafíos, el primero ya lo hemos dicho, es acortar, desde la multidimensionalidad la distancia que por momentos pareciera abismal. El segundo, transitar el camino, o al menos intentarlo, con la misma pasmosa velocidad y vértigo con que transcurre el ser. Este es el gran reto al que se enfrentan las ciencias sociales hoy.

Ya que nuestro referente de análisis está ubicado en la sociología rural y nuestra puerta de acceso constituye la acción colectiva y los movimientos sociales en el campo, asomémonos al mundo de lo rural para constatar que la brecha entre el devenir del ser y del logos necesariamente está presente.

2. LO RURAL Y LO URBANO: UNA REFLEXIÓN EN TORNO A SU DEFINICIÓN

Introducción

El estudioso y el investigador del ámbito agrario, de los fenómenos campesinos y de los problemas rurales encuentra en la amplísima literatura sobre estos tópicos, elaborada desde una gran gama de posturas paradigmáticas, intereses teóricos y metodológicos y grados de abstracción, referencias obligadas a conceptos tales como: campo, agricultura, rural, ciudad, industria y urbano.

El estudiante y futuro profesionista en campos de las ciencias sociales encargados del estudio de lo agrario, el campesino y lo rural -un ejemplo es la sociología rural- también se topa con ellos. Si hablamos del neófito o del científico no especializado en dichos cuerpos teóricos, se encuentra en una situación similar.

El problema aquí es precisamente la constancia, el permanente recurrir. El uso de conceptos básicos y obligados implica el manejo cotidiano de ellos, pagando un alto precio por ello: el privilegio de un fin pragmático a costa de la reflexión crítica del contenido de los mismos y su vigencia ante los modernos cambios sociales.

Lo mencionado anteriormente parece una herejía, sin embargo no lo es. Debemos reconocer, acto no fácil de llevar a cabo, el impreciso y el poco riguroso manejo de ciertos conceptos y categorías vitales, como columnas vertebrales, de nuestro pensamiento y quehacer académico.

Un ejemplo es, precisamente, el uso de campo, agricultura y lo rural como sinónimos, al igual que ciudad, industria y urbano. En ciertas circunstancias del devenir histórico pueden coincidir, de hecho así fue. Hoy estamos obligados a recuperar la especificidad de estos conceptos, sus grados de abstracción y la particularidad de su elaboración como productos mentales de conocimiento, no como realidades empíricas.

Un segundo ejemplo es también el uso de campo - ciudad, agricultura -industria y rural-urbano, como separaciones, oposiciones, distinciones y diferenciaciones; formas clásicas y procedimentales de nuestro pensamiento occidental.

Los problemas, cambios y situaciones contemporáneas nos obligan por igual a recuperar y buscar nuevos caminos e instrumentos teórico - metodológicos de interpretación y comprensión de nuestras nuevas, complejas y vertiginosas realidades.

El presente capítulo, como su nombre lo indica, pretende reflexionar sobre estos asuntos para apuntar, no resolver. algunos problemas que hoy deberían formar parte de nuestras preocupaciones y que, lamentablemente, para muchos se trata de cuestiones resueltas hace ya mucho tiempo, por tanto no constituyen problemas teóricos ni son dignas de preocupación alguna.

2.1. En busca de definiciones

Comencemos nuestra reflexión imaginando un escenario en que por condición esté reunida cierta cantidad de gente. Podemos pensar, por ejemplo, en un pasillo universitario, un salón de clase o una conferencia; nuestras posibilidades son múltiples. Si bruscamente preguntáramos al auditorio y a una persona en particular: ¿qué entiendes por rural? o ¿qué entiendes por urbano?, lo primero que observaríamos es la vacilación, cierta dificultad momentánea para la explicación. Podemos resolver tal situación diciendo: no te preocupes ni busques demasiado, sólo pláticanos lo que precisamente estás pensando; eso, lo primero que vino a tu mente.

Continuemos nuestro ejercicio imaginario suponiendo ahora que preguntando a cada persona del auditorio, a unos ¿qué entiendes por rural? y a otros ¿qué entiendes por urbano? de manera alterna, apuntamos lo central de sus respuestas.

La pregunta que aflora en este momento es ¿cuál fue el resultado? Aquellos que respondieron a la pregunta ¿qué entiendes por rural? sin duda alguna mencionarían: lo rural es el campo, la agricultura, donde hay pocos habitantes, pocos servicios, poca o nula industria; lo rural es el mundo de los campesinos. El campo es tranquilidad y vida placentera, sin contaminación, delincuencia y prisas. Lo rural es lo poco desarrollado, el mundo de lo tradicional. Aquellos que respondieron a la pregunta ¿qué entiendes por urbano? también sin duda mencionarían: Lo urbano es la industria, donde hay muchos habitantes, muchos servicios, poca o nula agricultura. Lo urbano es vértigo, no tranquilidad, contaminación y delincuencia. Lo urbano es lo moderno, lo desarrollado.

El ejercicio imaginario nos muestra varios aspectos, que desde nuestro punto de vista constituyen problemas subvalorados: ¿es suficiente lo indicado para definir lo rural y lo urbano? Evidentemente no es suficiente. Sin embargo, el común de la gente define lo rural o lo urbano básicamente utilizando estos criterios. Pero hay más, de manera

lamentable, no sólo la gente común, también muchos académicos y estudiantes universitarios utilizan estos criterios para definir lo rural y lo urbano. Lo anterior nos lleva a plantear otra interrogante ¿hasta dónde llegan las fronteras entre el pensamiento del sentido común y el lenguaje científico especializado?

A las dos preguntas planteadas se anexa una más: ¿es lo mismo campo que agricultura o es lo mismo ciudad e industria? El capitalismo, en su proceso de desarrollo ha conservado amplias zonas de agricultura en medios urbanos y ha llevado de forma contundente la industria al campo y a la agricultura. Por ello los criterios de definición colocados en un contexto histórico se vienen por tierra.

Observemos, este es otro problema, cómo los criterios que sirvieron para definir lo que es rural son exactamente los contrarios a los que sirvieron para definir lo que es urbano. Sin duda razonar de esta forma, de un polo a otro, evita y elimina las mediaciones y particularidades y con ello se realizan construcciones teóricas desprendidas de los fenómenos realmente existentes.

Un último aspecto que nos muestra nuestro ejercicio es: en estas definiciones polarizadas, los dos polos no se encuentran en un mismo nivel; es decir, uno de ellos domina, es superior al otro. En el mundo contemporáneo, así nos parece, el problema de la dominancia de un polo debe trastocarse por las complejas relaciones entre ellos.

Quizá el lector esté pensando que las conclusiones y breves señalamientos expresados, preocupaciones centrales de este capítulo, no son válidas porque no se puede construir una argumentación a partir de un ejercicio imaginario. Por tanto, pasaremos a otro nivel que -debemos decirlo ya- ratifica lo planteado.

El siguiente nivel, que aún sigue siendo elemental, es buscar en los diccionarios de uso corriente el significado de las palabras: rural, agrario, campo, agricultura, agrícola, ciudad, industria y urbano.

De los diccionarios de uso común hemos escogido uno (*Larousse*, 1987), en que se indica por "rural" lo perteneciente o relativo al campo. Por "agrario" lo perteneciente o relativo a la tierra. Por "campo" al espacio de tierra para labranza ubicado fuera del poblado. Por "agricultura" la labranza y el cultivo de la tierra. Por "agrícola" lo relativo a la agricultura. Note el lector como giramos en un círculo vicioso, cada concepto se liga con el anterior en puntos de contacto comunes.

Por el otro lado, el mismo diccionario nos indica por "ciudad" lo relativo a una población grande: una ciudad industrial, una ciudad obrera. Por "industria" lo relativo a la transformación de las materias primas en ciudades obreras. Por "urbano" lo relativo a la ciudad por oposición a lo rural. Igualmente giramos en un círculo vicioso donde también cada concepto se liga con el otro con puntos de contacto comunes.

Si el lector nos permite seguir jugando, introduciremos ahora otro tipo de diccionario: uno de sinónimos y antónimos (Porrúa, 1988), para encontrar lo siguiente: por "rural", sinónimo: rústico, inculto, agreste, campesino, agrario, labranza, del campo; antónimo: sofisticado, mundano, puro, culto, civilizado, ciudadano, urbano. Por "agrario", sinónimo: campesino, rural, campestre, rústico, agrícola; antónimo: moderno, de la ciudad, urbano. Por "campo", sinónimo: campiña, labrantío, tierra, ejido, hacienda, latifundio, cultivo, plantación, sembrado; antónimo: ciudad, industria. Por "agricultura", sinónimo: agronomía, labranza, cultivo, plantación, labor, siembra; antónimo: industrialización, transformación. Por "agrícola", sinónimo: campesino, agrario, rural, pastoral, campestre, bucólico, del campo, rústico; antónimo: de la ciudad, urbano.

Continuemos con "ciudad", sinónimo: metrópoli, urbe, capital, población, cabeza; antónimo: campo. Por "industria", sinónimo: manufactura, fábrica, producción, elaboración, mecanización, transformación, creación; antónimo: agricultura, labranza. Y, finalmente, por "urbano", sinónimo: ciudad, metrópoli, capital, población, centro, cabeza, refinado, sociable, moderno; antónimo: del campo, insociable, tradicional, rústico.

Es obvio que los diccionarios, excelentes instrumentos en circunstancias difíciles, no nos proporcionan gran ayuda en este caso. Es claro, esperamos, que las preguntas formuladas y puntos señalados en el primer nivel: ¿es suficiente lo indicado para definir lo rural y lo urbano?, ¿hasta dónde llegan las fronteras entre el pensamiento del sentido común y el lenguaje científico especializado?, ¿es lo mismo ciudad e industria o campo y agricultura? La insistencia en definiciones polarizadas y la dominancia de alguno de estos polos, siguen estando presentes en el segundo nivel de acercamiento y reflexión.

Ya que el segundo nivel ha sido insuficiente, tendremos obligadamente que pasar a un tercero. Este paso lo daremos preguntándonos: ¿cómo se ha estudiado lo rural y lo urbano desde el lenguaje teórico especializado?

2.2. Oposición entre la ciudad y el campo

El tercer nivel de reflexión nos lleva a acercarnos a la concepción dominante en el medio académico proveniente de los clásicos del marxismo: la oposición entre la ciudad y el campo (Marx, 1976; Engels, 1979).

Para Marx, Engels y, posteriormente, Kautsky y Lenin (Kautsky, 1978; Lenin, 1979), la ciudad y el campo son formas de distribución de la población que se organizaron históricamente y que aparecieron durante la transición del régimen comunal primitivo al esclavismo sobre la base de la división social del trabajo, es decir de la separación de la ciudad respecto al campo por la división de la sociedad en clases antagónicas.

En las ciudades tenían su asiento los talleres artesanales, el comercio, el aparato estatal-administrativo y la cultura; en el campo la agricultura, la ganadería, la caza y la pesca.

En todas las sociedades divididas en clases contrapuestas existe también la oposición entre la ciudad y el campo, oposición que tiene por base la explotación de las masas trabajadoras del campo por las clases dominantes.

En la sociedad capitalista se ahonda y se agudiza la oposición indicada. El campo se rezaga de la ciudad en lo referente al desarrollo de las fuerzas productivas. La agricultura se rezaga de la industria por la naturaleza misma del sistema capitalista. El monopolio de la propiedad privada sobre la tierra en manos de los grandes terratenientes frena el desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura.

El capital financiero consolida más y más su dominio sobre el campo al succionar a los campesinos, a través de los bancos, inmensos recursos en forma de elevados intereses sobre los préstamos. Los monopolios establecen bajos precios para los productos agrícolas que compran barato y en cambio venden a precios demasiado altos productos industriales. Todo esto conduce al empobrecimiento y diferenciación de los campesinos. También en la esfera política y cultural, no sólo en la económica, se acentúa el atraso del campo respecto a la ciudad. En condiciones del capitalismo monopolista la oposición entre la ciudad y el campo se expresa asimismo en el antagonismo existente entre las metrópolis y las colonias, entre los países industriales y los agrarios.

El socialismo al iniciarse como un proceso, donde se liquida toda explotación, también la oposición entre la ciudad y el campo desaparece, dando lugar al establecimiento de relaciones de colaboración y ayuda recíproca. Sin embargo, en el socialismo todavía se

mantienen diferencias substanciales entre la ciudad y el campo, diferencias que irán desapareciendo gradualmente durante el tránsito del socialismo al comunismo y mediante la conversión del trabajo agrícola en una modalidad del industrial, como un proceso de aproximación de las condiciones de vida en el campo a las de la ciudad, proceso que presupone no sólo la transformación del campo, sino también de la ciudad. La concepción marxista se convirtió en la dominante, respecto a otras generadas en otros paradigmas -como la del continuum folk- urbano de Redfield (Hewitt, 1988), por ejemplo- respecto a las cuestiones y referencias al campo y la ciudad.

Ello inspiró, en la década de los años sesenta, ante un resurgir del interés por el campo, la cuestión agraria y los movimientos campesinos, explicaciones sobre la oposición entre ciudad y campo, llegando a identificar ciudad con industria y campo con agricultura con el siguiente cuerpo argumentativo.

La separación y oposición entre campo - agricultura - rural y ciudad - industria - urbano (utilizaremos en este apartado los términos agricultura-industria para facilitar la exposición, recordándole al lector que al decir agricultura nos remitimos al campo, y lo rural como sinónimos y lo mismo para industria como sinónimo de ciudad y urbano), puede establecerse distinguiendo una serie de factores.

1. El primero de ellos es el referente a las actividades originales derivadas de la división social del trabajo. En el campo se asientan la agricultura, la ganadería, la caza y la pesca, en oposición a la ciudad donde encontramos el aparato estatal y administrativo, los talleres artesanales, el comercio y la cultura.
2. El campo se especializa en la producción de materia prima, la ciudad lo hace en la transformación de esa materia prima.
3. El elemento material fundamental de la producción en el campo es la tierra, cuya característica es la escasez y la propensión al monopolio, en cambio para la industria el elemento material fundamental de la producción son las máquinas, las materias primas y la mano de obra.
4. En la agricultura la tierra representa un medio de producción insustituible, completamente necesario y no producible, en cambio la industria como sistema si está en condiciones de producir máquinas, creando máquinas que producen máquinas. En el campo no se produce tierra, ni la tierra crea tierra.

5. En la agricultura existe la necesidad de adaptar los procesos de trabajo a la reproducción biológica y a las condiciones ambientales que se convierten en determinantes; la industria no se ve obligada a respetar los procesos autónomos de la producción natural, las condiciones ambientales no son determinantes.
6. En la agricultura la secuencia de las distintas etapas del proceso productivo poseen una estricta jerarquía, tienen un tiempo determinado y una secuencia; en la industria, la secuencia del proceso productivo puede ser alterada, pueden realizarse diversos pasos simultáneamente, por ejemplo.
7. En la agricultura el asiento geográfico es insustituible. Del clima, la altitud, etc., depende la producción de ciertos cultivos; en la industria el asiento geográfico no es determinante.
8. En la agricultura la extensión es otro factor determinante para la producción; en la industria no sucede lo mismo. Además, generalmente la extensión en la agricultura es mayor que en la industria. En la agricultura se requiere de un tipo determinado de suelo: "para uso agrícola"; la industria puede instalarse en un suelo de uso agrícola o no.
9. En la agricultura las innovaciones técnicas y tecnológicas son lentas y de difícil adaptación, no producen el mismo efecto en todos los momentos del ciclo de producción. En la agricultura predomina la innovación adaptativa; es decir, el proceso productivo tiende a aumentar la productividad de la tierra y el trabajo, sin modificar los ciclos naturales de plantas y animales. En cambio, en la industria las materias primas son más receptivas a la innovación tecnológica, hecho que provoca grandes saltos cuantitativos y cualitativos en las distintas ramas industriales, creando otras ramas reforzadoras de las primeras.
10. En la agricultura el empleo de la maquinaria no es intensivo como en la industria.
11. En la agricultura es imposible producir en serie, la división de funciones y el desdoblamiento del trabajo está condicionado por el ciclo natural. El principio de la racionalidad en la organización del trabajo es diferente que en la industria. La agricultura demanda trabajadores temporales con poca especialización, su oferta de trabajo es inestable, cíclica y sumamente heterogénea. En la industria la repetición constante de los ciclos productivos requiere de empleados permanentes y especializados en ciertas labores.

12. En la agricultura el ciclo de rotación del capital es mucho más lento que en la industria. En la agricultura no entran y salen libremente los capitales en busca de la ganancia media como lo hacen en la industria.

13. En la agricultura la oferta y demanda se encuentran sujetas al ciclo biológico de plantas y animales; la oferta es variable, no existe elasticidad. En la industria el hombre puede controlar las variables y constantes del proceso, aumentando o disminuyendo la producción; en la industria existe elasticidad.

14. La calidad de la producción en la agricultura no es uniforme como en la industria, asimismo en la agricultura el precio es variable. En la industria tiende a la no variación cuando nos referimos a un producto con particularidades únicas.

15.- En la agricultura se da un fenómeno que en la industria no existe: la renta del suelo y por tanto una ganancia extraordinaria.

16. En la agricultura sus productos son perecederos, en cambio en la industria lo son imperecederos, generalmente.

17. Finalmente, el destino de la producción en la agricultura es tanto el mercado como el autoconsumo. En la industria el destino de la producción es el mercado.

Detendremos el enlistado aquí, es evidente la posibilidad de continuar; para el especialista faltarían, sin duda, toda una serie de otros aspectos y lo mencionado tendría que ser desarrollado y profundizado. Basta para nuestros fines lo indicado para llamar la atención del lector en dos características de los diecisiete puntos aludidos.

La primera, son elementos vinculados con aspectos económicos. Entonces las preguntas obligadamente afloran: ¿es fundamental el aspecto económico?, ¿donde están los aspectos políticos y culturales? Responder a estas preguntas resulta fundamental. Estaríamos de acuerdo con el especialista en un faltante, pero no sólo de aspectos económicos; faltarían los aspectos políticos y culturales en la definición de lo urbano y lo rural; aspectos, por cierto, poco estudiados.

Responder a estas preguntas ayudaría a la construcción de un cuadro multidimensional de la oposición ciudad y campo. Las respuestas dependerán del paradigma desde donde se formulen -particularismo etnográfico, funcionalismo, estructuralismo histórico, ecología cultural o indigenismo, por ejemplo, no importa obtener respuestas sin consenso, lo importante es dejar clara la evidencia de una ausencia hoy de respuestas y

quizá peor: pocos paradigmas han detectado la urgente necesidad de respuesta.

Segundo, los diecisiete puntos aludidos aparecen como suspendidos en el tiempo, parece que la historia, el devenir histórico está ausente. Estamos ante el peligro de la generalización extrapolada. Es decir, pretender adjudicar una serie de características a grandes periodos, como el capitalismo podría ser un ejemplo. Pero no solamente está ausente el tiempo, también lo está el espacio.

La relación rural - urbano posee connotaciones históricas, cambiantes de acuerdo al transitar social.

Cada etapa histórica contiene distintos tipos de relación rural - urbano y en la medida que avanza el devenir histórico las relaciones sufren modificaciones. En el seno de las distintas etapas, encontramos zonas con distinto grado de avance y, por tanto, también distintas relaciones entre lo rural y lo urbano. El cuadro real entonces es un mosaico complejo de relaciones cambiantes y complejas que requiere de un cuerpo teórico receptor de dichas modificaciones, muy poco desarrollado hasta hoy.

Después de todo esto volvemos a las preguntas formuladas y puntos señalados en el primer y segundo nivel: ¿es suficiente lo indicado para definir lo rural y lo urbano?, ¿es lo mismo ciudad e industria, campo y agricultura? Al igual que en el primer y segundo nivel, las definiciones polarizadas y la dominancia de alguno de estos polos, siguen estando presentes en el tercer nivel de acercamiento y reflexión. Los tres niveles, desde nuestro punto de vista, son insuficientes lo cuál implica la necesidad de arribar a un cuarto. Detendremos momentáneamente su llegada, para explorar algunos aspectos vinculados con el tercer nivel.

2.3. La sociología rural

La sociología rural es una rama de la sociología general y, como tal, tiene una postura teórica propia. Su especialización sobre problemas relativos a la vida rural le da capacidad para analizar los problemas referidos a ésta (Calderas, 1987). Acabamos de leer una definición clásica de sociología rural. Observemos esta otra: podríamos definir a la sociología rural, como una parte de las ciencias sociales que se inclina con mayor énfasis al estudio de los fenómenos sociales y económicos establecidos en las localidades geográficas que tienen una población relativa y de poca densidad, articulada

a la sociedad en un marco histórico natural definido y concreto. Por lo cual, para poder entender a lo rural es necesario tener una teoría de la sociedad (Newby, 1981).

Las dos anteriores definiciones son un ejemplo, por cierto muy ilustrativo, de una forma rápida y decorosa, vestida de un lenguaje académico, de salir de una situación cotidiana; entendida como el enfrentamiento frecuente, por parte del sociólogo rural a la pregunta ¿qué es la sociología rural.

No debemos olvidar que toda definición dependerá del paradigma, escuela, tendencia, tradición o vertiente donde fue elaborada.

En particular, las dos definiciones citadas ocultan, enmascaran aspectos vitales poco reflexionados, tales como la historia, el estatuto teórico de la disciplina, los problemas teórico - metodológicos del cuerpo teórico de la sociología rural y su estancamiento o parálisis paradigmática.

En la reflexión de estos aspectos vitales es necesario acudir a la historia en busca de las raíces teóricas de la sociología rural.

A fines del siglo pasado y los primeros años del presente es posible apreciar una creciente preocupación de intelectuales y profesionistas, políticos, sociólogos y economistas por el análisis de los efectos del avance del capitalismo y la industrialización a nivel mundial; de los efectos que provocaban procesos de modernización económica, política y social en el campo. Los esfuerzos realizados para su estudio tienen cuatro orígenes distintos.

El primero se encuentra en Alemania a fines del siglo pasado, en autores como Tönnies, George Simmel y principios de este siglo con Max Weber. El segundo en Alemania y Rusia con autores marxistas como Kautsky y Lenin. El tercero en Rusia desarrollado por Alexander Chayanov y el último en Estados Unidos.

Entre los autores más importantes de la sociología rural en Alemania están los conceptos de comunidad y sociedad construidos como tipos ideales (Tönnies, 1986; Recasens, 1956; Villegas, 1986 y Galván, 1986). Dichos conceptos actuaban como tipos históricos y como tipos ideales. En el primer caso hay una transición de la comunidad a la sociedad y, en el segundo, la relación es de complemento; es decir, simultáneamente existen relaciones societales dominantes sobre relaciones de tipo comunitario.

El conocimiento de los efectos que tenía el desarrollo capitalista en las zonas rurales en

el último cuarto del siglo pasado, también fue tema de interés relevante para los intelectuales socialistas desde el materialismo histórico. Tanto en Alemania como en Rusia, la tenencia del suelo en el campo fue un problema. El capitalismo se había impuesto a las formas de producción campesinas. Sus principales exponentes inspirados en los clásicos (Marx, 1979 y Engels, 1978), son Karl Kautsky en Alemania y Vladimir I. Lenin en Rusia (Kautsky, 1978 y Lenin, 1979). Otros autores que escriben desde esta perspectiva son Rosa Luxemburgo (1980), León Trotsky (1972) y más adelante Mao Tse-tung (1973).

Un autor que va a constituir una corriente aparte es Alejandro Chayanov (1974). Sus bases teóricas se pueden rastrear en la teoría económica marginalista. En su libro *La organización económica campesina* se pone de manifiesto que no es posible proponerse la modernización y tecnificación en el campo si antes no se estudia la dinámica propia de la economía campesina. Esta parte considera el hecho de que el campesino no contrata fuerza de trabajo asalariada, sino que utiliza la fuerza de trabajo familiar. Considera, además, que la unidad económica campesina está motivada no por la ganancia, sino por la satisfacción y retribución del trabajo propio del campesino y su familia.

La sociología rural académica (Newby, 1981), se desarrolló propiamente en los Estados Unidos. Surge, a finales del siglo pasado a raíz de una crisis agrícola, con el objetivo de resolver los problemas económicos de las zonas rurales. La sociología rural contó con una característica significativa, se desarrolló independientemente de la sociología general pretendiendo la construcción de un cuerpo y lenguaje teórico propios.

En 1908 se forma la Comisión on Country Life que estudia la vida rural a través del levantamiento exhaustivo de datos, con un carácter fuertemente aplicado. Entre 1912 y 1916 la Iglesia Presbiteriana estuvo a la cabeza de la actividad investigativa; siguiendo las recomendaciones de la Comisión, realizó una serie de estudios de comunidad con el objetivo de justificar la aplicación de programas gubernamentales. Paralelamente a esta actividad, la sociología rural empezó a formar parte de los planes de estudio de las universidades norteamericanas.

Para 1920, la sociología rural concentró su actividad en la descripción de la vida rural para evitar la desintegración de las comunidades; "formas tradicionales de vida" y

preservar una identidad rural independiente. En 1925, la sociología rural como proyecto académico, recibe apoyo federal para la investigación a través de la ley Purnell. Este hecho implicó cargar a la sociología rural de un carácter aplicado con un procedimiento de investigación inductivo y sistemático. Implicó un cambio: del evangelismo al positivismo.

En los años inmediatos a la posguerra aparecieron una serie de trabajos que discutían el estado de la sociología rural; el objetivo, evaluar el campo de la disciplina y formular recomendaciones para un desarrollo más ordenado y sistemático.

Como resultado de las deliberaciones e intercambio de puntos de vista y posiciones apareció una división de opiniones que se ha acentuado desde entonces: por un lado, se pensaba que la sociología rural debía estudiar lo que necesitaba y exigía la sociedad, para solucionar sus problemas; por otro lado, algunos pensaron en la sociología rural como una actividad de investigación permanente en la búsqueda de un conjunto de conocimientos científicos sobre los fenómenos rurales.

De las dos posiciones, la primera dominó y sigue dominando, con las siguientes consecuencias: aversión hacia la teoría y un énfasis en lo práctico y útil; filiación a programas económicos, políticos y culturales impulsados por el Estado en el agro; el sociólogo se convierte en un administrador o asesor; no se realizan investigaciones que pongan a prueba los conocimientos más allá del nivel del sentido común; así resulta imposible la elaboración de un cuerpo teórico disciplinario; la investigación se convierte en una recopilación de datos con utilización creciente de herramientas estadísticas y, finalmente, los resultados de las investigaciones son insignificantes, inadecuados e intrascendentes.

La referencia a las raíces teóricas de la sociología rural no es ociosa; los problemas, preocupaciones e implicaciones de antaño están presentes en el actual quehacer de la disciplina en nuestro país.

La cuestión agraria en Rusia y Alemania con Kautsky, Lenin y Chayanov dio origen a los llamados "estudios campesinos", interesantes y polémicos en sí mismos, pero que encajonaron a la sociología rural, por una parte, en un enfoque predominantemente económico y, por la otra, lo campesino se convirtió en el objeto único y exclusivo de la sociología rural; a tal grado de considerar lo campesino como idéntico a lo rural,

ignorando todo lo que rodeaba o se relacionaba con ello.

Pero hay más, el objeto de la sociología rural llegó a reducirse aún más: lo rural no era idéntico a todo lo campesino; sino sólo algunas capas o estratos de éste, por supuesto los más pobres y depauperados.

Así, el objeto de estudio fue el campesino pobre y, por tanto, lo rural idéntico a ello.

La preocupación por los efectos del avance del capitalismo en el campo, por igual encuadraron a la sociología rural en un enfoque económico donde lo cultural y lo político carecían de importancia o eran explicados por las leyes económicas. Por ello se buscaron afanosamente las leyes explicativas del desarrollo del capitalismo en el campo, haciendo referencia a la relación del campo con la sociedad en su conjunto, ciertamente, pero tratando de desarrollar un cuerpo teórico particular y específico de lo rural.

La sociología rural norteamericana ha impuesto un estilo de investigación en el que se resalta de manera excesiva lo científico, inductivo, cualitativo y aplicado. Donde se le exige al investigador objetos de estudio significativos, vinculados con problemas para proponer soluciones a éstos. Cualquier otro tipo de investigación que no cuente con tales atributos, puede ser interesante, pero carece de utilidad. Por ello, se piensa que el riesgo de fomentar una sociología rural ateórica o antiteórica se compensa por un criterio utilitario.

Aunque la definición más común de la sociología rural -y con esto volvemos al inicio de este apartado- sea "el estudio científico de la sociedad rural", en realidad tal definición no nos dice absolutamente nada. Es equivalente a decir: subir para arriba, bajar para abajo, salir hacia fuera o entrar hacia dentro, lo anterior sólo simplemente plantea la cuestión más importante de si es posible definir sociológicamente lo rural.

La historia de la sociología rural es la historia de la renuencia a reconocer que el término rural es una categoría empírica y no sociológica, que simplemente es una expresión geográfica. Lo que se necesita es una definición sociológica de lo rural; la sociología rural requiere aliarse con las teorías generales de la sociedad, también precisa de una teoría de la organización del espacio vinculadora de la dimensión económica, política y cultural para conceptualizar de forma adecuada lo rural.

2.4. Lo rural y lo urbano visto por la geografía agrícola

Un cuarto nivel de reflexión nos invita a asomarnos a los intentos de la geografía agrícola (García, 1992), para definir las relaciones entre rural y urbano en países desarrollados, a través de una propuesta de gradualización del territorio.

El espacio rural a finales del siglo XX, muestra una complejidad de usos y funciones que se contraponen con la polarización claramente definida entre campo y ciudad de la primera mitad del siglo. Las funciones del ámbito rural no son únicamente una clasificación de actividades o usos del suelo, sino el resultado de un proceso de integración, difusión e interrelación de los elementos característicos del ámbito urbano con los del rural.

Hasta cierto punto, puede afirmarse que actualmente no puede existir el espacio urbano sin el espacio rural, y que éste se ha transformado manteniendo un equilibrio inestable entre las funciones tradicionales y las nuevas funciones, como resultado de los procesos complejos de mutua relación.

El concepto de ciudad se ha asociado a menudo con elementos positivos para el desarrollo económico, político y cultural de los países, mientras que sucede a la inversa cuando hay una ausencia de procesos de urbanización. Desde la capacidad de producir bienes manufacturados y ofrecer servicios, la ciudad es paradigma de la división del trabajo y la producción de excedentes. El campo, en cambio, sólo se rehabilita cuando es capaz de ofrecer más alimentos a la población y materias primas a las actividades consideradas urbanas, utilizando cada vez menos tierras y menos mano de obra. En este sentido, en las estadísticas es más normal encontrar cifras de población urbana que de población rural, considerando a esta última por exclusión.

Campo y ciudad, rural o urbano, no significan lo mismo en todos los lugares del mundo si comparamos diferentes países. La distinta entidad de la población urbana o rural, de un país a otro, pone en evidencia la fragilidad conceptual del espacio urbano o rural basado en el tamaño de las unidades administrativas en que reside la población. La búsqueda de otros indicadores, más objetivables, es intrínseca al proceso de diferenciación del espacio mundial y a las nuevas funciones que cada sociedad asigna a las distintas partes del territorio.

En algunos casos, se podría afirmar que se ha llegado a la urbanización del campo en

muchos países en vías de desarrollo. El estudio de los asentamientos, su morfología y funciones, también será importante para explicar mejor las características del espacio rural o urbano.

El proceso de urbanización es uno de los fenómenos más remarcables del siglo XX, ya que la población mundial que reside en áreas urbanas ha crecido de menos de un 20% a principios de siglo a una previsión de casi un 50% al finalizar el mismo. Los distintos países del mundo, sin embargo, muestran grandes diferencias en relación al grado de urbanización, ritmo de desarrollo urbano y según el momento que puede considerarse significativo como punto de partida de dicho proceso.

La industria, en el pasado, y los servicios productivos en la actualidad, son las actividades que se asocian al dinamismo urbano. Sin lugar a dudas, el desarrollo de las mismas ha traído la población desde las áreas rurales a la ciudad y, a su vez, este proceso ha revertido en una mejora tecnológica y de capitalización del campo de los países desarrollados. En cambio, el crecimiento de las ciudades en los países en vías de desarrollo es una huida del campo a la ciudad, ya que éstas no desarrollan actividades productivas en un porcentaje significativo, generándose servicios no productivos junto a actividades económicas sumergidas y una creciente población marginal.

El campo, en éstos países, sólo permite la subsistencia de una población determinada, superada ampliamente por el fuerte crecimiento demográfico, pero también por el uso de tierras para la agricultura comercial de exportación o por las limitaciones físicas y sociales de las actividades agrarias.

El espacio rural se ha considerado durante muchos años como sinónimo de espacio agrario. La producción agrícola a nivel mundial se ha especializado y presenta dos modelos claramente diferenciados. En los países desarrollados, donde la densidad de población urbana es muy elevada, el espacio rural muestra una amplia variedad de usos, entre los que la agricultura no es la única actividad económica. El espacio rural es un complemento del espacio urbano y, por ello, las diferencias entre ambos son cada vez menos importantes.

El modelo de los países subdesarrollados es muy distinto. El espacio es dual, ya que hay una clara diferencia entre la organización de las actividades económicas de intercambio en el marco del mercado internacional y las que se orientan al consumo local. Tanto en

las ciudades como en el campo, se delimitan los espacios de acuerdo con su orientación. Puede concluirse, por tanto, que en el espacio rural coexisten diferentes funciones aunque manteniendo siempre un peso específico las de tipo agrario.

En los países desarrollados las actividades agrarias se localizan en el espacio rural, aunque no puede afirmarse igualmente que en ésta deba existir siempre el predominio de dichas actividades. Situación que plantea, académicamente, una falsa confrontación entre lo rural, lo agrícola y lo agrario. El extraordinario proceso de urbanización ha cambiado substancialmente la naturaleza misma de la dicotomía entre campo y ciudad.

El uso del vocablo agrícola, en sentido estricto, permite restringir el ámbito de estudio a las actividades que precisan una roturación de la tierra. Hay que distinguir dos enfoques que consideran las actividades agrarias como determinantes del espacio agrario, utilizando lo agrario como sinónimo de espacio rural.

El primer grupo de enfoques, muy próximos a la geografía rural, se ha preocupado más de los elementos que caracterizan la actividad agraria en los sistemas agrarios, que en su vinculación económica. El segundo grupo, en cambio, ha puesto el acento en los mecanismos económicos.

Llegados a este punto, podemos considerar bastante difícil que exista una definición única de espacio rural. Sin embargo, se han establecido criterios para concretar los elementos o problemáticas que ayuden a su definición.

Uno de estos criterios es el porcentaje de población activa agraria o el número de habitantes, llegándose a situaciones tan dispares como en Suiza y Portugal, donde las comunidades se consideran rurales por debajo de los 10,000 habitantes, mientras en Islandia y Noruega lo son las localidades de menos de 200 y, en una situación intermedia, como en España donde lo es por debajo de los 2,000 o en México de 2,500.

Los criterios pueden ser más complejos, por ejemplo en Grecia se consideran rurales aquellas comunidades donde el núcleo de población mayor no sobrepase los 2,000 habitantes, con independencia del total de la población. En Francia, se utiliza el mismo criterio para las comunidades, pero añadiendo a la definición de núcleo que las casas sean continuas o situadas a una distancia menor de 200 metros entre ellas. En los Países Bajos, las comunidades rurales deben tener menos de 2,000 habitantes y, además, más de 20% de la población activa deberá trabajar en la agricultura.

En términos generales, en los países desarrollados se utilizan varias clases de criterios para delimitar las áreas rurales. Estos pueden agruparse en cuatro grandes bloques: Primero, las variables simples; segundo, los indicadores complejos; tercero, la delimitación de determinados hechos, actividades o fenómenos y cuarto, las actividades o consideraciones sociales.

En el primer bloque, se incluyen variables como la densidad de población, la población total de una comunidad, la morfología y distribución del hábitat, el número y jerarquía de funciones de la comunidad, el porcentaje de población activa agraria, la relación entre usos del suelo de tipo agrario. La justificación teórica de lo que es rural parece evidente, ya que se contraponen baja densidad a alta densidad de población, simplicidad y dispersión a complejidad y fuerte aglomeración del hábitat y existencia de actividad agraria frente a su inexistencia.

En el segundo bloque, se buscan combinaciones de variables que permitan una mayor explicación del espacio y la sociedad rural, relaciona ruralidad con dispersión del hábitat; por ejemplo, habrá mayor ruralidad cuando la población fuera del núcleo principal sea mayor, y cuando el número de núcleos dispersos sea muy grande.

Otro ejemplo es la utilización de análisis multivariable para establecer una clasificación de países desarrollados según su ruralidad (Robinson, 1990), utilizando las quince variables siguientes: población total, densidad de población, porcentajes de población rural, de activos agrarios, de la superficie de cultivos herbáceos, de la superficie de cultivos leñosos, de la superficie de pastos, de la superficie forestal y de la superficie de otros usos, número de tractores por cabeza de explotación, kilogramos de fertilizante por cabeza de explotación, Producto Interno Bruto por habitante, porcentaje de PIB agrícola, porcentaje de productos alimenticios importados y porcentaje de productos alimenticios exportados.

El tercer bloque, plantea la existencia de actividades propias de las áreas rurales como son la agricultura, las industrias de transformación agraria. La caracterización de la ruralidad, más que a través de indicadores estadísticos o variables cuantitativas, se realiza por la identificación de procesos.

El cuarto bloque, finalmente, toma en consideración las diferencias de comportamiento y actividades entre campo y ciudad: comportamiento electoral, comportamiento social,

espíritu colectivo (vínculos de solidaridad y colaboración), delincuencia, servicios e infraestructura.

2.5. Gradualización del territorio

Es evidente, hoy quizá más que nunca, que el espacio rural no puede entenderse como una realidad aislada y/o matemáticamente definida, ya que debemos considerarlo históricamente, en el contexto de una relación territorial compleja entre los núcleos urbanos y el resto del territorio.

Este debe concebirse, en un primer momento, como el resultado de una organización dinámica del espacio que configura la existencia de una red, jerarquizada, urbana o metropolitana que lo vertebra. Esta red urbana incorpora como un elemento más del sistema a los espacios considerados anteriormente como rurales, mezclándose los distintos tipos de actividades que soportaban.

Convencionalmente pueden distinguirse distintas zonas en el continuo urbano- rural. En primer lugar, el espacio urbano, como el continuo edificado que se apoya en una estructura articulada por los sistemas de transporte, los usos del suelo y las normas de planificación urbana. En segundo lugar, encontramos las áreas urbanas con espacios discontinuos de edificaciones que presentan, por un lado, situaciones degradadas en lo urbano y residuales en lo agrario, promoviéndose la especulación o la marginalidad del uso del suelo ante futuras expectativas y, por tanto, el desarrollo del hábitat disperso que frecuentemente no va acompañado de los servicios y equipamientos necesarios siendo extremadamente dependiente de los centros urbanos.

En un tercer círculo concéntrico se encuentra el espacio semiurbano, que en función de una estructura anterior de hábitat rural, ha ido desarrollando amplias áreas de residencias urbanas o de industrias y servicios descentralizados. Se puede observar una alternancia, hasta cierto punto armónica, entre la antigua estructura rural y la nueva de tipo urbano.

En cuarto lugar, a veces mezclado con el círculo anterior se desarrolla el espacio semirural urbanizado, donde encontramos a pueblos que han desarrollado enormemente su área urbana, residencial e industrial, pero aún mantienen una cierta cantidad de actividades agrarias.

En un quinto anillo circular puede observarse el predominio de la actividad agraria, con

poco desarrollo urbano, incluidos los servicios. En el extremo, encontramos un sexto anillo, dominado por las áreas rurales de tipo marginal que por lo regular coinciden con parajes naturales.

La urbanización del campo en los países desarrollados, presenta cinco componentes esenciales, que contienen, a la vez, aspectos temporales y espaciales.

El primero, la despoblación como resultado de la mecanización de la agricultura y una mayor especialización asociada a la industrialización.

El segundo, la nueva población está formada por familias jóvenes de clase media que residen en casas unifamiliares en los pueblos cercanos a las ciudades. Estos pueblos muy pronto se convierten en suburbios- dormitorio, en los que una parte muy importante de sus habitantes se traslada diariamente al trabajo en la ciudad o alrededores.

Tercero, la repoblación, significa la emigración permanente de la ciudad al campo de población jubilada y la emigración estacional de población de clase media a las residencias secundarias.

El cuarto, la sustitución de la población en las áreas rurales más remotas que pueden ofrecer actividades y un marco natural de específico interés para los habitantes de las ciudades.

Finalmente, el quinto corresponde a las áreas donde las actividades agrarias son aún relativamente importantes por ser económicamente rentables.

2.6 Lo que debemos construir

Una vez más, preguntémonos si las interrogantes planteadas en el primer, segundo y tercer nivel han sido contestadas de manera suficiente y satisfactoria en el cuarto nivel de reflexión. Desde nuestro particular punto de vista, necesitamos transitar hacia un quinto nivel de reflexión que debe ser construido. Nuestro ensayo pretende llamar la atención en esta necesidad urgente e invitar a tal tarea.

El quinto nivel debe tomar en cuenta que hablar de lo rural y lo urbano, es hablar del contenido del complejo sistema de relaciones que vinculan la ciudad y el campo. Es hablar de la forma de interacción de dos términos oscuros, ambiguos e indeterminados.

No hemos podido apropiarnos todavía de los conceptos que permitan definir y diferenciar claramente por contraposición lo urbano y lo rural, el campo y la ciudad.

Lo que denominamos urbano y rural ¿son ámbitos englobadores de formas de organización social esencialmente similares y sólo diferenciadas por la forma de ocupación del territorio -concentración vs. dispersión- o por el tipo de productos que lanzan al mercado -alimentos y materias primas vs. manufacturas y servicios-?, o por el contrario, ¿la especialización productiva y la forma de localización se hallan asociadas de algún modo con otros fenómenos que pueden claramente diferenciar el contenido de la propia organización social? De ser esto posible ¿las diferencias en contenido se refieren sólo a rasgos aislados que no comprometen la evolución del conjunto, o son rasgos articulados entre sí de tal forma que pueden dar lugar a estructuras sociales diferentes?

Estas preguntas son importantes; de su respuesta depende la justificación del reemplazo o no de los términos rural y urbano por otras nociones más adecuadas¹. De su respuesta, depende por igual la posibilidad de arribar a una dimensión analítica correcta, construida no sólo a partir de los cambios ocurridos en lo rural o lo urbano, sino como un complejo sistema de relaciones de intercambios, transferencias e interpenetraciones, en un ámbito no sólo nacional sino internacional, lo cual complica todavía más nuestra tarea.

Conclusión

Los términos campo - ciudad, agricultura - industria y rural - urbano, comprenden cada uno una amplia gama de fenómenos con múltiples variables e indicadores que deben ser pensados teórica y metodológicamente, escogidos, ordenados, analizados y necesariamente redefinidos, si vamos a establecer relaciones significativas y causales complejas entre ellos.

Cada uno de estos términos implica pensar relativamente en altos niveles de abstracción para la caracterización, interpretación y comprensión de las sociedades como un todo o de amplios segmentos de ella.

¹La nueva ruralidad constituye un ejercicio en la búsqueda de nociones más adecuadas. La nueva ruralidad está construida con base en tres momentos históricos de la relación agricultura - industria. El primer momento es del campo a la ciudad, donde la agricultura domina a la industria. El segundo momento es de la ciudad al campo, donde la industria domina a la agricultura. Y un tercer momento, que es el que hay que crear y es propiamente la nueva ruralidad, del campo a la ciudad, donde la agricultura domina a la industria. Este momento busca la integración entre industria y agricultura, la reducción de la brecha entre la gran y pequeña producción y la reducción de la brecha entre sociedad y medio ambiente. Los tres objetivos indicados conducirán a la industrialización de la agricultura y a la urbanización del campo.

Mientras tales términos continúen como caracterizaciones dotadas de simplicidad, perderemos de vista que ambas partes de estas dicotomías representan variables confusas y, de hecho, complejos sistemas de variables que tienen todavía que ser desenmarañados. Las dicotomías en realidad constituyen una separación analítica no existente en el mundo real. Las dicotomías son dos partes íntimamente ligadas de un sólo proceso no simple, unitario y universalmente similar, sino que asume diferentes formas y significados que dependen de las condiciones históricas, económicas, sociales y culturales prevalecientes.

Las oposiciones, diferenciaciones, separaciones y distinciones posiblemente representan esfuerzos demasiado apresurados y quizá inútiles para sintetizar los conocimientos que han sido adquiridos en la investigación empírica y la reflexión teórica, hoy superados por la velocidad y complejidad de lo realmente existente. El devenir del ser se adelanta al devenir del logos dejándolo muy atrás.

La difundida aceptación de estos tipos ideales contruidos como generalizaciones, sin una reflexión crítica, ilustra bien acerca de los peligros de engañosos neologismos antiguos y modernos, los cuales frecuentemente son confundidos con el conocimiento.

La sociología rural necesita vincularse más estrechamente a los problemas centrales de la sociología como totalidad, implica la necesidad de entrar en la gran variedad de debates teóricos que actualmente caracterizan a la sociología. Ha llegado la hora de que los sociólogos rurales salgan de su parálisis paradigmática y empiecen a dedicarse a los grandes temas frente en una búsqueda multidimensional, aún queda mucho camino por recorrer.

3. BALANCE CRÍTICO DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL MOVIMIENTO CAMPEÑO

Introducción

El movimiento campesino en México, durante la década de los años setenta, se manifestó como un fenómeno social que sorprendió a los estudiosos del medio rural, cuyo interés se encontraba centrado en otros aspectos relativos al campo. El movimiento campesino no fue prioritario; de hecho ocupó un lugar minimizado en las preocupaciones de los investigadores como objeto de estudio.

En la década de los años sesenta, el movimiento campesino se generalizó en todo el país¹; fue en estos años cuando surge la preocupación por el estudio de las movilizaciones campesinas y la cuestión campesina. Fue una década de abundante producción e investigación teórica y empírica alrededor de lo campesino. Preocupación e investigación, sin duda, extensa y apasionante que paradójicamente se apaga y disminuye de manera notoria en los años ochenta.

No exageramos si afirmamos, aunque para varios estudiosos de lo rural nuestra aseveración sería totalmente errada, que muchos de los fenómenos rurales de la década de los años noventa son tratados, analizados e investigados con los cuerpos teóricos producidos en los años sesenta. Una gran cantidad de investigadores de lo rural viven hoy atrapados en las referencias y discursos teórico - metodológicos de esos años.

En la actualidad el encierro tiende a romperse en la búsqueda de nuevos caminos teórico-metodológicos de exploración y reflexión sobre los cambios y novedosos fenómenos rurales. Pero, no se ha realizado un balance crítico de la forma, supuestos y teorías elaboradas en la década de los sesenta y años posteriores. De lo anterior derivamos la urgente y prioritaria necesidad de su realización.

El presente capítulo pretende contribuir a este balance crítico en búsqueda de nuevos caminos, reflexionando sobre un aspecto de lo rural de vital importancia: el movimiento campesino. Cuando el movimiento campesino en México se generalizó y, por tanto, comenzó a generarse la preocupación por su explicación, fue evidente la escasa consolidación de una teoría acerca del campesinado y del movimiento campesino en

¹El devenir del ser una vez más se adelanta al devenir del logos.

particular. Sólo se contaba con recopilaciones o meras descripciones de las experiencias de lucha de algunas organizaciones y movimientos y opiniones muy generales acerca de la importancia de la movilización campesina.

La situación cambió poco a poco, aparecieron estudios sobre el movimiento campesino con niveles de elaboración muy distintos. Los grados de abstracción se ilustran por ejemplo en los trabajos de Francisco Gómez Jara (1970) y Gerrit Huizer (1970 y 1973), estudios que centran su interés en la historia de la movilización campesina tratada como una reseña a grandes rasgos de la trayectoria de la lucha campesina en nuestro país a partir de la Revolución Mexicana. Otro tipo de trabajos fueron ensayos generales acerca del carácter de los movimientos y rebeliones campesinas en diferentes países, elaborados por historiadores como Eric Hobsbawm (1974) y Barrington Moore (1976) o antropólogos como Eric Wolf (1973) quienes intentaron una sistematización y una explicación de los rasgos más sobresalientes e implicaciones de los movimientos campesinos en el nivel de la estructura de la sociedad como marco de la movilización.

Autores como el mismo Eric Wolf (1976), Gerrit Huizer (1973), Andrew Pearse (1973) y Aníbal Quijano (1971) realizaron ensayos en relación con los casos más representativos de movimientos campesinos en América Latina. Otros como Armando Bartra (1977 y 1979), Leticia Reina (1980), Beatriz Canabal (1984), Graciela Flores, Luisa Pare y Sergio Sarmiento (1988) centraron su interés en el movimiento campesino en México, por citar algunos ejemplos.

A la par de estos intentos, existe toda una gama de información sobre el análisis o descripción de casos concretos donde no encontramos una preocupación por las pautas teórico - metodológicas para la caracterización y el análisis del movimiento campesino.

Ante la amplísima gama de estudios ¿cómo organizar, sistematizar y analizar la información para realizar un balance crítico de la forma, supuestos y teorías elaboradas en esa época? Hemos armado el capítulo con base en siete pautas las cuales nos remiten a varias dicotomías y dentro de ellas podremos detectar el polo que domina.

3.1. Primera pauta: objetivo del estudio

La primera pauta nos permitirá rastrear los diversos y diferentes objetivos en los distintos autores y estudios para establecer puntos o no de contacto entre ellos, a la vez ayudará a

dejar en claro si existen o no preocupaciones similares o iguales en los tipos de movimientos analizados y en la ubicación espacial y temporal; entre el privilegio del análisis del pasado o el presente o por los lapsos grandes o cortos de tiempo.

Iniciaremos nuestro recorrido con la obra de Eric Hobsbawm (1974), cuyo objetivo del estudio fue el análisis de la prehistoria de los movimientos obreros y campesinos modernos; es decir, la rebelión primitiva o las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX en Europa Occidental y Meridional y especialmente en Italia.

En la obra de Barrington Moore (1976), se examinaron los diferentes papeles políticos desempeñados por las clases superiores terratenientes y el campesinado en la transformación de las sociedades agrarias en sociedades industriales modernas. Cuatro fueron las vías que el autor destaca en este proceso. La primera fue la de la Revolución Burguesa y los ejemplos examinados fueron: Inglaterra, Francia y Estados Unidos. La segunda vía, también capitalista, es la que culminó con el fascismo, cuyo caso fue Japón. La tercera vía la centró en la Revolución China. La cuarta, caracterizada por un débil impulso hacia la modernización, fue el caso de la India.

Para Henry Landsberger (1978), los movimientos revolucionarios y los disturbios campesinos ocupan un lugar destacado en los estudios históricos; no sólo porque son una constante en el tiempo, sino también porque han sido y son un fenómeno común a todas las sociedades agrarias. ¿Cuáles son los orígenes de los movimientos campesinos?, ¿qué objetivos han perseguido?, ¿qué transformaciones sociales han conseguido? A estas cuestiones trató de dar respuesta la obra en la que se analizaron los principales movimientos campesinos y se valoraron sus efectos como agentes del cambio social: desde la revuelta campesina inglesa de 1381, hasta el Cantonalismo Español de 1873 o las Revoluciones Mexicana y Boliviana.

Eric Wolf (1973, 1976, 1979) presenta seis casos de rebelión y revolución de nuestro tiempo en que los campesinos han tomado la iniciativa: México, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba. Su propósito es señalar los aspectos recurrentes y explicar las diferencias estratégicas que distingue a cada caso. Como antropólogo, trata de analizar distintas categorías de campesinos que se han visto envueltos en los levantamientos políticos. Examina las diferencias de comportamiento y de visión entre el arrendatario y el propietario, el campesino rico y el pobre, entre aquellos que viven cerca de las ciudades y

los que viven en pueblos lejanos, ya que tales diferencias tienen importante relación con el curso del movimiento revolucionario. También estudia otros tipos sociales tales como el terrateniente, el comerciante y el sacerdote, y muestra en qué forma los miembros de estos grupos tienen relación con el campesinado. Se plantea de qué modo la acción de los campesinos se ha inspirado en los patrones tradicionales y en qué medida la revolución campesina produce cambios en la estructura política y en los patrones de comportamiento del mismo campesinado.

En Gerrit Huizer (1970, 1973), el fracaso de los múltiples planes, programas y proyectos llevados a cabo para modificar radicalmente el sistema de latifundios en los países del tercer mundo (Reformas Agrarias) ha inducido a algunos investigadores a sostener que la tradicional subcultura campesina o mentalidad campesina, es uno de los principales obstáculos para lograr el desarrollo. Superficialmente esta explicación parece adecuada, pero si se profundiza más en la vida de los campesinos y en los esfuerzos tendientes a estimularlos hacia el logro de nuevas posibilidades, esta explicación parece ser errónea. La "resistencia al cambio" que muestran los campesinos es principalmente una reacción de autodefensa frente a la "resistencia al cambio" que presentan las élites terratenientes tradicionales, que temen perder su dominio sobre los campesinos. Parece que es posible movilizar bastante bien al campesinado, si de lo que se trata es de cambiar el status por un sistema en el que puedan tener mejoras efectivas. Este hallazgo, a través del análisis de algunas organizaciones campesinas de gran tamaño en México, Bolivia, Venezuela, Perú, Brasil, Colombia y Guatemala, y sus consecuencias para la acción son el tema principal de la investigación.

Aníbal Quijano (1971), piensa que en los años cincuenta y sesenta se asiste al desarrollo de movimientos campesinos generalizados, duraderos, con tendencias a una coordinación que sobrepasa las lealtades localistas, desarrollan normas de conciencia social más adecuadas para interpretar la naturaleza de la situación social, canalizándose a través de formas organizativas modernas o utilizando formas tradicionales para conseguir metas distintas; estos movimientos campesinos son el objeto de estudio de la investigación.

Estudiar las diferentes manifestaciones de protesta de la población rural explotada en México, durante el siglo XIX, refleja necesariamente, y de manera fidedigna para Leticia Reina (1980) las contradicciones del sistema social de la época. Esas luchas apoyaron o a

veces llegaron a constituir por sí mismas movimientos políticos que contribuyeron a la formación y modificación del Estado mexicano.

El objetivo central del trabajo de Beatriz Canabal (1984) es el ordenamiento de proposiciones dispersas y motivar la investigación sistemática de la dinámica social en el medio rural a través del estudio del movimiento campesino desarrollado de 1970 a 1976. Se estudian tres casos: en La Huasteca Potosina el Campamento Tierra y Libertad, en Oaxaca el Movimiento Chinanteco y en Sonora Los Valles del Yaqui y del Mayo.

Por su parte, Armando Bartra busca (1977 y 1979) dar cuenta de una etapa cualitativamente distinta de lucha de clases en el campo mexicano (1970-1976). Para el autor no ha dejado de existir en México, durante las décadas previas a su estudio, lucha campesina y con frecuencia ésta se ha agudizado local o regionalmente, incluso en algún momento han llegado a coincidir en el tiempo diversos conflictos regionales. Sin embargo, la lucha de clases rural en los años 1970-1976 presenta características cualitativamente distintas: el movimiento se generaliza espontáneamente a todo el país y en todas partes tiende a agudizarse aceleradamente.

El trabajo de Graciela Flores (1988) aborda también un lapso breve de la historia del movimiento campesino en México, el que transcurre fundamentalmente entre 1978 y 1983. Presentar un panorama general, una breve historia sin menoscabo de la diversidad y sin encajonarla a un reporte cronológico de declaraciones, tomas de tierra, demandas, etc., implica estructurar el trabajo a partir de la manera cómo el mismo movimiento, se presenta en la realidad, es decir, en torno a frentes de lucha específicos. Las organizaciones que ejemplifican la diversidad de las luchas campesinas fueron escogidas en cuanto ilustran cada frente de lucha y de coordinación.

En todos los autores citados, a excepción de Graciela Flores y Armando Bartra, existe una preocupación común por el análisis de los movimientos campesinos en el pasado. Este es un punto de contacto entre ellos aunque no existe correspondencia ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en los objetivos respecto a los movimientos analizados. ¿Es aceptable buscar claves explicativas en el pasado? Sin duda la respuesta a esta pregunta es positiva. Sin embargo, pensamos que los estudios de carácter histórico son indispensables pero no podemos quedarnos tan sólo en el pasado, a veces en un pasado remoto; como tampoco podemos preocuparnos por el análisis de los movimientos en el presente inmediato y por

un lapso breve. Es necesario abordar el pasado, aspecto que no ponemos en tela de juicio, pero es necesario también arribar al presente; como lo intentó Quijano caracterizando a los movimientos campesinos con base en sus antecedentes históricos. ¿Es aceptable buscar claves explicativas solamente en el presente o a la inversa? Abrir una dicotomía entre el pasado y el presente nos ha permitido observar cómo el polo dominante, en los primeros análisis, fue el pasado. En una segunda etapa, la situación se invierte. Fusionar ambos polos resulta fundamental para desechar una falsa dicotomía entre el interés por los lapsos grandes y los pequeños y permite explorar los antecedentes de los movimientos. Casi todos ellos poseen claves históricas que explican su surgimiento, puesto que se cimientan en la existencia de grupos o comunidades antes de que se conviertan en movilizaciones.

3.2. Segunda pauta: forma metodológica

La segunda pauta es la forma metodológica que nos permitirá incursionar en la intención de elaboración de los distintos autores: teórica, descriptiva o ambas. Es decir, nos permitirá clarificar si la intención de elaboración es primero teórica y después descriptiva; encontrar y organizar elementos teórico - metodológicos de análisis y a partir de ellos organizar información empírica o a la inversa, primero describir los movimientos campesinos y a partir de ello derivar elementos teórico - metodológicos. O, también, si sólo la intención de elaboración es sólo teórica o sólo descriptiva. Todo esto a través de estudios comparativos o de caso.

La forma metodológica en Hobsbawm (1974) encierra una intención analítica a la vez que descriptiva. Para el autor es prioritaria la necesidad de realizar un estudio y análisis comparativo completo de los movimientos sociales.

Para Moore (1976) un estudio general sobre las condiciones históricas de la transformación de la sociedad agraria en países específicos produce resultados valiosos. Una dedicación demasiado devota a la teoría, entraña siempre el peligro de que se ponga excesivo énfasis en hechos que encajan en ella más allá de su importancia en la historia del país en cuestión. El esfuerzo por entender la historia de un país específico, en una perspectiva comparativa, puede llevar al planteamiento de cuestiones útiles y novedosas. Las comparaciones pueden servir para rechazar explicaciones históricas aceptadas. Una aproximación comparativa puede llevar a nuevas generalizaciones históricas. Moore

piensa que las generalizaciones, inferencias y proyecciones teóricas, bien fundadas se asemejan a una carta en gran escala de un extenso territorio, como la que utilizaría un piloto de avión al atravesar un continente. Tales cartas son tan importantes y esenciales para ciertos fines como son necesarias las más detalladas para otros. Nadie que busque una orientación preliminar respecto a determinado territorio pretenderá conocer la localización exacta de cada casa y cada sendero. En cambio, si se explora a pie, lo primero que se conoce son los detalles.

Ante un panorama fascinante de similitudes y diferencias, Landsberger (1978) intenta una comparación sistemática de los distintos disturbios campesinos. La estrategia para cumplir el objetivo de comparar sistemáticamente los movimientos campesinos exigió dos componentes, uno más abstracto, otro más concreto. El primero, delimitar un amplio pero a la vez exhaustivo almacén de temas a analizar, el segundo someter a prueba el almacén, analizando movimientos individuales.

El siglo XX, en opinión de Wolf (1980), ha presenciado la irrupción de la población rural en América Latina en el proceso político. Las formas de protesta rural han variado ampliamente, de país en país y de una a otra época histórica; insurrecciones, ocupaciones de tierra, encuentros violentos, guerrillas, etc. Son muchos los contextos nacionales y múltiples las formas que asumen las diferentes coyunturas y fuerzas particulares que han actuado como detonadores de los movimientos campesinos. Lo que intentó Wolf en su estudio, fue descubrir un esquema analítico que permitiera relacionar las formas de protesta rural con las grandes modificaciones estructurales de la economía latinoamericana. Dio importancia al tipo de campesinos que participa en un levantamiento político, puesto que para muchos especialistas, la distinción entre diferentes tipos de campesinos no tiene importancia y se satisfacen con hablar de un campesinado que abarca a todos, sin una mayor distinción. Sin embargo, nos dice Wolf, hay diferencias en el comportamiento y en los puntos de vista entre arrendatarios y propietarios, entre campesinos ricos y campesinos pobres, entre agricultores que también son artesanos y aquellos que sólo aran y cosechan o los campesinos que viven cerca de las ciudades y participan en sus mercados y asuntos urbanos de aquellos que viven en aldeas más remotas. En este sentido, al tratar de descomponer la categoría "campesino" en categorías más detalladas, Wolf busca enfocar el problema de la participación campesina con la

variedad del campesinado en sus diferentes contextos locales y regionales.

Algunos puntos básicos sobre los que se centró la investigación de Huizer (1973) son dónde, cuándo y cómo pueden crearse organizaciones campesinas efectivas. Obtener perspectivas a partir de éstas cuestiones implica para el autor la descripción de los casos concretos existentes tomando en cuenta cuestiones específicas de varios movimientos campesinos.

Quijano (1971) intenta en su trabajo organizar un enfoque para el estudio comparativo de los movimientos en Latinoamérica, como una provisoria matriz conceptual elaborada sobre la base de materiales de información, como un marco de referencia para el recuento del movimiento campesino.

La investigación de Leticia Reina (1980) no pretende ser un estudio completo y acabado de los movimientos campesinos del siglo XIX, sino dar pie a otras investigaciones y contribuir a la realización de historias regionales desde la perspectiva de la lucha de clases, para rendir cuenta de la estructura económica, política y social como contexto en donde se desarrollan los movimientos campesinos.

Para Beatriz Canabal (1984) el ordenamiento de algunos elementos teóricos básicos dio la pauta para la realización de un esquema de hipótesis que dejara parcialmente el campo abierto a la recepción de información para no encuadrar el carácter de los movimientos específicos a estudiar. La autora decidió partir de consideraciones teóricas y metodológicas básicas que orientaran la búsqueda de la información documental y de campo, para después efectuar la descripción y análisis de las formas de expresión empírica de los movimientos estudiados.

Bartra (1979) deslinda dos métodos para el análisis del movimiento campesino. El primero parte de conceptos estructurales: articulación de modos de producción, subsunción formal del trabajo por el capital, producción mercantil simple, etc. Con base en estas categorías se caracteriza a la agricultura y se derivan a sus clases sociales y se forran de datos estadísticos y censales; no se revisa información sobre las luchas efectivas y mucho menos existe vinculación con los movimientos. La consecuencia es evidente: la caracterización científica y el carácter que debe adoptar la lucha de clases se desprende de un modelo teórico y no de la realidad misma. Este no es el método correcto para abordar el problema según Bartra.

En el segundo método, el momento de movimiento generalizado permite, ya que la gama de reivindicaciones y formas de lucha son expresiones de las contradicciones socioeconómicas, abordar el problema de las clases sociales en el campo precisamente a partir de sus luchas reales y efectivas. No para quedarse en la pura constatación de lo que sucede, sino para analizar esta información con ayuda del instrumental teórico que nos remita a la determinación estructural y establecer tendencias y perspectivas. La lucha de clases concreta debe ser el punto de partida y resultado de la investigación y no un proceso deductivo como conclusión que parte del mundo especulativo de las categorías puras. Partir de las luchas concretas, permite agrupar a los diferentes movimientos por sus reivindicaciones, sus formas de lucha y organización y por la naturaleza de los enemigos inmediatos.

Para Graciela Flores (1988) muchos movimientos ocasionados por demandas específicas son de ciclo muy corto y se interrumpen una vez resuelto el problema que los originó. En cambio, otros sectores o grupos dentro del movimiento se caracterizan por la continuidad de sus luchas, su grado de organicidad y de estructuración formal. El estudio se limita a aquella parte del movimiento campesino que cuenta con esas características. Para ser más precisos, la crónica de luchas, demandas y movilizaciones se restringe a aquel sector que ha buscado desarrollar formas de coordinación nacional independientes del Estado.

En este sentido lo que se aborda es sólo la punta del iceberg, es decir, una primera visión general de las manifestaciones públicas, de los planteamientos explícitos de las organizaciones que conforman en parte este movimiento. Se trata de abordar la vida campesina misma, sus formas de organización social y política, su religiosidad; su comunidad y solidaridad, las formas de participación y de comunicación, la relación entre bases y dirección, el liderazgo, etc.

En casi todos los autores descritos la intención de elaboración pone el énfasis en el análisis comparativo y descriptivo, hecho que abarca casi todas las obras para dedicar un pequeño espacio a los elementos teórico - metodológicos derivados del análisis comparativo. A la inversa, Landsberger parte de la propuesta de un marco teórico- metodológico a partir del cual se analizan los casos concretos. El polo dominante es, no el trabajo teórico, sino el acercamiento empírico de descripción y comparación de casos concretos.

Aquí debemos preguntarnos si sólo basta con una intención de elaboración descriptiva o

por el contrario sólo teórica. Es evidente que la respuesta es negativa. Se necesitan ambos elementos: lo descriptivo y lo teórico. Sin embargo, aunque se privilegia lo descriptivo algunos autores trabajan ambos elementos al pretender llegar a la formación de categorías formales, aunque un polo es el que domina. El peligro en el primer caso es la generalización a partir de algunos casos concretos y en el segundo el encierro y encajonamiento de los particulares en un armazón universal. Lo conveniente es, independientemente del punto de partida, recorrer el círculo analítico: teoría - descripción-teoría. Hay que hacer resaltar la tendencia de prácticamente todos los autores a utilizar el concepto de clase social como columna vertebral de sus propuestas. Otro aspecto destacable es también la tendencia a buscar, ya sea que se parta del análisis del movimiento mismo o de marcos conceptuales, la ubicación o construcción del contexto estructural de los movimientos como visión dominante de sus enfoques.

3.3. Tercera pauta: origen de los movimientos

La tercera pauta es el origen de los movimientos, que nos permitirá distinguir qué polo domina en la dicotomía: explicación estructural, por un lado, y el papel de los actores sociales y sus acciones, por el otro.

En Hobsbawm (1974) el origen de los movimientos debe encontrarse en las necesidades de la sociedad moderna que rompe con las tradiciones y formas de vida de las sociedades primitivas. Las sociedades modernas irrumpen en las sociedades tradicionales creando cambios fundamentales en ellas. Lo moderno exige adaptación de lo primitivo. El problema para las sociedades tradicionales es cómo adaptarse a la vida y luchas de la sociedad moderna.

En cambio, Barrington Moore (1976) desecha la tesis de que el deterioro en gran escala de la vida campesina por el impacto del comercio y la industria, traducido en una situación que amenaza a los campesinos por entero en su modo de vivir y en los fundamentos mismos de su existencia como son la propiedad, la familia y la religión, sea el origen de las explosiones revolucionarias. Para Moore, se acerca más a la verdad la tesis opuesta. Son las sociedades en donde los campesinos han conservado y aun extendido su modo de vivir tradicional, en sociedades donde existe una ausencia de cambios en lo agrícola dirigidos por las clases altas rurales y en sociedades donde los vínculos institucionales atan

a la sociedad campesina con las clases altas rurales, las que están sometidas a nuevas presiones y tensiones y, por tanto, susceptibles a rebeliones y estallidos sociales.

Landsberger (1978) detecta tres tipos de situaciones que han desempeñado un papel de estímulo del descontento de los campesinos: la inestabilidad del status; una posición desfavorable que algunos campesinos pueden comparar con una posición de otro sector campesino, y pérdida continua e incontrolable del status.

Existe un acuerdo sustancial, nos dice Landsberger, en que los levantamientos campesinos están invariablemente, aunque no de manera simple, relacionados con los cambios económicos y políticos de la sociedad. Se producen cambios en las condiciones objetivas que gobiernan a la sociedad globalmente y, en gran medida, como resultado de estos cambios se dan otros que en última instancia producen pérdidas de status. Los descontentos son la causa inmediata pero no la más profunda de los disturbios. La integración económica de la sociedad dentro de un mercado mayor, posiblemente internacional; el consecuente impulso a la comercialización de la agricultura; y la subsiguiente usurpación de tierras y derechos campesinos y de su status en general, son las causas profundas de los movimientos campesinos.

Todas las revoluciones y rebeliones campesinas tienen su origen, según Wolf (1979), en presiones con raíces en el pasado. Los movimientos son cristalización en el presente de un gran fenómeno cultural arrasador: el capitalismo. Este se destaca por la posesión de una organización social donde se vende el trabajo, se renta la tierra y se invierte el capital. El capitalismo al difundirse encuentra sociedades que dependen en gran parte de los frutos del trabajo campesino. A su paso destruye estructuras tradicionales separando a las personas de su matriz social acostumbrada para convertirlos en actores económicos independientes.

El capitalismo despoja a la tierra de obligaciones sociales (derecho a su utilización por los campesinos), arrebatada por la fuerza a los habitantes originarios su posición territorial, coloniza nuevas tierras libres de trabas sociales tradicionales lanzando a los campesinos a tierras que no cubren sus necesidades. En el capitalismo encontramos el origen de los movimientos campesinos.

El origen de los movimientos campesinos para Huizer (1970) está en las influencias modernizadoras que dan a los campesinos frustraciones en vez de mejoras reales. La

pasividad aparente y la fingida "pereza" de los campesinos son una forma de protesta y resistencia, por muchos mecanismos, ante la "cultura de la represión" y el "colonialismo interno" producto de la modernización. Esta cultura de la represión y el colonialismo interno (relacionando ambos conceptos con la situación y las actitudes campesinas bajo el sistema de la hacienda), produce circunstancias de aguda frustración, en la que los hombres pueden unirse y tratar de tomar control mediante la acción colectiva.

Aníbal Quijano (1971) piensa que una muy difundida corriente de ideas dentro y fuera de Latinoamérica reduce a las crecientes presiones populares en demanda de cambios radicales en la situación social, a una combinación entre la explosión demográfica y el creciente deterioro de los niveles de vida, especialmente en las zonas rurales. Para el autor, estos factores actúan como condiciones necesarias, pero no parecen suficientes para explicar las características y los alcances de las movilizaciones.

El diferente proceso y ritmo de despojo de tierras que sufrieron los campesinos a lo largo del siglo pasado fue, para Leticia Reina (1980), lo que dio origen a la diversidad de demandas y de formas que adoptaron las luchas. Estos movimientos campesinos, si bien expresaron en primera instancia la lucha entre clases sociales, entre poseedores y no poseedores, en último análisis formaron parte de los movimientos que cuestionaban y a la vez optaban por el poder regional y nacional en los cuales se vieron involucrados de una u otra manera. Los movimientos campesinos tuvieron diferentes formas de expresión ideológica que se derivaron de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. Las diferentes formas de expresión ideológica correspondieron a los diversos grados de penetración capitalista en las distintas regiones del país.

Beatriz Canabal (1984) está en desacuerdo con aquellos que afirman que no es posible abordar el estudio de las formas en que se expresa el campesinado sin hacer referencia a sus determinaciones estructurales; es decir, sin un estudio previo exhaustivo de la estructura económica. La autora considera, que si bien es necesario tener claridad en cuanto a los elementos estructurales que dan cuenta de los recursos productivos, de su distribución, de las formas de producción y de explotación, también es posible abordar estas cuestiones centrándose en el carácter y la orientación misma de la lucha social, logrando así un recuento de los elementos estructurales que están en el fondo de todas esas manifestaciones.

Para Bartra (1977) el ascenso del movimiento campesino y el carácter que éste ha adoptado tiene causas coyunturales, pero hunde sus raíces en las contradicciones básicas de la estructura socioeconómica del país. Son las contradicciones del capitalismo dependiente y subdesarrollado mexicano las que se expresan en la agudización de la lucha de clases rural.

Graciela Flores (1988) opina que los campesinos están en constante movilización para enfrentar, individual o colectivamente, desde las contingencias y retos que la naturaleza impone para el desarrollo de la agricultura (incendios, inundaciones, sequías, etc.), hasta las agresiones hacia su territorio y recursos naturales o la expoliación de sus excedentes por parte de ganaderos, terratenientes, caciques, acaparadores, etc. El movimiento campesino en nuestro país, nos dice, presenta una gran diversidad de manifestaciones y reivindicaciones, así como diferencias regionales tanto en su capacidad de movilización como en el carácter de las relaciones que mantiene con el Estado. Esta diversidad es resultado a su vez de las condiciones mismas en que se ha desarrollado el capitalismo en las diferentes regiones del país y de la correlación de fuerzas expresada en el reparto del poder en cada estado.

Como podemos apreciar, de manera evidente, absolutamente todos los autores citados vinculan al movimiento campesino con el aspecto estructural. El origen de los movimientos se encuentran en una causa estructural: sociedad moderna que rompe sociedades primitivas, inexistencia de cambios agrícolas y extensión o permanencia del campesinado; inestabilidad del status; cambios políticos y económicos; capitalismo; influencias modernizadoras; cultura de la represión; colonialismo interno; hacienda; explosión demográfica; creciente deterioro de la vida campesina; influencia urbana; bases materiales y relaciones sociales; penetración capitalista; estructura económica; desarrollo del capitalismo; etc. Aunque se incorpora lo coyuntural y la orientación de la lucha, lo dominante es lo estructural. de tal manera que ello aparece como un requisito, en algunos casos como el primer paso para el análisis de los movimientos campesinos; vinculando fases del desarrollo del capitalismo, la modernidad o el industrialismo con fases correspondientes de movimientos sociales. Falta: la explicación de los actores y sus acciones. Lo estructural explica el origen no el desarrollo y permanencia de los movimientos.

3.4. Cuarta pauta: definición de los movimientos

Cuarta pauta: la definición de los movimientos, permitirá distinguir qué polo domina en las dicotomías, análisis de clase, por un lado, análisis de actores o sujetos por el otro; movimiento social en el campo, en un polo, y movimiento campesino en el otro; y la utilización del concepto campesino como abarcador, por un lado, o por el contrario para diferenciar y establecer estratos, por el otro.

Hobsbawm (1974) define a los movimientos sociales como formas de agitación social ante la irrupción de la sociedad moderna. Para Moore (1976) el movimiento campesino es la insurrección y la rebeldía ante la ausencia de un proceso de modernización. De la tempestividad y carácter del proceso de modernización depende la respuesta campesina: revolucionaria o pasiva.

La columna vertebral de la armazón, propuesta por Landsberger (1978) para el análisis de los movimientos campesinos, requiere de la definición de dos términos centrales: campesino y movimiento. En cuanto a la definición formal del término campesino, para el autor, existen considerables diferencias no sólo entre destacados investigadores, sino incluso variaciones cruciales en el mismo autor dentro de un periodo relativamente corto de tiempo. La situación es tan confusa, que el propio estado de cosas indica una señal indirecta de que hay algo fundamentalmente equivocado.

Cuando autores -continúa diciéndonos Landsberger- tan serios y tan experimentados en sus campos (antropología, sociología o historia) difieren y vacilan tanto ante la definición de un término, es probable que el problema no resida exclusivamente en la complejidad de los hechos que cada uno selecciona. La dificultad probablemente resida básicamente en un doble intento: clasificar grupos concretos de seres humanos por estar dentro o fuera de una categoría; y realizar la categorización sobre la base, preferentemente, de un sólo criterio: posesión o control del proceso de producción, orientación al mercado o cultura. La estrategia opuesta consiste en reconocer, con respecto a la definición, que es necesario un equipo entero de dimensiones. Hay que abandonar los intentos de categorizar las posiciones de ser "campesino" o no con base en un criterio. Las dimensiones fundamentales son económicas y políticas, las cuales se descomponen en tres subgrupos o subdimensiones. Son, respectivamente, las relacionadas con el control de los importantes *inputs* económicos y políticos (posesión de recursos críticos: cantidad y seguridad con que

controlan); las que están relacionadas con el control del proceso de transformación y las relacionadas con el grado de beneficio del producto derivado del *output* de cada uno de los sectores de la sociedad agrícola.

Con ello Landsberger cree abarcar automáticamente todos los criterios importantes presentados por cada uno de los autores que han intentado definir al campesino. También le permite incluir bajo el término de campesinos a todos los cultivadores rurales y definirlos como de bajo status, delineando claramente las situaciones generadoras del descontento de los campesinos y también de la clase obrera. En el contexto de los grupos de status bajo como los campesinos, Landsberger entiende por movimiento a cualquier reacción colectiva contra el status bajo. Para el autor un movimiento debe ser descrito utilizando ciertas dimensiones a fin de poder analizar sus causas, sus interrelaciones y sus efectos. Específicamente Landsberger nos propone emplear estas cuatro dimensiones:

1. La medida en que existe una conciencia común de compartir el mismo destino.
2. La medida en que la acción es colectiva, tanto por la cantidad de personas que pone en movimiento como por su grado de coordinación y organización.
3. La medida en que la acción es "instrumental": proyectada para cubrir una meta o "expresiva": emprendida debido a una gratificación inherente a la acción misma.
4. La medida en que la reacción se basa exclusivamente en el bajo status socioeconómico y político, en contraste con otros en los cuales diferentes problemas desempeñan un papel verdadero e independiente.

Para Wolf (1979) la definición que ayuda al análisis y comprensión de la participación de los grupos campesinos es la de clase social, entendida como verdaderos conglomerados de personas cuyo desarrollo o decadencia se afirma en determinadas circunstancias históricas y que actúan conjuntamente unas contra otras, en busca de determinados intereses que son promovidos por dichas circunstancias. Otra definición que ayuda al análisis es la de campesino, entendido como la población que, para su existencia, se ocupa en el cultivo y toma decisiones autónomas para su realización.

Wolf insiste en que hay que diferenciar entre granjero que participa plenamente en el mercado y campesino, cuyo objetivo es la subsistencia. Cuando el campesino no puede transformarse en granjero y no existen alternativas es cuando la rebelión campesina y la participación en la revolución aparecen. Los movimientos o rebeliones campesinas son

reacciones ante los disturbios sociales causados por los cambios de la sociedad inducidos por el capitalismo.

Huizer (1973) al tratar los diferentes movimientos campesinos acepta la definición de Landsberger: cualquier reacción colectiva de los que cultivan la tierra, ante su posición inferior. Así entonces, la organización campesina, en la obra de Huizer, es un movimiento que ha adoptado una cierta organización estructural para ser más efectiva; aunque no todos los movimientos campesinos tienen una estructura. Las insurrecciones y otras reacciones tumultuosas de los movimientos campesinos pobres, en protesta por sus condiciones, por lo general carecen de estructura alguna; pero los movimientos estudiados por el autor, todos fueron estructurados y organizados.

En Quijano (1971) la tendencia del campesinado a diferenciarse y a organizarse como un sector específico de intereses sociales, se manifiesta en la emergencia de vigorosos movimientos político - sociales, los cuales han ejercido una profunda influencia sobre sus respectivas sociedades. Una gran parte del campesinado parece estar desarrollando la capacidad de identificar sus propios intereses, de construir estructuras organizativas para su defensa, de distinguir los factores fundamentales incorporados a su situación social y, consecuentemente, los elementos de orientación que le permiten distinguir entre los intereses sociales y políticos directamente enemigos y aquellos con los que se puede establecer una fuente común de lucha para objetivos inmediatos.

El término campesino utilizado en el trabajo de Quijano se refiere a la población de las áreas rurales que pertenecen a las capas económica y socialmente dominadas, cualquiera que sea su rol específico: jornalero, colonos, minifundistas, pequeños comerciantes, artesanos, estudiantes, etc. dentro de estos límites. El concepto de movimiento social usado, se refiere a la tendencia de un sector determinado de la población de una sociedad a presionar sobre algún o algunos aspectos de la estructura de la sociedad, con la finalidad de cambiarlos en determinado sentido, de manera deliberada. Entonces, los movimientos campesinos son un sistema de coordinación y de organización de los intereses del campesinado y de instrumentación de un modo de participación en la sociedad. Constituyen un proceso de desarrollo y de cristalización de una estructura de relaciones de grupo. Las movilizaciones campesinas constituyen un proceso de emergencia y desarrollo de un nuevo grupo diferenciado y organizado de intereses sociales.

Los movimientos campesinos, estudiados por Leticia Reina (1980), representaron las diferentes manifestaciones de descontento contra un sistema social que los oprimía. Este enfrentamiento a la opresión se expresó fundamentalmente a través de los diferentes intentos por recuperar sus tierras. En su trabajo se hace frecuentemente una generalización bajo la categoría campesinado, dado que es un concepto más amplio y puede incorporar a todos los diferentes sectores de trabajadores del campo, incluyendo a los trabajadores de las poblaciones indígenas.

Canabal (1984) considera a las movilizaciones campesinas como expresión de la inconformidad y del malestar que las crisis agrícolas producen entre sectores importantes del campesinado, pero también como expresión de las desigualdades y de la injusticia imperantes en el campo. No define al movimiento campesino como el de una clase plenamente conformada, sino como el de una categoría social determinada por una amplia gama de grupos que de acuerdo a ciertos rasgos básicos y a su participación en la lucha social, se encuentra en un proceso de clasificación provocado en primer término por el proceso específico del desarrollo capitalista en el campo, pero también por el carácter que ha tomado su lucha, en la que se manifiestan intereses que lo unifican en torno a lo que de una manera amplia puede ser denominado movimiento social campesino. Existe entonces, en Canabal, una relación entre la conformación de clases en el campo y el movimiento campesino en donde ambos procesos se retroalimentan.

Para Bartra (1977) el movimiento campesino es el movimiento de los explotados del campo y expresa la lucha de clases rural. El ascenso general del movimiento campesino hace evidente la impotencia de los organismos de control oficial, que han provocado la agudización de las contradicciones interburguesas. Ha logrado en general mantenerse a la ofensiva sin que lo haya detenido la represión ni lo hayan encausado a terreno controlable las maniobras y la demagogia. En balance a pesar de su dispersión y espontaneidad, el movimiento campesino ha obligado al Estado mexicano a acceder tácticamente así sea con concesiones mínimas que al final obliga a modificar la política agraria estatal.

Para Graciela Flores (1988), en nuestro país como en muchos otros de América Latina y del mundo subdesarrollado, los campesinos están permanentemente manifestándose social, cultural, económica y políticamente. Se expresan en pequeños grupos o en grandes contingentes, de manera espontánea o estructurada y organizada, en los ámbitos

municipal, regional, nacional o internacional. En términos amplios, el movimiento campesino abarca una extensa gama de acciones, algunas espectaculares, otras humildes y silenciosas.

Debemos hacer notar la diversidad de definiciones y términos utilizados para definir al movimiento campesino: agitación social, insurrección, rebeldía, reacción colectiva, participación de grupos campesinos, insurrecciones y reacciones tumultuosas, sistema de coordinación y organización de intereses, diferentes manifestaciones de descontento, expresión de inconformidad y del malestar, expresión de la lucha de clases, acciones de manifestación, etc. Detrás de tal diversidad se encuentra la dominancia del enfoque de clase social en todos los estudios de análisis del movimiento campesino. De hecho, el catalogar o llamar al movimiento como campesino implica necesariamente el referente de clase. En ningún trabajo revisado encontramos alusión a un enfoque distinto que no sea el de clase, esto muestra como en los años setenta la visión dominante, hegemónica, fue justamente el análisis de clase. Por ello no se habló, en esos años, de movimientos sociales en el campo o simplemente de movimiento social. Siempre, al hablar de movimiento se le colocaba el referente clasistas, por ejemplo, movimiento obrero o movimiento campesino. Esta situación explica el por qué muchos autores no discuten el concepto campesino e ingresan directamente al movimiento campesino y otros, pocos por cierto, lo discuten. Los primeros utilizaron el concepto de campesino como una definición donde prácticamente cabe todo, esta forma de utilizar el concepto fue la dominante; los segundos se interesaron en estratificar y encontrar clases sociales al interior del gran concepto abarcativo de campesino. Es interesante ver como los autores que usaron el concepto campesino en cuanto abarcativo, definen al movimiento como la movilización de la clase social a partir de una toma de conciencia (clase para sí). En cambio, los autores de la estratificación campesina conciben a los movimientos como una puesta en movilización, también por un acto de toma de conciencia, de algún estrato o subclase campesina o una conjunto de éstas.

3.5. Quinta pauta: criterios para la definición de los movimientos

La quinta pauta: criterios para la definición de los movimientos permitirá distinguir qué polo domina en las siguientes dicotomías: el objetivo en los distintos autores es la clasificación o se trata de objetivos diferentes a la clasificación y establecer el uso y

diversidad de criterios entre muchos y pocos.

En Hobsbawm (1974) los elementos fundamentales para la clasificación de los movimientos sociales son: su pertenencia a lo rural o a lo urbano y, principalmente, su aspiración tocante al mundo; ello le permite hablar de ideología y organización, y a la vez distinguir entre movimiento reformista o revolucionario o movimiento prepolítico y político.

Tomando en cuenta el proceso de modernización, en Moore (1976) el criterio es la adopción o no de la agricultura comercial por parte de la clase alta rural. Ahí donde esta clase ha pasado a producir para el mercado, abriendo así la vida rural a los influjos comerciales, las revoluciones campesinas tienen poca importancia. Por el contrario, ahí donde el campesino no ha reemplazado el cultivo de subsistencia por la producción para el mercado las revoluciones campesinas cobran importancia.

En Landsberger (1978) el uso de las dimensiones del movimiento social supone el manejo de un aspecto "más elevado" contra otro "más bajo" o más contra menos. Este tipo de manejo se presta automáticamente a hacer distinciones cualitativas (horizontales y verticales) y cuantitativas. Los criterios propuestos por Landsberger para el análisis de los movimientos son los siguientes: a. Los cambios estructurales anteriores a la implantación de un movimiento campesino: tensiones objetivas y subjetivas; b. Objetivos e ideología del movimiento: alcance (mejoras económicas o políticas), beneficios (localistas o cosmopolitas), variación en el tiempo y diferencias entre subgrupos; c. Los medios y métodos del movimiento: amplitud y gama, legales o ilegales, cambios en el tiempo y diferencias entre subgrupos; d. La base de masas del movimiento: tipo de status (acomodado, medio o bajo); e. Condiciones que facilitan la organización: tipo de comunidad y experiencia, tipo de liderazgo y homogeneidad de intereses; f. Aliados de los movimientos campesinos: grado de contribución, fortalecimiento o debilitamiento; g. Condiciones del éxito y del fracaso: cruzamiento de todos los incisos.

Wolf (1973) nos indica que hay que tomar en cuenta el grado de desarrollo de tres grandes crisis aparejadas al crecimiento capitalista como condiciones especiales que exacerban la condición campesina: 1. Crisis demográfica: desequilibrio entre población y recursos campesinos; 2. Crisis ecológica: destrucción de recursos campesinos; 3. Crisis de poder y autoridad: brecha entre lazos de relación, control entre el centro y el interior de un país. El

esquema analítico que permite relacionar las formas de protesta rural con las grandes modificaciones estructurales, cambiantes ambas, se basa en una institución que ha dominado el campo latinoamericano: la hacienda.

La hacienda, según Wolf, ha pasado por tres fases de desarrollo como sistema de dominio económico en el campo: 1. Expansión: cuando el sistema llega a ser dominante en la estructura económica, social y política de las zonas rurales; 2. Estabilización y coexistencia: cuando convive con otras formas de organizar la producción; 3. Disolución: debilitamiento o declinación del sistema. Las fases son categorías analíticas y no necesariamente tienen que ocurrir en secuencia histórica. Existe diversidad en la sincronización de los distintos procesos; en algunas regiones se puede presentar una combinación de las tres fases o en otras regiones se saltan fases. Estas tres fases corresponden a tres distintas etapas del desarrollo de la protesta social: 1. Resistencia, la mayoría de estos movimientos terminaron en sangrientas represalias; 2. En esta fase se muestran distintos esquemas de protesta con base en dos características: a. tendencia a establecer alianzas con los trabajadores de los pueblos y minas, organizando sindicatos; b. afiliación a partidos políticos o apoyo en el movimiento de algún partido político. 3. Esta fase presenta tres formas de protesta rural: a. invasión de los terrenos de la hacienda; b. apoderamiento de las tierras de las haciendas por arrendatarios; redacción de contratos laborales y salariales.

Los criterios en Huizer (1973) para la definición de los movimientos son: 1. Las condiciones que favorecieron la formación de un movimiento campesino, tales como los factores geográficos, situaciones específicas de conflicto, disponibilidad de una dirección, influencias externas y fuerzas opuestas; 2. El proceso efectivo de formación que se realiza en etapas como: la creación de una conciencia del problema, la aparición de líderes vigorosos, el apoyo externo para la ampliación del movimiento, estímulos desde arriba; 3. Las demandas de la organización generalmente la Reforma Agraria y los medios para ejercer presión en favor de esas demandas; 4. Logros de los movimientos y los medios por los cuales se convirtió en parte de la estructura institucional existente.

Los criterios de clasificación de los movimientos campesinos en Quijano (1971) son: objetivos, patrones de organización, métodos de acción, liderazgo, modelo ideológico: modos de interpretar la situación y niveles y formas de participación política.

Ante el enorme número de materiales de carácter descriptivo encontrados sobre movimientos campesinos, Reina (1980) nos propone los siguientes criterios de clasificación: las causas, objetivos, dirección y liderazgo, expresión ideológica, formas de represión y, en general, del desarrollo del movimiento.

Los componentes más importantes que dan forma al movimiento campesino, en Beatriz Canabal (1984) son: el medio físico y económico en el que se desarrolla el movimiento, en el que se destacan algunas consideraciones de orden estructural acerca de la composición de clases de la región seleccionada. Un segundo componente está constituido por los momentos y las acciones más relevantes de los movimientos. Un tercer componente es la organización que comprende sus formas, su expansión, su composición, el grado de participación, su apertura al establecimiento de alianzas y, principalmente, el papel desempeñado en el avance y/o obtención de logros. Un cuarto componente es el liderazgo, destacando las formas que asume y su papel como impulsores, organizadores y orientadores del movimiento. El quinto componente son los métodos de acción que usan los campesinos como medios de presión para alcanzar algunas metas, o para provocar retrocesos en el movimiento. Un sexto componente es el comportamiento y la respuesta de los adversarios ante la ofensiva campesina. Un adversario importante es el papel que desempeña el Estado como mediador y/o como adversario indirecto de los campesinos. El último componente es el carácter básico y los cambios que se generaron a través de la participación política en el modelo ideológico de las comunidades participantes o de los grupos movilizados.

Para Bartra (1979) los criterios están en la base estructural de la lucha de clases en el campo. También están en la crisis del modelo de desarrollo agropecuario expresado en: la crisis de la producción agrícola; la crisis de la agricultura campesina, la desocupación creciente y la crisis de la política agraria. Estas causas inmediatas de la lucha dan al movimiento diversas formas y manifestaciones aprehensibles con base en sus formas de organización, formas de lucha y enemigos.

Con base en las categorías de análisis del movimiento campesino utilizadas por Flores (1988) los componentes serían: la organicidad, la relación con el Estado y las demandas. Los frentes de lucha que identificó en las principales movilizaciones desde la segunda mitad de los sesenta y principios de los ochenta, son los siguientes: a. La lucha por la

tierra; b. La lucha por la defensa de los recursos naturales; c. La lucha por la organización de la producción y de la comercialización; d. La lucha por la defensa de los derechos laborales de los obreros agrícolas y su sindicalización; e. La lucha por el abasto de productos básicos. Para la autora, ligados a cualesquiera de las reivindicaciones mencionadas, existen otros frentes de lucha, como el respeto a los procesos laborales en los ejidos, comunidades, municipios u organizaciones productivas o gremiales en general, es decir, la lucha por la democratización, contra la represión y por el respeto a las formas de organización, cultura y costumbres de los indígenas.

La búsqueda de criterios para la definición de los movimientos campesinos, en todos los autores, persigue en realidad la posibilidad de realizar una clasificación de ellos. Aunque muchos de los estudiosos revisados pretenden caracterizar a los movimientos -en realidad, insistimos- sólo los clasifican. Se tiende a utilizar un número limitado de criterios, lo cual facilita mucho la clasificación; en la medida en que se introducen más criterios dicha clasificación se complejiza. Así, por ejemplo, los movimientos campesinos pueden ser clasificados con base en sus demandas, sus formas de acción, etcétera. Una característica notable consiste en que muchos de los criterios son compartidos, independientemente de la cantidad de ellos, por varios autores. Otra característica es la tendencia a usar para cada uno de los criterios establecidos una escala cuantitativa que va del más al menos y a la inversa; por ejemplo, si tomamos como criterio la organización los movimientos campesinos se clasificarán como movimientos sin organización, con organización, con poca organización, etc.

3.6. Sexta pauta: rural - urbano

La sexta pauta: rural - urbano. permitirá distinguir qué polo domina en las siguientes dicotomías: existe o no distinción entre lo rural y lo urbano; existe o no discusión y argumentación de estos conceptos y si el potencial revolucionario del campesino depende de un factor externo a la condición campesina o es interno.

Hobsbawm (1974) clasifica los movimientos sociales discutidos en su libro en dos grandes conjuntos: los movimientos sociales predominantemente rurales (bandolerismo social, la mafia y fenómenos similares y los movimientos milenarios) y los movimientos sociales predominantemente urbanos o industriales (turba, sectas obreras y el ritual en los

movimientos sociales). Para nuestro autor, cuando el movimiento se queda en el seno del campesino la adaptación a la sociedad moderna es muy lenta e incompleta, si sale de ese seno y se enmarca en una organización, una teoría y un programa que llegue de fuera los resultados son diferentes, la adaptación a la sociedad moderna queda prácticamente garantizada, aunque estos movimientos campesinos tienden a ser utilizados por las clases sociales urbanas, convirtiéndose en instrumentos de ellas.

Moore (1976) considera que los campesinos nunca han podido consumir una revolución por sí mismos. Han existido innumerables movimientos y rebeliones campesinas, la mayoría sofocadas. Los campesinos han proporcionado la dinamita para volar los edificios sociales, pero a las obras de reconstrucción subsiguiente nunca han aportado nada, de hecho han sido sus primeras víctimas a pesar del liderazgo de otras clases. Para que el potencial revolucionario del campesino tenga éxito se necesitan una combinación de circunstancias insólitas que no se han dado.

El reconocimiento de que existe una serie de dimensiones con las cuales se pueden medir las posiciones que la gente ocupa en la sociedad, permite a Landsberger (1978) centrarse en los cultivadores rurales, los cuales ocupan una posición relativamente baja en varias dimensiones esenciales al igual que la clase obrera. Para que los campesinos cuenten con una ideología revolucionaria y, por tanto, su potencial revolucionario sea efectivo, ésta debe generarse como externa al campesino. La fuente de este tipo de ideología es la existencia de una innovación ideológica en otros sectores de la sociedad. Es generalmente en los centros urbanos, no en el campo, donde comienza el fermento de esta clase. Los cambios en el grado de radicalismo de los objetivos de los movimientos campesinos se producen de acuerdo con cambios más generales en la ideología social y en el liderazgo desde fuera. Ambos elementos infunden ideología a los movimientos campesinos. Un campesino que se encuentra cada vez más explotado económicamente por grupos e instituciones superiores que no le dan nada a cambio y con una ideología que no proporciona ninguna justificación plausible de ello, será más sensible ante otros proyectos ideales para la sociedad.

Wolf (1976) toma en cuenta la importancia de los grupos que median entre el campesino y el resto de la sociedad de la cual forman parte. El terrateniente, el comerciante, el dirigente político y el sacerdote se encuentran en las articulaciones de las relaciones sociales,

económicas y políticas que conectan a lo rural con lo urbano. Estos grupos pueden desempeñar un papel significativo en la participación de los campesinos en los levantamientos políticos: de hecho, los campesinos no pueden transitar de la rebelión campesina a la revolución sin una dirección.

Para Huizer (1973) los campesinos tienen necesidad de apoyo de aliados urbanos capaces de ayudar a establecer la estructura de una organización regional. Existe una generalizada presencia de desconfianza y resentimiento entre los campesinos sujetos al tradicional sistema de la hacienda y a los efectos frustrantes de la modernización; que se preparan para una organización militante en cuanto puedan hallar aliados comprensivos capaces de guiarlos. El contacto con las fuerzas urbanas y otras fuerzas modernizadoras, sobresale como un factor básico para esta capacidad de organización.

Quijano (1971) piensa que a pesar de que para cada forma concreta de la movilización campesina en Latinoamérica existen formas y patrones privativos de emergencia y desarrollo, es posible abstraer algunos patrones generales a todos ellos: la agitación y dependencia urbana; la generalización y la relativa autonomización de lo urbano; la coordinación y la centralización de las organizaciones. En la práctica la totalidad de las movilizaciones campesinas tradicionales fueron resultado de su propia iniciativa. Los movimientos campesinos modernos se originan por la acción de agentes urbanos de agitación y de organización como los partidos políticos. La consecuencia de este estado de cosas es la dependencia urbana de los movimientos campesinos que los organiza, orienta y controla con fines de difusión de modelos revolucionarios de percepción de la realidad. La organicidad, la modernización de las organizaciones y de las formas de lucha, la generalización a escala nacional, la coordinación y la centralización; su carácter no espontáneo, la politización creciente de sus niveles más desarrollados y la institucionalización de una nueva estructura de poder que compite con la estructura tradicional de poder en el campo, pueden ser destacados como los fenómenos y patrones dominantes de los movimientos contemporáneos en Latinoamérica. Únicamente bajo la influencia urbana puede el campesinado elevar su conciencia social hasta un nivel relativamente moderno, racionalizante o, en todo caso, con tendencias en esa dirección.

El campesinado mexicano, durante el siglo XIX, nos comenta Leticia reina (1980), desempeño el papel de fuerza principal en los procesos de cambio y consolidación del

estado nacional. Aquellos que fueron de mayor trascendencia en la vida política del país, siempre tuvieron la participación de otras clases sociales ajenas a los campesinos que, al dirigirlos, los manipulaban y utilizaban en empresas de envergadura nacional. Los movimientos campesinos cuya repercusión y trascendencia en la lucha por el poder tuvieron cierta importancia en los cambios estructurales del país, siempre fueron dirigidos por otra clase o sector de clase social ajena al propio campesinado. Es decir, que la trascendencia de los movimientos dependía en muchos casos de la influencia y actuación de grupos no pertenecientes a las clases dominadas. Esto tenía como consecuencia que aun cuando el campesinado fuera la fuerza decisiva en la lucha por el poder político, se le eliminó después de utilizarlo mediante paliativos o sencillamente se le reprimía cuando adquiría una dinámica propia. Los enfrentamientos campesinos fueron consecuencia de problemas cotidianos, más no de una reflexión sobre el orden social. Solamente se planteó la transformación del país cuando influencias ideológicas externas les ofrecieron una interpretación de sus problemas. Hubo movimientos en los que se apoyaron grupos políticos, representantes de clases sociales emergentes, que utilizaban al campesinado sólo como un medio para tomar el poder en movimientos de carácter nacional. Una vez que estos grupos conseguían tomar el gobierno, olvidan las promesas hechas a los campesinos y se reprimía su protesta.

El estudio de Canabal (1984) considera al campesinado, no como una categoría social estática con un determinado número de características singulares, sino como una categoría social dinámica, en constante cambio, de acuerdo al desarrollo de su propia movilización. El movimiento social se manifiesta siempre en el contexto de un determinado tipo de relaciones de clase. A pesar de que los movimientos sociales se han definido como las conductas organizadas de las clases sociales, un movimiento no se puede sostener ni enriquecer si no se nutre constantemente de reivindicaciones, formas de organización y de presión particulares que lo orienten permanentemente. La alianza de los campesinos con otros sectores sociales actúa para éstos en el mismo sentido, es decir, contribuye al desarrollo de las luchas revolucionarias de otros sectores de la sociedad y, por extensión a un cambio social generalizado, aunque no son los campesinos la vanguardia dirigente del cambio social. El movimiento campesino, producto de la crisis económica en el campo, que cuestiona a los aparatos de gestión agraria y a la política agraria del Estado, manifiesta

una creciente madurez de clase social revolucionaria, que cuestiona la propiedad territorial capitalista.

Los rasgos esenciales del campo mexicano, para Bartra (1977), están determinados por las funciones socioeconómicas que le asignan las necesidades de reproducción y acumulación capitalistas: a. Generación de excedentes agropecuarios exportables para financiar parcialmente las importaciones; b. Transferencia de plusvalía producida por el trabajo rural para reforzar la acumulación del capital en el sector industrial; c. Retención y liberación de mano de obra. Estas funciones son cumplidas debido a la peculiar configuración del campo mexicano: un sector de agricultores capitalistas; un sector de capitalistas agrocomerciales y agroindustriales y una enorme masa de pequeños y medianos productores. A diferencia del obrero industrial, el campesino parte de la convicción de que los medios de producción deben estar en manos de los trabajadores y de que ellos mismos pueden controlar la producción y con ello su lucha atenta más fácilmente contra la sagrada propiedad burguesa, por lo menos en lo que a la tierra se refiere. En esto radica la fuerza y el carácter subversivo de la ideología campesina. Por ello, el campesino se eleva difícilmente a una conciencia socialista y por si sólo no puede ofrecer una alternativa estratégica a la sociedad burguesa. Negar el potencial revolucionario de esta espontánea lucha contra la propiedad territorial capitalista y el control socioeconómico burgués, sólo porque no cuestiona la totalidad del sistema capitalista y carece por sí misma de una alternativa socialista, es negar la función y el papel de la alianza obrero - campesina como unión estratégica. Al levantar reivindicaciones que el capitalismo de la época imperialista no puede satisfacer, el campesinado se transforma en una fuerza social objetivamente revolucionaria. Necesita a través de su alianza social con el proletariado y gracias a la dirección política e ideológica de éste, el pequeño productor encuentra a través de la revolución su propio camino al socialismo por la vía de la colectivización.

Si mucha tinta ha corrido acerca de las luchas rurales, más aún se ha regado para, a la manera de ver de Flores (1988), tratar inútilmente de ubicar en el campo el sujeto revolucionario por excelencia. Las luchas reseñadas en su investigación no han sido escogidas en términos de su mayor o menor potencial revolucionario. Las determinaciones que le imprimen un carácter revolucionario a las luchas sociales son: su capacidad de articular las diferentes demandas de las clases explotadas en un proyecto político y

económico alternativo, su relación con el Estado y las clases dominantes y entre bases y dirigentes.

En la década de los años setenta, así pareciera, no se considera pertinente la discusión ni la definición compleja de la distinción entre rural y urbano, o quizá la diferencia era tan clara y nítida que no se consideró necesario elaborar una teoría al respecto. Así queda demostrado cuando lo rural es definido como lo campesino y urbano como lo obrero. La tendencia dominante es entonces a identificar a lo rural con lo campesino, con los cultivadores rurales o, como en Moore, lo rural está definido como campesinado más las clases sociales altas; o como en Wolf donde lo rural es lo campesino más los grupos que median con el resto de la sociedad.

Al abordar los análisis de los movimientos campesinos, los distintos autores pasan directamente a su clasificación sin definir o poner en claro su noción de lo rural y menos aún establecen la diferencia entre lo rural y lo urbano. Aparece tal aspecto cuando tratan el potencial revolucionario del campesino y sus movimientos; es aquí donde para todos los estudiosos existe una dependencia de lo urbano dicho de distintas formas: es dependiente de lo urbano, es externo al campesino, requiere de la dirección externa, precisa de aliados comprensivos capaces de guiarlos, depende de las fuerzas urbanas modernizadoras, de la dirección de una clase ajena al campesinado, subordinado a la alianza con otras clases o estratos sociales, depende de la alianza obrero - campesina, de la articulación de sus demandas por factores externos, etc. Tal noción, presente en todos ellos, e incluso podríamos decir que es el único punto en común donde coinciden, se debe -desde nuestro particular punto de vista- a la tendencia generalizada a asumir y utilizar el enfoque de clase social. Una perspectiva así, como lo veremos con la séptima pauta, conduce inevitablemente a escoger como objeto de estudio a los movimientos campesinos con organización, independencia del Estado, modelos ideológicos y demandas anticapitalistas, por ejemplo, dejando de lado todas las demás expresiones de movimientos que no presentan estas características. La razón es que el enfoque de clase encierra al análisis en una vertiente de potencial revolucionario donde todo lo demás queda fuera y no es foco de atención ni objeto de estudio.

3.7. Séptima pauta: prepolítico - político

La séptima pauta: prepolítico - político, permitirá distinguir qué polo domina en las siguientes dicotomías: existe o no distinción entre lo prepolítico y lo político; preferencias de los autores por los movimientos campesinos independientes vs. otro tipo de expresiones, movimientos campesinos con ideología y organización o los que carecen de ellos y movimientos revolucionarios respecto a los reformistas.

La argumentación de Hobsbawm (1974) descansa parcialmente sobre la discriminación entre movimientos revolucionarios y reformistas. Los movimientos reformistas aceptan el marco general de una institución o de una realidad social, pero creen que es susceptible de mejora. Los movimientos reformistas se proponen mejorar o modificar una institución o una realidad social. Por el contrario, los movimientos revolucionarios insisten en la necesidad de transformar el marco general de una sociedad para sustituirlo por otro, están convencidos de que no se puede hacer nada útil por ninguna institución como no sea abolirla. La importancia de esta distinción, para el autor, radica en que los movimientos reformistas obrarán de modo distinto a los revolucionarios en lo tocante a su ideología, su organización, su táctica y su estrategia. Por ello, para Hobsbawm, interesa cuando se estudia un movimiento social saber a cuál de ambas categorías pertenece, tomando en cuenta que entre ambos extremos cabe una gama amplia de posiciones y giros.

Barrington Moore (1976) no distingue entre prepolítico y político. Las rebeliones preindustriales y premodernas suceden en sociedades fuertemente agrarias sujetas a la rebeldía y a la insurrección, donde los campesinos no contribuyen ni son pivote para la modernización.

Al analizar movimientos campesinos, nos dice Landsberger (1978), surgen preguntas importantes: ¿qué quieren los campesinos?, ¿en qué circunstancias suelen desear explícitamente un cambio de las principales instituciones sociales y los grupos que detentan el poder?, ¿en qué dirección desean el cambio: hacia el pasado o hacia algún nuevo proyecto institucional? La respuesta a estas preguntas dependen de la etapa de vitalidad o desintegración que el sistema ha alcanzado y la forma e intensidad que éste produce usurpaciones o mejoras desiguales y pérdida de status en los campesinos. Si las usurpaciones o mejoras desiguales se producen en un momento en que el campesinado conserva todavía una memoria viva de una existencia anterior comunal, nos encontramos

con una rebeldía de los campesinos que tiene por objetivo conservar la tradición. Este es un objetivo conservador, de hecho reaccionario, porque representa únicamente una reacción a una serie de acontecimientos previos en los que los medios de vida tradicionales del campesinado han sido erosionados de distintas maneras. En cualquier caso, no existe ningún tipo de visión, ni un esfuerzo hacia un tipo de sociedad totalmente distinta que pudiera ser llamada auténticamente revolucionaria.

Para Wolf (1973) los movimientos o rebeliones campesinas son reacciones a los desequilibrios capitalistas: desarraigo de los hombres, nuevas reacciones sociales, industrialización y mayor comunicación y nacimiento de otros grupos con posiciones e intereses sociales distintos a los campesinos. Esos desequilibrios transforman fácilmente a estas reacciones en revoluciones y movimientos de masas que transforman la sociedad y a los campesinos mismos. Wolf prefiere el estudio de movimientos campesinos políticos y revolucionarios.

En opinión de Huizer (1970), la cultura de la represión es sentida cada vez más como ilegítima por los campesinos. Algunos movimientos han tratado de contrarrestar los efectos de la frustración y han sido reprimidos, creando condiciones para el resurgimiento de movimientos más radicales. Han surgido movimientos que alcanzaron suficiente capacidad de poder para obtener beneficios importantes y un papel institucional en la escena política nacional. El que este potencial revolucionario sea utilizado o no depende del grado en que los aliados urbanos estén dispuestos a apoyar y guiar en forma efectiva a esos movimientos; puesto que hasta en las zonas más aisladas existe influencia modernizadora y mientras más se resistan al cambio las élites latinoamericanas, más radicales se volverán las demandas y los medios de lucha del campesinado.

Quijano (1971) nos propone una división relativamente clara de las luchas sociales campesinas en Latino América en dos periodos: el prepolítico y el periodo de la politización. Los movimientos prepolíticos no se propusieron de manera directa la modificación de la estructura profunda de poder en la sociedad en que participaban, por la eliminación o modificación de los factores económicos, sociales y políticos básicos que determinaban la situación social del campesinado. En su generalidad, persiguieron propósitos difusamente discernibles o finalidades concretas vinculadas con la situación real sólo de manera completamente segmentaria, tangencial o directamente y por

implicación.

No llegaron a percibir la especificidad de sus intereses sociales y, por tanto, de su situación ni de sus enemigos sus modelos ideológicos (conciencia social) no daban cuenta de la realidad social. Los patrones de organización y liderazgo se regían por la estructura tradicional y en algunos casos no llegaron a presentar ninguna estructura organizativa.

Las formas concretas de los movimientos prepolíticos son: movimientos mesiánicos, bandolerismo social, movimientos racistas y movimientos agraristas tradicionales o incipientes.

En el periodo de politización los movimientos campesinos se caracterizan por la tendencia de sus objetivos manifiestos, modelos ideológicos, sistemas de organización y liderazgo y métodos de acción están enderezados a la modificación parcial o total de los aspectos básicos de la estructura de poder social en la cual emergen, por la modificación de los factores económicos, sociales y políticos fundamentales que están implicados en la situación. Las formas predominantes de la politización de los movimientos campesinos son: agrarismo reformista, bandolerismo político y agrarismo revolucionario.

Para Leticia Reina (1980) las movilizaciones campesinas no brotan espontáneamente. A pesar de que la legalidad fue la primera etapa de la movilización campesina, pronto se convencieron de que por esa vía no obtendrían justicia alguna y la opresión en cambio aumentaba al manifestar inconformidad por el despojo de tierras. Ante este panorama la relación del movimiento campesino fue pasar a la lucha armada. Dentro de ésta, la autora distingue, dos etapas: una prepolítica y otra política. En la etapa prepolítica se dio un fenómeno de protesta individual llamado bandolerismo social. La primera forma de lucha colectiva prepolítica son las sublevaciones. Estos movimientos campesinos carecían de organización, se trató de enfrentamientos campesinos con los terratenientes. Fueron fácilmente reprimidos debido a la falta de organización y dirección. En cambio los levantamientos, aunque tenían el mismo carácter de enfrentamiento con los terratenientes, el movimiento tenía un mínimo de organización y liderazgo. El nivel más alto de los movimientos prepolíticos son los alzamientos; en ellos empezaban a aparecer ciertos elementos de conciencia social, como la identificación de algunos adversarios comunes, aunque los objetivos se circunscribían a aspectos muy limitados y aislados de su situación social.

Por el contrario, los movimientos políticos se caracterizaban principalmente porque ponían en cuestión la estructura del poder en conjunto de manera consciente y organizada; estos movimientos son las rebeliones. En las rebeliones, la toma de conciencia, la visión totalizadora y la lucha por la toma del poder estaban impulsadas por líderes emanados de otra clase o sector social diferente a la de los campesinos. Las rebeliones campesinas tuvieron diferentes formas de expresión ideológica, expresadas en rebeliones mesiánicas, rebeliones por la autonomía comunal, rebeliones por la democracia agraria, rebeliones anticolonialistas y rebeliones por el socialismo agrario.

Beatriz Canabal (1984) cree que a través del estudio de la participación de los grupos campesinos en un conflicto social, de las organizaciones que se generan a través de él, de las formas de presión que se aplican, de sus orientaciones políticas y de sus relaciones con los aparatos de gestión estatal, podemos captar en forma más viva y dinámica, no solamente el papel que desempeña el campesinado en la sociedad, sino también el que quisiera desempeñar, manifiesto siempre en un contexto ideológico. La lucha del campesinado, tiene simultáneamente el carácter de reivindicación económica y política, factor que conforma un sentido político en la conciencia de los campesinos en cuanto sector de la sociedad con intereses propios. El ascenso del movimiento campesino independiente en la década de los setenta tuvo repercusiones importantes. La experiencia acumulada en toda una década, rebasó las formas tradicionales de lucha, recreó entre los campesinos una conciencia más amplia de carácter del medio social y político de su lucha, de la necesidad de unidad entre sectores campesinos y la necesidad de generar y afianzar organizaciones independientes con una amplia participación campesina.

Para Bartra (1979) fueron necesarias decenas de miles de estallidos aislados, tuvieron que desatarse y confluír durante seis años infinidad de conflictos y luchas locales; pero finalmente a partir de 1972 la marea ascendente del movimiento de los explotados del campo se pone en primer plano y se transforma en un hecho político a escala nacional. Con el ascenso de un movimiento campesino independiente portador de reivindicaciones que son incompatibles con el sistema capitalista mexicano se ponen de manifiesto los límites del capitalismo en los países neocolonizados por el imperialismo. Estos movimientos son luchas por la tierra, luchas por condiciones de producción y comercialización, luchas por ingresos monetarios de tipo salarial, luchas por la imposición y el depotismo y luchas por

la democracia a nivel de comunidad y municipio. De las cinco vertientes del movimiento campesino, la lucha por la tierra es la tendencia principal unificadora y más generalizada del movimiento.

Graciela Flores (1988), está consciente de que gran parte del movimiento campesino escapa a expresiones orgánicas. Sin embargo, esto no quiere decir que sea menos efectivo o importante. Simplemente es mucho más difícil para el investigador realizar el seguimiento de su continuidad. Estas expresiones no son por tanto menos importantes y también deben ser rescatadas para la memoria histórica de las luchas campesinas. Desde mediados de los años setenta, la crisis económica, la crisis de legitimidad en las organizaciones campesinas tradicionales y la política agraria representan una coyuntura particular que hace más necesaria que nunca una mayor organicidad y unidad de acción del movimiento campesino para poder ofrecer alternativas al proyecto de Estado para el campo. Ésta es la razón del interés de los autores por las expresiones organizadas e independientes del movimiento campesino. Dentro del movimiento campesino con manifestaciones orgánicas hay que distinguir dos situaciones diferentes o dos bloques. La aceptación más común de la noción misma del movimiento campesino en los medios oficiales se refiere a éste como movimiento campesino organizado (es el llamado por otros autores oficial o corporativizado). Por otra parte, los campesinos no incluidos en el primer bloque constituyen el movimiento campesino independiente. Esta demarcación entre dos grandes sectores del movimiento campesino es otro elemento de delimitación en la investigación. Estos dos campos, el del movimiento campesino oficial y el del independiente, no deben ser concebidos como campos estáticos y yuxtapuestos. Existe una serie de organizaciones intermedias entre ambos bloques. Se trata de las organizaciones semioficiales u oficialistas.

En Hobsbawm lo prepolítico y lo político está definido por el menor o mayor grado de ideología, organización, táctica y estrategia. Prepolítico es sinónimo de reformista, y político de revolucionario. Hobsbawm muestra un interés, ausente en el resto de los autores, por movimientos con o sin ideología y organización.

Moore no distingue entre prepolítico y político. Sin embargo, podemos leer como prepolíticos los movimientos insertos en sociedades premodernas o preindustriales y como políticos aquellos insertos en sociedades modernas o industriales. Su interés es sólo por

movimientos que produjeron cambios sociales en un sentido revolucionario.

En Landsberger los movimientos prepolíticos son los conservadores y reaccionarios que buscan conservar lo tradicional. Los políticos y, por tanto, auténticamente revolucionarios son los que buscan una sociedad totalmente diferente. Su interés es por los movimientos con ideología y organización revolucionaria.

En Wolf y Huizer no existe diferencia entre prepolítico y político de manera explícita. Sin embargo, ambos muestran una preferencia marcada por el estudio de movimientos campesinos políticos, revolucionarios y radicales.

Quijano, al igual que Hobsbawm y Landsberger, divide y define a los movimientos en prepolíticos como aquellos que no se proponen directamente la modificación de la sociedad y políticos a los que se proponen la modificación total o parcial de la sociedad. Al igual que en los anteriores autores su preferencia es por el estudio de movimientos campesinos en el período de politización.

Leticia Reina también divide al movimiento campesino en prepolítico y político, pero en esta ocasión el criterio es la poca o nula conciencia de clase para el primero, y la existencia de conciencia de clase en el segundo. De ahí su preferencia por los movimientos campesinos que ponen en cuestión la estructura de la sociedad.

En Canabal, Bartra y Flores no existe distinción explícita entre prepolítico y político. Pero, al igual que todos los antecesores, sus preferencias de análisis se centra en los movimientos campesinos políticos independientes del Estado, con ideología y organización. Esta clase de movilización es la que pone de manifiesto los límites del capitalismo.

Hay que hacer notar que la división entre prepolítico y político guía las preferencias de los distintos autores por ciertos movimientos descartando otros. El polo dominante es el estudio de los movimientos revolucionarios que cuestionan a la sociedad vigente, que son independientes del Estado y que cuentan con estructuras organizativas. Todo el otro polo, es decir, los movimientos reformistas que no cuestionan a la sociedad, que no son independientes del Estado y que no cuentan con estructuras organizativas fue, en la década de los setenta, ochenta y parte de la de los noventa, casi totalmente despreciado. La razón de tal situación, una vez más insistimos, fue el encuadramiento, la unilateralidad y las limitaciones que impone la utilización del enfoque de clase como el único y preferente

camino de acceso a la interpretación del devenir del logos.

Conclusión

Hemos visto como las siete pautas propuestas para contribuir al balance crítico sobre el estudio de los movimientos sociales nos han remitido a varias dicotomías. El movimiento campesino fue analizado con base a dicotomías. En nuestro intento de contribución hemos señalado, por supuesto, un número limitado de ellas, un balance mucho más riguroso requerirá del establecimiento de otras nuevas dicotomías. Sin embargo, creemos que con las indicadas se logra dejar en claro cómo un polo es el que domina y es esta situación de dominio hegemónico de un polo y el desprecio del otro, lo que nos ayuda a explicar tanto los aportes como las limitantes de la extraordinaria cantidad de literatura existente sobre los movimientos campesinos.

Superar los empujones de una visión unilateral que sólo privilegia un polo de las dicotomías, llámese enfoque estructural, análisis de clase, enfoque colectivista, independencia del Estado, movimiento revolucionario, etc., implica tomar en cuenta el otro polo olvidado, despreciado o poco atendido. El reto es unir los polos de las dicotomías, intentar crear un enfoque multidimensional necesario ante las evidentes y cada vez más reconocidas carencias de las formas pasadas de interrogar a la realidad. En la búsqueda por encontrar la forma de construir nuevos cuerpos teóricos existen intentos importantes y poco conocidos. Nuestro siguiente paso será incursionar en el espacio, lleno de distintos caminos, de estos derroteros.

4. LOS NUEVOS ENFOQUES SOBRE ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Introducción

La vida colectiva de las sociedades actuales ha puesto en marcha un proceso de desmantelamiento de los lazos sociales y de las identidades tradicionales. Se desintegran frente a nuestros ojos las relaciones sociales estables que, aunque jerárquicas y opresivas, ofrecían un resguardo seguro. Los hombres en su mundo podían pensar en un futuro más o menos prometedor. Hoy, ante los inmensos cambios y su velocidad, lo familiar, en el sentido de un mundo con transformaciones que impactan lentamente, cambia de ritmo y nos vemos desguarnecidos ante un futuro incierto.

La disolución de las relaciones sociales e identidades tradicionales, liberan fuerzas que se ponen en movimiento. La vida societal en las sociedades actuales adquiere formas más fluidas y amorfas, cruzadas por fenómenos y fuerzas que chocan, se traban o coinciden. La vida societal adquiere nuevos rasgos.

Muchas acciones colectivas buscan la coordinación de voluntades y movilizan recursos para alcanzar objetivos previamente determinados en pos de una racionalidad estratégica, ensayan y ponen en acción nuevas formas de organización y aprenden a actuar sobre sí mismos para obtener efectos sobre su entorno, caminando hacia la autorreflexibilidad.

En los últimos tres decenios, surgen nuevos movimientos sociales, aunque algunos de ellos en realidad son viejos como el movimiento ecologista, el pacifista y el feminista. Lo radicalmente nuevo, es la situación de la humanidad en la segunda mitad del siglo xx. Enfrentamos una situación llena de discontinuidades en el proceso histórico de la vida societal.

Esta nueva e inquietante situación histórica es la que exige, por un lado, la renovación de las viejas fuerzas emancipadoras y la construcción de una confluencia con los nuevos movimientos y nuevas fuerzas emancipadoras y, por el otro, un gran esfuerzo por cambiar nuestros cuerpos teóricos que no alcanzan a dar cuenta de manera suficiente de la vida social contemporánea.

La historia de la modernidad, es una historia de acciones colectivas y movimientos sociales. Si bien han estado presentes en épocas anteriores, las cambiantes condiciones sociales de la modernidad les confieren una naturaleza diferente. Las acciones colectivas y los movimientos sociales son producto y productores de la modernidad. Pero no son sólo generadores de cambio social, sino también determinantes en el desarrollo de la teoría social.

Por ello, cuando los diferentes cuerpos teóricos se ven limitados y no pueden dar cuenta de manera plena de las nuevas acciones colectivas y los nuevos movimientos sociales, tampoco lo hacen respecto a la vida social en su conjunto.

La multiplicación de nuevas formas de acción colectiva ha expuesto dramáticamente las carencias de la teoría, haciendo necesario un balance y la búsqueda de nuevos instrumentos de análisis.

En la década de los años sesenta surgen, en los países desarrollados, dos escuelas que han jugado un papel importante por sus contribuciones a la búsqueda de nuevos instrumentos teórico - metodológicos y conceptuales respecto a la acción colectiva y los movimientos sociales. Dos escuelas que retoman y siguen corrientes de pensamiento teórico social anteriores a la década citada. Estas escuelas son la norteamericana centrando sus aportes en la noción de estrategia y la europea enfocada en la noción de identidad.

4.1. La perspectiva norteamericana

4.1.1. El interaccionismo

El enfoque del comportamiento colectivo desarrollado en EE.UU. en la Escuela de Chicago, en la década de los años veinte, dominó el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales hasta finales de los años sesenta.

Su interés básico constituyó el interaccionismo social (Collins, 1996). Dicha Escuela resaltó a las conductas o comportamientos colectivos como componentes de la vida social, es decir, como parte constituyente del funcionamiento de la sociedad y como factores del cambio dentro de ella. La acción colectiva está construida teóricamente como comportamiento que no está totalmente controlado por las normas ni por las tradiciones que definen el orden social. Por ello, son conceptualizadas como

comportamiento desviado, anómico, fragmentado e irracional; son considerados como efectos de disfunciones del sistema. Por tanto, las acciones colectivas tienden a la adaptación o vuelta al equilibrio del sistema evitando rompimientos en él. Es un enfoque que privilegia la motivación individual o situación del actor como determinante de ella.

Dentro de esta misma Escuela, Robert Park (Collins, 1996), asume al comportamiento colectivo como una realidad patológica que tiende a lo normal, como un elemento fundamental y cotidiano del funcionamiento de la sociedad y como un factor decisivo del cambio, cuando son comportamientos institucionalizados. La acción colectiva representa un fenómeno no plenamente controlado por las normas que rigen el orden social, al tender hacia el orden lo transforman creando nuevas normas.

Así, la identificación de estas conductas con la irracionalidad, cede progresivamente su puesto a un reconocimiento ligado a la integración y el conflicto, entre orden e innovación o cambio. La Escuela de Chicago centró su interés más que en los movimientos sociales, en otras formas de acción colectiva: los comportamientos cotidianos e institucionalizados.

Esta tradición llevó a cabo numerosas investigaciones sobre formas de acción colectivas, de diferentes episodios del comportamiento colectivo y sobre descripciones minuciosas de varias formas de acción, construyendo una abundantísima base empírica.

En la Escuela de Chicago no se encuentra una referencia a las relaciones de clase, asume a los actores como clave de explicación de las conductas colectivas y acomoda a los comportamientos ocasionales de las multitudes, los movimientos sociales y las revoluciones políticas. La acción tiene su origen siempre en el comportamiento individual como productor de tensiones que amenazan el equilibrio del sistema social. La tensión produce creencias generalizadas que movilizan a la acción y buscan restablecer el equilibrio perdido del sistema. En la acción colectiva no hay ninguna referencia a las relaciones de clase, ni al modo en el cual los recursos son producidos y apropiados. La acción es sólo una reacción a los mecanismos funcionales de un sistema. El interaccionismo simbólico de Herber Blumer (Collins, 1996), se interesó por la creación de nuevas normas, los procesos de autorregulación, los procesos espontáneos de aprendizaje social e innovación en el comportamiento colectivo. La creatividad social

desplegada en formas innovadoras de interacción simbólica podía llevar, según Blumer, a romper con las rutinas del comportamiento institucionalizado normal, nuevas formas emergerían con una propia dinámica impactando en los comportamientos colectivos. El interaccionismo simbólico, se orienta a una investigación sociopsicológica de la conducta individual. Esta perspectiva alcanza una expresión mucho más amplia y desarrollada con la obra de Ralph Turner y Lewis Killian (Turner y Killian, 1957).

4.1.2. Funcionalismo

Talcott Parsons (Parsons, 1968) no trata de manera específica y sistemática a la acción colectiva y a los movimientos sociales. Sin embargo, su obra contiene elementos que se asocian con ellos. Para Parsons los comportamientos o conductas desviadas constituyen una disfunción en los procesos institucionales. Las conductas desviadas son aquéllas que infringen las normas institucionalizadas y producen desequilibrios en los procesos de integración social. La desviación es el síntoma de una patología en la institucionalización de las normas; es decir, que las normas no han sido suficientemente interiorizadas o existen fallos en el proceso de interiorización.

Parsons explicó el surgimiento del movimiento social en función de tensiones originadas en el desarrollo desigual de los subsistemas de acción que constituyen un sistema social. En suma, las conductas colectivas siempre se derivan en Parsons de una situación de desequilibrio y de escasa funcionalidad en los procesos de integración del sistema social. Desde una perspectiva macrosociológica, los grandes cambios y transformaciones sociales producto de la modernización y la racionalización ocurren a espaldas de los individuos, pero los afectan diferencialmente obligándolos a tomar posición y a una acción, constituyéndose ésta en el material de investigación sociológica.

Robert Merton (Merton, 1974), se interesó justamente por los procesos por los cuales un sistema social no logra realizar una plena integración de sus subsistemas, a la vez que se preguntó por qué las normas no son suficientemente interiorizadas. Su análisis de la anomia constituye el elemento clave que le permite la explicación de las fallas en los procesos de integración e interiorización.

Para Merton las acciones colectivas no son anómicas sólo en el sentido patológico. Merton distingue entre comportamiento desviado y comportamiento inconforme. El

primero arremete y se enfrenta contra las normas a partir de las desventajas personales que éstas imponen, es un comportamiento aceptador de los fines y no rechaza los medios institucionales para alcanzarlos. El segundo, pretende cambiar y sustituir valores que considera inadecuados. Pero a diferencia del primero, el comportamiento inconforme pone en duda los fines, en algunos casos acepta los medios y en otros también los cuestiona. Merton, a diferencia de Parsons, no cuestiona la legitimidad del comportamiento desviado y menos la del comportamiento inconforme.

Por tanto, Merton muestra que la acción colectiva no puede ser reducida a la disfunción sistémica. Es necesario y totalmente pertinente, distinguir entre los procesos colectivos que son producto de la disgregación del sistema y los procesos que tienden a una transformación de las bases del sistema.

Tanto la perspectiva interaccionista como la funcionalista tienen bastante en común como para poder considerarlas partes compatibles de un único enfoque común, el del comportamiento colectivo.. Existe, entre las dos, una especie de división del trabajo que asigna las tareas microsociológicas al interaccionismo y las tareas macroscópicas al funcionalismo.

Neil J. Smelser (Smelser,1989), discípulo de Parsons, en los años sesenta, propuso una teoría general y sistemática del comportamiento colectivo. Las creencias generalizadas son los elementos fundamentales a partir de las cuales debe analizarse, investigarse e interpretarse todo comportamiento colectivo. Están en la base de las condiciones del surgimiento de la acción colectiva, privilegiadas en su estudio por Smelser. Los factores originarios de los comportamientos radican en disturbios o disfunciones del sistema social: tensiones, permisividad del orden social, quiebra de los controles sociales, desfase entre integración normativa y estructura, etc.

La acción colectiva es una respuesta reactiva de comportamiento ante las crisis y transformaciones sociales, y no como decía Parsons, ante las normas y valores. Las acciones colectivas surgen para hacer frene a lo indefinido o no estructurado, es decir, ante las fallas en la integración del sistema. Acciones que éste procesa para canalizarlas hacia el restablecimiento del orden. En otras palabras, constituyen defensas y mecanismos de saneamiento de un sistema, lo cual permite su cambio. El mecanismo de integración hacia el orden son precisamente las creencias generalizadas. Smelser

diferencia en su propuesta entre componentes y determinantes del comportamiento colectivo. Los primeros componentes son valores y normas, es decir, el conjunto o sistema de reglas que se traducen en comportamientos; otro componente es la organización o la movilización de las motivaciones, esto es, la capacidad de motivar a los individuos para asumir comportamientos regulados por normas y valores; el último componente son los recursos o conjunto de medios que permiten u obstaculizan el logro de los objetivos o fines de la acción. A su vez, cada componente se integra de siete niveles. Las tensiones o disfunciones afectan a cada uno de los componentes y sus niveles, creando una situación de confusión e incertidumbre. Surge entonces la acción colectiva o comportamiento colectivo par reestructurar o mormalizar a los componentes afectados por la tensión, eliminando el estado de confusión e incertidumbre del sistema.

En todo este proceso las creencias generalizadas actúan a partir de la tensión junto con las acciones colectivas; son éstas, de hecho, las dirigentes o canalizadoras de la acción para corregir la disfunción. Los componentes, en la teoría de Smelser, están asociadas a un tipo de creencia: histérica, vinculada a una fuerza oscura dotada de poder destructivo; creencia de satisfacción asociada, -al contrario de la primera- a fuerzas dotadas de poderes constructivos capaces de eliminar la amenaza y la incertidumbre; la creencia hostil vinculada a la agresión y la búsqueda de un chivo expiatorio; la creencia orientada a la norma, ligada a las posibilidades de modificar las normas; y finalmente, la creencia orientada a valores, vinculada a la posibilidad de cambio en aquellos vigentes.

Estas cinco creencias generalizadas se asocian, corresponden y están en la base de cinco tipos de acciones colectivas: a) pánico, b) los **boom**, las modas y los **crazes** o manías colectivas, c) tumultos y movimientos violentos de carácter agresivo, d) movimientos reformistas y e) movimientos revolucionarios.

Smelser indica también una serie de determinantes del comportamiento colectivo, que son en realidad condición necesaria aunque no suficiente para que se verifique un comportamiento colectivo. La primera es la propensión estructural, es decir, la existencia de recursos para que una acción pueda llevarse a cabo. La segunda es la tensión, es decir, la existencia de una disfunción o desequilibrio que afecte a algún componente de la acción. La tercera es la afirmación de una creencia generalizada en la existencia de amenazas y la posibilidad de combatirlas, lo que a su vez produce la cuarta

determinante: la movilización de los individuos en contra de una quinta determinante: la existencia del control social.

La investigación y propuesta de Smelser, hace por primera vez explícita la intención de establecer un nivel analítico común para las varias formas de comportamiento colectivo. Su propuesta queda como un instrumento descriptivo útil en la clasificación de diferentes conductas empíricas que sólo tienen en común la colectivo.

Quizá la principal limitante de la propuesta sea la excesiva atribución de todos los fenómenos colectivos a una disfunción en los procesos de integración social, al igual y siguiendo a Parsons. La disfunción siempre está explicada por un origen externo al sistema. El desequilibrio, tensión o disfunción no puede originarse al interior del sistema. La acción colectiva y los movimientos en este marco conceptual son secundarios, una simple respuesta a la disfuncionalidad. No existe espacio para el conflicto al interior del sistema, puesto que ellos son instrumento para el restablecimiento del orden o funcionalidad o vuelta al equilibrio del sistema.

El modelo smelseriano no resultó adecuado para explicar la planificación temporal, el carácter cognoscitivo, la conducta o los objetivos de los actores y sujetos en los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva. Los movimientos de los años sesenta y sobre todo de los setenta no constituyeron simples respuestas a crisis económicas o colapsos sistémicos. Entrañaban objetivos concretos, valores e intereses generales claramente articulados y estrategias racionalmente calculadas. A todas luces era necesario un enfoque teórico para el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales.

Para muchos, los movimientos sociales se manifestaban como fenómenos racionales. Algunos de ellos perseguían sus fines con la máxima economía de medios, de acuerdo a una lógica instrumental perfecta. Causas, objetivos, movilización y acción daban la impresión de confluir en la racionalidad instrumental.

Estas nuevas expresiones se intentaron explicar con base -a pesar de las evidentes dificultades- al uso de las teorías existentes sobre la acción colectiva para formular modelos de "privación relativa" como por ejemplo, el de Ted Gurr (Gurr, 1970). Para este autor, los comportamientos colectivos se originan por una situación económica o social desventajosa que conduce a la violencia; es decir. la frustración produce agresión.

Esta explicación resultó, ante el avance de los nuevos movimientos sociales, totalmente insuficiente¹.

4.1.3. Individualismo metodológico

Frente al funcionalismo, aproximadamente desde mediados de los años sesenta hasta la fecha, se ha desarrollado un enfoque basado en el individualismo metodológico con dos variantes en su seno: la elección racional y la movilización de recursos, compartiendo elementos en común (Thurow, 1988).

4.1.3.1. La elección racional

Para la elección racional ni los sentimientos individuales de privación, ni la preocupación por objetivos comunes explicarían las revoluciones, los movimientos sociales ni cualquier otra forma de acción colectiva, sino sólo la esperanza de conseguir beneficios privados motivan la participación de los individuos y grupos, tanto pequeños como grandes.

La elección racional se preocupa por la relación existente entre los intereses individuales y la acción colectiva, concentrándose y poniendo énfasis en las decisiones del individuo. La elección racional como teoría construye lo colectivo a partir de lo privado e individual. Los teóricos más representativos del enfoque de la elección racional son Mancur Olson (1992), T. Moe, Jon. Elster (1991) y Herbert Alexander Simon (1989).

Mancur Olson elaboró un influyente modelo de elección racional, en el cual los individuos no participan en acciones colectivas a menos que los beneficios esperados superen los costos de su acción. Este cálculo individual es justamente racionalidad presente en todos los colectivos y organizaciones de naturaleza económica.

El interés común de todos los miembros de un grupo consiste en obtener algún beneficio al emprender cualquier acción colectiva. Incluso esperar que con el simple hecho de pertenecer a un grupo, aunque no se participe en sus acciones, reporte algún beneficio (dilema del gorrón o **free-rider**). Sí el beneficio por obtener resulta tan importante,

¹Con la aparición de los movimientos sociales de los años sesenta este modelo explicativo entra en una profunda crisis. El desafío de los estudiantes antiautoritarios y los activistas de la nueva izquierda no cuadraban en absoluto con la imagen de comportamiento desviado, anómico, fragmentado e irracional o de frustración, que postulaban los esquemas del **collective behavior**. Una vez más el devenir del ser se adelanta al devenir del logos.

entonces la generación de una acción colectiva en un grupo requiere forzosamente de la existencia de gratificaciones y sanciones para motivar a los que deciden participar y sancionar a aquéllos que se abstienen de ello, evitando la existencia de “gorrones”.

Los hombres en la propuesta de Olson, son individuos egoístas, maximizadores de sus beneficios e intereses privados, que calculan meticulosamente costos y ganancias antes de iniciar cualquier acción colectiva o participar en ella.

Los actores o sujetos al decidir intervenir en una acción colectiva esperan recibir beneficios que superen en mucho los costos de su participación. La acción colectiva en Olson se reduce a la expectativa de los individuos para obtener un provecho de carácter personal.

Con todo lo anterior, la noción de racionalidad en Olson está atrapada y se limita a la posibilidad siempre presente de obtener gratificaciones extraordinarias. Este enfoque presenta a los actores y sujetos sociales como máquinas calculadoras² se les extrae la posibilidad de que la pasión o los sentimientos rompan y dejen atrás al cálculo racional. Paradójicamente, los sentimientos y pasiones aparecen como racionales.

Entre costos y beneficios, los individuos no pueden participar en acciones colectivas en pos de ideales o valores que no reporten ningún beneficio, no se puede ser heroico, altruista ni utópico.

El modelo de elección racional resulta eficaz para explicar por qué la mayoría de la gente no participa en grupos que representan sus intereses, pero tropieza en la explicación básica de por qué una pequeña minoría sí lo hace. El modelo da cuenta de la participación en función de una definición estrecha de racionalidad, centrada en recompensas económicas u otros incentivos selectivos. La noción de altruismo, utopía o ganancia social colectiva no puede admitirse en el modelo, porque entonces se perdería elegancia metodológica del cálculo racional.

El problema del gorrón, del individuo egoístamente racional que, salvo coerción o incentivos selectivos, no contribuye a la acción colectiva ni siquiera porque sus intereses individuales coinciden con los del grupo (porque prefiere intentar cosechar los

² Dentro de este enfoque, ha recibido una gran acogida y a partir de él un impulso notable la teoría de juegos. La acción colectiva entonces es un juego y un motivo de apuesta.

beneficios de los esfuerzos de los demás sin aplicarse él mismo a la tarea), no tiene solución en el esquema olsoniano.

Para Olson la acción colectiva, sin incentivos selectivos ni coerción, es o imposible o irracional. Este modelo económico de la cooperación resulta intrínsecamente incapaz de explicar el origen y el funcionamiento de las solidaridades de grupo más allá de la relación costo - beneficio. El individualismo metodológico de Olson ignora el hecho de que los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva, en una gran cantidad de casos, se forman a partir de organizaciones y/o acciones colectivas ya existentes.

El modelo de Olson choca y es incompatible con una gran cantidad de movimientos sociales cuyos fines tienen una relación estrecha con la obtención de bienes colectivos u objetivos de carácter universalista y no metas atribuibles a un interés de clase, grupo o meramente individuales. Este tipo de acciones colectivas contradice la lógica del interés propio, los intereses ideológicos y utópicos sin beneficio a corto, mediano plazo e incluso sin beneficio alguno; pesan mucho más que el simple y egoísta interés particular e individual.

De la misma manera, la participación en una acción colectiva, por lo regular, representa más costos que beneficios o beneficios poco probables quedando sólo los costos y, a pesar de eso, los individuos no coartan su participación e incluso la incrementan.

4.1.3.2. La movilización de recursos

Como una respuesta al escaso poder explicativo de las teorías del comportamiento colectivo de la privación relativa y la elección racional, los teóricos norteamericanos de la acción colectiva y los movimientos sociales exploran un camino distinto de interpretación: la movilización de recursos.

Los teóricos más representativos de este enfoque son: John Mc Carthy y Zald Mayer (1977), J. Craig Jenkins (1983), Anthony Obershall (1987) y Charles Tilly (1978). La movilización de recursos es una teoría que parte del análisis de las organizaciones, no de los individuos. No se pregunta cuáles son los motivos que impulsan a los individuos a sumarse o participar en una acción colectiva, tampoco se pregunta si los comportamientos de estos individuos son racionales, irracionales o desviados como en las anteriores propuestas. El enfoque penetra en la acción colectiva a partir del análisis

de la eficacia con que las organizaciones de las distintas acciones colectivas y movimientos sociales emplean los recursos de que disponen para alcanzar sus objetivos. Las acciones colectivas y los movimientos sociales son, por tanto, organizaciones; la organización constituye un elemento necesario para este enfoque, éstas se mueven en un contexto de un mercado donde los recursos son limitados y siempre en disputa. Así, la movilización es el proceso donde los grupos organizados se apropian de recursos, los controlan y canalizan para lograr y alcanzar cambios sociales.

Se da por un hecho que en todas las sociedades existe la insatisfacción individual y los conflictos sociales; la acción colectiva no depende, entonces, de la existencia del conflicto en la vida societal, sino de la forma en que los individuos se organizan, o dicho en otras palabras, de la creación de organizaciones para movilizar el conflicto. En una perspectiva como esta, el grupo de individuos o individuo que toma la iniciativa para organizar, crear la dirección y movilizar a la organización resulta fundamental.

Una vez que se ha formado cierta organización en una acción colectiva, aparecen nuevos aspectos a investigar, por ejemplo el tipo de estructura usada para maximizar la eficiencia de los objetivos, la activación de afiliados, la planificación organizativa como tácticas en las formas de acción, captación de nuevos miembros. En otras palabras, el modelo de movilización de recursos proporciona una teoría integrada de cómo se forman las organizaciones, cómo se moviliza el apoyo público, cómo se desarrolla el comportamiento de las organizaciones y se decide la táctica política.

De acuerdo con este enfoque la estrategia utilizada por sus integrantes a partir de un cálculo en el uso de los recursos es la clave de la movilización. La acción colectiva es un proceso de interacción de grupos para la creación, acceso, consumo, intercambio, transferencia o distribución de recursos. El conflicto no es otra cosa que la lucha por el control de los recursos escasos en el seno de la sociedad.

Al identificar organización con acción colectiva, el enfoque de la movilización de recursos clasifica a la acción colectiva y los movimientos sociales con base en la complejidad de sus organizaciones constitutivas: organización social, movimiento social, organización de movimientos sociales, industria de los movimientos sociales y sector de movimientos sociales.

Existen tres enfoques, considerados en muchas ocasiones como subenfoques de la movilización de recursos. El primero, es la denominada Escuela Particularista de la acción colectiva de Charles Tilly (Tilly, 1978). Se centra en las motivaciones individuales que llevan a los individuos a participar en una acción colectiva o en un movimiento social, en un enfoque que ha realizado meticulosos estudios de caso. Tilly pone énfasis en la persecución de intereses comunes y la efectividad de la toma de decisiones tácticas en las distintas acciones colectivas. A Tilly le interesa demostrar cómo las organizaciones antes de movilizarse por la lucha de los recursos disponibles se agrupan con base a intereses compartidos y de ello depende el tipo de movilización adoptada.

El segundo es el llamado enfoque de redes de Max Kaase (1992) y Aldon Morris (1984), que concibe a la acción colectiva y los movimientos sociales como manifestaciones de redes socioespaciales latentes, cuyo elemento aglutinador son sobre todo comunidades de valores. Para el enfoque de redes, la sociedad industrial ha formado comunidades de valores fuertemente consolidadas con una interacción muy cercana de sus integrantes. Estas comunidades formadas subsisten durante largos periodos en forma latente, relacionándose entre sí. En una coyuntura favorable pueden activarse desarrollando su potencial de vinculación formando fuertes y complejas redes sociales. Así, la existencia de las redes socioespaciales constituye el requisito básico para la existencia de movimientos sociales, es decir, una acción colectiva comunitaria basada en valores es explicación y condición necesaria para el surgimiento del movimiento social (Klandermans, 1989).

Por último, el enfoque cognitivo desarrollado por Ron Eyerman y Andrew Jamison (Eyerman y Jamison, 1991). Para estos autores, la acción colectiva es una forma de actividad mediante la cual los individuos crean varios tipos de identidades sociales, como procesos de praxis cognitiva. La acción colectiva está concebida como espacios públicos temporales, como momentos de creación colectiva que proveen a la vida societal de ideas, identidades e ideales. Los movimientos sociales constituyen procesos de aprendizaje social en el cual las organizaciones del movimiento actúan como fuerzas estructuradas. Abren un espacio donde interactúan creativamente los individuos, espacio que se amplía y socializa, transformándose en público en la articulación de intereses que

puede llegar a afectar a la totalidad de la sociedad. Los movimientos sociales son productores de conocimiento social: median en la transformación del conocimiento cotidiano en conocimiento científico.

Si bien Oberschall (1987) insiste en que las organizaciones se basan en núcleos o grupalidades previamente existentes e insiste en la relación de los actores, solidaridades grupales y redes de interacción social con el Estado; o Thurow explora la apertura o cerrazón de los sistemas políticos, en la presencia o ausencia de aliados o grupos de apoyo, el papel de las élites y la capacidad del Estado para procesar las demandas de la acción colectiva, algunas insuficiencias parecen evidentes.

Las aportaciones de la teoría de la movilización de recursos, consisten en reconocer el conflicto como parte de lo cotidiano de la vida societal y no, como era dominante, a partir de un concepto de patología; resaltar que las acciones colectivas se explican y fundamentan en su origen por la existencia de grupalidades previas; así como en la constitución de redes solidarias entre ellas. Sus limitaciones consisten: primero, en identificar a la acción colectiva con organización. Si bien la mayoría de las acciones muestran formas visibles de organización, quedan fuera todas aquellas expresiones de acción colectiva que no muestran señales visibles de organización. En segundo lugar, al considerar a la acción colectiva como una lucha por la apropiación de los recursos y la racionalidad estratégico - instrumental, presupone el modelo olsoniano. En tercer lugar, al presuponer que en la lucha por la apropiación de los recursos para la movilización el acceso a ellos es igualitario, deja de lado la existencia de la dominación política.

La perspectiva organizacional del enfoque de movilización de recursos al identificar acción colectiva y movimientos con organizaciones, no sólo deja de lado y sin explicación a las expresiones que no la presentan. Olvida que un movimiento o una acción colectiva son siempre más que las organizaciones que engloban, tendiendo a minusvalorar la oposición al sistema vigente, a lo alternativo, al papel que juegan las tendencias históricas, los desarrollos culturales, las ideologías, las filosofías políticas y las utopías. En síntesis es un enfoque que pese a sus aportes aparece como una teoría explicativa de la acción colectiva como fenómenos apolíticos.

4.2 La perspectiva europea

Las teorías europeas de los movimientos sociales se conocen bajo el nombre de teorías de la identidad, aunque entre sus teóricos existen notables diferencias de perspectiva. En comparación con la escuela estadounidense de la movilización de recursos, acentúan más los factores del ideario y el proyecto histórico de los movimientos sociales como sujetos y actores. Afirman que la aparición de los nuevos movimientos tiene que ver con las transformaciones fundamentales de la vida societal contemporánea. Subrayan que las líneas del conflicto social actual son diferentes a las existentes en la sociedad industrial clásica; el término nuevos movimientos sociales apunta a una distinción clara entre estos movimientos y los viejos e institucionalizados movimientos de la clase obrera.

4.2.1. El accionalismo

Para el accionalismo, representado por Francesco Alberoni (1970 y 1984), Alain Touraine (1984) y Alberto Melucci (1986), la sociedad es producto de su trabajo y de sus relaciones sociales. La sociedad no puede explicarse apelando a lo no social, a lo metasocial: la providencia, la ley, la evolución o las necesidades naturales. Hablar de lo social es hablar del funcionamiento de la sociedad, no sobre su naturaleza. Es decir, de sus orientaciones, su poder, sus mecanismos de decisión, sus formas de organización y de cambio.

La sociedad descansa en la acción social, que es por definición colectiva, es por entero producto de sus relaciones sociales. La sociedad es un sistema capaz de transformarse y reproducirse. Cuanto más compleja es la sociedad, se manifiesta en formas menos mecánicas, aparecen más zonas de incertidumbre y la innovación, la disidencia y la imaginación cobran renovados impulsos.

El accionalismo considera que el objeto propio de la sociología no es el estudio de la estructura social, es decir, de sus instituciones u organizaciones, sino de la acción social. El accionalismo recupera la importancia que la estructura tiene como motor del conflicto y de las distintas formas de acciones colectivas.

Para este enfoque la sociedad es un sistema de relaciones sociales y su funcionamiento es resultado de su acción, no reducida a mecanismos de control, integradores y represivos (dominación impuesta como en el marxismo) o a mecanismos de aprendizaje

y reforzamiento de formas de conducta y de organización (consenso de valores como en el estructural- funcionalismo).

La sociedad es reproducción y adaptación, creación y producción de sí misma. La sociedad no es lo que es, sino lo que se hace ser. El accionalismo, enfatiza las relaciones sociales conflictivas y la construcción de nuevas identidades como medio para crear espacios para el surgimiento de conductas colectivas autónomas. Asimismo, resalta las dimensiones culturales y sociales de las prácticas, al reinterpretar las normas y valores existentes y generar otros nuevos.

Lo anterior es así, porque la sociedad humana tiene la capacidad de creación simbólica, como un sistema de orientación de las prácticas que se interpone entre situación y conductas sociales. La capacidad de la sociedad para actuar sobre sí misma es llamada, por el accionalismo, historicidad.

Las acciones colectivas se explican a partir de la posibilidad de los distintos sujetos de luchar por el control de la cultura, creando su propia historicidad. Las nociones fundamentales de un primer nivel de análisis de la acción colectiva y de los movimientos sociales son la historicidad, es decir, la reproducción de la sociedad por ella misma; el sistema de acción histórica, es decir, el conjunto de orientaciones sociales y culturales mediante las cuales la historicidad ejerce su influencia sobre el funcionamiento de la sociedad, y las relaciones de clase, es decir, las luchas por el control de la historicidad y del sistema de acción histórica.

Un segundo nivel de análisis, consiste en explorar los elementos vinculados con el sistema institucional o sistema político y el conjunto de las organizaciones sociales. El primer y segundo nivel conforman el análisis de sistema y de la estructura social.

El tercer nivel de análisis, está formado por los movimientos sociales o conductas situadas al nivel del campo de la historicidad, es decir, el conflicto al seno del sistema de acción histórica y las relaciones de clase; y, formado también, por el cambio social o paso de un campo de historicidad a otro y, por tanto, cambios en el sistema de acción histórica, en las relaciones de clase, en el sistema político y en la organización social. Este tercer nivel conforma el análisis de los actores y sus acciones. Aparece, entonces, la pretensión del accionalismo por conjuntar el análisis de la estructura y la acción en sus complejas relaciones a partir de los tres niveles indicados.

Estructura y acción no se pueden divorciar, puesto que ambos constituyen las relaciones sociales. Si la sociedad está compuesta de relaciones sociales la acción colectiva debe ser, por tanto, concebida como una relación social.

Los principios básicos de la acción colectiva son tres. El primero, es la identidad que es la capacidad de los actores de reconocerse y ser reconocidos como parte de la sociedad, lo que implica construcción de identidades en sí, para sí o para el otro. El segundo es la oposición pensada como elemento que hace surgir al adversario y permite a la acción colectiva poner en marcha su capacidad para reconocerlo (el Estado u otro grupo social, por ejemplo) y, a la vez, reconocer posibles aliados. Finalmente, un tercero: la totalidad que implica la construcción de un proyecto que puede o no romper con la historicidad vigente, es la posibilidad de apropiarse de la construcción de una nueva vida societal o reforzar la existente.

En este marco conceptual, los nuevos movimientos sociales son definidos como redes de formación de identidades, generadoras de espacios públicos de gestión, de representación y de reconocimiento como movimientos autoconstruidos. Las redes o áreas de movimientos están construidas por individuos y pequeños grupos articulados entre sí compartiendo culturas e identidades. Se basan en relaciones informales, en las que el involucramiento personal y la solidaridad afectiva, son decisivos. Operan inmersos en la problemática de la cotidianidad y no tanto en el terreno político, aunque no lo excluyen. Pasan por etapas de latencia o invisibilidad, en las que su existencia no es advertida por la sociedad, a diferencia de aquellas otras acciones colectivas que se manifiestan por su aparición en el espacio público.

Los aportes del accionalismo son tres. Primero, establecer los diferentes niveles en que se ubican las acciones colectivas y precisar que el movimiento social resulta de alguna forma de comportamiento colectivo, pero que no toda acción colectiva es un movimiento social. Segundo, acentuar el carácter plural y heterogéneo de los movimientos sociales actuales. Tercero, intentar fusionar el análisis estructural con la acción social.

Quizá la limitante más importante de esta teoría, ante la influencia del marxismo estructural, sea que la noción de movimiento social no es separable de la clase social, tendiendo así a identificar movimiento social con clase social.

4.3 Una propuesta de síntesis

Los enfoques expuestos hasta aquí no son excluyentes sino más bien complementarios; o, al menos, contienen elementos susceptibles de ser re combinados en una síntesis más poderosa y general.

La escuela de la movilización de recursos proporciona a cualquier teoría de la acción colectiva y de los movimientos sociales herramientas útiles para analizar el aspecto organizacional de la acción y los movimientos, y muy en particular los problemas de la movilización. El enfoque particularista, como el de Tilly, que insiste en la importancia de los contextos históricos particulares en que se desarrollan las acciones colectivas y los movimientos sociales han generado vastísimos estudios empíricos guiados por un enfoque de redes arrojando interesantes ilustraciones y resultados sobre la constitución y funcionamiento interno de las acciones colectivas y los movimientos sociales.

Tanto el enfoque de movilización de recursos como las teorías europeas suponen que los movimientos sociales implican protesta y conflictos entre grupos organizados con asociaciones autónomas y formas complejas de comunicación. Ambos paradigmas arguyen que la acción colectiva conflictual es normal en la vida societal y que los participantes en ella, por lo general, son miembros de organizaciones racionales y bien integradas. La acción colectiva presupone formas de asociación específicas en el contexto de una sociedad civil.

Ambos enfoques distinguen entre dos niveles de acción colectiva: la dimensión manifiesta de las movilizaciones a gran escala (huelgas, concentraciones, manifestaciones, etc.) y el nivel menos visible, latente de las formas de asociación y comunicación entre grupos que dan cuenta de la vida cotidiana y la continuidad de la participación.

Es obvio que la insistencia de ambos enfoques en la organización previa de los actores sociales y en la racionalidad de la propuesta colectiva desafía a las teorías clásicas de la acción colectiva y los movimientos sociales basadas en el enfoque del comportamiento colectivo (Cohen, 1988).

Los dos enfoques, el norteamericano y el europeo, no son contradictorios, sino que ponen énfasis en asuntos distintos. Mientras que los norteamericanos subrayan la instrumentalidad de la acción social (cómo los movimientos emplean los recursos de que

disponen para alcanzar sus fines), los europeos se concentran más bien en los procesos de comunicación y formación de identidades (cómo los movimientos generan nuevas identidades y proyectos históricos para la sociedad).

En el estado actual de la investigación y los cuerpos teóricos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, es importantísimo contar con un marco teórico, o varios, que combinen los enfoques señalados. Se podría decir que los enfoques descritos se necesitan mutuamente. El enfoque europeo queda cojo sin el estadounidense y viceversa. Mientras que una síntesis adecuada puede contener un notable poder heurístico e interpretativo.

4.4. Un ejemplo de síntesis: los nuevos movimientos sociales

De las varias propuestas trabajadas en pos de una síntesis entre lo estructural y la acción y entre el individualismo y el colectivismo³ rescataremos, en apretado resumen la que nos ofrecen Jorge Riechmann y Francisco Fernández Buey (1994) a partir de la reflexión de tres nuevos movimientos: ecologismo, feminismo y pacifismo. Esta reflexión comienza con el señalamiento de ocho elementos que son en realidad lo común de los movimientos indicados con respecto a otros movimientos sociales y formas de acción colectiva.

³Remitimos al lector, por ejemplo, al trabajo de Marco Estrada Saavedra (1997). Para el autor, muchas teorías de los actores colectivos y los movimientos sociales resultan basarse en estrechos fundamentos, pero una propuesta novedosa sería girar hacia una teoría mucho más ambiciosa, amplia y compleja como la de Jürgen Habermas. Desde esta plataforma teórica, la acción colectiva, como una compleja construcción social, puede ser entendida en sus múltiples facetas. Por ello para reconstruir la teoría de la acción colectiva hay que conjugar teorías tanto de corte intersubjetivo fenomenológico como sistémico-objetivista. Otra propuesta integradora es la de Gerardo L. Munck (1995). Para él, las contribuciones de autores estadounidenses y europeos han iluminado nuestra comprensión de los problemas de la formación de actores y la coordinación social, pero no se han ocupado mucho de la estrategia política. Nos propone, que una teoría abarcadora debe considerar tres bloques fundacionales que giran en torno de los distintos desafíos analíticos que suscitan los problemas de la formación de actores, la coordinación social y la estrategia política. Rafael Guido y Otto Fernández (1989), también exploran la posibilidad de una síntesis al considerar que el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales se ha desarrollado de manera unilateral y ahistórica, dificultando el reconocimiento de la nueva subjetividad política cuya constitución se encuentra en nuestras sociedades modernas en un primerísimo lugar. Por ello, al enfatizar y priorizar criterios estructurales o normativos, se constriñe la naturaleza e importancia de las subjetividades. Finalmente, también remitimos al lector, al trabajo de Emma León y Hugo Zemelman (1997), en el que se exponen una serie de reflexiones sobre la constitución de sujetos sociales para abrir una brecha en la todavía hegemónica visión estructural. Se exploran una serie de campos que van desde la propia hermenéutica hasta la constelación formada por la experiencia, la microfísica de la comunicación, las utopías, las memorias, las identidades, representaciones y el espacio social íntimo.

1. Se trata de movimientos por la supervivencia y la emancipación, la aspiración de los individuos y las comunidades por recuperar su soberanía existencial y el poder de autodeterminar su vida.
2. Tipológicamente, los nuevos movimientos sociales se hallan en algún punto intermedio entre los movimientos con orientación de poder y los movimientos con orientación cultural. Se trata de estrategias de autorregulación colectiva que tienden a devolver poder a la sociedad civil en lugar de concentrarlo en el Estado.
3. Comparten una orientación antimodernista, no aceptan la concepción lineal de la historia, la creencia en el progreso entendido como desarrollo material y moral interminable, ni la fe en la capacidad del ser humano para moldear y recrear indefinidamente las condiciones de su propia existencia por medio de la ciencia y la tecnología, creencias éstas que caracterizan a una parte de la modernidad occidental.
4. Composición social heterogénea. En los nuevos movimientos sociales ya no predomina nítidamente un grupo social o una clase social.
5. Los objetivos y estrategias de acción son muy diferenciadas. La ambición de combinar varios intereses en una sola fuerza sociopolítica, preservando al mismo tiempo la autonomía de los distintos movimientos, parece ser una característica definitoria de los nuevos movimientos sociales.
6. Estructura organizativa descentralizada y antijerárquica, en forma de red o conexión de redes o red de redes, con un nivel bajo de institucionalización y profesionalización; con una desconfianza marcada tanto en la burocracia como en los líderes carismáticos.
7. Politización de la vida cotidiana y del ámbito privado, con el intento de desarrollar formas alternativas de convivencia, producción y consumo, transformando en el proceso a los hombres y mujeres concretos que componen la sociedad. El eje de la transformación propuesta se halla en la esfera cultural, a la que deberían subordinarse la economía (creando una economía alternativa) y la política (creando una nueva forma de hacer política). Es una lucha por el control del desarrollo económico y, también, por la reapropiación del tiempo, del espacio y de la vida cotidiana.
8. Métodos de acción colectiva no convencionales, como la desobediencia civil, la resistencia pasiva, la acción directa con fuertes elementos expresivos, esclarecimiento

popular, manifestaciones de masas con un notable componente lúdico, etc. Todo lo cual conforma una nueva cultura de la acción política.

La conciencia de los límites civilizatorios del capitalismo⁴ constituye el denominador cultural común de los nuevos movimientos sociales. Su movilización está motivada más por valores que por intereses, sus objetivos son más universalistas (obtención de bienes colectivos) que particularistas (apropiación de bienes privados). Los más preeminentes de dichos valores son la autonomía y la identidad, con sus correlatos organizativos tales como la descentralización, el autogobierno y la democracia radical o de base, en oposición a la manipulación, la jerarquía, el control, la dependencia, la burocratización y el centralismo.

Los autores al preguntarse sobre el por qué del surgimiento de los nuevos movimientos sociales nos proponen la combinación de varios planos para lograr un análisis causal más o menos satisfactorio.

1. El plano estructural. Las causas estructurales son condiciones necesarias, pero no suficientes para explicar el surgimiento de la acción colectiva. Aclaran las razones por las que surgen nuevas demandas, pero no la forma, intensidad o secuencias temporales en que estas nuevas demandas se articulan.

2. El plano sociopsicológico. La existencia objetiva de un problema o crisis social no acarrea de forma inmediata la percepción de ese problema o crisis, ni las modalidades de esa percepción. Aquí el objetivo del análisis es el descontento individual y colectivo, estructuralmente mediado, que lleva a los individuos a ponerse en movimiento; las identidades sociales, su evolución y sus posibles crisis; así como los sistemas de valores que motivan para la acción colectiva.

3. El plano de la interacción comunicativa. Ninguna acción colectiva surge sin ciertas estructuras de comunicación que permitan poner en común percepciones, definir colectivamente los problemas y sopesar cursos alternativos de acción.

El plano del contexto político. Son aquellos aspectos de un sistema político que influyen en el desarrollo de la acción colectiva con independencia de las intenciones de los actores y sujetos involucrados, lo que incluye la estructura institucional del sistema, los

⁴Tendencias autodestructivas del industrialismo que se muestran cada vez más poderosas e incontrolables.

procedimientos informales y estrategias dominantes para tratar con quienes desafían a las autoridades, y la configuración de poderes.

Si estos son los cuatro planos que analíticamente hemos de considerar cuando intentemos explicar el surgimiento de cualquier movimiento social, debemos -nos proponen los autores- preguntarnos e incorporar al análisis los cambios en las pautas de socialización e integración de la vida societal moderna.

1. Heterogeneización de las situaciones sociales. Referida a la transformación de la antigua estructura de clases y nuevas tendencias, más marcadas, a la marginación y exclusión.
2. Tecnificación e industrialización de la reproducción social que afloja los lazos que unían al individuo con su medio social de origen.
3. Erosión de las tradiciones culturales existentes; procesos de racionalización y colonización de los mundos vitales; tendencias a la individualización y a la pluralización cultural fragmentada; cambios en la personalidad, en los modos de comportamiento y formas de vida; creación de nuevas identidades y destrucción de otras.
4. Homogeneización de las situaciones individuales. Las vidas individuales son cada vez más troqueladas directamente por las regulaciones sociales globales.
5. Agudización de contradicciones normativas, inherentes al capitalismo contemporáneo, donde los valores y las cosmovisiones entran en choque con la realidad, convirtiéndose en elementos antagónicos.
6. Difusión de tecnologías cada vez más inteligentes, que acrecientan cualitativa y cuantitativamente las posibilidades de dominación y control social lo que, a su vez, posibilita y hace viable a la ingeniería social.
7. Aumento de la fragilidad del capitalismo contemporáneo, sociedades globalizadas e interdependientes vulnerables para su reproducción, atadas a una compleja megamáquina muy frágil ante interferencias o catástrofes tanto de origen humano como natural.
8. Pérdida de capacidad autocorrectiva por parte de las instituciones políticas y económicas de las naciones ante el nuevo sistema mundial único y totalizante.

Con todo lo anterior, Jorge Riechmann y Francisco Fernández nos muestran como asistimos a la disolución de lo que en épocas pasadas fueron los vínculos sociales

básicos de convivencia y solidaridad, hoy rotos, ruptura que pone en marcha procesos de desindividualización creciente y simultáneamente libera necesidades de una nueva solidaridad, y de nuevos anhelos comunitarios. Las aspiraciones de realización personal acrecentadas chocan, por otra parte, con las aumentadas constricciones burocráticas e industriales y con las amenazas sistémicas contra la salud, el bienestar, la identidad y la propia vida.

La mundialización creciente de la economía, la política y la cultura y el desarrollo a que tal mundialización somete a las masas de población, siempre en aumento, hace surgir, como reacción, particularismos y regionalismos. Esta vida societal moderna, con sus tendencias y contratendencias explica las nuevas características de las acciones colectivas y los movimientos sociales.

Conclusión

La acción colectiva y los movimientos sociales son el punto central tanto de la producción teórica de las ciencias sociales como de la generación, reproducción y cambio de proyectos sociales. El intento de revisión y formulación de alternativas analíticas se ha propuesto revelar el cómo está reflejada en el trabajo conceptual una realidad compleja como la actual. De lo que se trata, sin negar los aportes generados en el transcurso del pensamiento social, es trascender las concepciones hegemónicas y cerradas que otorgan supremacía a ciertos criterios de elaboración de análisis, como el estructural.

De lo que se trata, además, es de dar cuenta de las tendencias homogeneizadoras y actualmente globalizadoras del ámbito económico, del político y del cultural. De abordar el desafío de la heterogeneidad que la vida societal se aferra a crear, para captar lo específico en la historia y no solamente la situación meramente objetiva.

Necesitamos, en esto que como vimos se ha avanzado, alternativas de construcción teórica que puedan ayudar a ubicarnos en el momento histórico de nuestras sociedades y colectividades.

Las búsquedas de síntesis multidimensional, rompen con los dogmatismos y luchan con las resistencias intelectuales; aciertan al ubicar y señalar a la acción colectiva y los

movimientos sociales en su íntima relación con el sistema político, en un contexto de profundos cambios.

Sin embargo -desde nuestro punto de vista- no exploran suficientemente lo que está detrás de dichos cambios, señalan los efectos y complejidad es que el modelo neoliberal ha traído consigo en la vida societal, pero no lo analizan como una pretensión de ingeniería social. Asumimos que esta reflexión es prioritaria y necesaria para potenciar aún más la posibilidad de la elaboración de enfoques multidimensionales. La incorporación del análisis del modelo neoliberal es una tarea urgente. Esta reflexión en torno al neoliberalismo es justamente nuestro siguiente paso.

SEGUNDA PARTE

UN ACERCAMIENTO AL MODELO NEOLIBERAL

5. REFLEXIONES EN TORNO AL MODELO NEOLIBERAL (UNA CONSTRUCCIÓN DESDE EL ÁMBITO POLÍTICO)

Introducción

El neoliberalismo es una palabra que está en boca de muchos de nosotros, con frecuencia su uso es común y cotidiano y en ocasiones excesivo. Lo lamentable no es su utilización sino el profundo desconocimiento de las magnitudes y la complejidad de lo que es el modelo neoliberal. Éste se ha analizado y criticado a partir fundamentalmente del instrumental teórico - metodológico de la economía. Para nosotros, lo social, y por tanto la sociedad, se compone de tres ámbitos: el económico, el político y el cultural (Bell, 1997). El propósito de nuestra reflexión es contribuir al análisis del modelo neoliberal desde el ámbito político, para después avanzar hacia lo económico y lo cultural. Para lograrlo se ha construido un ejercicio abstracto de “tipo ideal” que para Weber “constituye un cuadro conceptual que no es la realidad histórica, al menos no la verdadera, y que mucho menos está destinada a servir como esquema bajo el cual debiera subsumirse la realidad como espécimen, sino que, en cambio, tiene significado de un concepto límite puramente ideal, respecto del cual la realidad es medida y comparada a fin de esclarecer determinados elementos significativos de su contenido empírico. Tales conceptos son formaciones en las cuales, por aplicación de la categoría de posibilidad objetiva, construimos conexiones a las que nuestra fantasía, disciplinada y orientada en vista de la realidad juzga adecuadas” (Weber, 1982:82). No se trata, por tanto, de una descripción de la realidad, sino de una acentuación de las características y las tendencias esenciales del fenómeno en estudio, que permite la comprensión e interpretación posterior de ella¹.

¹ Para comprender la realidad contemporánea, recurrimos a un cuadro conceptual que liga determinados procesos y relaciones de la vida societal en un conjunto de conexiones abstractas. Cuando éstas se verifiquen o se acerquen a la realidad, podremos ilustrar el carácter específico del tipo ideal propuesto. Es de vital importancia señalar que el presente artículo ofrece, tan sólo, el bosquejo general de dicho tipo ideal y no la contrastación histórica, que se proporcionará en un trabajo posterior.

5.1. Objetivos del modelo neoliberal

La prospectiva política, la planificación estratégica y la teoría de escenarios (Mojica, 1992) son incorporados al modelo neoliberal² para hacerlo viable, independientemente del costo societal. El paradigma neoliberal³ en su implementación provoca costos económicos, políticos y culturales de gran envergadura. Nos enfrenta en su implementación a costos sociales de carácter absoluto: incremento de la pobreza, ampliación de la brecha entre la concentración de la riqueza y la desocupación, obsolescencia del sector productivo, despersonalización de los partidos políticos, desplazamiento de las organizaciones de masas, etc.

La producción de costos sociales de carácter absoluto es su primer objetivo. A partir de este costo el modelo debe ser viable. Esto quiere decir que la prospectiva política, la planeación estratégica y la teoría de escenarios están vinculadas al conflicto y a los problemas que éste genera (Miklos, 1995)⁴.

El segundo objetivo del paradigma neoliberal es el control del conflicto y los problemas (Lyon, 1995). En el pasado, antes del modelo, estos se dominaban pasando por el sometimiento de los actores, de los sujetos sociales y de las clases sociales. Para manejar el conflicto se negociaba, se pactaba y se definía una correlación de fuerzas favorable o no.

Para el modelo neoliberal se puede controlar el conflicto (Schelling, 1989) independientemente de la mayoría de los actores, sujetos y clases sociales que forman parte de la sociedad; más allá y por encima del sindicato, del partido o de la masa.

El conflicto se desplaza, transita, se desarrolla, se profundiza y se complejiza como tal invadiendo espacios. Penetra en campos municipales, regionales, nacionales e internacionales, pero también económicos, políticos y culturales. Al ser económico

² El neoliberalismo vincula, en estrecha unión, los conceptos modelo, programa y plan como una unidad que integran la prospectiva política, la planificación estratégica y la teoría de escenarios.

³ Paradigma es un concepto que se refiere no sólo al conocimiento sino también a la acción. Hemos tomado esta aserción del video: *Descubriendo el futuro: los paradigmas*, producido por Infinity Limited y Charthorse Learning Corporation (1989), basado en la obra de Joel Artur Barker del mismo título; basada, a su vez, en el libro: *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas S. Kuhn (Kuhn, 1993).

⁴ El neoliberalismo no es solamente una teoría para la interpretación de los hechos, es un modelo, un programa y un plan económico, político y cultural que pretende generar hechos controlados.

puede pasar a ser político o cultural al mismo tiempo⁵. De manera que el conflicto requiere de un espacio, que es fundamental para su control. No se puede manejar independientemente del territorio por el cuál va a transitar, desenvolver o desarrollarse.

Para el neoliberalismo el conflicto regional no debe convertirse en nacional y tampoco puede invadir el espacio internacional. Un conflicto estrictamente económico no puede transformarse en político, porque la penetración de espacios genera procesos de ingobernabilidad. El tercer objetivo del modelo es el control y/o generación del espacio del conflicto (Luhmann, 1992).

Para el modelo neoliberal el presente carece de importancia. Lo relevante y prioritario es el futuro. Lo que se está construyendo en el presente es para el futuro (Cross, 1980). Las políticas económicas, por ejemplo, a las cuales nos enfrentamos hoy, son implementadas para garantizar una estabilidad política y un equilibrio económico ubicado en el porvenir. La apertura de las economías, la modernización y la reforma del Estado están diseñadas para el mañana.

El futuro es el cuarto objetivo del neoliberalismo (Acroff, 1994). En este sentido, el porvenir es el destinatario. En el pasado el receptor era la nación, la sociedad o la masa. Hoy por hoy es la posterioridad. Que la masa o la nación tengan o no cabida en el presente poco importa para el neoliberalismo, para éste el ahora constituye la construcción del futuro como porvenir de calidad y bienestar societal.

Estos cuatro objetivos: hacer viable el modelo en el marco del costo societal absoluto; el control del conflicto y de los problemas; el dominio y generación del espacio como constitutivo del conflicto y los problemas, y el mando sobre el futuro, son fundamentales para entender lo que significa, pretende y está implementando el modelo neoliberal⁶.

⁵ El conflicto tiende a comportarse de dicha manera, extendiéndose y ganando cada vez mayor espacio y amplitud. El modelo contrarresta la tendencia evitando su propagación, encerrándolo en espacios fragmentados y aislados unos de otros.

⁶ El neoliberalismo, para lograr sus objetivos, considerados no como consecuencias sino como fines, utiliza una serie de instrumentos y técnicas prospectivas cualitativas (Analogías, Árbol de pertinencia, Compás, Conferencia de búsqueda, Imágenes alternativas, Intuiciones sistemáticas, K. J., Mapeo contextual, etc.), cuantitativas (Estadísticas bayesianas, Montecarlo. Técnicas econométricas, etc.) y mixtas (Pronóstico tecnológico, Juegos de simulación, Matriz de decisión, etc.) (Mojica, 1992 y Miklos, 1995). Todas ellas vinculadas a las nuevas tecnologías (Chauvet, 1997).

5.2. Planeación estratégica, prospectiva política y teoría de escenarios como gerencia estatal

La planeación estratégica (Steiner, 1992) fue utilizada originalmente en el campo de la iniciativa privada, el sector público, la gestión pública y la administración pública. Sin embargo, el contexto de su uso fue distinto al actual, era una situación donde el Estado intervenía y protegía a la iniciativa privada, donde daba cobertura al mercado interno y subvencionaba el bienestar de la sociedad. Era un Estado que definió su comportamiento y su compromiso en favor de la sociedad, de la masa y de la colectividad; que hizo suyos los problemas sociales que anidaban en la sociedad o en la nación.

Sin embargo, hoy el Estado a través de las políticas de ajuste adquiere un nuevo protagonismo, definido ya no por su carácter interventor. El liderazgo estatal contiene otros elementos constitutivos.

Asistimos a una economía de mercado no constreñida, no subvencionada y no protegida por el Estado, que se reproduce en un contexto de mínimo estatal y de adelgazamiento de la política. Es precisamente en este marco que resulta fundamental para el Estado volcarse de la planificación tradicional a la planeación estratégica. Esto quiere decir, que la planificación se reincorpora al quehacer estatal neoliberal de otra manera y con otra perspectiva; ahora como planeación estratégica. La confluencia entre la planeación estratégica y la gestión estatal genera un nuevo quehacer gubernamental: la gerencia estatal (Yehezkel, 1993).

La planeación estratégica vinculada a la gestión gubernamental como gerencia estatal, parte de tres supuestos: el primero se relaciona con el comportamiento estatal que a diferencia del pasado requiere de una serie de programas estructurados, semiestructurados e inestructurados (Matus, 1993), elaborados a partir de la prospectiva política y la teoría de los escenarios.

La política gubernamental no puede prescindir de estos programas. El Estado está obligado a diseñar, decidir su gestión y poner en acción un plan de operaciones vinculado a los programas para hacer frente a contingencias económicas, políticas y culturales.

Pero no es sólo eso, en segundo término, la gerencia estatal supone también la existencia de la crisis. A diferencia del pasado donde la crisis suponía su superación, hoy la

gerencia estatal trabaja para administrar la existencia de la crisis, controlando el conflicto y su espacio independientemente de los costos sociales, por medio de la prospectiva política y la formulación de escenarios como apropiación del futuro.

Tercero, analizar los programas estructurados, semiestructurados e inestructurados, junto con el plan de operaciones estratégico y prospectivo como administración permanente de la crisis, implica comprender el significado del modelo neoliberal como un paradigma que desmantela a la sociedad para crear una nueva (Drucker, 1997).

5.3. El desorden societal

En el marco del modelo neoliberal, nos enfrentamos al desorden societal, a la incertidumbre y al temor (Balandier, 1990). La sociedad asiste hoy a un clima de incertidumbre ante anuncios de privatización del petróleo, el gas, la petroquímica, etc., ante la posibilidad de golpes de Estado o planes de choque.

Se asiste a una pérdida de confianza generalizada, medidas imprevisibles a las cuales nos enfrentamos como sociedad, como partido, como sindicato, y que ésta no esperaba. Sin embargo se implementan y cambian el curso económico, político y cultural visible en comparación con el año, el semestre e incluso el bimestre anterior. Existe una situación de desorden que provoca una despersonalización de las instituciones y organizaciones sociales en todos los niveles.

Los partidos políticos carecen de oferta (Dutrénit, 1994), da la impresión que no tienen nada que decir o proponer en el presente, que no perciben la realidad o llegan tarde a ella. Una despersonalización total que significa el desdibujamiento programático, doctrinal y político de los partidos.

La confianza de la sociedad no depende de los resultados de la implementación de los programas y del plan de operaciones de la gerencia estatal, aunque el clima de desconfianza subsiste y persiste, las políticas siguen implementándose a pesar de los costos sociales.

Las medidas imprevisibles están vinculadas con la seguridad económica del Estado. Es una nueva concepción que no toma en cuenta la seguridad nacional, ni está vinculada con el bienestar social.

El desorden está vinculado a la ruptura (Hacking, 1991). No puede existir si no entendemos que el momento al que asisten las naciones es un momento de transformación. La gerencia estatal implementa su plan de operaciones a través de políticas de ajuste que generan un proceso de rompimiento social. Las políticas de ajuste en el marco de la ruptura tienen como consecuencia inmediata el desorden estatal, económico, político y cultural. En suma, el desorden en la modernidad⁷.

Luego, el problema para el modelo y para la gerencia estatal es cómo administrar el desorden (Ansoff, 1991). Ya no se trata sólo de superar la crisis financiera, económica, educacional, etc. Por tanto, se persigue la ruptura generando desorden y administrándolo⁸.

En el marco del rompimiento no cabe la democracia como forma de toma de decisiones. Quien crea lo contrario está colocado simplemente a un nivel discursivo emotivo de la continuidad democrática o el tránsito a la democracia.

¿Entonces qué cabe en el marco de la ruptura? Lo que entra es una nueva forma en la toma de decisiones: se acatan y se imponen. No hay posibilidad de negativa, porque no existe alternativa, son contundentes.

Esto hace que la decisión en el desorden societal adquiera características diferentes a la vieja forma de toma de decisiones. No cabe el espacio para la concertación, la negociación, ni la conciliación y cuando cabe es simplemente para fomentar la teatralidad estatal. Pero nunca para otorgarle sentido ni direccionalidad o consistencia.

5.4. políticas de ajuste y proceso de desmantelamiento

La gestión estatal administradora y generadora de desorden, de conflicto, se enfrenta a situaciones con nuevas características. Son problemas emergentes vinculados con las políticas de ajuste (Nelson, 1992), la economía de mercado, la reforma estatal, la relación Estado - sociedad, la reforma partidaria, etc.

Todas las políticas de ajuste neoliberales, recomendadas por el Banco Mundial, no reconocen particularidades nacionales ni regionales, son homogéneas. Se trata de

⁷ Remitimos a tres autores que han tratado el problema de la modernidad: Habermas (1989), Giddens (1993) y Touraine (1995).

⁸ El modelo neoliberal, a través de la gerencia estatal, puede controlar el conflicto independientemente de la mayoría de los actores, sujetos y clases sociales depositando dicho control en los tomadores de decisiones u operadores de los cursos de acción (Yehezkel, 1996).

políticas que no toman en consideración las condiciones específicas tanto económicas como políticas y culturales de los estados - nación.

Las políticas de ajuste significan acoplar la economía, la política y la cultura a las nuevas condiciones de la globalización (Villasuso, 1990). Ajustar representa dismantelar todo aquello que acompañó a la vieja sociedad. Se asiste a un proceso de dismantelamiento generalizado: de la economía controlada y protegida, del sector industrial, del sistema bancario y financiero, de sectores estratégicos (como el petróleo), del sistema político, de las instituciones, de las organizaciones sociales, de las clases sociales, de los sujetos y actores sociales, etc.

En suma, se trata de recomponer, de refundar las bases societales. Para el modelo neoliberal esta recomposición puede llevarse a cabo por dos vías: la primera, implica que las políticas de ajuste deben ser implementadas en un marco de transición paulatina, como un proceso lento y a largo plazo; y la segunda, formando parte de un momento de irrupción, como un proceso de transición rápido y violento de corto e inmediato plazo.

5.5. ¿Por qué surge el modelo neoliberal?

El modelo neoliberal se implementa en Estados Unidos y Europa en la década de los años setenta y en América Latina en la década de los años ochenta. Surge porque el sistema mundial asiste, como consecuencia de la tercera revolución tecnológica (Ominami, 1986), a un proceso de recomposición estructural del sistema capitalista; hay razones estructurales que conducen al modelo neoliberal más allá de la voluntad de los estados nacionales, los partidos, los sindicatos y las masas.

Los neoliberales consideran que antes de la tercera revolución tecnológica, el capitalismo, como lo explicó Marx, funcionó a partir de la fórmula D-M-D'. El dinero para incrementarse debía pasar por la mercancía, esta fórmula explicaba la explotación, la expropiación del trabajo ajeno y la alienación. El dinero para reproducirse como dinero debía pasar por el uso intensivo de la fuerza de trabajo.

En este sentido, el sistema capitalista tuvo como bases constitutivas de su estructura dos factores: el capital y el trabajo, lo cual se personaliza en dos clases sociales antagónicas y en permanente lucha: la burguesía y el proletariado.

El sistema capitalista, estructuralmente definido en dos clases con relaciones antagónicas da lugar a la democracia liberal y al mismo tiempo al socialismo como alternativa. La conformación estructural del sistema ubica a la fuerza de trabajo en un espacio económico que se personaliza políticamente a través del sindicato o protagonismo sindical obrero, dando lugar a la alianza Estado- capital- movimiento obrero, expresado en el sistema corporativo.

Esta conformación estructural muestra signos de desgaste al llegar la década de los años setenta. En estos años, con la irrupción de la tercera revolución tecnológica, producto del sistema capitalista, se penetra a una recomposición estructural donde el capitalismo funciona y se explica por la fórmula D-D'⁹.

Entonces, el dinero puede reproducirse a sí mismo. No necesita pasar por una mercancía particular, por el uso de la fuerza de trabajo (Rifkin, 1996)¹⁰. Es decir, que la fuerza de trabajo ha sido desplazada de la composición estructural del nuevo sistema capitalista, en el plano de la fuerza de trabajo irrumpe la tecnología. De ahí que la tasa de utilidad, beneficio o plusvalía no es producida por el trabajo sino por el uso intensivo de la tecnología. Por tanto, esta fuerza de trabajo ya no tiene un lugar en la economía y no tiene por qué reivindicar su espacio a nivel político. Asistimos a una nueva fórmula en donde la fuerza de trabajo, expresión cosificada de la mercancía ya no existe como tal.

Para el modelo, la tercera revolución tecnológica es uno de los factores explicativos de la pulverización del sistema socialista. El capitalismo para mantener su funcionamiento tuvo que incorporar los avances tecnológicos a su lógica de reproducción y eso significó el desplazamiento de la fuerza de trabajo (Kennedy, 1993). Esto impactó al modelo socialista ya que el movimiento obrero había abanderado el modelo socialista como una alternativa al sistema capitalista, y éste al reproducirse con mayor escala que en el pasado hace aparecer al socialismo como carente de valor reivindicativo y de ahí su “muerte”.

⁹ Marx atisbó las consecuencias del impacto tecnológico en los *Grundrisse* (Rosdolski, 1979).

¹⁰ Los más sofisticados ordenadores, la robótica, las telecomunicaciones y otras formas de alta tecnología sustituirán a los seres humanos de los trabajos productivos. La fuerza de trabajo vinculada al capital es la creadora de valor, al desaparecer el trabajo productivo no se elimina el trabajo en general, ni las mercancías. Lo que se trastoca es la ley del valor y de la fuerza de trabajo como la mercancía generadora de la riqueza.

No es verdad -dicen los neoliberales- que los modelos existentes en el mundo se hayan agotado por la relación antagónica irreconciliable entre el capital y el trabajo; no es verdad que la lucha de clases explique ahora la historia, eso fue en el pasado no en el presente ni será en el futuro. La historia puede prescindir de los partidos, los sindicatos y el movimiento obrero. La historia tiene y tendrá su propia lógica de desenvolvimiento. Así los modelos en América Latina entraron en crisis cíclicas o coyunturales porque el propio sistema creó su negación (Calderón, 1991). Fue el mismo sistema que creó su propio antagonismo, no fue el movimiento obrero, ni la exacerbación de la lucha de clases, ni la amplia movilización de la sociedad civil la que llevó al agotamiento del Estado de bienestar, del Estado populista o a los gobiernos nacionalistas.

El sistema fue creando su propia negación y ella fue agotándose a sí misma. De ahí que se asistió a un periodo en donde el sistema liberal - democrático llegó a su punto mínimo. Esta crisis lleva al límite al sistema capitalista democrático - liberal cuya composición estructural, a partir de la década de 1970 deja de existir. Por tanto, es a partir de esta crisis donde irrumpe el modelo neoliberal.

5.6. Características del modelo

El modelo neoliberal es universal; prescinde de territorios, regiones y de las naciones. Las medidas que se están aplicando en Europa tienen carácter neoliberal, lo mismo sucede en Asia, Estados Unidos y América Latina.

Segunda característica: es global, es decir, invade el ámbito económico, político y cultural. No hay espacio societal que pueda resistir su embate. De ahí que el neoliberalismo tenga una tercera característica: es el modelo único, no es uno más entre otros. Es la única alternativa viable. Cuarta característica: es indiferente, no reconoce particularidad latina, ni europea, asiática o africana; se impone más allá de las diferencias nacionales. Es insensible a la especificidad nacional pero también al espacio doctrinal, político e ideológico de los partidos y eso provoca un desdibujamiento partidario.

Quinta característica: el modelo se impone, no necesita una legitimidad otorgada por la sociedad. Puede prescindir del consenso y la legitimidad nacional, del partido, del sindicato y de la masa.

Sexta característica: inaugura la vía, ya no hay dos vías como en el pasado. Este modelo se compromete con el futuro no con el pasado ni con el presente; porque lo único realmente existente es lo que va a existir y no lo que existe. Lo que impera en el presente es punto de llegada del pasado no del mañana.

Pero no sólo eso, el futuro es visto como verdad frente a la falsedad del pasado (Lafontaine, 1989). El nacionalismo, el socialismo, el populismo son ubicados en el pretérito, son vistos como el reino de la falsedad. Nadie puede hoy optar por reivindicar el pasado a nombre de la verdad; aquel que defienda el pasado a nombre de la verdad debe ser erradicado.

La nueva contradicción estará dada con el futuro de verdad y la “falsedad del pasado”, esta es la séptima característica. Lo anterior se traduce en una práctica racional y en una irracional, en el neoliberalismo no caben ambas, no pueden convivir. No hay espacio para el comunista, el nacionalista o el fascista. Se persigue al “irracional”, porque el sindicalista o partidario defiende el pasado, reivindicando la falsedad lo cual se traduce en conductas anómicas al seno societal.

El modelo neoliberal erradica de la universidad, por ejemplo, lo irracional que reivindica la educación pública; lo hace con aquellas organizaciones sindicales que luchan por un protagonismo y con aquellos irracionales que lo plantean en el seno de un partido sea éste nacionalista, comunista o de masas. Existe un proceso de purga generalizada, es la octava característica del modelo. No más economía controlada, el sector privado no puede solicitar la presencia estatal como en el pasado. Si es así, debe llevarse a cabo una limpieza en el seno de la iniciativa privada. No más burguesía nacional industrializante substitutiva de importaciones como en el pretérito.

La nueva burguesía debe entender que su perspectiva es el futuro en el desarrollo de la globalización, que su espacio no es la nación. Pero no sólo eso, la purga al ser generalizada toca a las clases sociales: al movimiento obrero, al movimiento campesino, etc. El modelo neoliberal no se dirige a la clase, al actor o al sujeto social, no es su entidad. El objeto es el individuo.

¿Por qué el individuo? Por una razón fundamental: porque en el viejo sistema capitalista la centralidad la tenía el Estado, en el futuro la tendrá el mercado, mercado económico, mercado político, mercado cultural. No es la clase, ni el sindicato, ni el partido el que se

enfrenta al mercado, es el individuo dotado de atributos, competitividad, realismo y pragmatismo.

Todo lo anterior cambia radicalmente los elementos constitutivos de la democracia, la igualdad, la justicia y la libertad, es la novena característica. La igualdad consiste ahora en que los individuos se enfrentan al mercado como iguales, con el mismo punto de partida y distinto punto de llegada, el cual depende de la habilidad del individuo no del partido, ni del sindicato, ni del Estado. De igual manera la justicia es el reconocimiento que le otorga el mercado al individuo exitoso, eficiente, pragmático y realista. El éxito no le será otorgado por el partido, por el sindicato y menos por el Estado¹¹.

La libertad no es la posibilidad de crear las condiciones para un desarrollo societal justo e igualitario. La libertad consiste ahora en la posibilidad de cómo el individuo enfrenta un mercado ya dado como única alternativa. Tres cambios que modifican el contenido de la democracia. Las decisiones se toman independientemente del costo, porque el costo no es para el Estado, es problema del mercado y de cómo el individuo se enfrenta a él.

De ahí que la pobreza para el modelo neoliberal no sea un problema social, es un dato estadístico, se trata de un problema "individual", lo cual transforma el concepto de conflicto.

Ya no es consecuencia de la lucha de clases. Ahora es resultado de quién decide y cómo decide. Por tanto, el que decide produce conflicto y debe tener en cuenta su magnitud generada. Las clases sociales ya no crean conflicto, ahora el origen se encuentra en la

¹¹ Lo anterior parecerían postulados del liberalismo clásico; debemos decir que así es. Para Francis Fukuyama (1995) estamos presenciando algo más que el fin de la guerra fría, el fin de la historia en sí, es decir, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y de la universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano.

Esto es, la vuelta al siglo XIX, en el que el mundo occidental anunciaba el logro final de lo que parecía meta sin fin, el progreso absoluto al servicio del hombre. Marcha que fue interrumpida en el siglo XX por violencias nunca imaginadas: dos grandes guerras mundiales y revoluciones igualmente violentas, como la del comunismo iniciado en 1917 en Rusia y las luchas de pueblos bajo coloniaje occidental, y como respuesta el fascismo, contra el comunismo, que al acrecentarse se volvió contra sus propios creadores, y represiones militares contra el anticolonialismo.

El año de 1989, bicentenario de la Revolución Francesa, sería el punto de partida de lo que califica Fukuyama como contrarrevolución y contrahistoria, con la vuelta al pasado liberal del siglo XIX.

Así el siglo XX es puente entre el liberalismo del siglo XIX y el neoliberalismo del próximo siglo XXI, de la misma manera como otros lo consideran como paso entre el capitalismo y el postcapitalismo o paso de la modernidad a la postmodernidad (Zea, 1996).

decisión. Es decir, en la implementación de programas y planes neoliberales y en los operadores de los cursos de acción.

5.7. Otras causas del surgimiento del modelo

El modelo neoliberal no aparece sólo por razones estructurales, existen otros factores. Su surgimiento también se explica, en Europa y Estados Unidos, por la decepción del 68, la desilusión de la vieja izquierda por el eurocomunismo y por la imposibilidad en territorio europeo de crear un gran movimiento social y por el desencanto del marxismo y el estructural - funcionalismo. En este contexto aparecen la tendencia neoconservadora y la nueva derecha, fuentes teóricas del neoliberalismo (Bell, 1976).

Además del desencanto, el sistema capitalista llegaba en su crisis a un punto mínimo. Es decir, el sistema capitalista definía al igual que el sistema socialista la posibilidad de ofertar una utopía: el bienestar societal, el capitalismo por medio del Estado de bienestar y el socialismo a través de la planificación centralizada. Sin embargo el Estado de bienestar no se generalizó y al mismo tiempo generó conflicto y problemas. Más aún, construyó una sociedad de consumo que creó necesidades “reales” y a la par y fundamentalmente necesidades irreales. Una sociedad de consumo que edificó una interpelación creciente en forma de demandas hacia el Estado, lo que llevó a procesos de ingobernabilidad concebida como la imposibilidad del Estado para satisfacer las demandas sociales.

El estado de bienestar en la sociedad de consumo, sociedad benefactora, en los hechos estaba generando su propia contradicción, la interpelación frente a la incapacidad estatal para dar respuesta a las crecientes demandas de la sociedad. Propició, al penetrar en todos los espacios sociales, la universidad politizada, el sindicato politizado, la empresa politizada, la iglesia politizada. Nada era pensable al margen de la política.

La sociedad cedió prácticamente, siendo presa de la política y la politización derivó en la sobreideologización. Era impensable aceptar todas las corrientes sociológicas procedentes del campo estructural - funcionalista, porque eran vertientes reaccionarias o procedentes del capital externo como aliadas del imperialismo. La sobreideologización significó la negación de los actores y los sujetos sociales. América Latina se alejó cada vez más de su realidad y se fue refugiando en un discurso en contra del imperialismo: el

discurso de la dependencia, el discurso antirreaccionario, etc. El Estado benefactor llevó a la vida societal no sólo a una politización y a una sobreideologización, sino a una falta de acceso a la realidad. La vida societal se fue alejando cada vez más de su realidad. De igual manera el bloque soviético vivió una politización, una sobreideologización incapaz de entender su propia realidad. En este sentido se asistió a una pérdida de autonomía estatal. El Estado se negó a sí mismo.

Para reconocerse como tal, debía hacerlo a través de su relación con el movimiento obrero, con el movimiento campesino, con la burocracia, con el sector empresarial o con el partido. No era posible pensarse como Estado al margen de aquéllos. Se crearon redes y cadenas de poderes alternativos: poder obrero, poder campesino, poder empresarial, poder burocrático, poder de partido, a la par del poder del Estado. El dominio estatal debía negociar y concertar con los otros.

Toda pérdida de autonomía es siempre negación. El Estado fue negándose a sí mismo. De igual manera la sociedad. La presencia del Estado en la sociedad llevó a que ambos perdiesen su autonomía. Era impensable la prensa, el partido, el sindicato, la universidad, etc., al margen del Estado. Es decir, todo era pensado a partir de él como vida societal. La sociedad civil asistió a una politización, a una ideologización, a una negación y a una pérdida de autonomía en el marco del Estado. En suma, la democracia llegó a su punto mínimo. Fue la negación de la democracia liberal.

En estas condiciones la izquierda se apropió de la totalidad discursiva, todos hablaban de revolución, lucha de clases, de contradicción, de fuerzas productivas y relaciones de producción. Era impensable en el campo socioeconómico un discurso al margen de la izquierda. Todos manejaban estos conceptos, hasta la derecha. La crisis era entendida a partir de esa alocución. La izquierda también se apropió del discurso en las universidades, la prensa, del mundo cultural. Es en este contexto donde el neoliberalismo comenzó su tarea para adueñarse de esa totalidad más allá de lo meramente discursivo.

El objetivo neoliberal no es crear partidos, sindicatos, universidades o instituciones, el neoliberalismo se apropia de las universidades, los medios de comunicación, los sindicatos, etc. Está realizando lo que en el pasado pretendió la izquierda. Se está apropiando de la disertación, no hay dos discursos sobre la modernidad, hay uno sólo.

No debe existir otra alocución diferente a la neoliberal sobre la reforma estatal o sobre la globalización. Por ello los otros discursos que son alternativos van cediendo espacios. Pocos hablan del imperialismo, de la lucha de clases; y lo dramático es que la sociedad, en su mayoría, se está sumando a ella. Ese es otro factor que explica el embate neoliberal.

Para el neoliberalismo el Estado intervencionista cometió un error: favorecer la paz y la estabilidad de la vida societal como nación; se comprometió con lo inexistente, con la masa, con la nación como sinónimo de sociedad (Offe, 1990).

La masa como equivalente de sociedad y de país es para el modelo una ficción. Hoy la comunidad europea prescinde de la nación, un sistema político único para Europa representa que ésta no es parte integrante del nuevo Estado, es una creación que puede desaparecer. Si el nacionalismo quedó a medio camino en la conformación de Estados-nación fuertes y plenamente integrados, entonces puede prescindirse de la nación.

El Estado se comprometió con lo inexistente, con las demandas económicas, políticas y culturales de la vida societal. Lo único existente para el neoliberalismo es la oferta que crea la demanda; ella ya no es vista como sinónimo de masa o de sociedad, la oferta construye su propia demanda, la oferta crea su propia masa de consumidores. El Estado se comprometió con aquello que sólo existe en la mente de los ejecutivos. De aquí que en adelante debe comprometerse con la oferta no con la demanda societal.

El Estado no tiene por qué comprometerse con las necesidades de la masa, ni de la sociedad. Las necesidades y demandas se crean, se fabrican, como parte constitutiva del individuo. Es decir, se pueden construir, modificar o alterar, se puede generar optimismo o minimizarlo y hacer que la sociedad viva un mundo pesimista u optimista. El Estado en adelante debe comprometerse con la oferta y nunca con la masa, con la demanda, con el consumo del pueblo.

Si con la oferta se genera demanda, el neoliberalismo administra la satisfacción y los satisfactores, entendida ya no como necesidades ilimitadas sino como limitadas, lo cual implica control y administración. No más escuela pública, en adelante privatizada no más seguridad social pública, en adelante privatizada, etc.

Este neoliberalismo inaugura un camino, es como un tren, no hay dos trenes; no hay un tren socialista o un tren del Estado de bienestar, sólo hay uno; o nos subimos no; nos

subimos, no hay alternativa. Si un país se queda en la estación pasa a instalarse fuera del sistema mundial. Es una sanción dramática. Los distintos países están obligados a subirse e integrarse, si no adoptan las políticas de ajuste se implementan tres posibles sanciones: la negociación de la deuda externa se anula y se está obligado a pagar, se pasa a ser país inelegible en el sistema mundial o el sistema bloquea comercial y financieramente.

Por tanto, es la única alternativa para transitar hacia lo posmoderno, o los países se quedan en la tradición o ingresan a la fase neoliberal. Es un desafío nacional e internacional visto como un sacrificio. El Estado se está sacrificando privatizando sus empresas estatales y modificando la estructura de sus secretarías. Por ello la sociedad también tiene que sacrificarse, en función del futuro, no por las necesidades del presente. Hoy el mundo vive el umbral del nuevo siglo, entendido como la víspera de la nueva civilización (Huntington, 1994). Por ello vivimos en el espacio de la ruptura, similar, pero mucho más violenta y dramática, que la que se dio entre la Edad Media y la Edad Moderna. Hoy por hoy, ese cambio estructural es de ruptura y dará origen a una nueva era. Nadie puede oponerse a ella en nombre del pasado, ni a nombre del sindicato o del partido. Es una nueva civilización que está edificándose en el marco neoliberal.

5.8. La decisión

El consenso era importante en el pasado porque el Estado se comprometió con la nación. Ofertaba un proyecto de sociedad y un plan de desarrollo. El compromiso con la nación era con sus necesidades de educación pública, vivienda, trabajo, mayores salarios, etc. El Estado al comprometerse con la nación se comprometió con la masa, por esto era también titular del poder; la masa vía sindicato era protagonista del Estado y de la historia. Para el modelo neoliberal, el Estado no puede seguir comprometiéndose con eso, su obligación no es con la nación y sus necesidades (Forrester, 1997), por eso es que puede ampliarse la pobreza, la desocupación, no importa. Porque no se compromete con el presente sino con el futuro, no de la nación ni de la masa empobrecida, su responsabilidad esta vinculada con el futuro (Sakaiya, 1995 y Gates, 1995)¹². La masa

¹² El proceso de cambio de la sociedad, que está en marcha, ha suscitado una polémica entre los que prevén una sociedad postindustrial, como un mero desarrollo progresivo de la sociedad industrial

tiene que ser desplazada y engrosar las filas de la desocupación. Se asiste a un proceso generalizado de saneamiento de la sociedad.

En el pasado, las decisiones se tomaban como producto de una alianza con el sector obrero y campesino empresarial, el partido, el sindicato o la burocracia. Hoy no, las decisiones se procesan y toman en un espacio fundante (de política real); muy pocos individuos o actores y sujetos sociales saben donde está ubicado y quienes participan en este espacio¹³. Puede situarse al interior de un país o fuera de él en el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el poder ejecutivo o en parte de él, etc. Pocos lo saben pero lo dramático es que las decisiones se toman y se implementan. Lo que cambió fue el espacio de constitución de la decisión, no fue en el partido, el sindicato o la masa; ellos sólo se enteran de ella..

En cambio, el espacio operacionalizante de la decisión (de política simbólica), es aquel que la sociedad cree que es donde se toman las decisiones. La sociedad cree que se procesan en el ejecutivo, el legislativo, en el espacio del partido o en alguna secretaría. Existe un nuevo espacio y una nueva lógica en la toma de decisiones; no se sabe dónde se inicia la ola decisiva, pero afecta a todos los ámbitos societales y del sistema mundial. Es un problema que tiene que ver con la internacionalización del modelo. Por eso es tan impactante el efecto tequila, dragón o tango. El neoliberalismo se basa en la internacionalización del capital productivo y financiero, y sobre todo de la bolsa de valores. La bolsa pasa de objeto a ser un sujeto con vida. Por ello los análisis de las economías y las finanzas están encaminados a la recuperación de la bolsa y todos viven pendientes de su desempeño. En el pasado, la recuperación de una crisis dependía de la disciplina del movimiento obrero, campesino y popular, del sector productivo; ahora no el contexto es diferente.

En el viejo campo político del pasado, nacionalista y populista, cabían todos los actores y sujetos sociales, era un campo de carro completo: movimiento obrero, campesino y popular, la burocracia, la iniciativa privada, fuerzas armadas, etc. Este marco permitió

capitalista (un ejemplo es Daniel Bell) o aquéllos que prevén la muerte de la sociedad industrial y el nacimiento de una nueva sociedad y, por tanto, de una nueva era (un ejemplo es Alvin Toffler).

¹³ Al arrojar una piedra sobre una superficie de agua se generan una serie de ondas concéntricas. Éstas al extenderse van desapareciendo, lo cual hace difícil, al cabo de pocos segundos, señalar el punto dónde penetró la piedra. La toma de decisiones se ajusta a este fenómeno. El espacio fundante es, en nuestra metáfora, el punto de contacto de la piedra con el agua.

definir una lógica en la gestión estatal; un compromiso con la sociedad, con la nación; la decisión emanaba de cierta correlación de fuerzas. Todos los sujetos y actores sociales cabían en este campo, mal o bien todos jugaban.

El neoliberalismo dismantela el viejo campo político y crea uno nuevo, que no posee las grandes dimensiones como el anterior. El nuevo campo es pequeño y sólo caben pocos actores y sujetos sociales; es el espacio donde se vive la política real (sector 1), el resto debe ser desplazado. Por tanto el dismantelamiento del viejo escenario implica la reubicación de los sujetos y actores sociales.

Los actores y sujetos sociales deben ser desplazados -si se nos permite el ejemplo deportivo- como espectadores. No pueden seguir jugando; algunos deben ser ubicados fuera de la cancha (sector 2) y otros lejos de ella (sector 3). Pero además, reubicados sin que se den cuenta del proceso, deben creer que todavía están jugando; deben pensar que van a tomar decisiones o van a influir en ellas, que son consultados y tomados en cuenta, que forman parte de la lógica estatal, deben vivir la política simbólica (Tenzer, 1991).

Se trata de modificar el Estado consciente por un Estado inconsciente, de manera que viva como si tuviera conciencia de la sociedad; es también el espacio donde se vive la política simbólica. Se está fundando para este mundo una política sin moral definida por los sujetos y actores que todavía se encuentran en la cancha y que viven la política real. El proceso de desplazamiento implica no más movilidad social. Se están creando mecanismos de distinción al interior de cada estrato social, por eso es que la pobreza aparece hoy estratificada: pobreza, extrema pobreza, miseria y extrema miseria. Además, se está formando una cultura de la pobreza, un marco cultural. Se están creando mundos culturales fraccionados. De manera que la pobreza se vive en este mundo como el único mundo posible. Antes, la cultura occidental generaba expectativas y mecanismos de movilidad bajo la protección sindical o partidaria. Hoy todo aquello ha cambiado.

El proceso de desplazamiento provoca conflictos si los sectores dos y tres perciben que han sido desplazados. Por tanto, esos sectores no deben reaccionar. En ese sentido, la planificación estratégica, la prospectiva política y la teoría de los escenarios se adelantan a los sectores, para evitar que reaccionen, se anticipan al conflicto que el desplazamiento genera (Garcés, 1986 y Hodara, 1986).

5.9. Las políticas de ajuste estructural

El modelo neoliberal plantea entre las medidas más importantes las políticas de ajuste estructural (Ojo, 1992). Estas políticas buscan ajustar los sectores de la economía: industrial y agrícola, bancario y financiero, comercial y de servicios, a las nuevas condiciones del sistema mundial globalizado. Ajustar significa privatizar. Las políticas de ajuste pueden implementarse impactando al mismo tiempo a los tres sectores, siguiendo el orden señalado u otro distinto.

Las políticas de ajuste estructural plantean la reforma del Estado. No sólo se trata de una reforma de gobierno, de una reforma administrativa o institucional, o fusión y eliminación de secretarías e instituciones; ni se trata sólo de crear un nuevo sistema político. Se trata de un nuevo tipo de Estado.

Toda vez que el tipo de Estado tiene una forma de Estado y toda forma de Estado tiene una forma de régimen y toda forma de régimen tiene una forma de gobierno el neoliberalismo no sólo intenta una reforma por la vía institucional, porque tan sólo se reformaría el gobierno, el régimen o la forma de estado. El modelo plantea un nuevo tipo de Estado. El paradigma neoliberal puede empezar con una reforma institucional burocrática, centralizar y descentralizar; construir una nueva estructura gubernamental, etc. El objetivo final es la conformación de un nuevo tipo de Estado.

Se trata de construir un nuevo Estado de derecho, es decir, un nuevo régimen constitucional y jurídico; porque el régimen constitucional y jurídico vigente con sus distintas áreas: civil, laboral, etc., forman parte del viejo orden societal. Se puede empezar por la reforma de la legislación laboral, por la legislación civil o por reformas a los artículos constitucionales, el orden no importa; lo cierto es que el objetivo es un nuevo orden capitalista.

Pero también se trata de hacer posible la reforma educativa, con una modernización ajustada a las nuevas condiciones internacionales. Pueden desaparecer carreras que fueron patrimonio nacional, por ejemplo: las humanidades y las ciencias sociales. Así como sucedió en la Edad Media con la escolástica o la filosofía que eran el núcleo central y desaparecieron como tal. En el neoliberalismo la reforma educativa es profunda y no sólo encaminada a la educación básica, abarca todos los niveles.

Desaparecerán las escuelas normales, como producto de una institucionalidad arquetipo del espacio rural, expresión de una forma de conformación del viejo orden; hoy las normales no tienen nada que hacer, dado que el espacio rural se ha transformado dramáticamente. En el contexto neoliberal, la educación pública, cada vez más languidecida, tiene que modernizarse si pretende seguir existiendo.

También se trata de una reforma partidaria y sindical profunda. Los partidos fueron, en el viejo orden, fuerzas políticas que permitieron canalizar los intereses y demandas de la sociedad; de ahí que el partido se convirtiera en instancia de mediación entre la sociedad civil y la sociedad política. Al modificarse la relación Estado - sociedad los viejos partidos no tienen nada que hacer, por eso están obligados a transformarse.

También con la reforma sindical, los sindicatos pierden sus espacios constitutivos como instancias de defensa del trabajador para convertirse en un sindicalismo de servicio, en un sindicalismo gestor, en un sindicalismo despolitizado, lo cual implica una derrota histórica donde los logros obtenidos quedan en el pasado. En el nuevo Estado de derecho aparece también una reforma electoral y una reforma cultural; el neoliberalismo al ajustar los ámbitos económico, político y cultural está generando las bases de construcción de una nueva y distinta vida societal.

Con la implementación de las políticas de ajuste estructural, el futuro irá invadiendo el campo del pasado eliminándolo paulativamente a medida que las reformas se vayan consolidando (Sachs, 1980). Por tanto, el pasado subsiste como pasado político, como pasado histórico, como pasado cultural, como pasado electoral o como pasado educativo; su existencia dependerá de la intensidad y agresividad de las reformas.

Las políticas de ajuste estructural significan dismantelar todo lo que acompañó a la estructura económica; lo que acompañó al viejo marco político y jurídico, es decir, aniquilar las bases fundacionales e institucionales de la vieja vida societal. Se trata de destruir el viejo partido, la vieja universidad, las viejas estructuras del estado, etc. Este planteamiento representa el dismantelamiento de los rasgos nacionales, institucionales y constitutivos de la llamada sociedad pública, que fue elemento sustancial definitorio del orden de la sociedad tradicional o premoderna.

El partido se creó en función de lo público como partido de masas. La gestión estatal se definió a partir de lo público en su quehacer gubernamental: universidad pública, seguro

social público, etc. En suma, lo público fue el elemento fundacional y constitutivo de la vieja sociedad.

Desmantelar significa desarmar lo público; no más partido de masas. Ahora demoler lo público representa desarticular a todos aquellos actores y sujetos que acompañaron a lo público como quehacer fundamental de la sociedad. Desmantelar es reubicar, desplazar, anular y/o aniquilar a actores y sujetos sociales que fueron creados como parte fundacional de la vieja sociedad: viejos cuadros, vieja dirigencia, viejo partido, vieja burocracia, etc. Demoler lo público es también modificar la relación del Estado con la sociedad y crear una nueva relación. Desarmar lo público significa desconstruir al Estado como parte constitutiva de lo público. En suma, se altera la vieja relación y se crea una nueva.

Pero además, desmantelar lo público constituye la creación de un elemento substitutivo de lo público que garantice la vigencia del nuevo Estado y el nuevo orden; un nuevo eje que posibilite la creación de una nueva sociedad. En lo público el Estado era la matriz, el espacio central alrededor de lo cual se movilizaba y tenía consistencia lo público; el nuevo eje, la nueva centralidad es ocupada por el mercado.

El Estado decidió y fomentó una relación con la sociedad, pero ella también permitió abrir y afianzar dicha relación con el Estado a partir del movimiento obrero y campesino, de la iniciativa privada. La relación fue Estado - sociedad, ahora es Estado - mercado. Entonces, al igual que la bolsa de valores, el mercado no puede enfermar, no puede entrar en crisis, debe mantenerse funcionando sin obstáculos a toda costa, a pesar de los costos sociales.

Desmantelar lo público significa además, ofertar con base en el futuro una nueva forma de sociedad, que reemplace a lo público por lo privado. Para el modelo es el tránsito del pasado al futuro, o de la sociedad premoderna a la sociedad posmoderna, el paso de lo público a la sociedad privatizada; el reemplazo de lo público bajo la hegemonía del mercado. Así, la privatización no es sólo de la empresa pública o de la universidad pública, es la privatización de la totalidad de la vida societal. Es un nuevo mundo basado en lo privado (Vernon, 1992).

La sociedad privatizada es el nuevo mundo consustancial al neoliberalismo, así como la sociedad pública fue el mundo que en su momento ofertó el viejo capitalismo liberal

democrático. El modelo neoliberal nos entrega como oferta esta sociedad privatizada y de mercado perfecto (Donahue, 1992). De ahí la necesidad del desmantelamiento económico, político y cultural del viejo orden societal, que no acepta la nueva oferta negándose a morir: un viejo orden basado en la conciencia, en la consideración de lo humano, del semejante, de la igualdad entre los hombres. En cambio, la sociedad privatizada supone nuevos principios, nuevos símbolos; supone nuevos valores que no son los valores históricos, no son los símbolos nacionales, ni el bienestar de todos los hombres (Vickers, 1991).

5.10. La estructura de poder y la razón de Estado neoliberales

Desmantelar el aparato estatal implica modificar el espacio institucional del viejo poder del Estado, modificar las redes y cadenas institucionales; al cambiar el aparato estatal se altera la estructura de poder a su interior. Este es un problema fundamental, porque el aparato del Estado fue el espacio ocupacional de la clase media, el aparato era el universo del ejercicio del poder como poder compartido o como poder conferido. En suma, el aparato estatal era visto como un aparato de poder y de ejercicio de poder de carro completo.

Desmantelar significa desconstruir la vieja estructura de poder, su ejercicio y su espacio. En el pasado el movimiento obrero, el campesino, la clase media, etc., construyeron alianzas con el Estado para formar parte de la estructura del poder. Al cambiar la estructura del poder, cambia la lucha por el poder, cambia también su función y se modifica el ejercicio del poder y su espacio, provocando un nuevo proceso y una nueva estructura de concentración y centralidad del poder.

Lo anterior nos enfrenta a un gran problema, porque se ven alteradas las bases de sustentación de los sistemas políticos; se destruyen los viejos soportes del control; esto representa una gran dificultad para el neoliberalismo, de ahí la necesidad de manejarlo y controlarlo.

Las reformas y el desmantelamiento del Estado significan demoler la capacidad económica estatal, el viejo Estado empresario o empresa pública: el petróleo, gas, la minería, telecomunicaciones, la electricidad, etc. hacia la privatización absoluta; cambiando las estructuras de la capacidad económica y de distribución y apropiación del

excedente. La gran lucha durante el populismo y el nacionalismo fue por la apropiación y distribución del excedente, controlado y manejado por la gestión estatal.

Si desaparecen los elementos constitutivos del manejo del excedente, ante un adelgazamiento de la capacidad económica del Estado, sólo queda el mercado como única alternativa. La reforma estatal representa la desvalorización de la burocracia y la valorización de la tecnocracia. La vieja burocracia, no tiene nada que hacer al interior de la reforma del Estado porque las decisiones no son tomadas por ella, las decisiones sólo transitan en su seno. Se asiste a una nueva estructura de recursos humanos donde irrumpe una nueva masa tecnócrata, con una concepción del trabajo distinta: salario igual a productividad, si ella es cero, entonces el salario deberá estar en relación directa a la productividad.

La tecnocracia, en la escena política, entra para añadir valor al trabajo de la burocracia. Para agregar valor al saber porque la tecnocracia tiene una concepción diferente. Ésta se basa en el saber altamente calificado, en un conocer altamente especializado proporcionado no en cualquier universidad. Sólo en algunas universidades consideradas como de excelencia. Si el individuo quiere tener acceso a la tecnocracia no le basta conformarse; está claro que hay que saber formarse y en qué universidad. Lo anterior quiere decir, buscar una formación en una universidad considerada de excelencia en función de esa valorización de la tecnocracia. En suma, la tecnocracia cambia los mismos principios de la eficacia. La burocracia fue eficaz a su modo, en cambio surge la eficiencia en reemplazo de la eficacia, no basta con ser eficaz, hay que ser eficiente (Yehezkel, 1996).

La tecnocracia hace que cambien los principios de pertenencia al aparato estatal. Uno de los grandes principios fue la fidelidad, la pertenencia al grupo o al partido.

El desmantelamiento del aparato estatal significa que esta vieja cultura no cabe más. El modelo propone una nueva cultura tecnócrata, vinculada al individuo. El tecnócrata es el individuo con conocimiento en idiomas, posibilidad de acceso a la información mundial, etc. Su universo no es el mundo nacional, como el antiguo quehacer burocrático, su orbe es el mundo. El espacio de la tecnocracia es el nuevo sistema mundial que supone una nueva cultura globalizada. Saber acerca de esa cultura no basta, el problema es penetrar para ocupar espacios en la nueva conformación; y no todos tienen acceso a ella.

La reforma del Estado, también implica la destrucción de la relación Estado - gobierno-partido. El desmantelamiento establece, modifica y rompe la relación con los viejos aliados: la iniciativa privada, el movimiento obrero y campesino, estableciendo una nueva relación de neocorporativismo con los viejos y nuevos sujetos y actores sociales.

La reforma del Estado significa desmembrar los soportes y elementos de la cultura política nacional de raigambre histórica, sustituyéndola por una cultura electoral como sinónimo de democracia (Dieter, 1995). Existen países que poseen cultura política y además tienen cultura electoral, y existen países que tienen cultura electoral y una débil cultura política y hay otros que sólo tienen cultura política pero no cuentan con cultura electoral. Por tanto, en algunos países cabe el fraude aunque detenten cultura política. En otros el fraude no cabe porque hay una cultura electoral a la par de una cultura política.

El neoliberalismo hace que la cultura electoral coincida con la cultura política; por ello, transitar a la democracia se concibe como reforma electoral y conquista de espacios en las urnas. En todo caso, la reforma del Estado constituye el desmantelamiento de la vieja estructura nacional que debe modernizarse. La sociedad ya no se identifica con los valores nacionales, sus referentes han cambiado. La sociedad se desmorona y se descompone en términos ideológicos. La vida societal se enfrenta a un problema referencial, la historia de su pueblo no le dice nada, la historia se modernizó.

El modelo enfrenta un problema de discurso. Mientras desmantela y fragmenta mantiene un discurso unificador garante de las libertades, del derecho ajeno, de la igualdad y la justicia. Mientras desmantela y fragmenta mantiene una alocución generadora de expectativas, de seguridad; generadora de cohesión y de unidad. En suma, es una perorata que no dice nada, su objetivo es legitimar el desmantelamiento. No es un discurso en donde cabe el mensaje; el destinatario no es el movimiento obrero, el campesino o el popular, el destinatario es el mundo y además es un discurso desmovilizador, es una disertación que exalta pasiones, que enaltece al partido, que elogia al sindicato, a la masa, pero no le dice nada.

La sociedad no puede ni debe tener opinión sobre los problemas emergentes ni debe darse cuenta de ellos. La sociedad se entera de la reducción del gasto público pero no debe preguntarse sobre el poder y sus cuotas; se entera y vive el desplazamiento de la

vieja burocracia pero no debe preguntarse por las secuelas de la tecnocracia; se da cuenta de la reducción o modificación de secretarías de Estado pero no debe detenerse a pensar que existe una nueva concentración de poder, por ejemplo. La sociedad no debe incursionar y penetrar un ese tipo de reflexiones, su mentalidad tiene que seguir otro curso discursivo y analítico.

Todo esto se manifiesta en un nuevo protagonismo estatal. El problema es que el viejo protagonismo se modifica, no es interventor ni asistencial. La base de sustentación del nuevo protagonismo no es el partido, la burocracia, no es la historia ni es la revolución, ni la ideología nacionalista ni los viejos paradigmas teóricos. El nuevo protagonismo estatal es absoluto, incuestionable, inmune; asistimos a la invulnerabilidad del poder.

En la vida societal pública el Estado era visto como la sociedad políticamente organizada, un Estado garante de la seguridad y el bienestar social; un Estado jurídicamente organizado. La transformación y desmantelamiento del viejo orden y la conformación del nuevo orden privatizado y globalizado, con una entidad institucional raquítica, sin los viejos recursos económicos políticos y culturales, trae consigo una nueva conformación estatal y una nueva estructura de poder.

Surge una nueva razón de Estado. La vieja tuvo su asidero en la nación, en la masa, en lo popular; ahora todo aquello se desvanece, porque la nueva razón de Estado es un poder que no se detiene a pensar en el bienestar ni en la seguridad de la sociedad, del hombre. Pase lo que pase en esta nueva conformación societal, acontezca lo que acontezca, subsiste la inalterabilidad del poder absoluto. Porque en realidad no sucede nada y el modelo continúa su marcha de manera inexorable, infalible, inflexible e implacable.

Conclusión

En este pequeño espacio, hemos intentado, con un lenguaje imperativo, hacer hablar al modelo neoliberal. Es evidente que el análisis presentado no es completo. A la construcción de tipo ideal le falta el componente económico y el cultural. No existe en este capítulo una postura crítica del autor sobre sus implicaciones y consecuencias, ni la ilustración con ejemplos concretos de la realidad mexicana y mundial. ¿Cómo dar cuenta de nuestra vida social contemporánea o construir, como muchos pretendemos, una

propuesta alternativa sin conocer al modelo? Algunos autores, desde diversos enfoques han emprendido esta tarea; nosotros, como ellos, deseamos participar en esta labor.

El contenido de este trabajo es sólo parte de un recorrido iniciado por el autor hace varios años, que pretende contribuir al diálogo entre distintas posturas y puntos de vista y entre los diferentes niveles y grados de abstracción del análisis e intentos de interpretación y comprensión de nuestra compleja realidad. Este capítulo constituye la presentación en general del modelo, los dos capítulos restantes son el desglose y profundización de algunos aspectos ya indicados con la pretensión de penetrar en las entrañas de las propuestas neoliberales.

6. PROCESO DE TRANSICIÓN NEOLIBERAL

Introducción

En la actividad cotidiana, en los discursos políticos, en los medios de comunicación e incluso en el lenguaje de las ciencias sociales, la transición como concepto ocupa un lugar importante. Hasta hace poco tiempo la palabra crisis invadió nuestra cotidianidad, la empleábamos con demasiada frecuencia puesto que todo estaba en crisis: las ciencias sociales, las políticas estatales, el campo, la universidad, el sindicato y nosotros mismos. Nos parece que su uso fue excesivo, se perdió la medida y los límites, desbordando cada situación a partir de una justificación de crisis. A decir verdad aún seguimos usando tal palabra, recurriendo a ella pero ya no con demasiada frecuencia; lo hacemos simplemente con habitualidad. Cabe entonces preguntarnos, ¿por qué, qué ha sucedido? La respuesta es relativamente fácil; existe otro concepto que compite actualmente con el de crisis y está ganando terreno con rapidez considerable: este concepto es el de transición. Hoy parece que todo esta en transición, desde la democracia hasta nosotros mismos. Su uso puede también llegar a ser excesivo. Pero ¿qué es la transición? o mejor dicho ¿qué es lo que está detrás de todas estas transiciones? La respuesta en esta ocasión no es sencilla. El neoliberalismo nos ha impulsado a ingresar, como sociedad globalizada hacia una transición que anuncia la sociedad mundial de mercado perfecto. Sin embargo, ¿cuáles son sus manifestaciones y expresiones?, ¿cuáles son sus consecuencias y efectos?, ¿cuáles son los supuestos teóricos de la transición neoliberal? A las respuestas de estas preguntas trata de acercarse el siguiente capítulo, indicando al lector que aún seguimos instalados en un grado de abstracción de tipo ideal.

6.1. Lo que genera la transición

Todo proceso de transición observado en la historia del mundo, genera necesariamente cambio y transformación. Toda transición debe ser vista como una ruptura entre lo viejo y lo nuevo. La transición neoliberal difiere de las anteriores, caracterizadas por su desplazamiento lento, en el tiempo y el espacio, y construida por las tendencias y fuerzas societales, en su agresividad, en su intento por recortar, empequeñecer el desplazamiento en el tiempo y acelerar su impacto en el espacio, y en su control y administración. Para

el neoliberalismo la transición ya no es producto de las libres posibilidades sociales, ahora deben ser controladas, dirigiendo a la vida social, no a un futuro incierto y desconocido, sino a uno construido y plenamente concebido.

El tránsito a la posmodernidad, genera cambio, transformación y ruptura, pero también un riesgo en el que descansa la viabilidad de la transición. El riesgo implica posibilidad o imposibilidad, la posmodernidad conlleva en su seno la viabilidad y la inviabilidad. El modelo asume el riesgo eliminando el factor de no posibilidad absolutizando el factor posibilidad como única alternativa. El modelo ve a la posmodernidad como un proceso posible, deseable y viable.

Todo tránsito genera un proceso de incertidumbre sobre el futuro: la aprehensión del futuro resulta incierto, no se sabe con certeza qué tipo de futuro construye la sociedad: futuro de calidad, con desarrollo y crecimiento o sólo desarrollo sin crecimiento o a la inversa, futuro con bienestar o un futuro peor que el pasado. Es decir, nada parece seguro. También, y a la par, la transición genera un proceso de incertidumbre sobre el presente: la vida social cambia, de ello se percatan los sujetos y actores sociales, pero no aciertan a explicarse el por qué y el para qué. En el modelo no existe incertidumbre por el pasado y por el presente, En los términos anteriores, el modelo desmantela el presente y construye el futuro claramente definido, controlando y administrando la incertidumbre de la sociedad. Para la vida social nada parece seguro, para el modelo todo está seguro.

Toda transición genera vacíos producto del desmantelamiento social y la anulación y desaparición de actores y sujetos sociales. Estos vacíos son ocupados por viejos y nuevos elementos sociales, en el mismo proceso de transición tanto en el tiempo como en el espacio. El paradigma neoliberal al controlar y administrar la transición genera vacíos y asigna su ocupación. El modelo vacía lo institucional, lo partidario, la cohesión, la identidad. En suma, origina vacíos en lo económico, lo político y lo cultural.

El modelo, a diferencia de las pasadas transiciones, asigna la ocupación de los vacíos. Pero no se trata de un simple proceso de llenado, no es sólo una reubicación. El objetivo de la generación de vacíos es la creación de nuevos espacios que configuran un nuevo orden social.

Los nuevos espacios, distintos a los existentes en el pasado, no se ocupan por la lucha de clases, por el conflicto de sujetos y actores económicos, políticos y culturales; ahora el modelo asigna, independientemente de la lucha, la ocupación de los mismos bajo criterios de eficiencia, productividad, pragmatismo y realismo. Los espacios del viejo orden generados por las innumerables luchas y ganancias históricas de los sujetos y actores sociales, eran suficientes para albergar a casi la totalidad de la sociedad. Los espacios fabricados por el modelo no son los mismos ni en cantidad, ni en extensión que los del pasado.

El nuevo orden se construye con espacios limitados donde amplios sectores de hombres no tienen cabida, están y estarán al margen del sistema. Por ello, el neoliberalismo no se ocupa del bienestar del hombre en términos genéricos. Se preocupa por una sociedad, a diferencia del pasado donde era construida por todos y cada uno de los individuos, donde sólo caben algunos, no todos los individuos. De ahí su insistencia en depositar el destino, el futuro, en el individuo y no en la masa, ni en la nación. Todo proceso de transición supone ajustes, concebidos como modificación o como desaparición del pasado. En las anteriores transiciones se transforman, desaparecen y aparecen instituciones, clases sociales, sujetos y actores sociales. El modelo al controlar y administrar la transición, controla y administra la generación de sujetos y actores sociales, proceso que permite la asignación en los espacios construidos.

Todo proceso de transición supone un saneamiento y una purga societal, que le permite despojarse de todo aquello que aparece como disfuncional, abandonando lo desfavorable y quedándose con lo funcional al sistema. El modelo sana y purga, pero a diferencia del pasado, es un proceso controlado y administrado por la gerencia estatal, por una nueva razón de Estado. El saneamiento y la purga neoliberal invaden todos los ámbitos de la vida societal: lo económico, lo político y lo cultural a una escala globalizada, nada queda sin tocar.

6.2. Factores implicados en la transición neoliberal

1. El proceso de transición a la posmodernidad o el proceso que permite reordenar y redefinir a la sociedad existente, se da en un marco de tensión estructural. Esto quiere decir que el sistema como tal soportó una serie de conflictos, algunos resueltos y otros

no, algunos postergados y otros resueltos a medias. En este sentido, el sistema logró acumular tal cantidad de conflictos que lo desbordaron, iniciando un proceso de transición con dos vías: hacia el socialismo o hacia el propio capitalismo. La irrupción del modelo neoliberal se ubica en esta última opción de tránsito. Lo que explica su obsesión por el control y la administración de lo desbordado: el conflicto. El proceso de transición a la posmodernidad toma como punto de partida el reconocimiento de esa tensión estructural.

2. La tensión estructural se genera, se desarrolla y se agudiza por factores externos provenientes del espacio del sistema mundial y a factores internos ubicados en el espacio de la conformación nacional. Un ejemplo es Cuba, donde existe un factor externo que hace que la tensión estructural sea mucho más dramática que en otros países donde no existe bloqueo. En este sentido, la tensión estructural debida a factores internos se agrava por la intervención de factores externos.

3. Esta tensión estructural genera a su vez una situación en donde aparecen variables económicas, políticas y culturales controlables y otras no controlables que pueden ser internas o externas. Estas variables controlables e incontrolables agravan más la tensión estructural. El modelo, al controlar la transición, por medio de la planeación estratégica, la prospectiva política y la teoría de los escenarios, como gerencia estatal ordena lo controlable y a lo incontrolable -como podría ser la inversión al seno de la iniciativa privada, que puede asignar su inversión a lo especulativo, lo productivo, como bienes de capital o bienes intermedios- imponiendo una posibilidad de curso y de espacio para conducir su control. Es decir, el modelo convierte lo incontrolable en controlable. En nuestro ejemplo, le quita a la iniciativa privada su iniciativa, marcándole una vía, no dos como única posibilidad.

4. La transición a la modernidad provoca que los costos y riesgos de la tensión estructural afloren, que se transformen en observables. No se trata, como en el pasado, de ocultarlos, de que la sociedad no perciba los conflictos, en ello los medios de comunicación jugaron un papel destacado. No se trata tampoco de un principio alópata; si hay pobreza contrarrestarla, si hay inflación controlarla, si hay movimiento social reprimirlo, si hay altos costos de producción subsidiar a la economía, etc. Ahora el modelo aplica un principio homeópata: la pobreza se combate con mayor pobreza, la

inflación con hiperinflación o inflación galopante, al movimiento social con espacios de conflicto controlados y fragmentados, se retiran los subsidios y se liberan los mecanismos de mercado y de competencia, etc. Este principio homeópata le atribuye al modelo la posibilidad de conducir la transición y el cambio. Le posibilita el desmantelamiento y el ajuste. Le proporciona condiciones de control y administración de la crisis, le da bases y márgenes de movimiento a la gerencia estatal y, finalmente, le permite al modelo su propia conducción.

5. Hay factores internos y externos de la tensión estructural que aparecieron mimetizados, ocultos o enmascarados, que la sociedad no conoció. Un país dependió mayoritariamente de la deuda externa o del capital especulativo interno y externo y la sociedad no lo supo. Conoció los efectos de ciertas políticas, pero nunca los procesos de diseño. No se enteró de la existencia de movimientos sociales y otras formas de acción colectiva, etc. En la transición neoliberal, con el afloramiento de la tensión estructural desmimetizada, desenmascara y vuelve visible casi todo. La perestroika y la glasnost son sólo ejemplos.

En todos los países donde se implementa el modelo, se destapan las cloacas, se abren los archivos y documentos secretos y los conflictos existentes en la transición no se ocultan o se disfrazan, como en el pasado. Ahora son del dominio público, se conocen por todos, en este proceso la tecnología está jugando un papel de vital importancia. Asistimos a un mundo donde el acceso a la información aparece como ilimitado, asistimos a un mundo de sobresaturación informativa, por un lado, y, por otro, a la fragmentación de la información.

Volver visible casi todo, menos los procesos y espacios de toma de decisiones, menos el campo de la política real, sustenta la posibilidad de control y administración de la transición. El principio homeópata neoliberal, con su explosión informativa posibilita el manejo de la incertidumbre, bajo el principio: “el que está bien informado está confundido”, trae como consecuencia el replegamiento de amplios sectores sociales hacia los problemas más cotidianos e inmediatos. Ante la abrumadora carga informativa, que es viabilidad de la tensión estructural, se anula la posibilidad de la generación de un ordenamiento comprensivo del acontecer societal, que ahora es mundial, de los actores y

sujetos inscritos en el ámbito de la política simbólica, porque la información no equivale a conocimiento.

6. La transición a la posmodernidad implica un reto, vinculado a la voluntad política. Dicho de otra manera, hacer posible y viable el nuevo orden requiere de una voluntad política de los actores y sujetos sociales. En la transición el pasado y el futuro se funden y se mezclan en el presente, actores y sujetos sociales tradicionales, clases sociales en desmantelamiento, en proceso de desvanecimiento y pulverización conviven con actores y sujetos modificados o con nuevos actores y sujetos en proceso de consolidación y fortalecimiento.

En la transición enfrentamos una gama heterogénea no sólo de actores y sujetos sociales, sino de formas de acción colectiva y de distintas propuestas y concepciones del mundo en tránsito. A toda esta gama heterogénea, generada por el propio modelo, se les solicita a través del discurso de teatralidad estatal, una voluntad política; apelando no al presente, ni al pasado, sino al futuro. La voluntad política solicitada por el modelo equivale al sacrificio del presente y del pasado por el bienestar del futuro. El modelo sacrifica al pasado, en el sentido de su eliminación; todo sujeto o actor que reivindique el pasado, está automáticamente colocado fuera del sistema y de la transición. Por tanto, debe ser eliminado, erradicado. El modelo también sacrifica el presente, en el sentido de la imposibilidad de un bienestar societal a corto plazo. El modelo destaca en su discurso el sacrificio implicado en la reforma estatal, el Estado sufre y se sacrifica por el futuro. De la misma manera, se le solicita a la sociedad sacrificio en nombre de un futuro mejor. La sociedad vive la pobreza y la descomposición permanente. La vida societal sufre y paga los costos absolutos del modelo; pero, a pesar de ello, el neoliberalismo en sus políticas de ajuste continúa solicitando mayor sacrificio. Las políticas económicas, políticas y culturales prosiguen su inexorable camino hacia el futuro.

La transición trastoca, desmantela, no un ámbito societal; invade y carcome absolutamente todos los espacios e intersticios de la sociedad, generando desorden y caos. De ahí que la transición implique un reto, que para el modelo es viable.

7. La transición contiene un espacio en el proceso hacia la posmodernidad y este espacio es considerado por el modelo como tiempo político y tiempo límite. La gestión estatal no puede demorar la transición, no puede retrasar la privatización, las políticas de ajuste y

el desmantelamiento del viejo orden. De hacerlo la posibilidad de control y administración se pierden, ello explica también la irrupción violenta y agresiva del modelo. Es la noción del tiempo político, como el momento histórico único para conducir la transición.

El modelo también tiene un tiempo límite, la transición no puede, como en otras transiciones, dejarse al garete, a la libre construcción de las fuerzas sociales. La transición debe conducirse, controlarse y administrarse en un tiempo límite. El modelo también controla y administra el tiempo de la transición, fija espacios de tiempo.

Para el modelo el tiempo y el espacio no son dos dimensiones que transcurran disociadas, sin relación, corren en íntima y estrecha vinculación. Es un manejo del tiempo y del espacio que puede achicarse o ampliarse, dilatarse o contraerse, pero nunca erradicarse, según las necesidades del modelo. Sólo este manejo simultáneo posibilita el control del desorden y del caos generado por el propio modelo. Ante este manejo, la sociedad debe tener una postura: someterse y adaptarse a él como la única y absoluta posibilidad.

6.3. Manifestaciones de la transición

1. En el marco de la transición, el modelo implementa la reforma estatal que provoca una falta de orientación o desorientación estatal. No debe interpretarse como una carencia de objetivos o de rumbo claro. La ruta está trazada en el espacio de la política real que no necesariamente coincide con los aparatos gubernamentales nacionales. Por ello, los aparatos estatales son tocados por el desmantelamiento neoliberal, inaugurando un periodo de desorientación política que explica la aparente falta de coherencia y cambios bruscos y repentinos, a veces de un día al otro, en el discurso y medidas asumidas por los distintos componentes y niveles de la instancia gubernamental.

La desorientación estatal se expresa en la falta de uniformidad de criterios sobre lo que debe ser la reforma del Estado. Para algunos, es una reforma institucional, en el sentido de cambio de la estructura de secretarías de Estado, para otros es constitucional y jurídica. Algunos la conciben como administrativa, otros la asumen como proceso de descentralización, etc. Esta misma desorientación se extiende a la sociedad y está presente en su discurso. Para el modelo la reforma estatal implica todo lo citado, el

orden en que sucedan no es lo importante; lo prioritario es que la reforma estatal conduzca a un nuevo Estado y una nueva razón de Estado.

2. El hecho de que el Estado haya, en el proceso de ajuste estructural, modificado su relación con la sociedad y asumido un nuevo protagonismo puede traducirse en un aparente debilitamiento estatal, de falta de conducción o falta de liderazgo gubernamental. La apariencia se convierte en realidad para la sociedad y a partir de ella elabora un discurso optimista: caída o renuncia de secretarios, presidentes de repúblicas o fracaso del modelo, etc., acarreado la aparición de la posibilidad de lo alternativo.

Sin embargo, una lectura vestida con este ropaje argumentativo elaborada por la sociedad, propicia su propia desorientación y falta de realismo aumentando la incertidumbre y facilitando el control y la administración del modelo. Porque el aparente debilitamiento, es producto del rompimiento de cadenas y redes de poder tradicionales, es la creación de vacíos y la creación de nuevas cadenas y redes de poder. Ocultos en el debilitamiento se generan nuevos espacios de poder y de su ejercicio. El debilitamiento estatal es la condición necesaria del fortalecimiento del Estado. Detrás del aparente debilitamiento se gestan procesos de concentración, fortificación y centralización del poder que la sociedad, desorientada, con incertidumbre y en transición, difícilmente percibe.

3. La debilidad estatal en el marco de la transición genera un estado de ánimo en el aparato de Estado y en la sociedad fundado en el temor. La incertidumbre societal genera temor. Los distintos actores y sujetos sociales transcurren su vida, sin certeza de lo que sucederá mañana. El modelo golpea a la vida societal con medidas y acontecimientos que nadie esperaba. La bolsa cae súbitamente, el precio del petróleo también, se cambian repentinamente secretarios de Estado, cierre de empresas sin previo aviso, aumentos inesperados en productos básicos, etc. Todo ello produce una sensación de que nada es seguro ni estable, que cualquier cosa y en cualquier momento puede desvanecerse, no importa que haya permanecido durante largo tiempo o sea una ganancia histórica obtenida a través del sindicato o del partido, nada es seguro.

Este estado de ánimo elaborado por el modelo es administrado y controlado por él mismo, dotando de vida al temor, convirtiéndolo en un sujeto con acción: los votos no

llevan a los partidos políticos a los espacios de ejercicio del poder, es el temor de los ciudadanos por el cambio.

En la transición el neoliberalismo, crea una sociedad con permanente miedo y temor a lo inesperado, su estado de ánimo se transforma en una forma de vida societal. Acostumbrarse a lo inesperado, discurriendo, viviendo con el constante temor forma parte constitutiva de su percepción del mundo.

4. La desorientación estatal y de la sociedad, la aparente debilidad estatal y el estado de ánimo de temor estatal y de la sociedad en el marco de la transición genera desorden. El modelo ve al desorden como parte del espacio constitutivo del nuevo orden. Por tanto, el desorden requiere un orden, de no ser así el desorden no puede controlarse ni administrarse.

El riesgo de la carencia de orden en el desorden puede derivar en que el desorden se transforme en tierra de nadie, en la incertidumbre total, en el caos en sí mismo. Es un riesgo que el modelo no puede pagar porque sería su negación. Si el desorden se convierte en tierra de nadie, el tiempo no tendría límite, se prolongaría de manera indefinida, llevando a la vida societal a un nivel de colapso y a su muerte. Por ello el modelo se presenta como la única vía posible, como garante de continuidad de la vida societal.

El modelo genera caos y pasa inmediatamente al desorden controlado y administrado construyendo un orden en el desorden. Este debe permitir perfilar un camino, una vía para transitar por el desorden mismo, en medio de la angustia y la depresión colectivas. Porque sin el desorden no hay solución posible, no se puede pasar a un nuevo orden. En suma, no hay futuro sin desorden.

6.4. Expresiones del desorden

1. Todo orden societal lleva consigo pautas, reglas que norman el juego y el comportamiento social e imponen limitaciones a la acción humana. Un orden social posee principios morales, contiene una ética social, una delimitación entre la verdad y la falsedad, una base de certeza. La transición a la posmodernidad, al dismantelar el viejo orden social, rompe la certeza creando incertidumbre en el desorden. Consustancial a la

transición, la noción de verdad y falsedad pierden sus límites mezclándose y agudizando la desorientación y el estado de ánimo de temor en la vida societal

2. En el desorden, a diferencia del viejo orden donde el discurso y el mensaje tenía un destinatario: la sociedad toda independientemente de las diferencias sociales, la noción de verdad y falsedad además de mezclarse se divide en múltiples verdades y falsedades. El desmantelamiento de la sociedad fragmenta cada vez más los discursos dirigidos a la nación, perdiendo su protagonismo, porque no dicen nada. La nación como sinónimo de unión ya no cabe más en el marco de la transición. Ahora los recursos son fragmentados, porque no hay un destinatario, ahora son múltiples y heterogéneos y cada uno de ellos crea sus propias nociones de falsedad y verdad, como partes constituyentes de las diversas identidades.

3. En el desorden los objetos cobran vida y se convierten en sujetos. La bolsa de valores cobra vida y se transforma en sujeto y la sociedad vive constantemente preocupada y con la vista fija en su comportamiento, temerosa de una posible eventualidad que trastoque su vida. Los errores de implementación de las políticas estatales se convierten en sujetos; los errores no los hombres ni el modelo son los culpables de la agudización de las crisis. Los medios de comunicación, dejan de ser instrumentos de transmisión de mensajes y de información, se convierten en sujetos con opinión, etc. En condiciones de no transición la vida societal no tendría tanta atención, respeto y temor a dichos sujetos, porque son simples objetos, instrumentos y medios sin vida.

4. En el desorden los hechos y acontecimientos de la transición se magnifican, lo que en el pasado carecía de importancia, hoy aparece como noticia de primera plana u ocupa espacios y tiempos importantes en los medios de comunicación. Lo intrascendente se convierte artificialmente en trascendente y lo verdaderamente trascendente se mimetiza o se pierde en la saturación informativa, lo cual acrecienta y agudiza la incertidumbre, la desorientación y el temor y posibilita al modelo el control y la administración de la transición.

5. En el desorden surge el reino de la mentira. Todo aquello que era verdad en el pasado y daba certidumbre a la sociedad, hoy aparece como carente de sentido y, por tanto como mentira. Las historias nacionales, transmitidas por generaciones como explicación de verdad y formadoras de patriotismos y chovinismos, en el desorden se vuelven a

escribir; pero no sólo las nacionales, lo mismo sucede con la historia mundial. Los héroes se convierten en villanos y los villanos en héroes. Toda esa visión histórica aparece en el desorden como mentira. El modelo vuelve a escribir la historia a su imagen y semejanza.

6. En el desorden la sociedad se desnuda, se despoja de sus ataduras éticas, como producto de la mezcla y la fragmentación de los límites entre la verdad y la mentira. La sociedad da cuenta de sus males y temores de su vida, sin ropajes éticos políticos. La sociedad se ve a sí misma como lo que es: desmantelada, incierta y temerosa. La sociedad al desnudarse se agreda a sí misma como autoflagelación. Lo dramático de este desnudamiento es que se acostumbra y resigna a ello. La sociedad vive y reproduce el desorden.

7. El desorden al destruir y fragmentar lleva a la sociedad a un estado de ánimo de temor que mezcla la conciencia y la inconsciencia, a un estado de sonambulismo societal. La sociedad ya no puede refugiarse, como lo hizo en el pasado, en la historia, en el partido, en el sindicato o la familia; porque la vieja concepción de la sociedad ya no existe más. Se pulveriza la historia, el partido, el sindicato y la familia. Tan sólo queda el individuo, bastión del neoliberalismo. Por tanto, si se ha eliminado la posibilidad de refugio del individuo en las instituciones de la sociedad, ahora el individuo tiene que refugiarse en sí mismo. Porque es él, no el partido, ni el sindicato, ni la familia, el que se enfrenta al mercado.

8. En el desorden el sonambulismo societal se expresa en un estado de opinión que impacta al comportamiento de la sociedad. En el desorden encontramos acciones colectivas e individuales espontáneas, de distinta índole y naturaleza; comportamientos y acciones colectivas e individuales basadas en viejas convicciones políticas, éticas y religiosas que no tienen marco en el modelo pero que se siguen dando. Comportamientos y acciones colectivas e individuales con fundamento en conjeturas, rumores o en opiniones personales, impersonales o anónimas que llegan a la inmolación, el asesinato y el suicidio. En suma, el sonambulismo no afecta sólo al individuo, repercute en el partido, el sindicato, en la familia, en la universidad, en el movimiento social; es decir, en todos los ámbitos de la vida societal.

9. En las circunstancias del desorden, el modelo puede controlar y administrar el estado de opinión, activándolo o desactivándolo. El modelo puede mantener el estado de opinión activo, en efervescencia pero con manifestaciones sin horizonte, o pasivo, sin movimiento. El modelo al activar y desactivar el estado de opinión y mezclar los límites de la verdad y la falsedad, magnificar los hechos e instaurar el reino de la mentira, deforma la opinión, conduciendo a la sociedad por una senda discursiva y de arenga desprendida de lo realmente existente. Por ello es sólo opinión, es tan sólo ideología.

En el desorden el estado de opinión ya no es público como en el pasado, ya no es opinión de todos. El modelo al fragmentar a la sociedad fragmenta, separa la opinión. Ahora existen opiniones que inciden en el comportamiento social. La existencia de opiniones fragmentadas dificulta el consenso y la concertación, el dialogo. En el desorden la sociedad vive en un constante proceso de diálogos de sordos, porque muchos discursos se han convertido en opinión sin audiencia pública. En el desorden el debate tiende a eliminarse porque el dialogo tiende también a establecerse con la misma instancia generadora del discurso o la opinión. Es decir, el constructor de la opinión es su propia audiencia e interlocutor. Lo cual facilita al modelo la administración y el control del conflicto.

10. En el desorden aparecen nuevos símbolos con significados múltiples, producto de la fragmentación societal y de los costos absolutos: la pobreza y la desocupación. En el pasado los símbolos nacionales y patrios eran fuente de cohesión y unidad. Hoy en un mundo fragmentado los símbolos del pasado no significan nada. Los mundos fragmentados crean sus propios símbolos como procesos de identidad: lo étnico, lo ecológico, junto con grupos paramilitares, religiosos, neonazis, homosexuales, sexo servidores, bandas, mafias, etc. Lo dramático de este proceso es que muchos de estos mundos fragmentados construyen sus símbolos e identidades con una lógica de violencia.

11. En el desorden surgen mecanismos o espacios con intencionalidades diferentes. El viejo orden luchó intensamente por eliminar movimientos y organizaciones que no se encuadraran en los marcos legales establecidos, que pudieran constituirse en poderes paralelos o acarrear disfuncionalidad y anomia al sistema: mafias, guerrillas, sectas religiosas y políticas, etc. En el desorden conviven junto con el orden legal movimientos

y organizaciones con intencionalidades diferentes, latentes o invisibles, dispuestas a hacer lo que sea en cualquier momento, o manifiestas y visibles como el narcotráfico.

12. El desorden trae consigo un nuevo tipo de protesta y por tanto de acción colectiva. En el pasado la protesta debía ser social y políticamente justa, adecuada y pertinente. La protesta implicaba demanda, movilización, organización e ideología precisa. En el desorden conviven la vieja protesta y las nuevas protestas fraccionadas. Hoy en el desorden domina la protesta sin organización e ideología pero con demandas y movilización dando origen a nuevos movimientos sociales y formas de acción colectiva. Muchas de estas expresiones no tienen espacio para la legitimación social y política justa, no piensan en el bienestar de la sociedad como un todo. Estas nuevas formas de acción colectiva generan sus demandas y métodos de acción y lucha colectiva a partir de demandas inmediatas y cotidianas. En estas acciones colectivas su lógica es definida por las necesidades del presente no del futuro.

13. En el desorden la intensidad de la protesta cambia. En el pasado la protesta tenía un espacio simbólico donde la violencia era la excepción: marchas, mítines, tomas de instituciones, etc. El objetivo era la satisfacción de la demanda que en muchos casos sólo quedaba en el hecho de protestar; si la demanda no era resuelta en una primera ocasión, se retornaba a ella cuantas veces fuera necesario, siempre buscando la negociación con el sistema político. En el pasado la demanda era constituida por una serie de demandas donde cabía prácticamente todo: desde la solicitud por un drenaje hasta la toma del poder. Hoy el espacio de la protesta ha cambiado, los límites entre la legalidad y lo ilegal, entre lo legítimo y lo ilegítimo se pierden. De la misma manera la protesta linda o es absorbida por la violencia o por el enfrentamiento abierto y frontal.

14. Con todo lo anterior, en el desorden, el estado de ánimo de la sociedad esta permeado por nuevos rasgos psicológicos que se transforman en conductas y en comportamientos distintos a los pasados. Se modifica la vieja racionalidad y ésta se trasmuta en nuevos rasgos psicológicos. Surgen declaraciones de hechos pero que sólo existen en la mente de quien las expresa; es decir, son declaraciones imaginadas por los actores y sujetos, y las expresan con tal certeza que el resto de la sociedad debe estar obligada a creerlas. Procesos, situaciones que son interpretados por los distintos actores y sujetos y que el resto de la sociedad nunca observó.

También surgen declaraciones, de preferencia, entendidas como todas aquellas elaboradas por actores y sujetos opinando sobre cómo debiera ser el mundo, el partido, el sindicato, el líder o la sociedad. Son declaraciones sobre el deber ser y no sobre el ser. Surgen por igual declaraciones de expectativa donde los actores y sujetos, deifican los valores que acompañaron al viejo orden: la democracia, la unión, la nación, a héroes o individuos protagonistas de la historia identificándose con ellos: Ghandi, Zapata, etc. Tanto las declaraciones de hecho como las de preferencia y expectativa son deformaciones en el discurso societal, producto de todos los factores ya mencionados.

6.5. Diagnóstico situacional e integración societal

El desorden se desarrolla, funciona con una velocidad impresionante. Es tal la rapidez que el modelo está obligado a actuar con la misma velocidad. Por tanto, la gerencia estatal y la sociedad misma deben actuar a la par del desorden para ocupar los espacios del nuevo orden.

El modelo no puede esperar que el desorden se agrave, se multiplique o transite al caos. El modelo requiere de la formulación de un plan estratégico, elaborado bajo pautas muy distintas a la planificación tradicional perteneciente al viejo orden. La gerencia estatal se enfrenta a declaraciones de hecho, de preferencia y de expectativa que se traducen políticamente. Enfrenta como gobierno situaciones no políticas, cuadros inéditos que no tenían contempladas ni la negociación política tradicional ni la teoría de las decisiones tradicional.

Enfrenta un cuadro de demandas imposibles de ser respondidas y resueltas en el nuevo contexto. La demanda se abre, forma un abanico de solicitudes inusuales que la nueva configuración estatal no puede resolver. Ahora se rige por la oferta, ya no más por la demanda, a pesar de los costos sociales. El modelo no cuenta con un plan de acción ni mecanismos para canalizar hacia la solución y satisfacción, el plan de demandas de la sociedad, su lógica es distinta. La gerencia estatal como gobierno, dosifica el estado de cosas controlando y administrando el desorden creciente, mientras la transición se perfila y se define.

El modelo, controla y administra el desorden a través de su vulnerabilidad: el conflicto. Lo acarrea, alimentando con la tensión estructural, para que sea ocupado por

movimientos, sujetos y actores sociales. Es la vulnerabilidad del desorden lo que le permite al modelo dosificar, controlar y administrar el estado de cosas: vía estado de ánimo social activando y desactivando el conflicto pasivo o violento.

El modelo elabora un diagnóstico de sectores, de actores, de sujetos, de formas de violencia, etc. Este análisis no está elaborado con los instrumentos tradicionales de la ciencia política, ni con instrumentos técnico - metodológicos del análisis de coyuntura. No se trata de dar cuenta del presente o del pasado. El modelo al elaborar un diagnóstico situacional, ubicado en el futuro, controla y administra dosificando el desorden en función de la sociedad futura.

Para el modelo la construcción del futuro implica la total y objetiva apreciación de los componentes y de la magnitud del desorden que crea a nivel nacional e internacional, no puede, como algunos sectores de la sociedad civil, imaginar e improvisar, en ello radica su viabilidad.

Frente al orden en creación y el otro orden en proceso de desvanecimiento, el modelo se ve obligado a diagnosticar el estado de cosas, analizando las formas de adecuación societal: cómo se están adecuando la nación, el partido, el sindicato y la masa a sus necesidades. En suma, la totalidad de la vida societal. Al analizar el devenir de la sociedad pone énfasis en la pertinencia de dicha adecuación: en el partido, en el sindicato, en la universidad, etc. Para el modelo la adecuación implica sólo una forma: la integración, que significa pasar a ser parte del sistema, del nuevo orden.

La integración significa para la vida societal, el reconocimiento de una nueva identidad. Para el modelo los actores y sujetos sociales con sus distintas y variadas formas de acción colectiva deben entender y apropiarse de la nueva valoración neoliberal, del nuevo significado, del nuevo sentido histórico económico, político y cultural de la sociedad del futuro.

Los sujetos y actores, para formar parte del sistema deben entender el encadenamiento entre la vieja valoración y la nueva. Porque su relación con el Estado y con el sistema político es diferente. La valoración del viejo orden permitía al actor o al sujeto serlo en cualquier circunstancia, era un Estado donde todos cabían. Como producto del desorden, en la transición existe un encadenamiento donde algunos actores y sujetos se incorporan

al nuevo orden en circunstancias distintas, no siendo ya el mismo, es como otro tipo de sujeto y actor, con otra identidad, que el modelo asigna.

Por otra parte, la nueva valoración implica una motivación económica, política y cultural nueva. No basta con conocer y distinguir el encadenamiento. Los sujetos y actores sociales, para formar parte del sistema, deben estar preparados, de ahí que pocos ocupen los nuevos y limitados espacios. Dicho de otra manera, no basta la adecuación, es importante estar preparado. Al igual que para el soltero, no basta con casarse para ser un buen marido, debe estar preparado para cumplir con sus funciones, no puede vivir como soltero siendo casado.

En este sentido, hay un valor asignado al estar preparado, este es el valor por excelencia del modelo. No basta el discurso de los sujetos y actores sociales, sino tener la capacidad para desempeñar las nuevas funciones, criterios, principios, códigos y pautas del nuevo orden. Si no se está preparado, no existe posibilidad de acceso al sistema, Si los actores y sujetos están en contra de la nueva lógica del orden, automáticamente quedan ubicados fuera; si aceptan el nuevo valor pero no tienen la capacidad, quedan en el contorno, sólo algunos pocos que fusionen valor con capacidad formarán parte de la posmodernidad. El modelo, por tanto es, a diferencia de un pasado societal incluyente, un futuro excluyente.

6.6. La incertidumbre

El neoliberalismo justifica su viabilidad a nombre del realismo y del futuro: el modelo se impone como única posibilidad porque la realidad y la historia así lo imponen y lo demandan.

En esta perspectiva el neoliberalismo se encuentra frente a dos caminos: la utopía y el realismo. Ante estas dos vías el modelo opta, no por la utopía como el socialismo y el liberalismo democrático, sino por el realismo. Esto quiere decir que los objetivos definidos por el modelo son evidentemente pragmáticos y no se basan en el ser ni en el deber ser. Se basan en lo que puede hacerse en el futuro, independientemente de la ética. La gerencia estatal posee un modo de significación asociado al realismo y al pragmatismo. Esta nueva significación impacta a la concepción del modelo sobre la oferta: carece del deber ser, de la utopía y de la intencionalidad del actor o del sujeto social. La oferta se basa en el realismo y es éste el que define los objetivos del modelo.

La aceptación de los objetivos ya no atraviesa, como en el pasado, por la clase social ni por la sociedad. Los objetivos se encuentran definidos por la misma realidad y en ese sentido deben ser suficientes, en todos los ámbitos sociales, para hacer posible la realidad ubicada no en el presente sino en el futuro. El ser suficiente no pasa por la demanda social: no más impuestos, no más miseria, desempleo, etc. De lo contrario el punto de partida no está ubicado en la realidad.

La incertidumbre surge toda vez que la sociedad no se explica el por qué de la orientación y la intencionalidad de las medidas asumidas e implementadas por el Estado. Para el modelo las políticas neoliberales tienen una intencionalidad diferente que responde de manera suficiente a la realidad. Esto provoca la incertidumbre, generada por la no correspondencia entre la demanda de la realidad del sujeto y actor colectivo y la realidad gubernamental.

Por tanto, existen en el marco neoliberal dos realidades. Una que anida en el espacio y el campo de la sociedad y sus demandas, que en términos estrictos no es realidad sino utopía, y la otra realidad en la que basan su concepción aquellos que deciden. De manera que la incertidumbre es la no correspondencia entre lo realmente existente (realidad uno) y lo real utópico (realidad dos). Existe una realidad que entiende la sociedad y otra que entiende el modelo, ambas tienen sus objetivos.

Para la realidad uno la dos no existe, no cabe en el espacio del modelo. Aunque en el desorden y la transición existan ambas, la realidad dos tiende a desvanecerse. Para el modelo la realidad dos es una suma de hechos y de acontecimientos que se generaron en el pasado, por tanto, no en la realidad. Hay una negación por parte del modelo, de la realidad dos. Los sujetos y actores sociales, viven su realidad como suma de acontecimientos y suma de hechos: manifestaciones, paros, plantones, etc.

La suma no es vista como realidad por el modelo, pero afecta la vieja identidad de actores y sujetos. La pérdida de identidad causa incertidumbre. La búsqueda de la nueva personalidad neoliberal pasa por la redefinición de la identidad.

El desmantelamiento y las reformas sociales representan en el fondo la definición de una nueva identidad. El viejo orden y sus valores y símbolos ya no son útiles a los actores y sujetos. En la modernización, el estar preparado y la posibilidad de acceso al

sistema coinciden con la búsqueda de una nueva identidad como ser social, como sociedad.

La pérdida de identidad se acrecienta por dos factores: por la incapacidad de los actores y sujetos sociales para adaptarse a las nuevas circunstancias, y por la obligatoriedad gubernamental del Estado de demostrar la superioridad del mercado. El gran esfuerzo que realiza el Estado hoy por hoy, es la demostración de tal superioridad por encima de cualquier factor de la sociedad. El mercado, de objeto se convierte en un sujeto con vida. La obligatoriedad del Estado para demostrar la superioridad del mercado arrincona a la sociedad en el sacrificio. Mientras que el mercado se perfecciona, en el proceso de desorden transicional, mientras adquiere su espacio, su racionalidad, su funcionamiento eficiente; la sociedad debe sacrificarse; no hay otra alternativa.

La racionalidad del sujeto, del actor, del individuo, pasa por la autoidentificación y la autoidentidad, ahora sumergidas y sometidas a la lógica del mercado. Mientras ese mercado no se perfeccione la sociedad debe seguirse sacrificando. En el sacrificio los actores y sujetos sociales, disminuyen su capacidad de defensa de identidades fomentando la incapacidad de identificarse a sí mismos. Por tanto, aumenta la incertidumbre. El hombre, en el marco del sacrificio, no acierta a identificarse como humano, infrahumano o superhombre que debe seguir soportando el sacrificio al cual lo somete el modelo. Esta situación se traduce en focos de irracionalidad política que puede tener distintas manifestaciones. Por ejemplo, la violencia, las huelgas indefinidas independientemente del costo, etc. Ya no cabe la racionalidad, no cabe la cuantificación del daño social.

En esta perspectiva, la irracionalidad va invadiendo el campo de la incertidumbre, incrementándola. La incapacidad de los sujetos y actores sociales para identificarse a sí mismos se traduce en una incapacidad de reconocimiento de los espacios sociales. En el campo de la incertidumbre, se orilla a los actores y sujetos sociales a la irracionalidad como única posibilidad de identificación, la vida societal ingresa y engrosa el campo de la violencia. Porque el hombre pobre y los desplazados no tienen espacio en el nuevo orden. En el marco de la incertidumbre, el modelo obliga al Estado a ser eficiente y rentable, aprovechando al máximo los recursos limitados disponibles: topes salariales, recortes presupuestales, eliminación de subsidios, disminución del gasto público y

social, límites en la extensión del aparato administrativo y de gobierno, aumento de impuestos, etc. Lo cual acrecienta la irracionalidad, la violencia y la pérdida de identidad.

Para el modelo, la pérdida de identidad de los sujetos y actores sociales es un proceso irreversible y necesario para fundar el nuevo orden posmoderno. La posibilidad del modelo, entonces, también descansa en el control y administración de tal pérdida, por ello el modelo debe paralelamente a la pérdida manejar su magnitud, retrasándola o acelerándola según sus necesidades.

Tres aspectos pueden ilustrar la profundidad de la magnitud de la pérdida de identidad en el desorden transicional con incertidumbre:

1. El grado de explosión de la violencia, de la agresión colectiva. Es tal la magnitud de la violencia que pasa a ser la norma de la conducta y el comportamiento cotidiano.
2. En el pasado el interés individual pasaba y se sometía al interés nacional. Ahora desaparece el interés colectivo nacional e invade y domina el espacio económico, político y cultural el interés individual, por la agresión colectiva, la irracionalidad y la incertidumbre. El individuo que puede ser actor o sujeto transita por la vida societal portando irracionalidad, generadora de violencia colectiva y agresión permanente con intereses concretos e irracionales. El interés concreto y racional se perdió con la desintegración de la nación, del partido, del sindicato y de la sociedad. Los intereses de los cuales eran portadores están fuera del campo de lo colectivo, de lo político y del futuro, ubicándose ahora en la esfera de lo individual, lo privado y en el presente más inmediato.
3. La falta de un interés definido, político y colectivo universal, hace que la libertad carezca de sentido. En el pasado la reivindicación de la libertad permitió generar procesos democráticos, permitió tener acceso, movilidad, un lugar en el sistema y reconocimiento por parte del poder. Hoy la libertad es aparente, desvalorizada, carece de sentido para el modelo.

Estos tres factores explican la magnitud de la pérdida de identidad societal; son el punto límite representativo del desmantelamiento y la muerte del viejo orden. El modelo orilla al ser humano a no encontrarle sentido a la libertad y ante la ausencia de intereses colectivos universales, su única posibilidad es el ingreso al campo de la agresión

colectiva; en donde existen los intereses individuales y colectivos fragmentados y en permanente interconflicto.

En el contexto, donde el pasado se hizo nada, no cabe lo bueno o lo malo, lo peor o lo mejor. Lo peor se convierte en la norma de vida, más allá no cabe nada. Lo bueno ya no existe, deja de tener valor y genera incertidumbre y lo peor como norma de vida lleva a la sociedad a una depresión permanente.

6.7. Las dos realidades

El Estado intervencionista generó un sistema de seguridad, una sociedad asistida, un modelo nacionalista - populista: seguridad pública, educativa, de vivienda, de salud, de trabajo, etc. En el momento en que el Estado opta por la oferta y el realismo, se inicia la desaparición de la vieja concepción de seguridad del Estado benefactor. De ahí que la pérdida de la seguridad pública acrecienta la incertidumbre: el partido perdió su identidad y el sindicato su dignidad. La sociedad ya no tiene acceso a la vivienda, dejó de tener posibilidad de acceso a la red educativa pública, etc. Porque todos esos espacios se privatizan. En la medida en que se pierde la seguridad desaparecen los mecanismos de protección de los intereses públicos. Desaparece la seguridad y el individuo no tiene donde refugiarse.

El Estado debía en el pasado, proteger los intereses de la masa, del obrero, del campesinado, de la clase media, de la iniciativa privada, etc. a través de distintos mecanismos de seguridad: protección del mercado, incentivos al crédito y a la producción, etc. En la medida en que se pierde la seguridad desaparecen y se dismantelan los mecanismos de protección de los intereses.

Ahora, los grupos, las organizaciones y los movimientos fragmentados se enfrentan a la superioridad del mercado sin la tutela del Estado. El enfrentamiento a esta superioridad implica una ruptura, una nueva relación entre los sujetos y actores sociales y el Estado. En el pasado, el Estado tenía la obligación de proporcionar seguridad y la sociedad la exigía y la demandaba. Hoy la sociedad ya no tiene a quien exigir seguridad. El mercado no tiene tal obligación y la sociedad no puede apelar al mercado exigiéndosela. Sólo los que ingresen al sistema la habrán ganado. El mercado no regala seguridad, para él debe

conquistarse. La ruptura significa en el fondo una derrota para la sociedad, para el partido, para el sindicato, para el individuo.

El individuo, los grupos, las organizaciones y los movimientos se encuentran derrotados frente al Estado. Los sujetos y actores sociales que proporcionaron las bases del antiguo Estado se enfrentan a él como Estado agresivo, en su contra, desconociendo sus intereses y necesidades. Se asiste a una historia donde el modelo no deja espacio para la alternativa.

Los objetivos de los planes estatales al basarse no en las necesidades de la demanda (realidad dos) sino en aquellas definidas por la oferta (realidad uno), establecen una incongruencia entre ambas, generando incertidumbre, para demostrar la superioridad del mercado y acelerar la derrota de la sociedad.

La derrota histórica se relaciona con la pérdida de identidad, la irracionalidad política y la violencia, como parte integrante de la vida cotidiana. la derrota societal es parte del sacrificio que el modelo le exige y le impone a la sociedad. Toda ruptura es derrota social. La derrota significa la negación absoluta de la realidad dos y la aceptación implícita y explícita de la sociedad de la realidad uno.

La sociedad enfrenta un discurso de informes e indicios donde, por ejemplo, los indicadores macroeconómicos son sanos y van por buen camino, las economías se recuperan, etc. Es el discurso de la realidad uno que la sociedad, ubicada en la realidad dos no conoce, porque la vida diaria de la sociedad es todo lo contrario al discurso de la realidad uno. Es una situación que la sociedad no conoce, es un discurso que confunde, que acrecienta la derrota histórica y genera incertidumbre.

La ruptura es una derrota histórica para los actores y sujetos sociales, pero es también un proceso de construcción y reconstrucción de una nueva identidad neoliberal. Un proceso de búsqueda de una nueva racionalidad humana como actor, sujeto, clase, partido, sindicato, etc. Ahora el proceso de construcción y reconstrucción significa la eliminación de todo lo que acompañó al viejo actor y sujeto; como condición de ingreso al nuevo campo y a esa búsqueda de la nueva identidad y la nueva racionalidad. Es el proceso de ingreso de la realidad dos a la uno, proceso que implica la eliminación total de la realidad dos. Por eso la realidad uno y la dos no son compatibles.

La ruptura como proceso de construcción y reconstrucción de una nueva identidad es, para el modelo, la búsqueda de una nueva voluntad colectiva afín al neoliberalismo, como parte constitutiva de la realidad uno.

La formación de la nueva voluntad colectiva puede expresarse por dos vías: cambiar sin modificar el pasado (vía de la sin razón) o cambiar eliminando el pasado (vía de la razón). En la primer vía, la voluntad colectiva se construye como reforma política sin afectar la estructura, cambian los colores, las banderas y los símbolos, por ejemplo de un partido político, manteniéndose el estilo de hacer política al interior del partido o del Estado; en esta vía el pasado no se modifica, se mantiene, no se elimina.

En la segunda vía, no se puede formar la voluntad colectiva sin modificar el pasado. Es más, sin eliminarlo, ya que el pasado carece de valor. Es la única vía para insertarse a la nueva realidad.

La primer vía, aunque busca la nueva voluntad colectiva, está inserta en la realidad dos y, de hecho, no tiene posibilidad de ingreso a la realidad uno, se queda a medio camino. La única vía de acceso a la realidad uno es la segunda vía. Estamos frente al conflicto de la razón y la sin razón. El modelo sólo privilegia la razón, la sin razón debe ser erradicada.

La ruptura es también creación de un nuevo espacio. La identidad y la voluntad colectiva pasa por el reconocimiento del espacio; como partido, como sindicato, como movimiento. Sin espacio el partido, el sindicato o el movimiento dejan de serlo, no existen.

La lógica de la oferta, la superioridad del mercado es quien asigna los espacios a diferencia del pasado. Por eso la necesidad, para el modelo, de que el mercado funcione con normalidad, que el mercado marche a la perfección; cualquier problema que sufra afecta al funcionamiento del Estado y a la dinámica societal. El mercado aparece, para la realidad dos, como un sujeto magnificado y para la realidad uno como lo único realmente existente.

En el pasado, los espacios eran definidos por la rectoría del Estado con base en la regla de la mayoría. En cambio, el modelo le asigna la definición de espacios al mercado, eliminando la regla de la mayoría. Desaparece el interés hegemónico de la nación, del sector o de la clase social con vinculación en la dirección estatal y en su lugar surge la

nueva esencialidad de la regla. Para el modelo, la regla de la mayoría vinculada a la democracia es imperfecta. Con el neoliberalismo surge por primera vez en la historia la regla perfecta, porque el mercado es perfecto. De manera que la regla constitutiva de la nueva realidad y creación del nuevo espacio es otorgada por la perfección en sí misma. La oferta del modelo es una vida societal ubicada en el futuro de mercado perfecto.

6.8. El mercado

El modelo construye en la transición la sociedad posmoderna de mercado perfecto, con base en todo lo anteriormente señalado; su oferta implica un rompimiento, una ruptura con todo lo anterior. El mercado, contiene una racionalidad, asigna una función específica al Estado: cuidar y proporcionar las condiciones para el permanente funcionamiento de las reglas del mercado, a través de la gerencia estatal; donde los individuos interactúan y encuentran su igualdad y su libertad.

Para el modelo, el mercado como lo único existente es impenetrable, tiene sus propios criterios de funcionamiento, conocidos sólo por los tomadores de decisiones ubicados en la realidad uno y desconocidos e inciertos para la realidad dos.

El mercado genera una nueva servidumbre y una nueva dominación, definida no como en el pasado por un interés particular de clase o fracción de clase, sino por la servidumbre de la totalidad societal en función del mercado. Es la totalidad que asume y se incorpora a este nuevo espacio de servidumbre. Es una servidumbre totalizante, los ámbitos económico, político y cultural se subordinan y son dominados por el mercado. La servidumbre totalizante genera a su vez un consenso consciente o inconsciente, con mecanismos y formas de acción distintos a los del pasado.

En suma, el mercado interpela y al mismo tiempo obliga a la sociedad a ingresar a un nuevo contrato societal de servidumbre. La interpelación y la obligación tiene un destinatario: el individuo, no la colectividad. Hoy los pactos económicos, políticos y culturales se firman en función de esta obligación exigida por el mercado.

El mercado sanciona a la vida societal asignando e integrando, generando espacios o negando el acceso al sistema. Pero como el mercado es impenetrable, no existe sanción para él. El mercado es insancionable y, por tanto, la sociedad no tiene a quien reclamarle. En el pasado el destinatario del reclamo social era el Estado con un espacio

visible, con un aparato y con sus representantes. Ahora el mercado tiene un espacio paradójicamente omnipresente pero invisible, de ahí la imposibilidad del reclamo.

La obligatoriedad del mercado debe entenderse como su aceptación por parte de la sociedad, en eso consiste la servidumbre. El nuevo consenso se basa en la obligación de aceptar el mercado, aunque la nación o los actores y sujetos quieran o no, están obligados a aceptar, no hay otro camino. La aceptación de las reglas del mercado es prerequisite para la conformación del nuevo orden.

En la transición, el desorden y la incertidumbre, el modelo al absolutizar al mercado, exige un consenso, una aceptación que a su vez exige una disciplina societal. La aceptación de la servidumbre social al mercado es el único mecanismo que garantiza la disciplina. La aceptación supedita al individuo y a los actores y sujetos sociales a la interpelación del mercado y sus reglas. La principal es la incertidumbre, el mercado es el espacio donde todos tienen la posibilidad de interactuar. El problema para la sociedad es que no toda ella tiene oportunidad de acceso a la interacción, sólo llegan los realistas, pragmáticos, eficientes y preparados. Los más se quedan fuera, no existe espacio en el mercado para ellos. Esta es otra regla a la cual, como obligación se somete la vida societal con disciplina y aceptación.

La disciplina neoliberal genera nuevas relaciones económicas, políticas y culturales, cuyo origen es el mercado acompañado del sacrificio total y absoluto de la sociedad, consustancial al modelo. Las nuevas relaciones sociales requieren de un mecanismo compensatorio para garantizar la estabilidad del mercado y el afianzamiento de su aceptación. Este mecanismo es la exaltación, el culto y la premiación al mérito, el éxito y la eficiencia. Dicho en otras palabras: salario igual a productividad. En el pasado a este mecanismo se le llamaba explotación, hoy el modelo le llama compensación a la productividad. La meritocracia significa una ruptura total; la nueva servidumbre generadora de nuevas relaciones eliminará total y absolutamente las viejas pautas constructoras de relaciones sociales. Quiera o no la sociedad, el mercado se impone y la servidumbre logrará someterla.

Las nuevas relaciones sociales obligan a los actores y sujetos a representar un nuevo papel, un nuevo protagonismo. En el marco de la incertidumbre y el desorden transicional, los componentes de la vida social viven una confusión profunda y

prolongada: El partido se pregunta sobre su papel, lo mismo le sucede al sindicato, a la universidad, al movimiento social, al individuo, a la sociedad toda.

Representar nuevos papeles obliga a los actores y sujetos sociales a tres situaciones, tres momentos, tres posibilidades inmersas en la incertidumbre. La primera es retirarse de la realidad uno, por tanto, significa la negación a representar nuevos papeles. La negación de la realidad uno y el no sometimiento a la servidumbre, mantendrá a los actores y sujetos anclados en el tradicionalismo, la utopía y el pasado, varados en la realidad dos.

La segunda posibilidad es replantear el papel proponiendo una alternativa, estos actores y sujetos al igual que los primeros permanecerán anclados en la realidad dos. La tercera posibilidad es asumir el nuevo papel, en el marco de la servidumbre y la disciplina impuesta por el mercado. Esta es la única posibilidad de vislumbrar los espacios y los límites.

La lógica del modelo es precisa e implacable, algunos sujetos y actores quedarán dentro de los límites del sistema y otros quedarán fuera, de la misma manera como los esclavos estaban fuera del límite esclavista.

El mercado delimita el espacio del sistema y al mismo tiempo delimita los espacios a su seno. Define los límites de lo económico, lo político y lo cultural y de los sujetos y actores sociales: no más sindicatos, para qué tantos, bastará con un número determinado o quizá una central; para qué tantas universidades o partidos o a la inversa, el modelo puede necesitar más sindicatos, partidos y universidades. El límite aparece como una camisa de fuerza societal, impuesta por la lógica del mercado, no por la voluntad de los actores y sujetos.

Asistimos a la recomposición de la burguesía, a su desmantelamiento, de donde surge un nuevo actor, se conoce la estructura con nombre y apellido pero no se conocen los límites de su poder. La sociedad no puede realizar un análisis de la estructura de poder al interior de ese límite si no lo conoce. El límite del poder en el modelo es supuestamente impenetrable e invulnerable. En el pasado, la vulnerabilidad burguesa y del sistema era visible, el proletariado era el actor histórico portador de una alternativa, destinado a penetrar en la vulnerabilidad del capital. Hoy el límite de poder es invisible, en el desorden la sociedad se pregunta ¿dónde está el enemigo y quién es?, ¿contra quién se

hace la revolución? Situación que agrava la incertidumbre y fomenta la servidumbre societal.

La impenetrabilidad y la vulnerabilidad del poder neoliberal, como una nueva razón de Estado, ¿significa un Estado de infinidad? El modelo no niega la posibilidad de una alternativa, no excluye que la nueva razón construya su propia negación. El problema para la sociedad en la transición, en el desorden, en la incertidumbre no es la búsqueda de una alternativa, sino de la consolidación de la transición, del reino de la realidad uno y la eliminación de la realidad dos. No hay alternativa en la transición. La alternativa se generará en la sociedad del futuro. La alternativa no puede desprenderse de una realidad imaginaria (realidad dos), tiene que surgir de una realidad concreta (realidad uno) plenamente constituida. De la misma manera como la transición al capitalismo no contó con una alternativa, la transición a la posmodernidad carece de ella. Y, también, de la misma manera como el capitalismo tuvo que consolidarse en el tiempo y en el espacio para generar sus alternativas: el socialismo y la democracia liberal, la posmodernidad debe consolidarse para crear sus propias alternativas. Por tanto, todo aquel actor o sujeto social que base su protagonismo en la transición buscando una alternativa al modelo, está inscrito en la realidad dos imaginaria y utópica y está destinado a ubicarse fuera de los límites del sistema.

6.9. La nada

1. El desorden en la transición se impone sobre el orden, de manera que el desorden ya no es una anormalidad como en el pasado. El conflicto era visto como desorden que alteraba el orden, como interrupción de la normalidad, como un momento que podía llevar a la sociedad a un tiempo límite donde la dinámica de la vida societal se podía detener. Para el modelo el desorden pasa a ser la normalidad y el orden la anormalidad. El orden pasa a ser el factor de interferencia del desorden al revés del pasado. Por eso el modelo administra y controla tanto al desorden como al orden eliminando su característica de interferencia para evitar el desbordamiento del desorden hacia el caos. La sociedad aparece en el desorden exiliada en la realidad dos que tanto le garantizó y cree que le sigue garantizando orden, ante la invasión del desorden de la realidad uno en

el campo económico, político y cultural, ya que la sociedad se muestra incapaz de enfrentar la ofensiva del desorden.

2. El desorden impone otro diálogo. El desorden interpela al partido, al Estado, a la universidad, al conocimiento, a la sociedad. Nada queda en su lugar ni en su espacio, del total de lo que acompañó a la vieja sociedad, todo ha sido alterado por el terremoto del desorden. Éste al interpelar a la totalidad la obliga a establecer un diálogo con él. No es un diálogo con el orden, lo es con el partido en crisis, con el sindicato en proceso de debilitamiento, con la ingobernabilidad. En suma, con el desorden global creciente. La sociedad no tiene condiciones ni capacidad para establecer dicho diálogo con el desorden, se exilia en los mecanismos del viejo diálogo que acompañó al orden.

3. El desorden enfrenta a la sociedad a un desafío: el conocimiento del conocimiento como una única posibilidad de acceso al diálogo con el desorden y de penetración al sistema. Los actores y sujetos sociales están obligados a ser conscientes de sus conocimientos, de su realidad realmente existente como condición para establecer el diálogo con el desorden, es el gran dilema de la sociedad contemporánea. El partido niega la crisis partidaria: mi partido no está en crisis, los otros sí, El gobierno niega que exista desorden en sus políticas, lo mismo sucede con el sindicato y la sociedad. El sistema permanece incólume, no hay problemas, todo está en orden y avanzando. Razonar de esa manera significa no conocer el conocimiento, dialogar con una realidad que desaparece, exiliarse en la realidad dos y abandonar la realidad uno. Si los sujetos y actores sociales no se conocen a sí mismos en su desmantelamiento y proceso de desdibujamiento son incapaces de dialogar con la nueva realidad. Hay una ausencia de diálogo con el desorden, no existe alternativa: sólo aceptar y asumir ese desorden.

4. El desorden funde el tiempo de la dinámica social y el tiempo del cambio. El orden del pasado no era destructor, era constructor, promotor, creador y propositivo; con sus dos tiempos claramente definidos: después del tiempo de cambio continuaba el del desarrollo y desenvolvimiento de la sociedad. El tiempo del cambio era uno y el tiempo de la dinámica otro. En el modelo, el tiempo de cambio aparece como creador e innovador, como orden, y el tiempo de la dinámica social como destructor y desmantelador. Ambos tiempos no tienen una jerarquía, corren juntos en la transición. Es decir, el nuevo orden no surge a partir del viejo, aflora en el desorden como creador y

destructor al mismo tiempo. Para el modelo esta simbiosis permite convertir lo imposible en posible. Entonces, el desorden aparece como la fuente creadora del nuevo orden, de la nueva forma de hacer la universidad, el partido, la sociedad y el gobierno; creador de nuevas instituciones, un nuevo derecho, una nueva ciencia y un nuevo conocimiento; creador de actores y sujetos sociales. En suma, creador de una nueva sociedad. Mientras el viejo orden subsista en la transición aparecerá como destructor del futuro, por ello la necesidad de su erradicación.

5. En el desorden, para la sociedad, el viejo orden aparece limitado, es un límite, además, que se va achicando ante su desmantelamiento y desaparición. En cambio el desorden aparece ilimitado. Para el modelo, el desorden tiene un límite como condición de su control y administración. En el pasado el orden era ilimitado y el desorden limitado, en la transición la cuestión es a la inversa. El desorden es al mismo tiempo creador y aniquilador permanente, va destruyendo todo aquello del viejo orden que encuentra a su paso. El viejo orden era fundamentalmente creador y sólo aniquilador coyuntural del desorden.

6. El lugar del desorden es el espacio constitutivo de la vida diaria del Estado, el partido, del sindicato, de la sociedad, a diferencia del pasado donde el orden abarcaba ese espacio. En el viejo orden todos los actores tenían un lugar, aquí existió la adhesión social como mecanismo de pertenencia. Al tener un lugar como sujeto o actor se pertenece a un orden: a una nación, un partido, un sindicato, a una universidad, a una idiosincrasia, a una manera de ser, etc. Al desaparecer el viejo orden se aniquila con él el antiguo mecanismo de pertenencia. En el desorden no todos tienen lugar, apareciendo un estado de ánimo de no pertenencia, de inseguridad, de desorientación y de incertidumbre. El desorden crea un nuevo mecanismo de pertenencia y de seguridad, accesible sólo para los que están preparados; los que tienen capacidad, porque conocen su conocimiento, de dialogar con el desorden. Si un sujeto o un actor no puede establecer el diálogo, no tiene espacio de pertenencia en la realidad realmente existente; lo cual obliga a un exilio en la realidad dos. Es el viejo espacio imaginario cuyo límite cada vez se va achicando y desapareciendo.

7. La incapacidad de establecer un diálogo con el desorden trae a la sociedad consecuencias aún más dramáticas. El no diálogo obliga a un exilio en la realidad dos,

pero el desorden al dismantelar el viejo orden aniquila a la realidad dos. Al achicarse ese espacio en la transición se llega a la nada, a la erradicación total y absoluta del pasado. Situación que obligará a todos aquellos actores y sujetos exiliados a ingresar al vacío, cuyo espacio es la nada, ingresar al destierro del sistema: al vacío analítico, de conocimiento, al vacío personal e individual, al vacío donde no hay pasado ni futuro, sino un infinito presente; se ingresa al desconocimiento total y absoluto, al limbo societal.

8. En la medida en que se achica el espacio de la realidad dos hacia su extinción, disminuye también la posibilidad de refugio y de exilio y se abre la nada. Por esto todos los actores y sujetos que no caben en el sistema sólo tienen como alternativa el ingreso a la nada. En la medida en que surja un discurso producto de la frustración acumulada por la servidumbre, la disciplina y el sacrificio societal, los actores y sujetos incapaces de dialogar con el desorden, estarán dialogando con la nada no con la realidad. En la medida en que subsista ese discurso estarán destinados a no tener interlocutor real, su interlocutor será el vacío o aquellos que también habitan en el vacío. Un discurso irreal, un discurso fantasmagórico que no dice nada, que no tiene referentes, que no tiene interlocutor ni destinatario porque surge de la nada y se mueve en el vacío.

9. El discurso producto de la frustración acumulada, genera una nueva contradicción en el seno de la vida societal: entre lo que se dice que es y lo que realmente es. En el desorden los actores y sujetos privilegian lo que se dice que es: lo que dice el partido que es, o el sindicato o la universidad o el movimiento social; y no lo que realmente se es, debido a la incapacidad de conocer lo que se conoce. En el desorden la frustración acumulada construye un discurso alimentándolo de lo que se dice que es como fundamento de existencia.

10. Cuando en el desorden un actor o sujeto construye su discurso a partir de lo que cree que es y no de lo que realmente es, elabora su propia negación como sujeto o actor. Se establece un diálogo con la negación que es la nada. En la medida en que se construye el discurso se articula la negación impregnando la vida cotidiana. La negación impedirá la posibilidad de un proyecto alternativo a lo real, para ello se necesita formar parte del sistema. Los sujetos en la nada propondrán proyectos alternativos por ser elaborados en la nada y se quedarán en la nada. La incapacidad de no conocerse a sí mismo se traduce

en el desconocimiento de las nuevas relaciones sociales desplazando a los sujetos y actores del campo de lo real al campo de lo imaginario. Los actores y sujetos afianzarán su existencia en lo que creen que son, en su discurso más que en lo que realmente son. A partir de ese creer lo que se es, la vida societal elabora diagnósticos y explicaciones de su funcionamiento con pretensiones objetivas. El diagnóstico y la explicación a su vez regresan al discurso y lo refuerzan, con mayor imaginación y especulación. Las consecuencias son el alejamiento cada vez mayor de la realidad, el acrecentamiento de la incapacidad de diálogo, la amplificación de la negación y un hundimiento cada vez más profundo en la nada y en el vacío.

11. La negación genera una relación entre lo real y lo irreal, entre lo cierto y lo incierto, entre lo verdadero y lo falso. De manera que la negación en la medida en que va ganando espacio se va convirtiendo en lo irreal, lo incierto y lo falso, en el discurso dominante al seno de la vida societal; pero redimido como lo real, lo cierto y lo verdadero. El discurso crea una realidad que es irreal, una certeza que es incierta y una verdad que es falsa. Esto es la nada. El discurso permite a los actores y sujetos crear sus propias realidades. En la medida en que el discurso sufre una ampliación, como agregación de argumentos, la sociedad fragmentada se refugia en el discurso atomizado como necesidad de justificación de su propia existencia, impidiendo el vagabundaje y el acceso de los sujetos y actores a otros discursos. Los planteamientos discursivos de la sociedad fragmentada son camisas de fuerza que impiden el análisis de la nueva realidad.

12. Todo aquel que viva su realidad a partir del discurso, aquel que se alimente discursivamente propicia su separación, su alejamiento de la realidad neoliberal, y su separación de la salida de la nada penetrando al laberinto y perdiéndose en el vacío. El alejamiento crea paralelamente, al tiempo de la transición, un tiempo irreal existente en lo imaginario. La sociedad, con su discurso se ancla en el tiempo irreal mientras lo real toma otros rumbos y formas. En el desorden transicional no existe sincronía entre el tiempo imaginario y el real.

13. El desorden al no dejar nada en buen estado, genera estragos en la economía, en el sistema político y en el mundo cultural; concede a la sociedad una alternativa: refugiarse en el discurso para que la sociedad a partir de él cree nuevas relaciones sociales. En el

desorden la ignorancia se amplifica como resultado del discurso imaginario, de hecho el discurso irreal es en sí mismo ignorancia que al retroalimentarse con más falsedad potencia la ignorancia política y analítica magnificándolas. En un contexto de ignorancia amplificada, no puede tenerse al desorden como espacio de diálogo, porque no se tiene la capacidad de reconocerlo ni se puede ver al viejo orden en proceso de agotamiento. Hay un rechazo automático y contundente al modelo como sinónimo de su no existencia. Ello conduce directamente a la nada.

14. Cuando la ignorancia va ganando espacio y va impregnando todos los resquicios de la sociedad, ésta vive de manera masiva y pasiva el mundo de la política simbólica. La incapacidad total de acceder a lo real, el refugiarse en el discurso y vivir el mundo real como si fuese el mundo real y no el de la ignorancia, es el control y la administración del desorden vía política simbólica.

15. Con la amplificación de la ignorancia, la sociedad que vive en el vacío no puede analizar y seguir el curso de los cambios al interior del Estado, no es capaz de dialogar con el cambio que se está operando a nivel estatal. Existe una imposibilidad de la sociedad para detectar los alcances y objetivos de la gerencia estatal. Lo aprehensible es el discurso, lo no comprensible son los alcances y objetivos, el hilo conductor; tampoco será comprensible para ella la recomposición de los actores y la manera como están articulándose e interactuando. Por lo mismo no será posible acceder a la nueva correlación de fuerzas entre los actores y sujetos sociales y el gobierno.

16. En la transición existe un fortalecimiento “macro” y un desplazamiento de lo “micro”. El modelo desvaloriza lo micro: microempresa, mediana empresa, etc. La sociedad vive el desmantelamiento y la desvalorización, pero no puede ver, por su ignorancia amplificada, lo que hay detrás del proceso. Tampoco se ve el punto de arribo de los movimientos sociales y las acciones colectivas. Lo que la sociedad percibe es el protagonismo: el carácter reivindicativo, las marchas, los plantones, la protesta y su intensidad. Tampoco percibe la ofensiva del capital y su presencia en múltiples ofertas, etc. En suma, existen visibilidades e invisibilidades que el modelo activa y desactiva. Sin embargo, con la ignorancia amplificada los límites de lo visible y lo invisible se vuelven complejos y abigarrados, porque los que flotan en la nada sólo ven lo que les interesa ver.

17. Finalmente, para aquellos que caminan hacia la nada, no existe el largo plazo, la consideración del plazo histórico. Dicho de otra manera: no hay historia ni futuro. En términos estrictos, existe única y exclusivamente el corto plazo y su sobrevaloración. Cobra importancia lo más inmediato del presente: las elecciones municipales de pasado mañana, el aumento salarial de mañana y la defensa del empleo hoy. A partir de este presente inmediato se articula el discurso imaginario. En cambio, para aquellos actores y sujetos que conocen y forman parte de lo real, el corto plazo sólo se explica en la dimensión histórica neoliberal de largo plazo. En términos estrictos, el corto plazo carece de sentido en sí mismo y sólo se entiende y tiene lógica y razón de existencia como espacio constructivo del futuro. Este desfase entre el corto y el largo plazo, es una diferencia que permite al modelo controlar y administrar la transición, el desorden, la incertidumbre y la nada, como garante del nuevo orden privatizado, globalizado, posmoderno y de mercado perfecto. Un mundo futuro compuesto por un número limitado de actores y sujetos, por una cantidad muy distinta de hombres a la conocida hoy. La mayoría instalados fuera del sistema y de su entorno, deambulando en la nada hasta su extinción. Es ésta la oferta neoliberal; lamentable y dramáticamente todo parece indicar que la vida societal, quiera o no, conscientemente o no se perfila rápida y contundentemente por esta vía, a pesar de los cada vez mayores costos sociales.

Conclusión

Hasta aquí, el discurso parecería el de un neoliberal develando los misterios y secretos propios de las perversas maquinaciones y estrategias del modelo, sin una perspectiva personal crítica. Hemos insistido en que el modelo en sí mismo esconde lo terrible y perverso de la situación que el mismo genera. Hemos utilizado la expresión “no conocer el conocimiento” porque el modelo coloca a los sujetos y actores en un contexto donde creen lo que ellos dicen que es y no lo que realmente es, el modelo evita conocer lo que se conoce. Al realizar este ejercicio, pretendemos justamente conocer lo que se conoce siguiendo una máxima del libro de estrategias del arte de la guerra, escrito hace más de dos mil años, del filósofo guerrero Sun Tzu: “si conoces a los demás y te conoces a ti mismo, ni en cien batallas correrás peligro; si no conoces a los demás, pero te conoces a

ti mismo, perderás una batalla y ganarás otra; si no conoces a los demás ni te conoces a ti mismo, correrás peligro en cada batalla”.

7. ESCENARIOS DEL MODELO NEOLIBERAL

Introducción

En sentido estricto, hablar del futuro significa hablar de algo que aún no existe. Sin embargo, nuestro lenguaje está plagado de él. Desde siempre, encontramos al hombre buscando conocer su futuro para poder conocerlo y manipularlo, ello explica la existencia de las artes adivinatorias, las premoniciones y las predicciones, basadas en creencias mágicas. También las distintas ciencias, naturales y sociales, se han ocupado del futuro por varios caminos: las proyecciones, las cuales toman algunos datos o eventos del pasado y del presente llevándolos, a través de varios métodos matemáticos y estadísticos, hacia el futuro; las predicciones a partir de enunciados irrefutables y exactos sobre lo que necesariamente habrá de suceder; la previsión, la cual busca tomar acciones en el presente para resolver anticipadamente problemas que pudieran surgir en el futuro inmediato; y los pronósticos que representan juicios razonados sobre un asunto. Las cuatro formas mencionadas acceden al futuro partiendo del pasado y del presente. La prospectiva política, la planeación estratégica y la teoría de escenarios, además de basarse y utilizar las proyecciones, la predicción, la previsión, y los pronósticos, potenciados ahora por las nuevas tecnologías, tienen por objetivo el futuro. Se busca y pretende construir el futuro, no adivinarlo. La prospectiva política, la planeación estratégica y la teoría de escenarios son herramientas fundamentales del modelo neoliberal, son los elementos que le permiten concebirse como ingeniería social, para construir un futuro probable, posible y deseable. Estas herramientas, y por tanto el modelo, se valen de tres medios: los expertos, los operadores y las matemáticas de la probabilidad. Los expertos son las personas que conocen a profundidad los problemas de la vida societal. Los operadores son los sujetos o actores que toman las decisiones ante una situación. Las matemáticas de la probabilidad permiten ordenar, manejar, evaluar y detectar errores en las decisiones de los operadores y en las evaluaciones de los expertos. Estas tres herramientas expresan con nitidez la forma en que el modelo controla y administra la transición hacia la sociedad de mercado perfecto. En este capítulo, en el cual seguimos instalados en un grado de abstracción de tipo ideal, sondearemos la construcción y características de los escenarios neoliberales.

7.1. La decisión

El escenario es el espacio donde confluyen variables, factores e indicadores de fuerzas económicas, políticas y culturales. Para el modelo es el espacio donde se construye el futuro. El espacio sugiere opciones configuradas a partir del conflicto y los problemas generados, controlados y administrados por el neoliberalismo. Las opciones son los escenarios contruidos para el futuro. El modelo controla y administra la opción A, B, C o D como posibles caminos o alternativas de construcción del futuro. La implementación de cualquiera de estas opciones está en función y son consecuencia de la decisión. No hay disyuntiva sin decisión es decir, el modelo opta por alguna alternativa a partir de el mismo, él decide cuál escenario es el deseable o cuáles son las combinaciones posibles.

La opción a su vez implica una respuesta al problema. A su alrededor giran otros tipos de factores y variables que afectan espacios e intereses de actores y sujetos sociales involucrados en el problema. Por tanto, el problema en sí es una constelación de problemas: es un conjunto de problemas que giran alrededor del problema central.

El problema obliga a los actores y sujetos sociales a tomar decisiones para enfrentar la constelación de problemas a partir de una u otra disyuntiva u opción previamente decidida por el modelo. La alternativa obliga a la vida societal a colocarse en un escenario determinado, como única posibilidad, a partir de la decisión del modelo. La decisión es fundamental en la teoría neoliberal de los escenarios.

La decisión tiene dos vertientes, la decisión racional y la irracional. La decisión irracional es producto de la forma como los distintos actores y sujetos sociales entienden el problema a partir de la realidad tal como ellos la perciben, como campo de la política simbólica o de la nada: de manera subjetiva y personalizada. Este tipo de decisión no posibilita la construcción de escenarios. La decisión irracional es vista por el modelo como la forma de enfrentar el problema a partir de una opinión exclusivamente ideologizada.

La decisión racional, ubicada en la realidad tal como la construye el modelo, en el campo de la política real es la que posibilita la construcción de escenarios. La decisión racional requiere de una lectura objetiva del problema, con acceso a la información. No se trata de cualquier información: periodística, de columna o de editorial; es información de primera mano generada a partir del hecho mismo. El tiempo entre el hecho y la

información del mismo es acortada por la tecnología. Para el modelo es indispensable que el tiempo tienda a cero, en ello radica la posibilidad de control y administración del problema y, por tanto del escenario. Es más, el modelo elimina el tiempo produciendo el mismo hecho y siguiendo su desarrollo a partir de la tecnología.

Toda decisión supone una ruta y una pre - ruta. La pre- ruta está limitada por el acceso a la información y la ruta se establece cuando el acceso ha sido concluido, cuando la información ha sido sistematizada, analizada y trabajada. La pre - ruta da como resultado una decisión en donde la información no es suficiente, no ha sido sistematizada y analizada, donde sólo se describe el problema. En cambio la ruta es consecuencia del análisis del problema. El modelo enfrenta dos tipos de decisión racional: la que se acerca al problema y la que hace suyo el problema. El modelo para construir escenarios debe seguir un camino, una ruta, no una pre - ruta, haciendo suyo el problema.

El objetivo de la teoría de escenarios es el control y la administración del futuro y su espacio. Un sitio fundamentalmente conflictivo. El modelo está obligado a controlar el conflicto, controlando la decisión como único recurso de construcción del futuro. Los tres objetivos de la teoría de escenarios son: controlar el conflicto, el espacio por el cual va a transitar y el futuro que se está construyendo, a partir del control y la administración de la decisión.

Esto quiere decir, que la decisión no es de cualquier tipo: es racional con ruta. Cada escenario contendrá en su marco una decisión tipificada por el modelo y con un costo social absoluto. La decisión tiene su punto de partida en el problema. Sin embargo el acceso al problema no es fácil, la llegada no puede ser irracional: a partir de la prensa, las revistas o los libros. El acceso necesita otro tipo de información, de lo contrario, la decisión que está mediada por el acceso será irracional respecto al problema.

El problema implica distintas modalidades de acceso, tomando en cuenta que el conflicto es una constelación de problemas: económicos, políticos y culturales. Es al mismo tiempo regional, nacional e internacional. El problema en el modelo, no puede ser parcializarlo en su acceso, necesita penetrar en él como una totalidad, para después poder dividirlo, fragmentando y limitar su espacio. Por tanto, si el problema es una constelación de problemas, la decisión es una gama múltiple y compleja de decisiones.

La decisión es un proceso con fases producto de la ponderación del peso específico de las variables y factores que confluyen en la constelación de problemas. La ponderación significa otorgarle un valor y un costo específico a lo económico, a lo político y lo cultural y a cada variable y factor componente de estos ámbitos. No ponderar las variables y los factores en los ámbitos lleva a equívocos en la decisión y a errores en las medidas. El error no existe para el modelo, debe erradicarse, porque el error se traduce en carencia o deficiencia en el control y la administración y la desconstrucción del futuro.

La decisión debe corresponder a la complejidad del problema. La decisión como proceso posee un tiempo. No puede ser tomada de inmediato como la decisión irracional. Pero tampoco alargarse en el tiempo porque los factores y variables se habrán alterado y la ponderación también. Se puede tomar una decisión con base en una situación que existió pero que después es inexistente. La realidad de hoy es una cosa y mañana una distinta.

En la transición las declaraciones tienden a elaborarse a partir de la pre - ruta y de la nada, sin acceso a la complejidad del problema, mezclándose con las originadas en la ruta. El resultado es el aumento de la incertidumbre causando estragos económicos, políticos y culturales en la vida societal.

Para el modelo, es muy importante la consideración del tiempo de la decisión. Este depende de la vigencia de la ponderación de la serie de factores y variables inherentes al problema. Los criterios para definir el tiempo, están dados por una vigencia, no por el olfato político, la experiencia o la intuición. El tiempo de la decisión no es ilimitado. Tiene límites y costos. En el modelo los tiempos son breves, de ahí la posibilidad de encadenamiento y ordenación de la constelación de problemas y decisiones como posibilidad de control y administración.

El modelo construye escenarios para adelantarse al problema, para estar preparado, para estar dentro del espacio y del tiempo del conflicto. Por ello la información es de vital importancia para tener acceso a la ubicación precisa de la gama de problemas en un momento también preciso y para identificar lo que se declara acerca de los problemas; controlando y administrando el conflicto.

7.2. Validación de la decisión

El modelo decide una alternativa, opción o escenario, con base en el acceso a un problema, ponderando y validando los factores y variables inherentes al problema.

1. La validación obliga a desagregar la ponderación, para tomar la decisión, con base en una serie de criterios. El problema y su constelación implica dificultades de carácter regional, nacional e internacional, de índole productivos, financieros y monetarios, problemas económicos, políticos y culturales; todos actuando al mismo tiempo y formando una red compleja y abigarrada. Por ello el modelo fragmenta, separa el problema en espacios, ordenándolo. Todo ordenamiento implica una jerarquía. El modelo no sólo ordena: asigna prioridad: ¿qué es más importante, el éxito en un proceso electoral o el saneamiento de la economía? Por tanto, la ponderación es e implica una priorización. La prioridad es el primer criterio.

De la prioridad se desprende una necesidad, si ésta es económica, la necesidad también lo será. La necesidad no es de la sociedad, es de la razón de Estado, del modelo. Por ello la prioridad y la necesidad se implementan independientemente del costo social absoluto. Entre prioridad y necesidad no existe jerarquía. La necesidad es el segundo criterio.

A la prioridad y la necesidad el modelo incorpora, como tercer criterio, el análisis del contexto nacional e internacional, para ponderar y relacionar el peso específico de las variables internas y externas. Donde lo externo tendrá por definición mayor peso e injerencia sobre lo interno. No queda otra alternativa que acceder a las políticas de los organismos internacionales.

El cuarto criterio es la utilidad económica, política o cultural. La utilidad para el modelo implica que los objetivos serán superiores al costo, es decir, independientes de la magnitud del costo social. El no ponderar racionalmente el costo implica el desbordamiento de los objetivos hacia un déficit de utilidad.

El quinto criterio es el análisis de los riesgos del costo y su curso, para definir una serie de acciones desde la gerencia estatal; para hacerle frente, controlándolo y administrándolo. El modelo debe adelantarse al riesgo antes de que suceda, para encausarlo.

2. El modelo, al construir escenarios, realiza un análisis de los actores y sujetos sociales relevantes e intrascendentes. Los relevantes son portadores de recursos de poder y los destinatarios de la construcción posmoderna. Son los actores y sujetos que el modelo asigna en los espacios creados en la transición. Los intrascendentes no tienen espacio en el modelo, están fuera de la posmodernidad.

Los recursos de poder son fundamentales para determinar los riesgos. Tomar una decisión sin el análisis de los actores y sujetos relevantes y los recursos de poder de los que son portadores, induce a no considerar el riesgo posible, potencial o probable y, por tanto, tomar una decisión irracional carente de criterios. El modelo al predeterminar los riesgos, puede a su vez predeterminar los costos y beneficios, jerarquizándolos.

Jerarquizar significa ubicar los factores de influencia, sus formas y niveles: influencia religiosa, familiar, clientelar, partidaria, etc. La narcoinfluencia por ejemplo. La influencia tiene que ser analizada en su comportamiento como redes y cadenas complejas de la vida societal. Predeterminar el riesgo, posibilita al modelo cambiar la noción de costo probable y posible, ambos potenciales, hacia el costo deseable y de ahí su medición en términos de impactos cruzados también deseables.

3. El modelo evalúa los riesgos para controlar y administrar los costos y beneficios deseables. Existen dos tipos de riesgos: el limitado, donde el beneficio es mayor que el costo y, el ilimitado, donde los costos superan a los beneficios. Cada uno de ellos independientes del impacto. El riesgo y el costo limitado pueden ser controlados y administrados independientemente de que sean catastróficos: pobreza y desempleo son dos ejemplos. En cambio, los costos y riesgos ilimitados son prácticamente inmanejables, su impacto no puede dosificarse y se tiende al desbordamiento y al caos: el deterioro del salario y del poder adquisitivo siempre tienen un tope. En el modelo no pueden existir pobreza y desempleo ilimitados, siempre existe un costo y un riesgo con un límite que, agotado, transita hacia otro límite y de este a otro, según las necesidades del la transición.

Para el modelo, nada puede ingresar al no control, todo, absolutamente todo debe ser controlado y administrado para dominar el conflicto y el futuro. Es tal la importancia del control y de la administración que incluso el costo y el riesgo, al presentarse, deben ser controlados y administrados. De lo contrario la magnitud del costo supera cualquier

objetivo desvaneciéndose, pulverizando la utilidad. El control y la administración se llevan a cabo, primero seleccionando, ponderando y priorizando costos de una variada y heterogénea gama. Los costos y sus impactos no son iguales. Seleccionar implica invadir el campo, no de lo posible o probable sino de lo deseable. Segundo, como dispersión del costo. Mientras el costo se mantenga como global el control y la administración desaparecen. Se debe dividir, fraccionar el costo en el tiempo y el espacio asignándole un límite, para que el costo no invada y se mezcle con otros tiempos y espacios. Tercero, se deben proyectar y organizar cursos de acción gubernamental para lograr la dispersión y la fragmentación del problema.

La gerencia estatal supone un plan de operaciones y de contingencia, para hacer frente a la sectorización del riesgo y del costo. El modelo cuenta no sólo con un plan de operaciones y de contingencia, también con los mecanismos precisos para su implementación. La puesta en marcha del plan de operaciones no puede ser imprecisa. La ambigüedad no debe existir como requisito de la implementación, ésta debe ser contundente para controlar y administrar el riesgo y el costo. De lo contrario se desborda hacia el costo ilimitado. La implementación permite transformar el costo y el riesgo global en sectorial y fragmentado.

El plan de operaciones al ser contundente, es al mismo tiempo suficiente, adecuado, oportuno y congruente con la magnitud del riesgo y del costo deseados y con la viabilidad de la implementación. Si esto no se cumple se invade el campo de lo potencial, de lo posible, lo probable y lo inviable convirtiéndose en una realidad caótica. Lo contrario implica que lo deseable se convierta en una realidad realmente existente, en un desorden transicional controlado y administrado y, por tanto, en la construcción del futuro.

4. Una vez que lo deseable se ha transformado en realidad, se entra en el marco de la transición y el desorden, en un cuadro de ingobernabilidad que el modelo también controla y administra. Esta situación de ingobernabilidad obliga a un seguimiento que se traduce en cursos de acción de gobierno, en políticas de ajuste, en gerencia estatal. La política de gobierno se legitima a través de un ropaje discursivo, donde no existe la ingobernabilidad, ni el riesgo y se esconde el costo real. El ropaje discursivo refuerza la viabilidad de las políticas de ajuste. Es a partir de este discurso que la sociedad elabora

una nueva visión y acepta el modelo, algunos asumiéndolo pero no incorporándose y otros rechazándolo ingresando en la nada.

El discurso estatal transforma la evaluación objetiva en una pseudoevaluación mediatizada, mimetizada e ideológica. La legitimación no se logra a partir de un diagnóstico objetivo que desaparece, sino de una evaluación ideologizada que aparece. El discurso estatal con su ropaje literario, económico, político o cultural, exalta la eficacia y la eficiencia. Es la nueva actitud frente al problema. Es decir, el discurso interpela a la sociedad para enfrentar la constelación de problemas con una nueva actitud, acciones y comportamientos sociales, impregnadas de eficiencia y eficacia como única posibilidad de solución a los problemas del partido, el sindicato, la universidad, etc. La sociedad debe ser eficiente en el nuevo mundo neoliberal.

El problema, a diferencia del pasado, aparece dotado de otra personalidad, como problema - razón de Estado; de ahí que la sociedad con sus acciones colectivas no pueda ni deba ahondar el problema, porque es una situación que afecta al Estado. El discurso le dice y le pide a la sociedad que ya no puede seguir demandando al Estado la satisfacción de sus necesidades, porque ahonda el problema, debe conformarse con lo que el Estado pueda ofertar. La sociedad si demanda está en contra del Estado. En este sentido, el discurso pide sacrificio a la sociedad, debe entender que el Estado no puede atender la demanda, porque tiene otra prioridad: la sobrevivencia. El discurso se viste de subsistencia nacional, económica, etc. Se trata de salvar al país cuando en realidad se desmorona. Lo dramático es que arrastra a la sociedad hacia la sobrevivencia, no hacia el bienestar, en ello radica el sacrificio.

Las políticas de ajuste acuden, entre otros recursos, al discurso para desactivar la demanda de actores y sujetos sociales, apelando a la razón de Estado discursiva: la sobrevivencia, no a la razón real que es el poder absoluto: primero tiene que sobrevivir el país, luego se atenderán las necesidades, pretensiones y proyectos empresariales, religiosos, partidarios, de la oposición, de la universidad, etc.

El modelo fragmenta el problema y la sobrevivencia societal misma en económica, política y cultural, y al seno de cada una de ellas tantas como las posibilidades de la vida cotidiana societal permitan. El discurso fluye con argumentos banales pero eficaces al

lograr la legitimidad de las políticas de ajuste. El modelo al fragmentar, neutraliza el problema y el conflicto y garantiza la subsistencia.

Fragmentar quiere decir que la sociedad no debe darse cuenta de la atomización y dispersión del problema: el opositor puede ser al mismo tiempo desocupado y deudor; es necesario fragmentarlo como desocupado en un espacio y como deudor en otro distinto; fragmentar su problema económico y su problema político. Un espacio no puede invadir el otro. El actor y sujeto social no puede concentrar el problema como suma de problemas. En otras palabras, el modelo fragmenta las demandas diferenciándolas y aislándolas.

El modelo al dismantelar y fragmentar la vida societal desarticula los intereses, ya no existe como en el pasado, el interés proletario, campesino o empresarial en abstracto. La fragmentación estratifica y genera nuevos actores y sujetos sociales, correspondiendo a cada estrato y a cada actor y sujeto un interés particular. Este proceso convierte los intereses irreductibles en reducibles y, por tanto, en controlables. Es decir, la demanda como constelación de demandas se reduce e incluso algunas de ellas desaparecen, se estrechan los niveles de los intereses.

La demanda de salario básico o mínimo, seguro social, contrato colectivo, educación, vivienda, por ejemplo, eran irreductibles. Hoy ante la pobreza y el desempleo se vuelven reducibles y para algunos dejan de existir como reclamo. La demanda irreductible se movía en el marco de la necesidad social: de calidad de vida, de bienestar. Hoy el modelo le otorga un nuevo origen a la necesidad: la subsistencia. La desagregación de sobrevivencia y de los intereses, se convierte en el mecanismo disciplinador de la vida societal. La nueva necesidad es el espacio de la disciplina que define el comportamiento de la demanda; por ejemplo, ya no será contrato colectivo, salario justo, sindicalización, ni a cada quién según sus necesidades, ahora la demanda es trabajo. La fragmentación de la supervivencia y los intereses modifican las necesidades sociales disciplinándolas en demandas viejas y nuevas totalmente fragmentadas y despolitizadas, que no interfieran con el curso del modelo.

En la transición y el desorden asistimos como sociedad a tres modalidades de fragmentación: de la sobrevivencia, los intereses y de la demanda. Las tres modalidades generan un nuevo patrón de acción colectiva y de movilización social que rompe con el

viejo patrón. En su mayoría la movilización aparece despersonalizada y despojada de su contenido político, donde en pocas ocasiones se apela al interés general concentrándose en el interés de grupo, es decir, en el interés particular fragmentado.

Desaparecen como norma las características del viejo control estatal y del terrorismo de Estado, lo cual no quiere decir que esporádicamente se acuda a él: el enfrentamiento y la represión ejército - sociedad o policía - sociedad o seguridad nacional - sociedad. El Estado enfrenta el problema y el conflicto de otra manera: lo enfrenta fragmentándolo.

5. En la transición la masa, sin ser tocada directamente por el Estado, se incorpora al nuevo patrón de acción colectiva y movilización del modelo. Se ve obligada, sin que se dé cuenta, a introducirse en la fragmentación viéndose enfrentada a una serie de condicionamientos. El primero es la presión del tiempo, esto quiere decir que el tiempo actual de la transición es angustiante, de sacrificio y de sobrevivencia; que llena todos los espacios de la vida económica, política y cultural. Es un tiempo que se impone. En el desorden irrumpe la presión del tiempo, en el pasado era la presión de la revolución, del socialismo, del comunismo. Hoy desaparece el contenido socialista, el revolucionario y la lucha antiimperialista. Ahora simplemente es la presión del tiempo de la sobrevivencia como el nuevo sentido de la acción colectiva y la movilización de la masa fragmentada. La sociedad queda aniquilada como espacio portador del cambio, es el segundo condicionamiento, ahora el portador del cambio y la transformación es el modelo.

Al irrumpir el tiempo en la preocupación de la masa, no como tiempo revolucionario sino de servidumbre, la sociedad fragmentada queda como tal aniquilada, derrotada. El aniquilamiento de la masa quiere decir que se altera significativamente su rol o papel constreñido sólo a la sobrevivencia, sin injerencia en la construcción del futuro. El desplazamiento, provocado por el aniquilamiento de la masa, de la esfera de la política a la vida cotidiana, del interés general al de grupos particulares, de lo público a lo privado, significa para el modelo que el problema a sido desarticulado y el conflicto controlado.

La masa se ve obligada a ingresar a la fragmentación, a la desarticulación del problema que le dio fundamento, presencia y existencia; este es el tercer condicionamiento. Un ejemplo: la guerrilla como forma de acción colectiva y de movilización, en el pasado tenía dos opciones, continuar con la guerra y triunfar o desaparecer. Ahora el modelo le

asigna otro papel, la conduce al marco legal y jurídico, la convierte en interlocutora en un supuesto proceso de negociación, o en partido y con ello la fragmenta, neutralizándola y controlándola.

Para el modelo, las acciones colectivas y movilizaciones deben desempeñar un nuevo rol y papel, no en un marco ilegal, deben colocarse en el marco convencional y legal para obtener legitimidad al seno de la vida societal. Deben construir una nueva identidad con base en la aceptación de la sociedad fragmentada en múltiples identidades. Ya no es el problema, la situación que generó las acciones colectivas y las movilizaciones, sino la legitimidad y la legalidad lo que les da su fundamento, presencia y existencia; este es el cuarto condicionamiento del modelo.

El modelo al reformar el sistema político crea uno nuevo, abierto y ensanchado, con nuevos mecanismos de mediación. En el pasado el único mecanismo de mediación era el partido, cerrando el espacio a aquel que accedía al poder y al aparato estatal de gobierno. Hoy el nuevo sistema político establece una nueva relación sociedad - Estado, utilizando al partido como principal mecanismo de mediación y abriendo el espacio a los partidos independientemente de su color, bandera y filiación ideológica, como sinónimo de democracia. A la vez, genera otros mecanismos de mediación y de acercamiento al conflicto: mesas de diálogo, organizaciones no gubernamentales, donde la guerrilla, los grupos de presión y de interés, las organizaciones y movimientos sociales “dialogan” con el sistema político.

La apertura de espacios y su ocupación es la única posibilidad de que las acciones colectivas y movilizaciones sociales logren obtener la legitimidad y reconocimiento estatal. Esta obligación de interacción con el sistema político es el quinto condicionamiento del modelo.

La sociedad se enfrenta al sistema político como fragmentación, ya no como masa con grandes organizaciones y movilizaciones aglutinadoras de un amplio número de actores y sujetos y clases sociales. Ahora como masa fragmentada la enfrenta como organización y movilización parroquial de un interés concreto y bien delimitado.

Los condicionamientos del modelo y su mando son imposiciones que le permiten el control del conflicto sin acudir a la represión y el enfrentamiento directo, son

mecanismos sutiles y finos que permiten gobernabilidad y creación de orden en el desorden. Constituyen el espacio fundante del futuro y su tránsito.

7.3. El ritmo de la decisión

La gerencia estatal se da en el marco de la transición, de la reorganización societal. Cada uno de los supuestos conceptuales del modelo, su búsqueda y su viabilidad recaen en la gerencia estatal.

La gerencia estatal parte de dos conceptos inherentes a toda sociedad: la decisión y el conflicto, íntimamente vinculados. En el pasado la decisión fue producto del consenso, de la correlación de fuerzas, de la negociación impuesta o democrática, de un interés de clase, de una voluntad política; a partir de esta situación se construyeron e implementaron los planes, programas y políticas estatales. Ahora, todo esto desaparece, la decisión es producto del poder no del consenso, ya no hay debate, consulta, sólo se decide y la sociedad se enfrenta a las decisiones.

La decisión obliga a una aceptación porque es impuesta y no hay espacio, actor o sujeto con el cual la sociedad pueda quejarse. La decisión se convierte en un instrumento de control, de disciplina que para ser eficiente requiere de una aplicación contundente sin marcha atrás ya que está dotada de una racionalidad y una lógica pragmática. La decisión tiene un ritmo, no se detiene ante los costos sociales, carece de sensibilidad y de propiedades humanitarias. El ritmo de la decisión permite al modelo ubicar los problemas coyunturales, estructurales e históricos asignándoles un espacio, un límite y un ritmo para fragmentarlos, manejarlos y administrarlos. La decisión al imponerse no toma en cuenta las preferencias y necesidades y demandas de los actores y sujetos sociales.

A través del ritmo de la decisión la gerencia estatal construye un soporte económico, político y cultural discursivo y teatral. Pero también, un soporte que le permite confrontar y cotejar el ritmo de la realidad del problema con el ritmo de la decisión y su aplicación. Un soporte constituido por mecanismos de medición, control y administración rítmica de resultados y obstáculos, de costos, riesgos y beneficios. Es un soporte que asemeja un termómetro para visualizar las consecuencias favorables o

desfavorables y posibilitar la rigidez o flexibilidad del ritmo, el límite y el espacio de la decisión.

Tradicionalmente la decisión implicaba destinatarios, actores y sujetos sociales. Hoy la decisión es vista en función del modelo. La voluntad política se subsume de manera contundente e implacable a las necesidades neoliberales, ya no cuenta la voluntad de la burguesía o del proletariado, la única voluntad que prevalece es la del modelo.

Por ello es que el modelo aparece dotado de voluntad, cobra vida y de objeto se transforma en sujeto con opinión y mando. Pero al mismo tiempo, al igual que el Estado, encargado de implementarlo, aparece dotado de inmunidad. Porque, aunque tiene vida, también posee invisibilidad, la sociedad no puede reclamarle. El deterioro de la vida societal tiene un culpable, acierta a percibir y a decir la sociedad: el modelo, sin embargo, ¿dónde está, quién es, a quién se le reclama y se le pide cuentas?

La decisión incorpora mecanismos y propuestas con un ritmo para modificar algunos o todos los elementos constitutivos de la sociedad. El ritmo dependerá de los objetivos escalonados en planeaciones de corto plazo. En el pasado el corto plazo implicaba un tiempo de un año, el mediano plazo de dos a cinco y el largo plazo más de cinco. Para el modelo la planeación a corto plazo se mide en meses, de dos a tres, e incluso en semanas. El tiempo se somete a los objetivos.

El ritmo puede ser suficiente o insuficiente, depende de las necesidades del corto plazo y de la ubicación de objetivos y su medición, antes, durante o después del hecho. Con la medición la gerencia estatal puede seleccionar opciones: incrementar o desacelerar el ritmo según las necesidades del modelo. Se crea un campo específico, producto del ritmo, no de la confrontación o de un proyecto alternativo, que busca aminorar el impacto de la decisión.

El campo tiene límites proporcionados por el modelo, por ello la decisión no puede ir más allá del modelo. El límite hace que el conflicto se desvanezca, el conflicto carece de validez en sí mismo, lo que importa es su impacto y su curso; porque pueden obstaculizar el ritmo de la decisión. El impacto, el curso y su trayectoria deben controlarse en una escala que va de la movilización, trayectoria ascendente, a la inmovilización, trayectoria descendente.

Controlar implica manejar las redes, cadenas y posibilidades presentes y potenciales de movilización de los actores y sujetos sociales, sus recursos y su relevancia. La manipulación de los factores obstaculizantes de los objetivos provoca la probabilidad inicial y futura, combinando la trayectoria ascendente o descendiente del conflicto, de la previsión, de preparar con anticipación y prevenir los costos y riesgos, garantizando la viabilidad de los objetivos y su eficiencia. Es decir, sus resultados. Hasta aquí, el modelo genera, como ingeniería social, una “situación”, un tipo particular de vida societal, un escenario deseable, viable y posible, un escenario prototipo.

La previsión se basa en el soporte de la medición, pero ésta puede fallar; con la aparición del error la realidad ingresa al “escenario neoliberal A”, es decir a una vida societal que ya no es la del prototipo neoliberal. El error es resultado de la gerencia estatal como operadora del modelo. El error es imputable al ejecutor no al modelo, puesto que él considera también en su concepción los riesgos de la previsión, es decir, el error.

Las consecuencias del error en la medición afectan la capacidad para aplicar con un ritmo el plan de operaciones; afecta también la capacidad para implementar con velocidad y certeza el manejo de la trayectoria; con el error se confunden los problemas estructurales y coyunturales; no se pueden encadenar con precisión los tiempos del plan. Al fallar los cursos de acción de la gerencia estatal los riesgos aumentan y su control y administración se reducen: surgen formas nuevas de presión societal que no caben en los espacios asignados y se desbordan, resquebrajando los límites. Incrementan su potencialidad las contratendencias; surgen adversarios inimaginables al modelo; las zonas y espacios insensibles se convierten en sensibles, en eslabones débiles; lo real se pone en entredicho, el modelo aparece con un límite, un principio y un fin: el futuro desaparece y el presente adquiere relevancia, irrumpe la intimidación y la represión; el desorden se perfila y desborda hacia el caos y surge el conflicto y la movilización sin control.

7.4. Control y administración del desorden

El modelo, contempla el error de la previsión de su operante, diseñando, controlando y administrando escenarios que constituyen distintos caminos y vías para la consecución

de sus objetivos, es decir, para hacer frente a la situación de la vida societal del escenario A.

El desorden transicional neoliberal modifica el tiempo político de la planificación, desaparecen los planes gubernamentales a largo y mediano plazo: los programas sexenales, por ejemplo, carecen de sentido. Al desaparecer el programa gubernamental de largo y mediano plazo se impacta, quedando relegados, el salario, las demandas, la negociación de contratos colectivos, el transporte, la canasta básica, etc.

En el neoliberalismo el corto plazo equivale a dos o tres meses o a pocas semanas, y la sociedad debe adaptarse a ese tiempo y ritmo. La irrupción del corto plazo persigue disminuir la posibilidad de error que se incrementa con la planeación a largo y mediano plazo.

A pesar de la invasión de la planeación estratégica a corto plazo, el error subsiste. El error oscurece la realidad, debido a la velocidad de los acontecimientos: la realidad se transforma en un nido de sorpresas y la sociedad se pregunta e imagina las sorpresas. Con el error se magnifica la ignorancia; cómo entender lo que sucede en la vida societal si el tiempo político es otro y los actores y sujetos sociales deben encararlo como un problema de individuos y no de colectividades; cómo enfrentar este tiempo político con los viejos instrumentos de análisis. El tiempo achicado condiciona la actuación de los sujetos y actores sociales y a los cursos de acción de la gerencia estatal, volviéndose en su contra. Para la mayoría de los actores y sujetos sociales resulta difícil ubicarse en esta nueva situación, porque se requiere de respuestas y acciones inmediatas y de definición de prioridades con estrategias para enfrentar al tiempo achicado, ritmo que es exigido por el modelo y al cual no estamos acostumbrados.

Como resultado del error surge un espacio de negación en la gerencia estatal. La decisión de hoy, que siempre se formula sin la apelación al consenso y la consulta societal, es negada mañana, incrementando la ignorancia y la incertidumbre en el seno de la sociedad y del aparato gubernamental. Con el error, los objetos con vida, ahora convertidos en sujetos, como son el mercado, la bolsa de valores y los medios de comunicación; incrementan su presión sobre la vida societal y alteran los indicadores más visibles dando una visión de que nada es controlable.

Ante el tiempo que se achica, los actores y sujetos sociales lo enfrentan desnudos, despojados, fragmentados y desvanecidos con comportamientos edificados en acciones de mediano y largo plazo que no caben en el corto plazo neoliberal. Enfrentan tres situaciones: una nueva oportunidad desfavorable ante la que hay que dar una respuesta inmediata; la amenaza económica, política y cultural, siempre presente con una agresividad inaudita que los carcome y que muchos de ellos no perciben, como tumores malignos que crecen ocultos; y nuevos problemas no previstos o considerados por ellos que afectan su cotidianidad. Surge ante su presencia una compleja realidad que no pueden controlar, entender ni explicar. Es una realidad construida fuera de su vida y en la cual no pueden participar.

La gerencia estatal ante la presencia del error está obligada a cuantificar y cualificar para controlar y administrar los cursos de acción de la implementación, rediseñando y corrigiendo sus estrategias para encausar el error. El modelo obliga a la gerencia estatal a introducir un sistema cuantitativo para medir el número de probabilidades concretas para modificar el cuadro de la realidad; debe evaluar el hecho de que tales probabilidades existan realmente; requiere conocer la viabilidad de las posibilidades en las dimensiones económica, política y cultural; el número de probabilidades y efectos de la viabilidad de la posibilidad, es decir, lo probable; y el grado de certeza o de incertidumbre de las posibilidades concretas para que no deriven en caos.

El modelo obliga también a la gerencia estatal a introducir un sistema cualitativo contemplando factores de control y administración de la eficacia, pertinencia y oportunidad de las medidas, porque están obligadas y destinadas a no agravar el estado de cosas.

El sistema cuantitativo y cualitativo tiene como objetivo ampliar el tiempo político, para canalizar al error, eliminándolo y así recuperar la normalidad volviendo a achicar el tiempo, para regresarlo al escenario prototipo del modelo. Si el error persiste, la realidad adquiere un nuevo rumbo, ello explica los vaivenes y contradicciones aparentemente sin lógica de las políticas gubernamentales y las variaciones y errores futuros son incontrolables y la realidad se perfila hacia el caos societal donde el reino de la incertidumbre es absoluto y el futuro inexistente.

El sistema cuantitativo y cualitativo de la gerencia estatal deben ser acompañados de un plan de operaciones hacia la búsqueda de la legitimación de las nuevas medidas correctivas. Es una legitimidad que no se basa en el consenso y la negociación real. El plan de operaciones oculta su objetivo e implementa en su discurso la apelación al consenso, la consulta ,y monta negociaciones y firmas de pactos como teatralidad estatal. La legitimación de las medidas busca el consenso, pero no es el de la masa, es el de los actores y sujetos inscritos en el espacio de la gerencia estatal: la fuerza armada, el sector empresarial, la iglesia, etc. El consenso es de pocos, uno o dos actores, no de la sociedad. El consenso societal no existe, por eso la sociedad es una sociedad sorprendida en un mundo de sorpresas.

El sistema de la gerencia estatal también debe acompañarse de un plan de operaciones de control del conflicto desbordado, negociando, pactando y dialogando directamente con los movimientos y acciones colectivas por un lado. y manejando la trayectoria de la movilización ascendente, por el otro. Frenando, descalificando, desmantelando e incluso eliminando por medio de la represión a otros movimientos y acciones colectivas, manejando la trayectoria descendente de la movilización.

El plan de operaciones de legitimación y el de control del conflicto desbordado se acompañan a su vez de un plan de operaciones de presión societal. Su objetivo es el manejo de la información en los medios de comunicación, magnificando o no los acontecimientos, manejando mensajes fragmentados, etc., aumentando de manera controlada y administrada, tanto la ignorancia como la incertidumbre.

Sin embargo, en todo este proceso puede surgir nuevamente el error, impidiendo canalizar a la vida societal hacia el escenario prototipo. En esta situación la realidad ingresa al umbral del escenario A; es decir, a una nueva situación, porque se toma en cuenta el problema en su complejidad pero no se mide correctamente el tiempo de su procesamiento o se toman decisiones sin el procedimiento adecuado por la presión del tiempo; estamos frente a un error de previsión. El error puede ser de reacción: no se procesan los problemas o se minimiza la complejidad de los problemas. Puede ser por un error de descontrol: los problemas no se captan en su momento o simplemente no se perciben o se toma la decisión y el problema ya pasó. Y, finalmente, por un error

estratégico, que es el error de mayor alcance: cuando las decisiones no corresponden a los problemas.

Los cuatro errores señalados tienen su origen en un deficiente procesamiento de la gerencia estatal en la medición o cálculo de la utilidad económica, política y cultural de las medidas, privilegiando una medición tecnocrática en sí misma, subordinando otros criterios, rompiendo el ritmo y el espacio del tiempo político.

Los riesgos y costos del error en el procesamiento se traducen en la polarización y falta de encadenamiento entre lo económico, lo político y lo cultural y la polarización al interior de cada ámbito, en la sobrevaloración de alguna variable o indicador. Con todo esto, la gerencia estatal penetra al campo del barbarismo decisional: decisiones y acciones tomadas e implementadas sin cálculos, mediciones ni utilidad.

En esta situación el desorden y la incertidumbre se exageran y tienden a ser absolutos, retrasando la transición. Es una situación en que el barbarismo decisional producto de la parcialidad de la visión de la realidad, del inmediatismo y de la prisa desmesurada, se convierte en el criterio único, que es siempre improvisación, aumentando el espacio del error estratégico.

El barbarismo decisional tiene consecuencias en las políticas de Estado y en la capacidad de gobierno. El Estado envuelto en el barbarismo ve afectada su esencia estatal: su nueva razón. Es una situación dramática en donde nadie es responsable de la situación. Empieza a generarse un proceso de ingobernabilidad creciente.

Cuando esta situación invade a la gerencia estatal, la velocidad de los acontecimientos se acrecienta: la hora equivale al año. El vértigo y la rapidez de la información y la desinformación, al mismo tiempo, se disparan y aplastan a la sociedad. Los acontecimientos cobran vida independientemente de los actores y sujetos sociales. A nadie preocupa la calidad y cantidad de la información, surge la espectacularidad desbordada que opaca a la teatralidad estatal. Todo esto se traduce en un clima de tensión, la sociedad ingresa al campo de la espectacularidad y vive la tensión creada por el campo del control y la administración ineficientes. La vida societal depende de los acontecimientos que no controla ni entiende: la sociedad vive el sufrimiento de sujetos como la moneda o la bolsa.

El barbarismo decisonal, conlleva riesgos y costos. El tiempo real desaparece, la frontera o límite del tiempo político se pierde. El Estado se pone en entredicho, se inaugura una senda de degradación institucional y de gobierno; la gerencia estatal se empantana y no acierta por donde empezar para controlar y administrar nuevamente el desorden y la transición Si en esta situación de umbral del escenario A, surge nuevamente el error la realidad ingresa al escenario B, a una vida societal distinta a la del umbral del escenario A.

Los nuevos errores traen consigo nuevos riesgos y costos:

1. Resquebrajamiento de la sociedad.
2. Afloran pautas de identidad negativa: consultas al humo, tarot, grupos ultraradicales, movimientos milenarios, bandolerismo social, mafias, sectas, etc. Surge la negación frente al resquebrajamiento, invadiendo la vida societal en términos de comportamiento anómicos para el modelo.
3. Irrumpen peligros imaginarios e inexistentes, la sociedad imagina peligros próximos. Surge la imaginación de la sociedad y se refugia en el peligro: desabasto de alimentos básicos, golpes de Estado, planes de choque, invasiones militares, devaluaciones, esterilizaciones masivas, guerras civiles, etc. La sociedad se incorpora inconscientemente al tiempo corto de manera no racional.
4. Nada es importante en estas circunstancias, salvo quizá el momento mismo, ni el pasado ni el futuro, sólo el presente más inmediato.
5. Se desborda lo económico, lo político y lo cultural surgiendo comportamientos no controlables como la delincuencia, aparece el desconocimiento de la institucionalidad, surgen espacios de reivindicación del poder y poderes paralelos como el narcopoder y la demanda de autonomía de los actores y sujetos sociales.
6. En el desbordamiento económico el mercado se fragmenta en mercado paralelo, negro, oficial, etc. El mercado no tiene, en estas condiciones, el pleno control del proceso.
7. Surgen procesos de desintegración: no caben los procesos electorales o se posponen, por ejemplo. Los espacios de orden creados en el desorden se achican, se desintegran y tienden a desaparecer.

8. Se asiste a una situación de excepción donde el Estado de derecho se subsume en los acontecimientos.

9. Finalmente, pero lo más trascendental, es la irrupción de la sobrevivencia, ya no discursiva sino como necesidad estatal; como una dramática y real necesidad para la nueva razón de Estado. El límite se esfuma y el proceso parece ilimitado, interminable.

En un contexto de sobrevivencia, el barbarismo decisional se exagera ante la desesperación, la incertidumbre y el desorden que ahora invaden al Estado, reapareciendo el error y con ello la realidad ingresa al umbral del escenario B. La sobrevivencia estatal obliga al Estado a ubicarse en el nuevo tiempo que ya no controla, vencer al gran ganador: el tiempo político que ha derrotado a la sociedad, al gobierno y al propio Estado. Pero en el espacio del intento de la ubicación el error puede reaparecer; de ser así el modelo implementa una medida radical para devolverle a la gerencia estatal y así mismo el control y la administración de la transición en esta situación la realidad ingresa al escenario C.

En este escenario sólo cabe un acuerdo nacional para empezar de cero: caso Italia; o repensar el Estado - nación: caso Uruguay, con nuevos costos y riesgos: desintegración nacional (caso Canadá); desintegración de identidades y guerra civil (caso Yugoslavia); redefinición del campo político: dos ejecutivos y dos legislativos (caso Bélgica). El acuerdo nacional repensando al Estado - nación es la única alternativa, para evitar la muerte estatal, es el espacio cero, pensado por el modelo como un pacto social para empezar a construir la vida societal a partir del escenario prototipo neoliberal.

El neoliberalismo al repensar al Estado, no parte de lo cotidiano y de sus múltiples problemas, ni del pasado histórico; ambos espacios desaparecen, se edifica en el marco del modelo neoliberal, reapareciendo una constante: el futuro.

Es el porvenir que se achica invadiendo contundentemente el presente: es el tiempo real ubicado en el presente. Es, en otras palabras, un traslado de la promesa de construcción de una sociedad ya no en el futuro sino en la urgente necesidad del presente.

El modelo establece un compromiso, no con el crecimiento económico ni con los problemas que aquejan a la sociedad, sino con el desbordamiento, el no control y la no administración. El modelo le solicita una tregua, es un pacto de paz incondicional de sacrificio estatal y de la sociedad.

Para el modelo el pacto se convierte en una condición, en un requisito estratégico para entrar en la ruta y recomponer el tiempo político modificándolo, ampliándolo en ritmo, espacio y límite, aminorando los costos y los errores. Es decir, para poder controlar y administrar la propia tregua. De no ser así se ingresa a una espiral descendente hacia el caos y el no futuro.

El pacto implica un nuevo sentido de pertenencia que debe ser asumida, ningún actor o sujeto social puede romperlo, modificarlo o evadirlo, es condición de refundación y viabilidad constructiva del futuro.

En el pacto están presentes, con mayor violencia y agresividad, los procesos de desmantelamiento y fragmentación, su ritmo se intensifica como condición para el aceleramiento de la construcción del futuro - presente.

Es un pacto de Estado, donde la gerencia estatal asume medidas verticales, antidemocráticas y hasta dictatoriales sin el ropaje de la teatralidad estatal. Donde la polarización extrema de la sociedad es condición necesaria. Es una situación donde la activación de la trayectoria de la movilización descendiente es crucial y es una tregua no administrada por la sociedad.

Es un pacto donde están presentes la inestabilidad, el desequilibrio y el conflicto pero sin rostro. El modelo desaparece en su discurso también los problemas como si la sociedad no viviera con ellos. Tampoco existen las soluciones pensadas por la sociedad, son intrascendentes. Los pocos espacios de expresión existentes se cierran, no hay cabida para los mítines, huelgas o manifestaciones. La demanda se cancela y la oferta aparece como el espacio de fundamentación y perfeccionamiento del modelo y, por tanto, se anulan los derechos o se postergan: salud, educación, vivienda, etc. Por ello la tregua es incondicional, la sociedad debe asumirla sin esperar solución a sus problemas.

El pacto crea un nuevo tiempo político, que es el requerido por el modelo para la reconstrucción que supone actores y sujetos sociales capaces de asumir construyendo y apropiándose de la tregua. Es decir, el modelo necesita y condiciona a la sociedad a lo inanimado, que la vida societal siga su curso rutinario como una maquinaria sin problemas de funcionamiento, donde cada actor y sujeto social cumplen la función asignada por el sistema.

Pero el pacto puede fallar, en tal caso la realidad ingresa al umbral del escenario C. Al aparecer nuevamente el error en la gerencia estatal, donde el equilibrio y la estabilidad se rompen y los costos sociales no pueden controlarse ni administrarse, llevan a la realidad a una nueva situación de desbordamiento.

En un contexto cercano al caos, aflora la amenaza y la sanción colectiva de la gerencia estatal hacia la sociedad en el seno de ella misma. Desaparecen las imágenes de confianza y de credibilidad. La nueva realidad se impone, es la realidad que define su propia realidad. El modelo pierde su voluntad y su capacidad de control y administración. Es una nueva situación que hace que el mercado sea independiente, donde no cabe ni la gerencia estatal ni la sociedad. Un mercado que puede funcionar arribando a mecanismos irracionales.

La sociedad se ve obligada a adaptarse a la nueva situación, sin una alternativa posible. Desaparece la posibilidad de pronóstico y de planeación. Desaparecen las posibles soluciones asumiendo la no solución. La gerencia estatal elimina en su discurso la macrofundamentación surgiendo en su lugar la microfundamentación.

En este marco, la sociedad fragmentada actúa como un conjunto de actores y sujetos sociales que no respetan, escuchan, ni están interesados en conocer o identificarse con los intereses de los otros; cada quien actúa con base en sus propios intereses como única posibilidad de asumir y adaptarse a la nueva realidad.

Las teorías sociales universalmente conocidas desaparecen, aflorando un nuevo pragmatismo de carácter utilitario. Se asiste a una despersonalización de los sujetos y actores sociales. En la tregua forzada estaban obligados a aceptar un comportamiento como simples instrumentos del pacto; ahora destruidos y aniquilados enfrentan una posibilidad de construcción societal fuera de la camisa de fuerza neoliberal. Pero su fragmentación, desdibujamiento y debilidad bloquean la posibilidad transformándola en imposibilidad.

Surgen los diagnósticos de actores y sujetos sociales fundamentados en la cotidianidad y en el presente más inmediato, limitados por el espacio fragmentado que ocupan. Son diagnósticos condicionados por la nueva situación, nadie puede salirse de esos campos restrictivos. La sociedad está obligada a asumir comportamientos de acuerdo a la nueva realidad, acciones colectivas que se ligan con el presente inmediato, no con el futuro que

en estas circunstancias se ha desvanecido. Aparece un nuevo factor común en la heterogeneidad de los actores y sujetos sociales: la tendencia a comportarse y concebir la realidad, que se presenta como inaccesible ante ellos, con base en el presente inmediato. El umbral del escenario C tiene un límite, el error puede aparecer nuevamente, obligando al modelo a la implementación de una política de choque para contener el desbordamiento y encausar el control y la administración de la gerencia estatal, hacia el escenario prototipo o hacia cualquiera de los otros escenarios con el objetivo de volver siempre al escenario prototipo. Mientras dure el plan de choque, la vida societal vive una realidad de escenario D .

En esta nueva situación aflora, poniéndose en evidencia, la debilidad gubernamental y de los actores y sujetos sociales. Los límites antes ocultos aparecen visibles, los comportamientos de la vida societal están claramente delimitados, pero son fronteras infranqueables; quienes transgredan los límites son conducidos nuevamente al espacio asignado o eliminados.

Lo anterior obliga a la gerencia estatal a una severidad en la implementación de las decisiones, combinando cursos de acción gubernamental verticales y abiertamente coercitivos para garantizar la seguridad del cumplimiento de los objetivos del plan de choque, controlando y contrarrestando comportamientos adversos; e implementando una disciplina férrea y rígida de la sociedad en función de las reglas de comportamiento exigidas por el plan de choque. Los indisciplinados son declarados enemigos de la realidad y, por tanto, son controlados o eliminados.

El plan de choque convierte los peligros inexistentes de otros escenarios en reales: devaluaciones, desbaste de productos básicos, cambio de moneda, desempleo masivo, inflación galopante, etc., lo cual agrava la situación de sacrificio de la vida societal. La sociedad entra nuevamente en el redil neoliberal, en una situación de mayor desventaja y sumisión: el pueblo vota pero no elige.

Cualquier futuro hipotético o alternativo es producto concebido del enemigo; cualquier alternativa es producto de la imaginación, no caben los proyectos y propuestas de actores y sujetos sociales. La sociedad no debe actuar, pensar u opinar. En esta situación surge el campo de las condenas y sanciones a aquellos enemigos de la realidad. El plan de choque magnifica al mercado, su objetivo es su restablecimiento, es el único espacio

que permite el retorno a los escenarios A, B, o C, o a sus respectivos umbrales o al escenario prototipo, garantizando así la construcción del futuro.

Un plan de choque puede fallar cuando la gerencia estatal incurre nuevamente en el error. De ser así se ingresa, una vez más, a una nueva situación muy cercana al caos; la realidad penetra en el umbral del escenario D.

En este contexto prevalece el desorden en el desorden. Es decir, no existe posibilidad alguna de planificación estratégica y, por tanto, de control y administración del desorden ya desordenado, convertido en caos societal.

En el umbral del escenario D la vida societal se caracteriza por procesos de desintegración de la sociedad que derivan en procesos de pulverización e inanición societal: los partidos se dividen en múltiples fracciones, por ejemplo; procesos de desintegración territorial del Estado - nación, en que partes constitutivas ahora buscan su independencia como países; pérdida de identidad y pertenencia, donde países o partes de ellos buscan la anexión o formar parte de otros países; pérdida total de los mecanismos de control estatales: los cuerpos policíacos y de seguridad salen a las calles manifestándose y/o viven en una permanente guerra entre sí; desestructuración institucional del Estado: ya nadie paga impuestos, no hay seguridad ni justicia al no funcionar los aparatos responsables; desestructuración del poder estatal transferido a otros espacios: narcopoder; el ejercicio democrático desaparece: las elecciones no se llevan a cabo o se posponen; surgen otros espacios de interés vinculados a la sobrevivencia: motines y saqueos generalizados; se aniquila el espacio político como práctica de la política: surge la cultura de la violencia en todos los niveles y rincones de la vida societal; todo conflicto adquiere carácter de violencia cruenta; la violencia adquiere carácter de espectacularidad.

Ante este panorama, sólo le queda al modelo acudir al autoritarismo absoluto, que puede llevarse a cabo a través de un golpe de Estado, como último recurso estratégico que le permita retornar a la realidad del escenario prototipo o a cualquiera de los escenarios o umbrales y recomenzar la administración y el control del desorden transicional.

El autoritarismo absoluto implica transformar el desorden desordenado en un desorden ordenado que se plasma en todos los niveles de la sociedad. La salvación nacional pasa a ser el objetivo prioritario para la gerencia estatal y a partir de esto se define la

planeación estratégica del modelo neoliberal. La nueva racionalidad basada en términos de salvación nacional es sinónimo de control y administración total: cero manifestaciones, peticiones o declaraciones. Se trata de una concesión total y absoluta que la sociedad se ve obligada a conceder al Estado. El modelo neoliberal impone un nuevo contrato social, exigiendo a la sociedad pulcritud, en términos de comportamiento y sumisión, como el único camino que posibilita a la vida societal su acceso al futuro.

Conclusión

El modelo neoliberal, como hemos visto, pretende ser una ingeniería social que, a partir del logos construya el devenir futuro del ser. Los escenarios fueron planteados de manera descendente pero es evidente que el modelo, en su versatilidad, juega con ellos de una manera mucho más compleja. Poner en evidencia, como ya lo hemos dicho, las maquinaciones e inherente perversidad del modelo, sus efectos y consecuencias, quizá haya incomodado profundamente al lector. A pesar de lo desagradable y repugnante de sus pretensiones, creemos que la vida societal contemporánea nos muestra que ha alcanzado avances significativos. Si el modelo se impone logrando con ello llevarnos hacia el futuro que busca consolidar, estamos hablando de una realidad dramática, terrible e inédita; recordemos que la historia nos enseña que muchos pensamientos únicos, como es este modelo, se han instalado y consolidado en distintas épocas y en distintas sociedades. Lo terrible del neoliberalismo, a diferencia de esas experiencias, es que el modelo lo está haciendo a nivel mundial. Una pregunta clave es si el control y administración de la transición se está llevando a cabo de manera absoluta; de ser así no existe alternativa posible. Estamos convencidos de que la pretensión del modelo, de tener presentes y poder manejar los errores y las probabilidades, se topa con problemas. Su pretensión de omnipotencia y omnipresencia, ante la vitalidad de la vida societal que quiere controlar y administrar, se ve menoscabada. Ciertamente, aunque el modelo controla y administra no lo está haciendo de manera absoluta, esto abre una posibilidad, una grieta. El modelo no puede cantar victoria, pero tampoco lo podemos hacer los que estamos en su contra. De algo más estamos convencidos, ensanchar la grieta implica conocer al enemigo, conocer al modelo a profundidad, despreciarlo, como muchos lo

hacen, catalogándolo de simple ideología o utopía constituye un grave error que sólo beneficia al propio modelo.

CONCLUSIONES

Las conclusiones están organizadas en tres apartados que corresponden a la primera parte y primer objetivo, le siguen los pertenecientes a la segunda parte y segundo objetivo y, finalmente, los que se desprenden del texto en su conjunto.

I

1. El devenir del ser y el devenir del logos en nuestro mundo contemporáneo están caracterizados por su velocidad, profundidad y complejidad constituyendo una vida societal inserta en una era de transición. Un momento histórico en el que la transitoriedad, la novedad y la diversidad se acentúan como producto de un cambio con ritmo y aceleración distinta a otras etapas de la historia. Un momento en donde el universo de la posibilidad explicativa se descentró para buscar nuevos caminos. Un momento donde, como tendencia, el discurso teórico se apega cada vez más a las realidades que componen la vida societal actual.
2. El análisis metateórico nos demuestra que el devenir del ser siempre se mantiene adelante del devenir del logos y que la búsqueda multidimensional es una de las principales reacciones al rezago paradigmático para acortar la distancia que los separa.
3. Reflexionar en torno a los sujetos, los actores, los movimientos sociales y la acción colectiva, nos deja en claro cómo la síntesis multidimensional ha estado y continua presente en el campo de la sociología, como un desafío al buscar la síntesis de los enfoques estructurales y la sociología de la acción.
4. Una reflexión en torno a la definición de lo rural y lo urbano y un balance crítico de los estudios sobre el movimiento campesino nos muestra el evidente rezago existente en la sociología rural. En éste campo, la distancia entre el devenir del ser y el devenir del logos es mayor que la existente en el campo de la sociología en general. Ya que la sociología rural al nutrirse de las propuestas de la sociología, requiere de tiempo teórico para la formulación de sus cuerpos teóricos.
5. Los nuevos enfoques sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, elaborados por la escuela norteamericana y la europea, han dado origen a intentos de integración acción- estructura. Construcciones que se realizan en el campo sociológico y que están

impactando a la sociología rural, al acudir ésta, cada vez con mayor urgencia, a un ámbito que por mucho tiempo descuidó: la teoría sociológica y la metateorización.

6. Hoy se discute si es mejor, peor o indiferente el logro de un consenso unitario predominante y hegemónico o el logro de consensos varios y diversos. Es decir, de la existencia de un único, solo y poderoso cuerpo teórico o de varias y múltiples formas de interrogar a la realidad y, por tanto, la existencia de varios paradigmas. La producción más reciente, en el devenir del logos, en vez de eliminaciones definitivas y fundaciones a partir de cero, se llena de diversificación de enfoques y de la multiplicación de comunidades científicas. Ante la insuficiencia de las propuestas holistas, estructurales, colectivistas y unidimensionales, y ante la cada vez mayor complejidad del ser, la comunidad académica opta por enfoques alternativos, caminando hacia la multidimensionalidad.

7. Transitamos por un momento histórico donde los viejos enfoques holistas, explicativos u omnicomprensivos son insuficientes. Donde la ampliación de temas, la reafirmación de las tradiciones y el creciente interés por lo específico y por las formas de acción y de organización colectivas, se construyen por encima de la exigencia de rigor teórico de los enfoques estructurales, ante la posibilidad de múltiples formas de desagregación y de identificación social. Un momento donde se incorporan planteamientos desatendidos, ignorados o subestimados, con una intención correctora de ignorancias y desestimaciones originadas en los prejuicios y autosuficiencias de los macroanálisis. En pocas palabras, un momento inclinado hacia nuevas síntesis teóricas multidimensionales.

8. A lo largo de la primera parte del trabajo se fundamenta la imperiosa necesidad de la síntesis multidimensional y se exploran algunos intentos. Las construcciones teórico-metodológicas que permiten comprender los fenómenos y procesos emergentes, están dando sus primeros resultados; pero, su potencial explicativo pleno, debe aún generarse. Sin embargo, el ideal no ha de ser el predominio monopólico o imperativo a la adscripción multidimensional. Los enfoques unidimensionales prevalecerán aún durante un largo periodo, reestructurándose y renovándose de manera intermitente.

II

9. Normalmente las búsquedas para consolidar un planteamiento multidimensional aún no incorporan el análisis del modelo neoliberal. Un acercamiento al modelo y a su ingeniería social abre la posibilidad no sólo del arribo a la multidimensionalidad; también significa la reducción de la distancia entre el devenir del ser y el devenir del logos.

10. El acercamiento al modelo, a partir de un enfoque de tipo ideal, desenmascarando al neoliberalismo como pensamiento único, natural y racional permite la incorporación de una dimensión que aporta a la búsqueda multidimensional.

11. El neoliberalismo, como ingeniería social y como pensamiento único, pretende el control y administración total de la vida societal. Sin embargo, no lo está logrando del todo; esta particularidad constituye una puerta de acceso a la formulación de una crítica.

12. La crítica puede realizarse desde el ámbito del devenir del logos, pero no es suficiente. La verdadera crítica, así está sucediendo hoy, proviene del devenir del ser. La vida societal neoliberal fragmentada, diferenciada y globalizada se sacude tratando de escapar del totalitarismo al que la empuja el neoliberalismo. Justamente, a partir de las condiciones impuestas por el modelo, la sociedad civil edifica identidades cuya base radica en el reconocimiento y el mutuo respeto de la fragmentación, la diferenciación y la pluralidad cultural de los grupos sociales que la conforman.

13. Ahora lo que une a la sociedad civil, el cemento invisible, es la diferencia, la pluralidad, la multiplicidad y heterogeneidad y su reconocimiento. Con base en ello, la sociedad civil comienza a construir redes, cadenas y redes de redes globalizadas de acciones colectivas que, por ahora, contrarrestan y mitigan las pretensiones neoliberales y que en un futuro cercano podrían dismantelar el futuro que el modelo construye ya en el presente.

14. El devenir del ser, con su infinita riqueza, variedad y plenitud se ha colocado, una vez más, en una posición adelantada respecto al devenir del logos y, en particular, de la ingeniería social neoliberal. Sin embargo el devenir del ser ha ganado una batalla, por lo pronto. La pregunta fundamental de estos tiempos es ¿quién ganará la guerra? La multidimensionalidad debe ser el refuerzo y apoyo que el devenir del ser está exigiendo

a la comunidad científica cada vez menos sorda y ciega, para librar otras batallas que permitan acortar la distancia entre el devenir del ser y el devenir del logos.

15. El modelo, con su insistencia terca y permanente ganará y perderá, seguramente, algunas batallas; pero podría ganar la guerra. Si el vencedor de la transición societal, iniciada por el modelo neoliberal, es la sociedad de mercado perfecto la humanidad ingresará de nuevo, como lo ha hecho en otros momentos históricos, a una vida societal cerrada y totalitaria. Por el contrario, si la ingeniería social neoliberal es derrotada, la humanidad ingresaría a una vida societal abierta.

16. La transición societal a la que asistimos constituye una arena de lucha, un campo de batalla, donde las acciones colectivas y el sistema político son esencialmente conflicto. Por tanto, nadie, ni el propio modelo, sabe cuánto tiempo durará la transición. Ella depende de la resolución del conflicto entre una vida societal abierta y una cerrada. La multidimensionalidad exaltada por el modelo en pos de una sociedad cerrada, bien puede ser asumida en pos de una sociedad abierta; su logro constituye un desafío fascinante para las ciencias sociales y para el futuro del hombre.

III

17. La construcción de un enfoque multidimensional debe integrar tres ámbitos: lo económico, lo político y lo cultural. Aunque en nuestro acercamiento hacia la multidimensionalidad los tres aspectos se presentan, existe un privilegio por lo político. Reconocemos la necesidad de profundizar en el elemento priorizado: lo político, y desarrollar los otros dos: lo económico y lo cultural. Reconocemos, también, que un enfoque multidimensional debe incluir el ámbito del medio físico o ambiental, ausente en este trabajo.

18. La multidimensionalidad implica una integración, y no un divorcio de las complejas relaciones entre el devenir del ser y el devenir del logos. Nuestro trabajo se centró y destacó fundamentalmente éste último. Se requiere el abordaje mucho más profundo y sistemático del devenir del ser. Se debe bajar del nivel abstracto de análisis del modelo neoliberal como tipo ideal y de la metateorización a otros niveles más concretos, para interpretar países, regiones y localidades particulares.

19. En el ejercicio de metateorización y en el análisis del modelo se privilegió la dimensión de la *policy*. Debe trabajarse más la dimensión de la *politics*, tanto en el nivel

del devenir del logos como en el devenir del ser; ésta es una tarea más hacia la multidimensionalidad.

20. En nuestro trabajo no existe una crítica al modelo neoliberal, para criticar hay que conocer. La mayoría de las críticas al modelo han sido y son construidas sin ese indispensable conocimiento. Nuestro objetivo no fue la crítica, sino la elaboración de un recurso teórico - metodológico que contribuye a llenar la ignorancia que sobre él impera.

21. Las posturas críticas respecto al modelo han oscilado, entre un rechazo absoluto y la integración a él. Ya sea una u otra manera ¿cómo hacerlo sin acercarnos al conocimiento del modelo?, ¿cómo rechazar o comprometerse con algo que se desconoce? Lo mismo vale para aquellos que no aceptan al modelo y discuten la pertinencia de la elaboración de un modelo alternativo o de opciones diferentes o la posibilidad de montarse en el modelo para, desde su seno, destruirlo carcomiendo sus cimientos.

22. No hay fórmulas mágicas para la conquista de una sociedad abierta distinta a la sociedad cerrada que nos ofrece el neoliberalismo. Pero la multidimensionalidad, con sus variados enfoques y su intento por acortar la distancia entre el devenir del ser y el devenir del logos, podría definir la transición hacia una vida societal, transformándose en una ingeniería social, donde los hombres podríamos vivir juntos desterrando la tentación de no ver más que un laberinto sin salida.

LITERATURA CITADA

- ACROFF, RUSSELL. 1994. *Rediseñando el futuro*. Limusa, México.
- AGUILAR VILLANUEVA, LUIS. 1996. *El estudio de las políticas públicas*. Ed. M. Á. Porrúa, México.
- ALBERONI, FRANCESCO. 1984. *Movimiento e institución*. Ed. Nacional, Madrid.
- ALBERTONI, FRANCESCO. 1970. *Cuestiones de sociología*. Herder, Barcelona.
- ALCÁNTARA, S. M. 1995. *Gobernabilidad, crisis y cambio. Elementos para el estudio de la gobernabilidad de los sistemas políticos en épocas de crisis y cambio*. FCE, México.
- ANSOFF, H. Y. 1991. *El planteamiento estratégico*. Ed. Trillas, México.
- ARISTÓTELES. 1972. *Ética nicomaquea*. Ed. Porrúa, México.
- BALANDIER, GEORGES. 1991. *El desorden*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- BARBIERI M., ELEONORA. 1993. *La previsión humana y social. Estudios sobre los futuros*. Centro de Estudios Prospectivos de la Fundación Javier Barros Sierra A. C. y FCE, México.
- BARTRA, ARMANDO. 1977. "Seis años de lucha campesina." En: *Investigación Económica*. Nueva época, núm 3, ENE, UNAM, México.
- BARTRA, ARMANDO. 1979. *Notas sobre la cuestión campesina 1970-1976*. Ed. Macehual, México.
- BARRINGTON, MOORE. 1976. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*. Ed. Península, Barcelona.
- BAZÚA, FERNANDO Y VALENTI, GIOVANNA. 1993. "¿Cómo hacer del Estado un bien público?". En: *Revista Sociológica*. Núm 22, may-agto, México.
- BELL, DANIEL. 1997. *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza Ed., Madrid.
- BELL, DANIEL. 1976. *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Alianza Ed. Madrid.
- BENÍTEZ, R. 1997. *Clases sociales y crisis políticas en América Latina*. Ed. IISUNAM-Siglo XXI, México.

- BOLOS, S. 1995. *Actores sociales y demandas urbanas*. Ed. UIA-PlazaValdés, México.
- BOTTOMORE, T. y NISBET, R. 1998. *Historia del análisis sociológico*. Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- CALDERAS, O. M. ARTURO y otros. 1987. *Sociología rural*. Ed. CECSA, México.
- CALDERÓN, FERNANDO y MARIO DOS SANTOS. 1991. *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina*. FCE, Santiago de Chile.
- CALDERÓN, F. 1995. *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*. Siglo XXI, México.
- CANABAL CRISTIANI, BEATRIZ. 1984. *Hoy luchamos por la tierra*. UAM-Xochimilco, México.
- CHAUVET, MICHELLE. 1997. "Nuevas tecnologías. ¿Rostro o máscara de la modernidad?" En: *Sociológica*. Año 12, número 35, sep-dic., UAM-Azcapotzalco, México.
- CHAYANOV, A. 1974. *La organización de la unidad económica campesina*. Ed. Nueva Visión, Argentina.
- COHEN, JEAN. 1988. *Teoría de los movimientos sociales*. FLACSO, San José, Costa Rica.
- COLLINS, RANDALL. 1996. *Cuatro tradiciones sociológicas*. UAM-Iztapalapa, México.
- COMISIÓN DE AGRICULTURA CÁMARA DE DIPUTADOS. 1996. *Coloquio: El desarrollo rural de México en el siglo XXI*. LVI período legislativo, México.
- CROSS, NIGEL. 1980. *Diseñando el futuro*. Gustavo Gili Ed., Barcelona.
- DABAT, A. 1993. *El mundo y las naciones*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, México.
- DAWE, A. 1988. "Las teorías de la acción social". En: *Historia del análisis sociológico*. Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- DE LA GARZA, E. 1992. *Crisis y sujetos sociales en México*. CII-UNAM-M. Á. Porrúa Ed., México.
- DIETER, NOHELEN. 1995. *Sistemas electorales y partidos políticos*. FCE, México.
- DONAHUE, JOHN. 1991. *La decisión de privatizar*. Ed. Paidós, Buenos Aires.

- DURAND, V. M. y M. A. CUÉLLAR. 1989. *Clases y sujetos sociales. Un enfoque comparativo*. UNAM, México.
- DURAND, V. M. 1994. *La construcción de la democracia en México*. ILET-Siglo XXI, México.
- DUTRÉNIT, SILVIA y L. VALDÉS. 1994. *El fin del siglo y los partidos políticos en América Latina*. Instituto Mora-UAM, México.
- DRUCKER, PETER. 1997. *La sociedad postcapitalista*. Grupo Ed. Norma, Bogotá, Colombia.
- EASTON, D. 1996. *Esquema para el análisis político*. Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- ELSTER, J. 1992. *El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*. Gedisa Ed., Barcelona.
- ELSTER, J. 1991. *Juicios salomónicos*. Gedisa Ed, Barcelona.
- ENGELS, F. 1979. "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado". En: K. Marx y F. Engels. *Obras escogidas*. T. II, Ed. Progreso, Moscú.
- ESCUDERO, M. 1992. *La transición al poscapitalismo*. Ed. Sistema, Madrid.
- ESTEFANÍA, JOAQUÍN. 1996. *Contra el pensamiento único*. Ed. Taurus, España.
- ESTRADA S., MARCO. 1997. "¿Es reformable la teoría de los actores colectivos?" En: *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 3, jul-sep, IIS/UNAM, México.
- EYERMAN, RON y ANDREW JAMISON. 1991. *Social movements: a cognitive approach*. Polity Press, Cambridge.
- FEDER, ERNEST. 1973. *La lucha de clases en el campo*. FCE, Lecturas núm. 14, México.
- FLORES L., GRACIELA, L. PARÉ y S. SARMIENTO. 1988. *Las voces del campo. Movimiento campesino y política agraria 1976-1984*. Siglo XXI-IIS-UNAM, México.
- FORRESTER, VIVIANE. 1997. *El horror económico*. FCE, México.
- FUKUYAMA, FRANCIS. 1995. *El fin de la historia y del último hombre*. Ed. Planeta-Agostini, España.
- GALVÁN, F. 1986. "De Tönnies y la sociología alemana". En: *Sociológica*. Año I, núm. 1, primavera, UAM-Azcapotzalco, México.

- GATES, BILL. 1995. *Camino al futuro*. Mc Graw- Hill, México.
- GARCÉS, JOAN. 1986. *Escenarios y prospectiva política*. Alfa, Barcelona.
- GARCÍA R., M. DOLORES. 1992. *Geografía rural*. Ed. Síntesis, Madrid, España.
- GIDDENS, ANTHONY. 1993. *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Ed., Madrid.
- GIDDENS, ANTHONY. 1990. *La teoría social, hoy*. Alianza Ed., Madrid.
- GUIDO, RAFAEL y OTTO FERNÁNDEZ. 1989. "El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina". En: *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 4, oct-dic, IIS-UNAM, México.
- GIMÉNEZ, GILBERTO. 1994. "Modernización, cultura e identidades tradicionales en México". En: *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 4, oct-dic, México.
- GIMÉNEZ, G. (1994), "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos". En: *Revista Mexicana de Sociología*, IISUMAM, 2/94, México.
- GÓMEZ J. FRANCISCO. 1970. *El movimiento campesino en México*. Ed. Campesina, México.
- GOULDNER, ALVIN. 1979. *La crisis de la sociología occidental*. Amorrortu Ed., Buenos Aires, Argentina.
- GRAMMONT, H. y TEJEDA. 1992. *Los nuevos actores y procesos políticos en el campo*. INAH-UAM-UNAM-Plaza Valdés Ed., México.
- GURR, TED 1970. *Why men rebel*. Princeton University Press, Princeton.
- GURRIERI, A. 1990. *Los años noventas ¿Desarrollo con equidad?* FLACSO-CEPAL, Costa Rica.
- HABERMAS, JÜRGEN 1989. *El discurso filosófico de la modernidad*. Ed. Taurus-Humanidades-Alfaguara, Madrid.
- HACKING, IAN. 1991. *La domesticación del azar*. Ed. Gedisa, Barcelona.
- HALL, JOHN. 1991. *El Estado*. Ed. Nueva Imagen, México.
- HEWITT DE A., CYNTHIA. 1988. *Imágenes del campo. Interpretación antropológica del México rural*. Colegio de México, México.
- HOBSBAWM, ERIC. 1974. *Rebeldes primitivos*. Ed. Ariel, Barcelona.

HODARA, JOSEPH. 1986. *Los estudios del futuro, problemas y métodos*. Instituto de Banca y Finanzas A.C., México.

HUIZER, GERRIT. 1970. *La lucha campesina en México*. Centro de Investigaciones Agrarias, México.

HUIZER, GERRIT. 1973. *El potencial revolucionario del campesino en América Latina*. Siglo XXI, México.

HUNTINGTON, SAMUEL 1994. *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Ed. Paidós, Buenos Aires.

JEFFREY, A. 1989. *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*. Ed. Gedisa, Barcelona.

JEFFREY, A. 1990. *La centralidad de los clásicos, en teoría social, hoy*. Alianza Ed., Madrid.

JENKINS, J. CRAIG. 1986. "Resource mobilization Theory and study of social movements". En: *Annual Review of Sociology*, vol. 9.

KAASE, MAX. 1982. "Partizipatorische revolution-ender partein". En *Bürgerund parteien*, comp. Joachim Raschke. Westdeutscher Verlag, Opladen.

KEAME, J. 1992. *Democracia y sociedad civil*. Ed. Alianza, Madrid.

KAUTSKY, K. 1978. *La cuestión agraria*, Ediciones de Cultura Popular, México.

KENNEDY, PAUL. 1993. *Hacia el siglo XXI*, Plaza y Janes Ed., Barcelona.

KLANDERMANS, BERT y SIDNEY TARROW (comps). 1989. *New social movements in USA and europe*. Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

KUHN, THOMAS. 1993. *La estructura de las revoluciones científicas*. FCE, México.

LAFONTAINE, OSKAR. 1989. *La sociedad del futuro*. Ed. Sistema, Madrid.

LANDSBERGER, HENRY. 1978. *Rebeliones campesinas y cambio social*. Ed. Grijalbo, Barcelona.

LAROUSSE ILUSTRADO. 1987. Ed. Larousse, Buenos Aires, Argentina.

LENIN, V. I. 1979. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Ediciones de Cultura Popular, México.

LEÓN, EMMA y H. ZEMELMAN. 1997. *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos Ed. CRIM-UNAM, México.

LUHMANN, NIKLAS. 1992. *Sociología del riesgo*. UIA-UAG, México.

LUXEMBURGO, R. 1980. "Introducción a la economía política". En: *Pasado y Presente*. Núm. 35, México.

LYON, DAVID. 1995. *El ojo electrónico. El auge de la sociedad de la vigilancia*. Alianza Ed., Madrid.

MAO TSE-TUNG. 1973. "Análisis de las clases de la sociedad china". En *Obras*. T. IV, Ed. Paloma, Argentina.

MARTIN, HANS PETER y H. SCHUMANN. 1995. *La trampa de la globalización*. Ed. Taurus, España.

MARX, K. 1979. *El capital*. Tomo III, Siglo XXI, México.

MATUS, CARLOS. 1993. *Estrategia y plan*. Siglo XXI, México.

MC CARTHY, JOHN y Z. MAYER. 1977. "Resource mobilization and social movements: a partial theory". En: *American Journal of Sociology*. Núm. 82.

MC LUHAN, M. y B. POWERS. 1994. *La aldea global*. Ed. Planeta-Agostini, Barcelona.

MELLUCCI, ALBERTO. 1986. "Las teorías de los movimientos sociales". En: *Estudios Políticos*. Núm. 41, oct-mar, 1985-1986, México.

METAPOLÍTICA. 1998. Revista trimestral de teoría y ciencia política, Volumen 2, oct-dic, México.

MERTON, ROBERT K. 1974. *Teoría y estructuras sociales*. FCE, México.

MIKLOS, TOMÁS y MA. E. RELLO. 1995. *Planeación prospectiva*. Limusa-Noriega Ed., México.

MOGUEL, J. C. BOTEY. y L. HERNÁNDEZ. 1992. *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*. CEHAM-Siglo XXI, México.

MÚJICA, S. 1992. *La prospectiva. Técnicas para visualizar el futuro*. Ed. Legis, Santa Fe de Bogotá, Colombia.

- MUNCH, R. 1990. "Teoría parsoniana actual". En *busca de una nueva síntesis, en teoría social, hoy*. Alianza Ed., Madrid.
- MUNCK, GERARDO. 1995. "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales" En: *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 3, jul-sep, IIS-UNAM, México.
- MORRIS, ALDON. 1984. *The origins of the civil rights movement*. Free Press, Nueva York.
- NAREDO, JOSÉ M. 1997. "Sobre el pensamiento único". En: *La epidemia neoliberal*. Ed. Archipiélago, Barcelona.
- NELSON, JOAN. 1992. *Coaliciones frágiles: la política de ajuste económico*. Ed. FLACSO, Costa Rica.
- NEWBY, HOWARD y SEVILLA GUZMÁN. 1981. *Introducción a la sociología rural*. Alianza Ed., Universidad, Madrid, España.
- OBERSHALL, ANTHONY. 1987. "Teoría sobre el conflicto". En: *Una antología para el estudio de los movimientos sociales*, Ma. Luisa Salles y Tarrés, Comp., COMECOS-Universidad de Guadalajara, México.
- OFFE, CLAUS. 1990. *Contradicciones en el Estado del bienestar*. Alianza Ed., Madrid.
- OLSON, MANCUR. 1992. *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de grupos*. Limusa-Noriega Ed., México.
- OMINAMI, CARLOS. 1989. *La tercera revolución industrial. Impactos internacionales del actual viraje tecnológico*. Ed. Gel, Buenos Aires.
- PARSONS, TALCOTT. 1968. *La estructura de la acción social*. Ed. Guadarrama, Madrid.
- PEARSE, ANDREW. 1973. "El contexto social de la acción campesina". En: *La lucha de clases en el campo*. FCE, México.
- PORRÚA. 1988. *Diccionario de sinónimos y antónimos de la lengua española*. Ed. Porrúa, México.
- QUIJANO, ANÍBAL. 1971. "Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina". En: *Revista del México Agrario*. Año IV, núm. 4, CNC, México.
- RECASENS, L. 1956. "La contribución alemana a la sociología". En: *Revista Mexicana de Sociología*. Año XVIII, ene-abr, núm. I, México.

- REINA, LETICIA. 1980. *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*. Siglo XXI, México.
- RIECHMANN, JORGE y F. FERNÁNDEZ B. 1994. *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Ed. Paidós, Barcelona.
- RIFKIN, JEREMY. 1996. *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*. Ed. Paidós, México.
- ROBINSON, M. 1990. *Conflicto y cambio en el campo*. Alianza Universidad, Madrid, España.
- ROSDOLSKY, ROMÁN. 1979. *Génesis y estructura del capital de Marx. (Estudios sobre los Grundrisse)*. Siglo XXI, México.
- ROSE, NIKOLAS. 1997. "El gobierno en las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo". En: *La epidemia neoliberal*. Ed. Archipiélago, Barcelona.
- ROXBOROUGH, IAN. 1994. "Las posibilidades de las prácticas sociales bajo el neoliberalismo". En: *Revista Mexicana de Sociología*. Núm. 4, oct-dic, México.
- SACHAS, W. 1980. *Diseño de un futuro para el futuro*. Fundación Javier Barros Sierra, México.
- SAKAIYA, TAICHI. 1995. *Historia del futuro. La sociedad del conocimiento*. Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile.
- SARTORI, GIOVANNI. 1998. *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Ed. Taurus, España.
- SAAVEDRA, M. 1995. *Participación política y actores colectivos*. UIA-PlazaValdés Ed., México.
- SCHELLING, THOMAS. 1989. *La estrategia del conflicto*. FCE, México.
- SIMON, HERBERT A. 1989. *Naturaleza y límites de la razón humana*. FCE, México.
- SMELSER, NEIL. 1989. *Teoría del comportamiento colectivo*. FCE, México.
- SOJO, CARLOS y E. FRANCO. 1992. *Gobierno, empresarios y políticas de ajuste*. FLACSO, Costa Rica.
- STEINER, GEORGE. 1992. *Planeación Estratégica*. Ed. CECSA, México.
- TENZER, NICOLÁS. 1991. *La sociedad despolitizada*. Ed. Paidós, Buenos Aires.

THUROW, LESTER C. 1998. *Corrientes peligrosas: El estado de la ciencia económica*. FCE, México.

TILLY, CHARLES. 1978. *From mobilization to revolution*. Nueva York, Random House.

TÖNNIES, F. 1986. "De la historia de las categorías comunidad y sociedad". En: *Sociológica*. Año I, núm. I, primavera, UAM-Azcapotzalco, México.

TOURAINÉ, ALAIN. 1995. *Crítica de la modernidad*. FCE, Buenos Aires, Argentina.

TOURAINÉ, A. 1995. *Producción de la sociedad*. IFAL-IIS-UNAM, México.

TOURAINÉ, A. 1997. *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*. FCE, Buenos Aires, Argentina.

TOURAINÉ, A. 1984. *El retorno del actor*. Ed. Sudamérica, Buenos Aires.

TROTSKY, L. 1972. *Resultados y perspectivas*. Ed. Cultura Obrera, México.

TURNER, RALPH y L. KILLIAN. 1957. *Collective Behaviour*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

VARIOS. 1991 "Los nuevos sujetos del desarrollo rural". En: *Cuadernos Desarrollo de Base 2*. ADN Ed., México.

VICKERS, JOHN y G. YARROW. 1991. *Un análisis económico de la privatización*. FCE, México.

VILLASUSO, JUAN M. 1990. *Crisis económica y ajuste estructural*. Ed. Universidad Estatal, Costa Rica.

VILLEGAS, G. 1986. "Max Weber y George Simmel". En: *Sociológica*. Año I, núm. 1, primavera, UAM-Azcapotzalco, México.

VERNON, RAYMOND. 1992. *La promesa de la privatización*. FCE, México.

WEBER, MAX. 1982. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu Ed., Argentina.

WOLF, ERIC. 1973. "Fases de la protesta rural en América Latina". En: *La lucha de clases en el campo*. FCE, México.

WOLF, ERIC. 1976. *Las luchas campesinas del siglo XX*. Siglo XXI, México.

WOLF, ERIC. 1979. *Las rebeliones campesinas, en Campesinos y sociedades campesinas*. FCE, México.

YEHEZKEL, DROR. 1993. *Enfrentando el futuro*. FCE, México.

YEHEZKEL, DROR. 1996. *La capacidad de gobernar*. FCE, México.

ZEAL, LEOPOLDO. 1996. *Fin del siglo XX. ¿Centuria perdida?* FCE, México.

ZERMEÑO, SERGIO. 1996. *La sociedad derrotada*. UNAM-Siglo XXI, México.